

Primera novela oficial del videojuego

METAL GEAR SOLID

RAYMOND BENSON



MARLOW

Lectulandia

Un comando renegado de la organización Foxhound amenaza con hacer explotar un artefacto nuclear de potencia insólita en las islas Aleutianas. El experimentado agente Solid Snake es convocado para neutralizar al comando e impedir una hecatombe nuclear. La misión de Snake es conseguir sortear las impenetrables fortificaciones de la base, rescatar a los rehenes y desactivar ese arma mortífera. Solo en territorio hostil, armado con poco más que su ingenio, debe enfrentarse a unas tropas que han sido manipuladas genéticamente para ser los soldados perfectos, además de a seis asesinos excepcionales con habilidades extraordinarias. Pero nada es lo que parece. Todos esconden algo. Más de uno tiene un designio oculto. Y alguien sin duda quiere que Snake averigüe secretos de su oscuro pasado, unos secretos que podrían llevarle a cuestionar todas sus certezas.

Lectulandia

Raymond Benson

Metal Gear Solid

ePUB v1.0

Johan 03.07.11

más libros en lectulandia.com

Agradecimientos

Por su ayuda y apoyo, el autor desea expresar su agradecimiento a Hideo Kojima, Ryan Payton, Dallas Middaugh, Jonathan E. Quist, Eric Cherry, Peter Miller y, por supuesto, a Randi y Max.

Capítulo 1

Hace algunos años

La doctora Clark volvió a entrar sigilosamente en la sala de visitas y se detuvo detrás del presidente de Estados Unidos y del general Jim Houseman, escuchándolos susurrar. Los dos hombres estaban concentrados mirando a través de la ventana de observación del quirófano.

—¿Le duele? —preguntó el presidente.

—Creí que la anestesiarían —contestó el general— Pero ahora no nos dejan ver nada, maldita sea.

—¿Qué está pasando? —inquirió el presidente—. ¿Ves algo?

—Espere..., no se ponga nervioso.

De pronto, a su espalda se oyó la seductora y firme voz de la doctora Clark. El presidente dio un respingo.

—Me ha asustado, doctora.

A Clark siempre le había llamado la atención lo nervioso que era el presidente cuando no estaba frente a una cámara. De hecho, le hizo gracia poder asustar a aquel pobre hombre, algo irónico siendo una mujer. Eso sí, una mujer de presencia autoritaria y un poderoso carisma.

La doctora salió de la penumbra dirigiéndose hacia ellos.

—Lo siento, señor presidente. Pensé que sabía que estaba detrás de ustedes.

El rio nerviosamente.

—Debe de ser porque estamos tan bajo tierra. Creo que soy un poco claustrofóbico.

Él general Houseman intervino de inmediato:

—Lo llevaremos de vuelta a la superficie en cuanto lo desee, señor presidente.

Clark se dio cuenta de que el general tampoco se sentía muy cómodo estando allí.

—¿Está dando a luz?

—Lleva de parto bastante tiempo —le contestó Clark—. Ya falta poco, estoy segura.

El presidente se alejó de la ventana con gesto aprensivo. Agitando la mano por la sala, apuntó hacia los cientos de estalactitas que colgaban del techo de piedra caliza.

—¿Se caen estas cosas?

—Tienen miles de años, señor presidente —le contestó Clark—. No se caerán por sí solas, se lo puedo asegurar. Y la probabilidad de que ocurra un terremoto en la punta sudeste de Nuevo México es bastante remota.

Su voz tenía el tono sofisticado de la clase alta y el timbre de una actriz

shakesperiana.

El presidente asintió con la cabeza.

—Lo sé, es increíble pensar que al otro lado del muro de la caverna está uno de los parques nacionales más famosos de América. Cientos de turistas pasan por allí cada día.

—La zona de Carlsbad era perfecta para el proyecto. Estoy en deuda con su predecesor por haberlo apoyado.

El presidente inclinó la cabeza y dijo:

—Como usted sabe, doctora, yo heredé este proyecto cuando ya estaba en funcionamiento. Cuénteme cómo se establecieron en este lugar.

Clark sonrió.

—Cuando se descubrieron las cavernas, muchas permanecieron cerradas al público y sin que se utilizaran, por lo que quedaron a disposición del gobierno. Creo que la última vez que se usó ésta fue durante la Segunda Guerra Mundial. La administración Roosevelt construyó un refugio aquí para que se usara en caso de que América fuese atacada. Desde entonces se ha utilizado para varios proyectos de investigación —Clark miró al general—. Sobre todo de naturaleza militar.

—Ya veo.

—Nosotros llevamos aquí desde los años sesenta.

El presidente volvió a girarse hacia la ventana.

—¿Tendrá éxito finalmente el proyecto? —preguntó—. Esta es la novena vez que lo intentan, ¿no?

—Tenga confianza, señor presidente —dijo la doctora Clark—. En el último lote he corregido el código genético. También me aseguré de que la madre suplente poseyera ciertos marcadores genéticos, por llamarlos de alguna manera, para que coincidieran con los de Big Boss.

El presidente, sorprendido, sacudió la cabeza.

—Todavía no puedo creer que tenga tantas muestras de sus células. ¿Qué creyó que iban a hacer con ellas?

—El hombre sólo sabía que era estéril y que no podía tener hijos. No era realmente consciente de lo que estábamos haciendo —dijo la doctora Clark.

—El proyecto *Les Enfants Terribles*.

—Correcto. Le extrajimos las células a Big Boss cuando estaba en la mesa de operaciones tras ser herido en la última guerra. El Pentágono dio órdenes estrictas de que no tuviera conocimiento del resultado del proyecto, tanto si era un éxito o un fracaso. Pero, conociendo a Big Boss, no me sorprendería que a estas alturas ya lo sepa. La seguridad que rodea nuestras actividades no ha sido siempre perfecta.

—La seguridad ha sido la mejor que el gobierno de Estados Unidos puede proveer —respondió Houseman a la defensiva—. Eso lo sabe, doctora.

La doctora Clark no hizo caso del comentario del militar y prosiguió:

—Reproducimos las células por clonamiento analógico, y a través del Método Superbaby las fertilizamos en un óvulo, para luego implantar los fetos en la madre, como ya saben.

—¿Sabe ella que va a dar a luz a ocho bebés? —preguntó el presidente.

La doctora lo corrigió.

—No van a nacer los ocho, sólo dos. Hace meses se provocó el aborto de seis de ellos para reforzar el crecimiento de estos dos.

—Así que va a tener gemelos, ¿no es así?

—Eso es. Aunque no exactamente.

—¿Qué quiere decir?

—Habrá ciertas diferencias genéticas entre los dos. Era nuestra única forma de conseguirlo, como ya sabe.

—¿Significa eso que uno va a ser mejor que el otro? Pensé que debían ser exactamente iguales.

Clark movió la cabeza.

—Señor presidente, no es que uno vaya a ser mejor que el otro. Aunque es posible que uno de los hermanos tenga genes más dominantes, pero no es algo que deba preocuparnos.

Al otro lado del cristal, una nueva actividad en el quirófano les llamó la atención. De pronto, la aséptica iluminación de la sala se intensificó, como si el brillo del acero de los instrumentos quirúrgicos hubiese llenado el espacio de una energía artificial. Mientras tanto, los médicos y enfermeros que rodeaban la mesa asistían a la parturienta, que se retorció de dolor.

Las puertas de acero que había detrás de ellos en la sala de visitas se abrieron de par en par. Entró una enfermera y anunció:

—Doctora, ya están preparados.

Clark se dirigió hacia ella.

—Gracias, voy ahora mismo.

—¿Está dando a luz? —preguntó el presidente.

—Sí, tengo que irme para asistir al parto de dos robustos niños.

El presidente levantó la mano.

—Mire, doctora Clark, la verdad es que no es algo que me apetezca ver particularmente. Debo volver a Washington. Es un placer haberla visto.

Clark fingió estar sorprendida, aunque de hecho se esperaba ese comportamiento remilgado del presidente. Le tomó la mano y le preguntó:

—¿Está seguro? ¿No podríamos comer juntos más tarde, antes de su partida?

—Gracias, doctora, pero no puedo aceptar su invitación. A decir verdad, este lugar me provoca escalofríos. Le agradezco que nos haya anunciado los inminentes...

ejem..., nacimientos. A propósito, ¿puedo escoger de la carnada?

—No lo entiendo, señor presidente.

—Ya sabe, una de esas... cosas... que están naciendo nos pertenecerá. Me gustaría elegirlo, eso es todo.

—Tiene derecho a hacerlo —Clark levantó ambas manos y se rio con naturalidad—. No tengo nada que ver con las decisiones políticas que hay detrás del proyecto.

El presidente asintió con la cabeza, satisfecho.

—Está bien, entonces quiero el que usted ha dicho que tendrá los genes dominantes. Seguro que tiene ventaja sobre el otro.

A Clark le sorprendió la ignorancia de aquel hombre, y le recordó:

—No hay garantías al respecto. Pero haré lo que desee. Ahora debo entrar antes de que...

El presidente de Estados Unidos se despidió de ella.

—Adiós, doctora, y buena suerte. Por favor, manténgame informado —miró al general Houseman—. ¿Nos vamos?

El presidente y su escolta se alejaron de la ventana de observación para dirigirse a la puerta de acero reforzado de la caverna. Mientras, la doctora Clark corría de vuelta al quirófano para incorporarse a la acción que se estaba desarrollando.

Era terriblemente apasionante. Finalmente, tras varios intentos, sus esfuerzos verían su fruto: dos bebés clonados a partir de los genes del luchador más poderoso que el mundo había conocido, el legendario soldado Big Boss.

Clark se lavó las manos, se puso los guantes y entró en el quirófano preguntándose qué pasaría con el resto de las provisiones de células de Big Boss. Sólo algunos asistentes de confianza tenían acceso a ellas. ¿Acaso el presidente y los militares se olvidarían de la existencia de estas células?

A la doctora le fascinaba pensar en las posibilidades que se abrían ante ella. Tal vez se realizara otro proyecto de nacimiento, si surgiera la necesidad.

Capítulo 2

Hoy

El SDV salió disparado a través del tubo para torpedos del submarino clase Ohio, cortando en dos las gélidas aguas saladas. Sin un sistema de propulsión, el artefacto avanzaba silencioso y camuflado hacia el muelle, su destino final.

No sentía el frío que hubiese esperado. La silueta que se agarraba al vehículo acuático iba equipada con un traje politérmico, gafas de visión nocturna y equipo de buceo. El traje de camuflaje lo protegía de la extrema temperatura, pero según la doctora Hunter la inyección que le había puesto también contribuía a su bienestar. Algo relacionado con el péptido anticongelante que contenía la jeringuilla hipodérmica evitaba que la sangre y otros fluidos corporales se helaran, algo muy factible en las aguas del archipiélago Fox de Alaska.

Las islas Fox estaban en el archipiélago de las Auletianas, justo al este del paso de Salmaga y el grupo de Islas de las Cuatro Montañas. Eran conocidas por su dificultosa navegación debido a las adversas condiciones meteorológicas y a la abundancia de arrecifes. Por este motivo, el submarino debía permanecer mar adentro, haciendo necesario lo que Campbell había denominado una «inseminación quirúrgica».

El hombre condujo el SDV durante casi una milla náutica antes de que la propulsión tipo misil del vehículo comenzara a declinar. Era difícil guiar el aparato para hacerlo aterrizar suavemente en el fondo rocoso y helado del océano. El más mínimo error no sólo podía hacerlo colisionar, sino que además alertaría al sonar del enemigo de su situación.

El piloto mantenía firme el mecanismo de conducción con ambas manos mientras el SDV ralentizaba su marcha, descendiendo más y más hasta tocar el fondo helado con un suave golpe. Cuando finalmente se detuvo, Solid Snake miró el Codec y verificó su posición en el GPS, propulsándose acto seguido para salir del vehículo y nadar hacia el muelle.

Snake se preguntaba si había sido un acierto mantenerse en forma después de su supuesto retiro. Si hubiera ganado aunque fuera un par de kilos y no hubiese hecho más que ver la televisión, Campbell se lo habría pensado dos veces antes de darle aquella misión. El hecho de que Snake estuviera en inmejorable forma le dio otro motivo a Campbell para pensar que podía volver a trabajar, a pesar de que se había retirado al medio de la nada para escapar de esa vida.

Aun así, Snake agradecía en ese momento estar tan fuerte, ya que las poderosas corrientes le impedían llegar a la superficie. Se enfrentó a ellas duramente,

manteniendo la concentración en la respiración y los grupos musculares necesarios para salir del paso. Esto no era más que un primer obstáculo de los que tendría que superar para lograr sus objetivos. Finalmente, consiguió llegar al muelle varios segundos antes de lo planeado. Era un alivio poder respirar aire de verdad de nuevo.

Isla Shadow Moses. Lo he conseguido.

Lenta y silenciosamente, el hombre que respondía al nombre en clave de Solid Snake se asomó a la superficie y escrutó la plataforma. La zona estaba profusamente iluminada, pero el viento helado dificultaba bastante la visibilidad en todas las direcciones. El muelle de carga estaba vacío. Snake se agarró con suavidad a un asidero y, como una salamandra deslizándose por la piedra, escaló hasta la plataforma y corrió a una zona que estaba en la penumbra junto a un tanque de filtración de agua. Una vez fuera de la vista, se quitó la botella de oxígeno y las aletas, dejándolas al lado del muro.

«Ya está. Sólo un momento para recuperarme. Ojalá tuviera un cigarro.»

Snake cerró los ojos y comenzó sus ejercicios de relajación. En sesenta segundos, estaría como nuevo.

Como parte de la meditación, a veces permitía a su mente retroceder hasta los acontecimientos acaecidos horas antes. Eso le ayudaba a mantenerse centrado en la misión.

Dos días antes

Estaba soñando que recogía arándanos y moras para dárselos a los husky que había estado entrenando para la Gran Carrera de Trineo con Perros de Iditarod, cuando su alarma interna lo despertó de un sobresalto.

Prestó atención para ver si escuchaba nuevamente el sonido que se había infiltrado en su sueño.

Ahí estaba. Un paso haciendo crujir la nieve fuera de la cabaña.

«¿Por qué no han ladrado los husky?»

Snake saltó de la cama, agarró la Heckler & Koch de 9 milímetros de su cartuchera y le puso un cargador. Luego observó atentamente a través de la ventana cubierta de hielo y vio tres siluetas corriendo entre los árboles que había detrás de la cabaña.

Black Ops. Armados. Con rifles de asalto.

—¿Quién diablos son estos tipos? —murmuró en voz alta. Con un movimiento rápido, cogió su chaleco antibalas de la mesa y se lo puso. Acababa de abrocharse la última correa, cuando oyó a los hombres en la otra habitación, junto a la puerta del dormitorio. Rápidamente, se puso en posición de disparo, preparado para el asalto.

—¡Operativo de combate Solid Snake! —exclamó una voz—. ¡Somos amigos!

¡Por favor tire su arma al suelo! Estamos bajo las órdenes del coronel Roy Campbell. Repetimos. ¡Tire su arma al suelo! ¡Venimos de parte del coronel Roy Campbell!

«¿Campbell? ¿Qué demonios?»

Snake dedujo que los soldados estaban usando imaginería termal para determinar que estaba en la otra habitación con una pistola en la mano. Y como Campbell era la única persona que sabía que Snake vivía como un ermitaño en una remota cabaña en mitad de Alaska, cerca de los lagos Twin, alzó el arma y la dejó encima de la mesa con desgana.

—Vamos a entrar. ¡Por favor, levante las manos y no se mueva!

Snake hizo lo que le decían. Dos soldados de combate irrumpieron en la habitación y apuntaron sus rifles hacia él.

—En fin, no estaba echado el cerrojo, chicos —dijo Snake—. No hacía falta echar la puerta abajo.

—Vístase, por favor —le ordenó uno de los hombres—. El coronel lo está esperando.

Snake suspiró con fuerza.

—Espero que tenga una buena razón para justificar esto.

Cinco minutos después, Snake y otros seis soldados avanzaban por la nieve recién caída hacia un helicóptero que había aterrizado a cien metros de la cabaña. Se dio cuenta de que no los había oído llegar debido al fuerte viento que había esa mañana. Se estaba preparando una gran tormenta.

La hora siguiente transcurrió entre la niebla mientras el helicóptero se dirigía hacia el mar para encontrarse con el *SSBN-732 Discovery*, la sede móvil del coronel Campbell, un submarino que se encontraba en ese momento en el Mar de Bering. Los hombres acompañaron a Snake por el interior del submarino hasta llegar a lo que parecía ser una sala para reconocimientos médicos. Le dijeron que se quedara en ropa interior para hacerle algunas pruebas.

—Ni en broma —farfulló Snake.

—No tiene otra opción, soldado —le contestó uno de los hombres—. Hágalo.

Cuando lo dejaron solo, Snake decidió seguirles el juego. Tal vez le mandarían una bonita enfermera para que se ocupara de él. Había pasado bastante tiempo desde la última vez que había visto a una persona del género femenino, y aún más desde que había tocado a una.

Después de pasar quince minutos sentado en calzoncillos —se había dejado su querida badana puesta—, uno de los pocos hombres a los cuales Snake consideraba un amigo entró en la habitación. Había sido su comandante en FOXHOUND cuando Snake era un miembro del grupo, y ambos habían forjado una amistad que había perdurado más allá del autoimpuesto retiro de Snake.

—Snake, tienes buen aspecto.

Snake no quiso decirle al coronel que parecía más viejo. Después de todo, el hombre tenía ya más de sesenta años. El coronel Campbell iba vestido, como siempre, con su uniforme de los Boinas Verdes, aunque ya no formara parte de esa élite.

—Gracias, coronel. Tú tienes un aspecto... estresado.

Campbell se encogió de hombros.

—Gajes del oficio.

—Me has interrumpido un sueño muy bonito; estaba soñando con frutas del bosque. Será mejor que sea bueno lo que me tienes que decir.

—Lo siento si los chicos han sido un poco bruscos. Snake, te necesitamos. No es algo bueno, pero es algo grande.

—Coronel...

—Snake, se trata de una situación crítica, y tú eres el único hombre que nos puede sacar de ella.

—Me he retirado del FOXHOUND, coronel. Ya no acepto órdenes.

—Déjame contarte lo que sucede y cambiarás de opinión. Sabes que en FOXHOUND hubo escisiones y que muchos de la organización Next Generation Special Forces se unieron para convertirse en un grupo terrorista renegado, por llamarlo de alguna forma. Están empeñados en tomar lo que se les antoje y hacer lo que sea necesario con tal de conseguir sus objetivos.

—He oído algo al respecto.

—En fin, hace unas cinco horas, algunos de esos terroristas, liderados por miembros de FOXHOUND, han atacado nuestra instalación de desactivación nuclear en la isla Shadow Moses, y han capturado a nuestros hombres. Los tienen de rehenes, y a cambio exigen que el gobierno les entregue los restos de Big Boss. Dicen que si no obtienen lo que piden antes de veinticuatro horas, lanzarán un misil nuclear.

El rostro de Snake se ensombreció al oír mencionar ese nombre.

—Big Boss... mi...

—Tu padre, sí.

Snake frunció el ceño, confundido.

—¿Para qué quieren un... cadáver?

Una mujer vestida con una bata blanca de laboratorio entró en la habitación. Llevaba una aguja hipodérmica y sonreía. A Snake le pareció atractiva, y adivinó que debía de estar cerca de los treinta años.

«¡Por fin!»

—¿Quién es? —preguntó.

—Te presento a la doctora Naomi Hunter, jefe de la unidad. Es también una experta en terapia de genes.

Ella apuntó la aguja hacia él y le dijo:

—No le dolerá en absoluto.

—¿Qué es eso?

—Se lo diré en un minuto.

A continuación, le esterilizó el brazo y antes de que pudiera protestar le puso la inyección.

—Maldita sea, coronel.

—Cállate y déjame terminar, Snake.

Al acabar, la doctora Hunter se apartó, pero permaneció en la sala. El coronel continuó:

—Lo que quieren no es sólo el cadáver de Big Boss, quieren células que contengan su información genética.

—¿Para qué?

—Terapia genética. Para mejorarse a ellos mismos.

La doctora Hunter tenía un acento culto, no exactamente británico pero con toda seguridad de alguna de las prestigiosas universidades de la Liga de la Hiedra, en Estados Unidos.

—Con las células pueden potenciar sus cualidades, como los Next Gen o soldados de nueva generación. Los militares han estado trabajando en la identificación de los genes que poseen los soldados perfectos. Una vez identificados, podemos unirlos con los de las tropas regulares y luego...

—Convertirlos en superhombres.

—Sí. Hasta la fecha hemos descubierto unos sesenta de estos «genes de soldado» en Big Boss.

Snake sacudió la cabeza, incrédulo.

—Entonces, encontraron su cuerpo finalmente...

Campbell casi le interrumpió:

—Sí. Sus células han quedado congeladas en una clínica de crionización. En fin, su información genética no tiene precio.

—Para los militares, quieres decir.

—Snake, puedes entender por qué no podemos simplemente entregar su cuerpo. Es más valioso que cualquier arma de destrucción masiva con la que nos pudiera amenazar el enemigo.

La doctora Hunter añadió:

—Su cuerpo estaba gravemente quemado, pero fue posible restaurar su perfil genético a partir de un solo cabello.

—¿Quiénes son esos terroristas? —preguntó Snake.

—Bueno, se hacen llamar los Hijos de Big Boss —contestó la doctora Hunter— Seis de ellos eran miembros de FOXHOUND, y son tipos bastante duros. El que los dirige es el líder del último escuadrón de FOXHOUND que se formó.

Campbell abrió un gran sobre que estaba marcado con la palabra CONFIDENCIAL. Sacó unas fotos y se las fue pasando una a una a medida que mencionaba sus nombres.

Snake pestañeó.

—¿Liquid Snake?

Campbell asintió con aire lúgubre.

—Me temo que sí. Un hombre con el mismo nombre en clave que tú.

—¡Es... es igual a mí!

—Bastante chocante, ¿verdad? El tono de su piel es diferente, su pelo rubio en vez de negro, pero por todo lo demás, hay que admitir que os parecéis —Campbell se giró para no mirar a Snake a los ojos—. Por eso precisamente te necesitamos para esta misión. Creemos que eres la única persona que puede enfrentarse a él.

Snake se frotó los ojos e intentó digerir la información.

—Dime lo que sabes de Liquid Snake.

—Luchó en la Guerra del Golfo cuando era adolescente, la persona más joven de las SAS. Su misión era buscar lanzaderas móviles de misiles Scud y destruirlas. Tú estabas ahí, Snake. ¿No te infiltraste en el oeste de Iraq con una sección de los Boinas Verdes?

—Yo también era un niño en aquella época.

—Los detalles son confidenciales, pero por lo visto Liquid Snake se infiltró en Oriente Medio como chivato para los SIS, los Servicios de Información Secreta.

—¿Quieres decir como espía para los británicos?

—En todo caso, nunca se le vio la cara en Century House. Fue hecho prisionero en Iraq y se le perdió la pista durante años. Después de que te retiraras, lo rescataron y entró en el FOXHOUND.

—Creía que para entonces ya no se utilizaban nombres en clave.

—No conozco su auténtico nombre —dijo Campbell—. Esa información es tan confidencial que ni yo tengo acceso a ella.

Snake se frotó el mentón sin afeitado. De pronto, se sintió mucho más viejo, a pesar de tener sólo treinta y tres años. Señaló las otras fotos.

—¿Quién más?

—Psycho Mantis, un ruso con unas supuestas habilidades psíquicas muy poderosas. Estoy seguro de que las utiliza para leer la mente de sus enemigos; es un experto en guerra psicológica. Luego está Sniper Wolf, una bellísima y letal kurda de Iraq, de la que dicen que tiene la mejor puntería del planeta. De México, tenemos a Decoy Octopus, un mago del camuflaje. Habla una docena de idiomas y es un experto transformando su apariencia.

—Un tipo con talento.

Quedaban aún dos fotos.

—Vulcan Raven es de Alaska; mitad indio y mitad inuit. El hombre es un soldado poderoso, y no sólo por ser un gigante.

—¿Un gigante?

—Dos metros y diez centímetros.

—Por lo que me cuentas, estos muchachos podrían montarse su propio espectáculo de circo.

—Este último también es chamán. Practica un tipo de vudú que le permite controlar lo que él llama los «espíritus de la naturaleza».

Snake asintió con la cabeza.

—Ya conozco las virtudes de estos chamanes en Alaska. Pueden inducir a los animales a que hagan cosas. Pájaros, perros, lo que sea. Bastante espeluznante.

—Finalmente, está Revólver Ocelot. Un lituano especialista en interrogatorios y un formidable pistolero. Un tipo raro; se viste con esos guardapolvos de la época de los vaqueros, y lleva un revólver de seis balas. Dicen que los rusos lo entrenaron para ser un torturador bastante eficiente. Mejor que no te pille vivo.

—¿Y Liquid Snake es el cabecilla? No parecen tan rudos.

La doctora Hunter intervino.

—No olvide a su ejército de «soldados genoma».

—Prefiero no preguntar.

—Se caracterizan por su fuerza brutal, por inteligencia y por las combinaciones especiales en su ADN. Es la organización militar Next Generation Special Forces. Creemos que están todos bajo el control del llamado Psycho Mantis. Así consiguieron dar el golpe y tomar la instalación de Shadow Moses.

—Empezaron como una unidad de operaciones antiterroristas formada por antiguos miembros de las unidades bioquímicas, de escoltas técnicos y del equipo de emergencias nucleares —explicó Campbell—. Su misión era responder a las amenazas relacionadas con armas de destrucción masiva de nueva generación, incluso las NBC.

—Hasta que alistaron a los otros —añadió la doctora.

—¿Qué otros? —preguntó Snake.

—Mercenarios —contestó Campbell—. Y peor aún, casi todos ellos venían de una agencia de mercenarios que te será familiar. Eran parte de la guardia privada de Big Boss. Cuando él cayó, los militares simplemente compraron todos sus contratos.

Snake hizo una mueca:

—Outer Heaven...

De pronto algo le vino a la memoria. Una de sus primeras misiones en FOXHOUND había sido infiltrarse en el pequeño y autoproclamado país llamado Outer Heaven en Sudáfrica. El poderoso líder militar Big Boss se había dado la vuelta a la chaqueta y organizado su propia «nación» de mercenarios y soldados renegados.

Tras el encuentro que tuvo con Snake, Big Boss había sido gravemente herido. Aun así, sobrevivió y, años más tarde, controlaba otro estado militar llamado Zanzíbar Land. El segundo encuentro que Snake tuvo con Big Boss acabó con la derrota final del soldado.

Campbell continuó.

—Después se fusionaron con nuestra propia unidad de VR, la Forcé 21, y tuvieron un nuevo entrenamiento con realidad virtual. En mi opinión, la llamada Next Generation Special Forces debería llamarse «soldados de simulación» porque no tienen ninguna experiencia real en combate.

—Pero no hay que olvidar que han sido reforzados con terapia genética —advirtió la doctora Hunter—. El hecho de que no tengan mucha experiencia no significa que se deba bajar la guardia.

Snake le devolvió las fotos a Campbell.

—Creí que el uso de soldados genéticamente modificados estaba prohibido por el derecho internacional.

—Eso no son más que declaraciones, no son tratados vigentes —respondió la doctora Hunter.

—Lo que es interesante es que casi todos los miembros de la unidad han participado en esta conspiración —dijo Campbell.

—¿Pero cómo puede ser que una unidad entera se subleve y organice una rebelión?

—Lo llaman una revolución —dijo la doctora Hunter—. Como he dicho antes, creo que Psycho Mantis tuvo algo que ver.

—Como todos han pasado por la misma terapia genética, tal vez se sientan tan cercanos como hermanos. Ven a la Unidad como su única familia. Las fuerzas son las habituales: tropas del Ártico, infantería ligera, tropas NBC y guardias armados hasta los dientes.

Snake agitó la cabeza. Los soldados NBC usaban armas nucleares, biológicas y químicas.

«Fantástico.»

—Y luego está la guinda del pastel —añadió Campbell—. Los Genome Combat Veterans o los Veteranos del Ejército del Genoma. Van vestidos de negro, llevan los uniformes acorazados Kevlar de operaciones especiales. Se hacen llamar los Space Seáis, las focas del espacio.

—¿Por qué? —preguntó Snake—. ¿Acaso se levantan, aplauden con sus aletas y ladran para que les den regalitos? —ni Campbell ni la doctora reaccionaron ante la broma—. Los Hijos de Big Boss. Si se trata de un ejército normal, el consejo militar debe haberlos entrevistado periódicamente.

—Según sus expedientes, cada uno de ellos tuvo una A en sus tests psicológicos.

Todos parecían soldados patrióticos de la mejor clase.

—¿Pero todos han formado parte del levantamiento?

—No, varios de ellos no aparecieron el día de los ejercicios, por eso volvieron a abastecer las tropas.

—Tuvo que haber sido una señal de que algo iba mal.

—Hace un mes hubo un informe de que estaban actuando de manera extraña. Aparentemente, accedieron a información confidencial sobre los genes de los soldados e hicieron sus propios experimentos de terapia genética —dijo la doctora Hunter.

—Escucha —dijo Campbell—. Incluso la existencia de este ejército genoma es un secreto de Estado del más alto nivel. Esperamos investigar este tema de manera discreta y solucionarlo a puerta cerrada.

Snake suspiró y dijo:

—Bien. ¿Cuántos soldados genoma tienen con ellos?

—Docenas —contestó Campbell.

—No me lo digas —dijo Snake—, apuesto a que voy solo.

Campbell se permitió una media sonrisa.

—¿Acaso hay otra manera?

Snake se giró hacia la doctora Hunter.

—¿Qué demonios había en esa inyección?

—Un péptido anticongelante para protegerte del frío. También nanomáquinas para nutrirte y administrarte adrenalina y azúcares. Y lo mejor de todo, contiene «nootropics», un tipo de droga que ayudará a mejorar tus funciones mentales.

A la mujer le brillaban los ojos y parecía muy satisfecha de sí misma.

—¿No os estáis adelantando? No he dicho todavía que sí —Snake, moviendo la cabeza, miró a Campbell—. ¿Por qué estás tú metido en esto, coronel? Pensé que también te habías retirado.

Snake detectó una ligera duda en la respuesta de Campbell.

—No hay mucha gente que conozca FOXHOUND como yo.

—Vale, ¿y cuál es la razón de verdad?

—Bien, voy a serte franco. Una persona a la que quiero mucho es uno de los rehenes. Mi sobrina, Meryl. Meryl Silverburgh.

—¿Qué estaba haciendo allí?

—Es una de nosotros, una operativa, pero muy joven e inexperta. Llegó a Shadow Moses Facility de prácticas, por decirlo de alguna manera. Cuando varios de los soldados de base desaparecieron, la llamaron como reemplazo de urgencia. Nada más llegar ella, ocurrió la revuelta.

—¿Ha estado en contacto contigo?

—No, pensamos que está escondida o presa junto con los otros empleados civiles.

No me atrevo a pensar en otra..., en fin, en otra posibilidad.

Snake lanzó una mirada inquisitiva a Campbell.

—¿Por qué permitiste que mandaran allí a alguien que estaba tan verde?

—Ella lo quiso. Es la hija de mi hermano pequeño. Nunca se casó con la madre de Meryl y por eso lleva el apellido de ella. Mi hermano murió en la Guerra del Golfo cuando Meryl tenía diez años, y yo la he estado cuidando desde entonces. Aunque no tenga ni veinte años, es lo bastante mayor para tomar sus propias decisiones. Es una buena soldado, Snake. Es muy apta con las armas manuales, y verás que es también muy buena camuflándose. Conoce bien los ordenadores y las instalaciones eléctricas. Si la encuentras, será una valiosa ayuda cuando estés dentro.

Snake no deseaba particularmente tener una aliada adolescente, por muy buena que fuese reparando tomas de corriente quemadas. Volvió a suspirar y preguntó:

—¿Qué es lo que tengo que hacer?

Campbell apenas pudo contener su alegría al ver que aparentemente uno de sus operativos de mayor confianza había aceptado la misión.

—Tienes dos objetivos. Primero, debes infiltrarte en las instalaciones y rescatar a dos rehenes VIP.

—¿Tu sobrina y quién más?

—No, mi sobrina no. El objetivo es otro. Si la encuentras, estupendo —Campbell bajó la mirada—, pero si no puedes, entonces...

—La encontraré. ¿Quiénes son los dos VIP?

—El jefe de la DARPA, Donald Anderson, y el presidente de ArmsTech, Kenneth Baker.

Snake asintió. Sabía que la DARPA era la agencia de investigación avanzada de proyectos de defensa, y ArmsTech la corporación que investigaba sobre armamento para el ejército de Estados Unidos. Rehenes de mucho peso.

—¿Qué hacían esos tipos en una instalación de desmantelamiento nuclear?

—Estaban realizando ejercicios secretos cuando el grupo terrorista hizo su ataque.

—Ah. Tienen que haber sido ejercicios muy importantes si estaban involucrados estos dos. ¿Qué hacían? ¿Probar un nuevo tipo de armamento?

—No tengo acceso a esa información.

—¿Y quién está al cargo de esta operación, coronel?

—El presidente de Estados Unidos, Snake.

—Entonces, si los terroristas tienen un misil, ¿no deberían el presidente y sus amigos emitir un COG?

—Aún no. Jim Houseman tiene el control operativo y está totalmente al corriente de la situación. Una vez te hayas infiltrado, si descubres que tienen capacidad de lanzar misiles nucleares, se emitirá un COG.

En ese momento, lo tuvo claro. Houseman era el secretario de defensa y miembro

del misterioso OSI, una organización parecida al FBI que se encargaba de investigar los crímenes relacionados con los empleados del ejército, soldados y civiles, que estaba en funcionamiento desde antes de Vietnam. Snake asintió.

—Ya veo. ¿Y cuál es el segundo objetivo?

—Es lo que acabo de decir. Tienes que investigar si los terroristas tienen realmente la capacidad para dar un golpe nuclear, y evitarlo. Ya nos han dicho que tienen una cabeza nuclear y nos han dado el número de serie. Se ha confirmado que es auténtico.

—¿Hay algún tipo de aparato de seguridad para prevenir este tipo de terrorismo?

—Sí. Cada misil y cabeza nuclear de nuestro arsenal está equipado con un PAL que utiliza un código de detonación específico.

—¿PAL?

—Son las siglas en inglés de Licencia de Acción Permisiva. Ese es el control de seguridad que llevan todos los sistemas de armamento nuclear, pero aun así no debemos relajarnos. El jefe de la DARPA conoce el código de detonación.

—Eso significa que mañana estaré en los titulares del National Enquirer. Pero si tienen una cabeza nuclear es porque la han sacado de un misil. Se supone que todos los misiles de estas instalaciones de desmantelamiento nuclear están desmontados, ¿no? No es fácil obtener un ICBM, ¿no crees?

—Eso solía ser así, Snake, pero desde que terminó la Guerra Fría puedes conseguir lo que quieras si tienes bastante dinero y buenos contactos. ¿Comprendes ahora lo serio de la situación?

Snake se puso en pie y se desperezó.

—Está bien. Puedes contar conmigo, coronel. Pero me lo debes, que lo sepas.

—Tu país no se va a olvidar de esto, Snake. A propósito, ya no soy coronel, sólo un caballo de guerra jubilado.

—Por supuesto..., coronel. Imagino que en este caso se trata de un OSP de armas y equipo.

—Ésa es la norma. *On Site Procurement*. Te equiparás una vez allí, ya lo sabes. Eso sí, te daremos una SOCOM antes de partir.

—¿Una pistola? Diablos, coronel, espero que no les reviente el presupuesto.

—Basta de sarcasmos, Snake. Recuerda: esto es una operación de alto secreto. No esperes ningún apoyo oficial. Estaremos constantemente en contacto a través de tu Codec. También te daremos mapas y consejos tácticos.

—Cuéntame más sobre el sitio.

—Desgraciadamente, es una base subterránea. Ni con nuestros equipos más avanzados logramos saber lo que pasa ahí dentro.

—Fantástico. ¿Quién más está en el equipo?

—Vamos a la sala de mandos. Te presentaré..., bueno, una vez te hayas vestido.

El coronel y la doctora Hunter salieron de la habitación mientras Snake se ponía el traje especial preparado para él, bien ajustado a su cuerpo. Apareció diez minutos después, pareciéndose más al operativo de combate Solid Snake que Campbell conocía.

La sala de mandos era el punto caliente de actividad de las misiones. Las terminales de trabajo estaban colocadas en círculo. Cada miembro del equipo tenía designada una y era responsable de un solo aspecto de la misión. Campbell, al ser el que estaba al mando, se situaba en el centro del círculo, con fácil acceso a cada uno de los puestos.

Lo primero que hizo Campbell fue presentarle a una joven china que estaba en el banco de ordenadores. A Snake le pareció que era muy guapa pero, sin duda, demasiado joven para él.

—Ella es Mei Ling. Es nuestra oficial de comunicaciones; está especializada en proceso de imágenes y datos. Aparte de mi voz, escucharás a menudo la suya a través del transmisor del Codec.

—Hola —dijo sonriendo.

El Codec, pensó, era un invento ingenioso. Un sistema de comunicación en clave vía satélite con funciones de desarticulación de códigos cableados, comunicación digital a tiempo real, un sonar y un radar. La comunicación normal se codificaba, comprimía y se transmitía instantáneamente en una miera de segundo. Sin embargo, Snake podía recibir la información descodificada y en orden en tiempo real. Unos tapones especiales recibían la información y estimulaban los cartílagos de su oído para que sólo él la escuchara. También podía contactar con cualquier miembro del equipo pulsando el botón que correspondiera a su código de frecuencia.

Snake pensó que Mei Ling parecía un personaje de manga. Le estrechó la mano.

—No me esperaba que una diseñadora de tecnología militar a escala mundial pudiera ser tan guapa.

Ella lo miró de reojo.

—Lo dice para complacerme.

—¡Lo digo en serio! Ahora sé que no me voy a aburrir durante las próximas veinticuatro horas... perdón, quiero decir dieciocho...

—Mmm, no me puedo creer que el famoso Solid Snake esté tirándome los tejos.

Campbell llevó a Snake hasta otro puesto informático, encendió un monitor y manipuló un mando hasta que la imagen de una rubia de unos treinta años apareció en la pantalla. Tenía el pelo corto y parecía ser de Europa del Este.

—Ésta es Nastasha Romanenko, nuestra experta en armamento nuclear. Analiza *hardware* militar y material de guerra. Será tu gurú técnica vía Codec, Snake.

—Estoy muy contenta de conocerte, Snake.

—¿Ucraniana? —le preguntó.

—¿Cómo lo has sabido?

—Lo he adivinado. ¿Es ahí donde estás? ¿En Ucrania?

—No, estoy en la soleada California del Sur, en L.A.

—Qué suerte tienes.

Campbell continuó:

—A la doctora Hunter ya la has conocido. Ella será la oficial médico durante la misión. ¿Sabías que su padre era el secretario de Hoover en el FBI?

—¿Ah, sí? —preguntó Snake—. ¿Y eso la califica para ser la oficial jefe de medicina?

—No, pero recuerda: ya te he visto desnudo —observó la doctora.

—¿Y? ¿Me llevo un premio?

La doctora Hunter le sonrió con malicia.

—Bueno, si vuelves en una pieza, tal vez permita que tú me veas desnuda a mí.

—¡Guau! Coronel, ¿cuándo empiezo?

—Tranquilo, Snake. ¿Tienes alguna pregunta? Me refiero a preguntas serias.

—No, pero me gustaría que pudieses sacar a Master Miller de su retiro. Extraño su estilo brutal de motivar a sus soldados.

Snake esperaba que su antiguo entrenador y mentor de FOXHOUND, McDonnell Benedict Miller, estuviera presente. Miller también se había retirado para instalarse en los bosques de Alaska, pero Snake y él no se habían visto en años.

Campbell soltó una risa.

—Snake, te alegrará saber que Master Miller ha aceptado apoyarte a través del Codec.

—¿Lo has encontrado?

—No exactamente, pero estamos en contacto. No te sorprenda oír de repente su voz cuando estés rodeado de una docena de soldados genoma.

Un marine entró en la sala y saludó.

—Coronel, nos estamos acercando al punto de lanzamiento.

—Gracias, Ensign —Campbell le devolvió el saludo y se dirigió a Snake—. Ponte lo que te falta. No tenemos mucho tiempo.

Hoy

Ahí estaba. Hacía menos de doce horas, había estado soñando con perros husky y frutas del bosque, y ahora estaba de cuclillas detrás de un tanque de filtración, listo para actuar.

Escuchó unas pisadas de botas sobre metal en alguna parte por encima de él. Se asomó sigilosamente y vio a dos soldados al final del muelle. Se dirigían al montacargas, cuando se les acercó un hombre que llevaba una gabardina color

marrón.

—Voy a cargarme un par de moscas que me están molestando —le dijo el hombre a un soldado, hablando de manera muy correcta—. Manteneos alerta. Andará por aquí, lo sé.

—Veo a alguien que lleva un guardapolvos —susurró Snake a su Codec—. Creo que puede ser Revólver Ocelot.

—¿Estás seguro de su identidad? —preguntó Campbell. Su voz sonaba en el trasfondo de los oídos de Snake.

El hombre que llevaba la gabardina subió al montacargas y se giró, dando la cara a Snake.

—Negativo. Espera, se ha dado la vuelta... Coronel, no es Ocelot.
Se trataba del líder en persona: Liquid Snake.

Capítulo 3

El hombre conocido como Master Miller estaba golpeando un saco de boxeo con los nudillos, produciendo un ritmo parecido al de la música de una tribu africana o de una banda latina de rock. Entrenarse en su improvisado gimnasio tres horas al día no sólo hacía que su cuerpo ya no tan joven se mantuviera en forma, también le daba un propósito a su vida. Haberse recluido del mundanal ruido tenía algunos inconvenientes, aunque Miller nunca lo admitiría, pero había ocasiones en las que se sentía completamente solo. Algunos días eso era algo bueno y otros... no tanto. Para él, el ejercicio físico lo curaba todo.

Miller tenía una distinguida carrera al servicio de la SAS, los Boinas Verdes, los Marines y FOXHOUND. Era uno de esos soldados que podían dejar el ejército, pero no podían dejar de ser militares. Por eso era una autoridad en entrenamiento para la supervivencia dentro del FOXHOUND. El que perteneciera a la tercera generación de una familia de americano-japoneses no conllevaba que los altos mandos desconfiaran de él. El tipo era un patriota americano de pies a cabeza. Tenía la reputación de ser un capullo; extremadamente gritón y agresivo, pero todos sus reclutas mencionaban siempre su nombre con profundo respeto.

Mientras golpeaba el saco, oyó a unos de sus perros husky aullar. No era algo inusual. En el bosque donde Miller había decidido construir su casa había lobos, y sus perros a menudo cumplían con su trabajo asustando a las fieras. Pero de pronto el aullido se interrumpió abruptamente, como si alguien lo hubiese silenciado de forma definitiva.

Miller agarró el saco de boxeo para detener su rápido movimiento. Prestó atención, pero sólo oyó el viento, que había aumentado considerablemente en las últimas horas. Como no era alguien que ignorase una advertencia premonitrice, se movió con agilidad por el suelo del gimnasio para alcanzar el cajón donde guardaba un par de revólveres. Su principal arsenal estaba en otra parte de la casa, pero le gustaba tener algún tipo de arma en cada habitación. Cogió su Glock de 9 milímetros, verificó que el cargador estuviera lleno y lo volvió a colocar. Luego subió al piso principal y corrió hacia la sala de control del sistema central de alarma.

Estaba muerto. Miller pulsó los botones de los monitores, pero cada una de las seis pantallas estaba en negro. No había manera de saber lo que ocurría fuera de la casa.

Pensó que tenía que tratarse de alguien muy hábil para haberlo encontrado. Igual que Solid Snake, se había construido una casa en el extremo este de Alaska, cerca de la frontera con Canadá. No existía ningún acceso fácil a ese lugar, y la única carretera

que llegaba a aquella zona estaba cubierta con varios centímetros de nieve. Además, sus cámaras de seguridad hubiesen captado a cualquier vehículo que atravesara el camino a menos de un kilómetro.

Miller se dio la vuelta y saltó por encima del sofá de su salón. Se tumbó en el suelo, alerta a los ruidos de los intrusos. Al esconderse detrás del mueble, tal vez tendría el factor sorpresa a su favor.

Pero después de cinco minutos no había pasado nada. ¿Habría sido su imaginación? ¿Debía ir a ver a los perros? Pero si era una falsa alarma, ¿por qué su sistema de seguridad no funcionaba?

No, sin duda ocurría algo. Llámese Zen, sexto sentido o lo que mierda fuese, pero Master Miller sabía que había alguien en la casa.

Entonces sintió un olor dulzón. Le recordó al de la consulta de un dentista. ¿Gas de la risa? No, era diferente. Fuese lo que fuese, no podía ser bueno. Tenía que salir de la casa, y rápido. Desgraciadamente, iba con pantalones cortos de gimnasia, zapatillas y una camiseta sin mangas, y afuera la temperatura no superaba los cero grados.

Miller se levantó e intentó volver a saltar por encima del sofá, pero inmediatamente sintió el efecto del gas. Sus reacciones eran mucho más lentas y sentía la cabeza como un globo de helio, lista para flotar hasta el techo sin el resto de su cuerpo. Se tambaleó y cayó encima del sofá, pero se volvió a levantar. Decidido a llegar hasta el armario para ponerse algo de abrigo y saltar por la escotilla que daba a una cueva de hielo bajo el sótano, Miller intentó correr hacia el otro lado de la habitación.

El olor era ahora mucho más fuerte. Pensó que se trataba probablemente de sevoflurano, uno de los gases más potentes y habituales entre los anestésicos modernos. Al intentar levantar los pies, los sintió como ladrillos. Con una sorprendente rapidez, una ola de confusión envolvió su mente y el horizonte se ladeó. Tenía la sensación de estar cayendo, pero parecía ser algo eterno. Al aterrizar en el suelo, no sintió el golpe en la cara.

Con un último esfuerzo, Miller se arrastró unos centímetros antes de que todo se volviera oscuridad.

Capítulo 4

Snake miró cuanto le rodeaba para compararlo con el mapa que apareció en el Codec, que llevaba abrochado en la muñeca. El muelle de carga estaba en una caverna y se apoyaba sobre un entramado metálico. Había un amarradero vacío, en el que los barcos de suministro del gobierno podían atracar. En la plataforma, de aproximadamente unos veinticinco metros, había muchos cajones repartidos por el suelo hasta el montacargas. El resto de las instalaciones estaba probablemente construido a nivel del suelo y con estructuras por encima de la superficie del agua. Liquid había entrado en el montacargas y desaparecido. Sin duda era la única manera de acceder a la superficie.

Snake sacó la SOCOM Mark 23 Modelo 0 de su cartuchera y revisó la recámara. Cerrada y cargada. Según su parecer, no había una pistola con mejor precisión y resiliencia que la SOCOM de calibre 45. El módulo láser para apuntar era particularmente práctico, pero, irónicamente, en un mundo perfecto no tendría ni que sacarla y, si todo salía bien, no se dispararía ni una bala.

«Ilusiones...»

Guardó la pistola en la cartuchera. Era el momento de actuar. Se deslizó por detrás del tanque de filtración de agua y se arrastró por debajo de una larga tubería que recorría la pared de la caverna. Había heces de algún tipo de roedor y Snake frunció el ceño.

—Coronel, veo heces de animal. ¿Hay ratas aquí? —preguntó.

—Negativo, Snake —contestó Campbell—. Hemos revisado el control de plagas, ésas provienen de ratones. Son inofensivos, no muerden. Por lo visto todos los que trabajan en la instalación están acostumbrados a ellos. Mantente alerta. Estamos recibiendo información sobre tres, no, cuatro guardias patrullando por el muelle. ¿Dónde ha ido Liquid?

—Ha subido al montacargas. Es increíble. Aparte de la diferencia de tono de piel, ese tipo podría ser yo.

—Snake, Liquid va a ser un gran enemigo. Su alias es el mismo que el tuyo, estáis más o menos al mismo nivel.

«Sí, pero se trata de lo sólido contra lo líquido.»

—De acuerdo —dijo Snake, que continuó estudiando en el Codec el mapa de la zona cuando de pronto oyó los pasos de unas botas cerca de él. Se quedó quieto y se asomó por encima de la tubería para ver al guardia. El hombre llevaba un uniforme color blanco nieve con un pasamontañas, y tenía un rifle de asalto FAMAS. El guardia fue hacia el borde del muelle, miró hacia el agua y estornudó. Snake se

deslizó detrás de él, le dijo «Gesundheit» y lo redujo sin hacer un solo ruido. Al romperle el cuello, todo el peso de su cuerpo cayó lánguido en sus brazos. Snake arrastró el cadáver y lo dejó detrás del tanque de filtración. Oyó más pasos, y se escondió bajo la unidad metálica haciéndose un hueco entre el tanque y la plataforma. Un soldado debía de haber oído algo porque se estaba acercando precavidamente al borde del muelle. Snake salió de debajo del tanque rodando por el lado opuesto, se puso de pie y avanzó sigilosamente hasta situarse a su espalda.

Otro cuello roto, otro guardia muerto.

Snake arrastró el cuerpo hasta dejarlo detrás del tanque y lo registró. Encontró un paquete de cigarrillos americanos.

—Puaj.

Snake prefería una mezcla de químicos y hojas de plantas con una base de nicotina que hacían especialmente para él. No producían apenas humo, lo cual era una ventaja cuando estaba en una misión. Había tenido la tentación de tragarse un paquete antes de dejar el submarino, pero la idea de tener que hacerlos remontar por su esófago al llegar no le hizo gracia. No, para fumar tendría que depender de lo típico que se encontraba en las misiones, por muy horrible que fuera la marca.

Cogió los cigarrillos y se colgó el rifle sobre el hombro.

—¿Snake? Aquí Naomi Hunter.

—¿Sí, doctora?

—Sólo quería recordarte que los soldados genoma tienen un sentido de la vista y el oído muy desarrollados. Llegarán corriendo al primer ruido. Sospecho que están equipados con el mismo péptido anticongelante que tú.

—Eso no va a evitar que los congele.

El coronel interrumpió.

—Snake, hace cinco minutos hemos lanzado dos F-16 como maniobra de distracción. Han partido desde Galena y están de camino; los radares de los terroristas deben haberlos captado ya.

¿Sería eso a lo que se refería Liquid Snake con aplastar unas moscas?

Momento de avanzar. Snake se deslizó hasta el borde del tanque y fue corriendo hasta el contenedor más cercano. Se detuvo, escuchó y fue hasta el que había al lado opuesto, y volvió a correr hasta el siguiente contenedor. Continuó así, avanzando con rapidez de contenedor en contenedor, ganando metros hacia el final de la plataforma. Al llegar al penúltimo, se lanzó a tierra y, a ras del suelo, se asomó por el borde de éste.

El ascensor que acababa de bajar se abrió. Un tercer y un cuarto guardia patrullaban de derecha a izquierda justo enfrente, a unos dos metros del último contenedor. No había manera de llegar hasta ellos por detrás sin que se diesen cuenta, así que Snake esperó a que se dieran la vuelta y caminaran en dirección opuesta a él.

Rodó por el suelo hasta el contenedor más cercano a la puerta del ascensor. Se quedó esperando unos segundos, hasta que los guardas se volvieron a girar y caminaran hacia él. Snake podía oírlos murmurar algo sobre una tormenta. Salió de detrás del contenedor y se puso de pie delante de ellos, sorprendiéndolos.

—Feliz Navidad —dijo al lanzar dos potentes puñetazos, el primero a la izquierda y el otro a la derecha, dándoles a cada uno justo en la cara.

Los soldados cayeron inconscientes al suelo.

—Se me olvidó decíroslo; la Navidad ha llegado pronto este año.

Snake cogió la mano de uno de los hombres y arrastró su cuerpo hasta el contenedor, y luego hizo lo mismo con el otro guardia. En cuanto los dos cuerpos estuvieron cuidadosamente colocados en una esquina, la sirena comenzó a sonar por todo el complejo.

—Fantástico —dijo Snake—. O ya saben que estoy aquí, o está pasando algo. Coronel, voy a subir al montacargas.

Se subió al cubículo abierto y apretó el botón que lo llevaba al nivel de la superficie. Subió en menos de diez segundos. Las puertas se abrieron frente a un espacio enorme donde había un helipuerto y un helicóptero de guerra MÍ-24D Hind-D. Snake miró hacia arriba y vio que el techo era una cubierta de metal corrediza que, en ese momento, se estaba abriendo para que el helicóptero pudiera despegar. Podía ver que en el exterior estaba cayendo una fuerte nevada.

Salió del montacargas y, evitando que lo vieran dos guardias que estaban al final de la plataforma, avanzó a lo largo del muro hacia la zona en penumbra. Se agachó entre las sombras y, de pronto, le habló una voz femenina que no reconocía.

—Snake, las condiciones climáticas son malas. En estos momentos hay una ventisca justo encima de vosotros.

—¿Quién eres?

—Oh, lo siento, soy Mei Ling. También me encargo de los partes climáticos y de tus dispositivos de comunicación.

El techo se había abierto completamente y toda la sala se iluminó igual que Times Square. Los guardias se apartaron cuando las hélices del Hind-D comenzaron a rotar, alcanzando gran velocidad en cosa de segundos.

—Coronel, hay un helicóptero ruso de última generación en el helipuerto. También alguien lo bastante loco como para hacer volar el aparato con este tiempo.

Un buen piloto podía manejar un Hind-D en una ventisca. La gran maniobrabilidad y velocidad de la máquina era bien conocida. Snake había oído que era el helicóptero de combate más difícil de derribar. Su capacidad de ataque era también formidable, ya que poseía misiles, ametralladoras y lanzadoras antitanques Phalanga-P.

Los faros de aterrizaje del helicóptero apuntaron hacia arriba, creando un túnel de

haces de luz para guiar al piloto en su despegue del helipuerto. Aunque la bestia era demasiado grande para ser un helicóptero de asalto, se elevó suavemente como si no pesara nada. Se ladeó un poco mientras el piloto luchaba contra el fuerte viento, pero quien fuera que estaba pilotando el vehículo sabía lo que estaba haciendo. En un momento, salió por el techo abierto y desapareció en la ventisca.

Snake se tomó unos instantes para encender un cigarrillo y, como esperaba, el tabaco comercial le pareció horrible y casi le hizo toser. Pero era mejor que nada, por lo tanto...

—¿Snake? —dijo Campbell.

—¿Sí?

—Liquid Snake se cree un experto piloto. Tiene un ego enorme y probablemente ha insistido en que nadie más que él lleve el helicóptero. Sospecho que anda detrás de nuestros cazas. Eso significa que nuestra maniobra de distracción está funcionando.

—Lo que me sorprende es que nuestros pilotos puedan volar con esta tormenta —comentó Mei Ling.

—Las Fuerzas Aéreas de Alaska están entrenadas para pilotar en estas condiciones. Se podría decir que son los mejores del mundo —contestó Campbell.

—Oídmelo, chicos. No es que desee interrumpir esta animada conversación, ¿pero quiere alguien decirme dónde tengo que ir ahora?

La doctora Hunter le contestó.

—Snake, al jefe de DARPA, Anderson, le inyectaron las mismas nanomáquinas transmisoras GPS que a ti, por lo que podrás seguir su señal a través del Codec. No lo hemos localizado aún, pero tú sí que podrás una vez que te hayas adentrado más en el complejo.

Miró el dispositivo que llevaba en la muñeca y notó una ligera señal.

—Está en un nivel diferente —dijo Snake—. Y está mucho más adentro, bajo tierra. Tengo que adentrarme en los intestinos de este lugar.

—Entonces debes cruzar el helipuerto, Snake. Vemos mucha actividad de los soldados genoma, así que vigila tus..., ejem..., espaldas —dijo Mei Ling.

Snake sonrió.

—Hay otra gran superficie al norte de tu posición. Parece un tipo de hangar. Tendrás que cruzarlo para llegar a las instalaciones principales. También está lleno de guardias.

Estupendo.

—Eso está tirado —le contestó Snake.

Capítulo 5

El camino desde el helipuerto hasta el hangar era directo y aparentemente sencillo, excepto por dos detalles. Primero, Snake contó hasta tres guardias patrullando, de nuevo con uniformes de camuflaje blancos.

Segundo, las luces del techo se habían encendido y se movían en zigzag por toda la superficie del suelo. Mientras Snake estudiaba el ritmo en el movimiento de los focos, se fijó en un objeto que había en la pista de despegue, cerca de donde había estado el Hind-D. La luz volvió a pasar por encima y pudo ver que se trataba de una caja. ¿Merecía la pena arriesgarse para mirar qué contenía?

Seguro que sí. Sería divertido.

Calculó el tiempo que las luces tardaban en hacer su recorrido y determinó que era cada treinta segundos. Para llegar hasta la caja sin que lo iluminaran, tenía que correr hasta el borde de la pista de aterrizaje y esperar a que volvieran a comenzar su recorrido. El problema es que estaría a la vista de todo el helipuerto. Entonces, diez segundos después de haberse iluminado la pista, volvería a quedarse en la oscuridad el tiempo suficiente como para coger la caja y correr hacia la izquierda, al muro oeste de la estructura.

¿Pero dónde estaban los guardias? Dos de ellos habían desaparecido de su campo de visión. Podía ver a uno que seguía de pie al lado norte de la explanada, cerca de un gran camión. Bien, Snake no tendría que ocuparse de aquel soldado hasta el final. ¿Los otros dos? Como no los localizaba, fue hasta un grupo de barriles de petróleo, se agachó y escudriñó el lugar desde una perspectiva diferente.

«Ahí.»

Uno de los guardias estaba frente a una entrada de doble puerta al lado izquierdo de la superficie. Tendría que correr hasta ese punto tras coger la caja. Ningún problema, se las arreglaría con él cuando llegara el momento. Pero, ¿dónde estaba el tercer tipo? Esperó unos segundos más, pero no apareció. ¿Merecía la pena coger la caja? Aquel guardia podía estar en cualquier parte.

Los haces de luz se alejaron de los bordes del helipuerto. Era ahora o esperar al próximo ciclo, que tardaría demasiado. Snake rodó por el suelo llegando a la esquina del helipuerto en cosa de segundos. Se agachó, esperando no ser visto. Afortunadamente, su traje oscuro de camuflaje se fundía con las sombras a la perfección.

«No podéis verme, bastardos.»

Permaneció totalmente quieto y, al comenzar nuevamente el ciclo, contó el tiempo.

Voces. Dos hombres. Un tercer soldado se había reunido con los otros dos de la izquierda, hacia donde tenía que dirigirse Snake. Esa parada iba a ser un poco más arriesgada de lo que pensó en un principio.

Los reflectores barrieron el suelo. Aún veía al guardia que estaba al lado del camión, fumando. Por lo menos no se movía.

Los haces de luz se cruzaron y se alejaron del centro. Snake se puso en acción, corrió hasta la H pintada en el suelo, alcanzó la caja y miró en su interior. Granadas. Tres granadas Chaff. Las cogió, abrió rápidamente su portagranadas vacía y las metió dentro. Era el momento de actuar.

Se alejó corriendo hacia la izquierda, donde los guardias quedaban a unos seis metros de él. Estaban fumando y hablando. Aunque miraban en su dirección, por el momento no lo habían visto.

Snake se lanzó a por ellos y las miradas de los hombres finalmente se fijaron en él. Sólo tuvieron tiempo de abrir sus bocas de asombro al ver a Snake dando un salto para abalanzarse sobre ellos como un murciélago salido del infierno. Noqueó al recién llegado con la rodilla, y los otros dos soldados cayeron hacia atrás mientras Snake los tenía agarrados por el cuello, justo debajo del mentón. Usando toda la fuerza posible, se tiró contra el suelo, aprovechando las cabezas de los guardias como cojines. El crujido que hicieron al chocar con el cemento significó el final de la conversación.

Snake se volvió y miró hacia el norte. El guardia que estaba al lado del camión había desaparecido.

Mala cosa.

Agarró a los tres soldados por sus capuchas forradas de piel y los arrastró unos ocho pies hasta un hueco situado al oeste de la estructura. Las puertas dobles que había visto antes abiertas aparentemente llevaban a una especie de almacén. Merecía la pena echar un vistazo.

Delante de la entrada, había una cámara de seguridad que se movía haciendo un barrido panorámico.

¿Una cámara de seguridad?

Si calculaba bien el momento, podría pasar. Snake observó su movimiento y en el segundo en el que se alejaba, corrió, saltó a través de las puertas, rodó por el suelo y aterrizó de pie, con su SOCOM en la mano.

Otro guardia estaba echado sobre una mesa con la cabeza cubierta con una capucha y apoyada entre los brazos.

Snake se quedó de piedra. ¿Estaría durmiendo?

A modo de respuesta, el guardia respiró profundamente, movió la cabeza, murmuró algo y volvió a apoyarla entre los brazos. Snake se dirigió silenciosamente a un rincón del almacén para examinar lo que había en las cajas. La mayoría contenía

comida, nada que pudiera servirle. Por lo visto, los ratones habían atacado alguna de las cajas de cereales; había agujeros en las cajas inferiores y granos esparcidos por todo el suelo. Fue hacia el muro oeste, lo rodeó y avanzó lentamente por la habitación. Finalmente, se encontró a menos de un metro de distancia del guardia que estaba dormido sobre la mesa.

El hombre roncó tan fuerte que se despertó. Levantó la cabeza justo como Snake quería.

—Parece que cuando duermes sufres de apnea —le dijo—. Sería mejor que te lo hicieras ver.

Cuando el guardia se giró para ver quién le había hablado, Snake se le acercó, le agarró la cabeza por la capucha y le dio una vuelta completa. El sonido que produjo sonó como una bofetada. Luego lo tumbó suavemente sobre la mesa y le colocó la cabeza y las manos como si estuviera durmiendo. Después fue hacia la parte norte del almacén y miró en los estantes.

—Coronel, he encontrado un par de gafas con sensores térmicos.

Eran unas ArmsTech Modelo A, un fiable y eficiente sensor térmico de imágenes camufladas. Snake las cogió y se las guardó en el bolsillo.

—Hola, Snake, soy Nastasha Romanenko.

—Ah, sí, la especialista nuclear. ¿Cómo está la soleada California?

—Estupenda, excepto que aquí es de noche. Me alegro que hayas encontrado las gafas térmicas. Como ya sabes, cuando te las pones las imágenes se activan según el calor que desprendan, en vez de amplificar la luz como las de visión nocturna. Funcionan igual de bien en la oscuridad total y no sólo eso, pueden también penetrar sistemas de camuflaje ópticos.

—Vale. Gracias, Nastasha, pero ya lo sabía.

—Oh, lo siento. Mejor me quedo callada hasta que tengas una pregunta para mí, ¿no es así?

—Exacto.

—Me han pedido que participe en esta operación como supervisora del equipo de alertas nucleares y acepté encantada. No podemos permitir que los terroristas pongan sus manos sobre armas nucleares de ningún tipo. Espero poder ayudarte a evitarlo.

—Te llamaré si te necesito, Natasha, no lo dudes —contestó Snake cerrando la transmisión.

Miró rápidamente los demás estantes y cajas. Tuvo la tentación de llevarse una que contenía cartuchos para una M9, pero decidió no hacerlo. Ya había pasado demasiado tiempo en el helipuerto.

Snake se asomó fuera del almacén. Con la mirada puesta en la cámara de vigilancia, esperó a no estar en su campo de visión y luego rodó por el suelo hasta un contenedor. Apoyó su espalda en él deslizándose poco a poco hasta el borde. Todo

despejado. Siguió hasta el próximo contenedor, el que estaba paralelo al camión. Era un vehículo de carga Full Tracked Cargo Carrier modelo M548. Podría ser interesante echar un vistazo bajo la lona para ver qué tesoros escondía, pero no estaba seguro de dónde estaba el último guardia. Esperó durante unos preciosos segundos, escuchando atentamente.

Oyó los pasos de unas botas a su derecha. Se agachó y vio al soldado caminando alrededor de un contenedor y dirigirse después hacia su posición al lado del camión. Snake abrió su portagranadas, sacó una granada Chaff, le quitó el seguro y lanzó el explosivo por encima del contenedor para que al aterrizar rodara hasta el muro derecho. Explotó cinco segundos después, y el aire se llenó de microscópicas partículas de metal. Las granadas Chaff no eran particularmente incendiarias y no provocaban mucho daño. Se usaban principalmente para bloquear los sistemas de detección del enemigo y distraer.

El guardia, sorprendido por el ruido, se dirigió hacia el muro derecho. Llamó a sus compañeros y, al no recibir respuesta, caminó con cautela hacia el lugar de la explosión con el rifle preparado. En cuanto estuvo detrás del contenedor y fuera de la vista, Snake corrió hacia el camión y se agachó a su izquierda. Se permitió mirar bajo la lona y vio que la cama del vehículo estaba llena de cajas de cartón. Había una abierta y contenía más granadas Chaff. Snake metió la mano, sacó dos y se las metió en el bolsillo.

Luego se volvió hacia la pared norte. Unas puertas cerradas de acero llevaban a la siguiente parte de la instalación. Snake dudaba que fuese muy seguro pasar por ellas a paso de vals. Sin embargo, había una tubería de ventilación en el muro junto a las puertas. Estaba cubierta con una sencilla reja de malla que se podía sacar fácilmente con los dedos. Era su próximo objetivo, pensó, pero no podía permitir que el guardia que quedaba vivo encontrase a sus compañeros fuera de juego.

—¡Aquí! —llamó.

El guardia le contestó, pensando que era la voz de uno de sus compañeros. Snake oyó el sonido de sus botas corriendo hacia él, por lo que se tiró al suelo y rodó por debajo del camión. El hombre, confundido al no ver a nadie, llamó a sus compañeros por su nombre. Snake apareció por el otro lado del vehículo, se puso en pie y se le acercó por detrás con toda naturalidad.

Esta vez, rodeó al soldado con sus brazos y agarró su rifle de asalto con las dos manos. Hincó el arma en el cuello del guardia sin dejar de presionar hasta doblarlo. Snake abrió la puerta de pasajeros del camión y tiró al hombre encima del asiento sin ninguna ceremonia.

Corrió hacia la rejilla y la sacó con las manos enguantadas. La tubería era lo bastante grande como para poder deslizarse por ella, pero aun así era estrecha. Encendió una linterna que llevaba incorporada a una hombrera. Ahora se trataba de

arrastrarse por el tubo hasta el otro extremo.

Avanzó como pudo por el claustrofóbico túnel metálico, feliz a su vez de poder cobijarse del frío. Aunque el helipuerto estaba cubierto por un techo corredizo, allí la temperatura era casi como la del exterior. Una vez que llegara a lo que eran las instalaciones propiamente, habría calefacción.

—¿Qué tal te va, Snake? —preguntó Campbell.

Snake contestó con un gruñido.

—Aquí hay mierda de ratón —pudo oír cómo se reían las mujeres—. A mí no me parece gracioso.

—Snake —dijo Campbell—, si ése es el peor de tus problemas, entonces lo tienes fácil.

Continuó arrastrándose hasta llegar a una rejilla que había en el suelo de la tubería. Miró a través de ella, y vio un gran espacio que parecía ser un almacén de equipamiento pesado. De hecho, podía distinguir la parte trasera de un tanque y sus orugas.

—Un Abrams —dijo.

—¿Qué?

—Coronel, aquí tienen un tanque Abrams.

—Correcto, Snake. Tienen dos. Nuestro servicio de inteligencia nos informa de que estás acercándote a un hangar para vehículos armados, partes de tanques y, por lo que creemos, munición.

—Es bueno saberlo, coronel, pero por el momento tengo todo lo que... espera.

Dos guardias aparecieron en la pasarela justo debajo de él, a un metro y medio de la tubería. Al pasar, Snake oyó parte de su conversación.

—... la limpieza de los tubos. Van a poner un gas antirratones —dijo uno.

—Entonces, ¿qué habéis hecho con él?

—¿Con el de la DARPA? LO llevaron a una celda en el sótano del primer piso, junto a la de una mujer.

—Me han dicho que está buena. Lo que daría yo por...

Y luego desaparecieron.

¿Una mujer? ¿Meryl Silverburgh tal vez?

—Coronel, sé donde está Anderson, el jefe de la DARPA —dijo Snake—. Y creo que sé también dónde está tu sobrina.

Continuó desplazándose de costado a través de la tubería hasta llegar a un punto en que descendía. No sabía hasta donde llegaba, pero no había otra opción. Estiró los brazos y utilizó presión isométrica para descender, deslizándose con la espalda apoyada a la pared del conducto. La tensión de sus hombros y rodillas era tremenda, pero había practicado esta maniobra muchas veces en las pruebas de obstáculos del FOXHOUND.

Finalmente llegó hasta otra rejilla de ventilación. Se ancló con la espalda y las rodillas a la tubería para poder asomarse. Aparentemente, los mismos dos guardias habían bajado las escaleras y estaban a unos dos metros de la ventilación, apoyados sobre una barandilla.

—... nos han alertado.

—¿Por qué?

—Me han dicho algo sobre un intruso. Ya se ha cargado a tres centinelas y dicen que va camuflado. Han doblado la seguridad. ¡Vamos!

Se alejaron por la pasarela y Snake los perdió de vista.

—¿Un intruso? ¿Camuflado?

—Coronel, hay otro intruso aquí. A no ser que estén hablando de mí, las cosas se están complicando mucho más.

—¿Has escondido a los guardias que has neutralizado?

—Sí, señor. Pero eso no significa que no los puedan encontrar.

—Entonces puede que estén tras de ti.

«Pero yo me he cargado a más de tres centinelas...», reflexionó Snake.

—Creo que no, coronel. Creo que están hablando de otra persona. No importa. Yo sigo avanzando.

Se separó del muro del conducto y, con un esfuerzo agotador, continuó descendiendo como una araña hasta que apareció el bendito final. El tubo vertical terminaba en una T de la cual partían dos pasajes en direcciones opuestas. ¿Por cuál de ellos ir? ¿Cara o cruz?

En ese momento, oyó el ruido de unas garritas que se acercaban veloces. Era como una señal para ayudarlo a contestar la pregunta.

«¿Qué diablos...?»

Un pequeño grupo de ratones llegó corriendo desde su izquierda, pasaron por encima de sus pies y continuaron por el conducto hacia la derecha. Cuando se hubieron marchado, Snake murmuró: «¿Dónde está el fuego, chicos?». Dedujo que los roedores sabían lo que hacían y fue hacia la derecha.

—Snake, te tenemos localizado muy cerca del hangar —le anunció Mei Ling—. Tiene que haber una ventana de ventilación a pocos metros.

—La veo.

Ralentizó el ritmo y se concentró en no hacer ningún ruido. Estaba casi seguro de que había gente justo debajo de la ventana de ventilación, y lo más probable es que no se tomaran a bien que hubiera un extraño reptando por sus túneles de aire.

Se acercó a la ventanilla y miró a través de la sucia malla. Llegaba hasta la planta baja del hangar. Aunque el espacio era bastante grande como para guardar un pequeño avión, lo que ocupaba el lugar eran dos tanques Abram. Unos focos iluminaban lo suficiente el hangar como para que alguien que cruzara el espacio

corriendo fuese visto, incluso si iba vestido de negro.

No había guardias a la vista, pero Snake podía oír a dos hombres. No estaba seguro de si veían la rejilla o no, pero aun así, la sacó e, inclinándola, la metió dentro del conducto. Entonces se atrevió a asomar la cabeza a través del orificio.

Los dos guardias estaban en una pasarela del segundo nivel a su derecha. No había señales de gente en la planta baja, lo cual no significaba que no hubiera nadie. Snake pensó que era mejor ir sobre seguro y hacer algo que los distrajera para salir del tubo sin que lo viesan. Sacó una bala de calibre 45 de su canana, asomó la mitad del cuerpo y lanzó la bala al aire, apuntando al tanque Abrams más cercano. La oyó golpear el suelo al otro lado del hangar, pero los hombres no percibieron ese ruido debido al del sistema de ventilación. No quería usar otra bala pero no tenía opción. Esta vez apuntó a la pasarela de la izquierda, directamente al lado opuesto de los guardias. La lanzó hacia el muro de la izquierda, y esta vez rebotó en la pasarela, haciendo un ruido metálico al caer. Los dos guardias miraron, murmuraron algo y se separaron. Uno partió a patrullar al lado oeste del hangar a través de la pasarela norte y el otro por la del lado sur, lo cual lo hacía pasar justo por encima de Snake. Este esperó hasta escuchar sus botas encima de él para sacar todo su cuerpo del conducto. Una vez en pie, corrió hacia el centro del hangar y se refugió al lado derecho del tanque más cercano. Desde ahí veía el montacargas en el muro oeste. No podía arriesgarse a correr hasta él porque los guardias que estaban en las pasarelas lo verían claramente.

Lanzó una maldición para sí mismo y miró a su alrededor en busca de otra alternativa. A unos cuatro metros dirección sudeste, había una escalera de acero que llevaba a la pasarela del segundo nivel. Sacó de su cartuchera otra bala y la tiró lo más fuerte que pudo hacia el extremo norte del hangar. Esta vez golpeó el segundo tanque Abrams. Los guardias se apresuraron a investigar lo que pasaba y, al darle la espalda, Snake aprovechó para ir corriendo hacia la escalera. Como si fuera un felino, subió por ella con silenciosos y suaves movimientos. Allí arriba, la luz era menos intensa y las sombras eran sus aliadas, así que se aprovechó de cada una de ellas para avanzar por la pasarela hasta quedar agachado justo al lado de los guardias. Estaban mirando hacia abajo, estudiando la zona cercana al segundo Abrams.

Snake se puso de nuevo a cuatro patas para poder recorrer la pasarela silenciosamente, un truco que Master Miller le había enseñado. Los pasos sobre una estructura metálica hacen demasiado ruido. En ese contexto, la única manera de sorprender a tu objetivo era convertirte literalmente en un felino. Cuando se encontraba a unos quince metros de ellos, Snake se detuvo boca abajo en la pasarela y de un bolsillo de la pernera de su uniforme sacó el silenciador de la SOCOM. LO puso en el cañón y, apuntando con las dos manos, disparó a uno de los guardias. Le gustó sentir el retroceso; hacía mucho tiempo que no disparaba un arma estando de

servicio. Tirar a bolas de nieve en su cabaña era una buena práctica, pero nada reemplazaba un objetivo vivo.

El hombre se sacudió ligeramente, como si lo hubiese mordido un insecto. El otro parecía confuso al ver a su compañero perder el equilibrio. En cuanto el guardia herido comenzó a desplomarse, Snake apuntó con precisión y disparó al segundo. Volvió a sentir la sacudida de la pistola en sus manos. El primer guardia cayó al suelo de la pasarela y el segundo, lanzando un grito de dolor, se tambaleó hasta la barandilla y cayó por encima de ella. Su cuerpo golpeó el suelo de cemento con un sordo sonido.

Snake miró a su alrededor buscando alguna señal de movimiento en el hangar.

Allí no había nadie más. Se puso en pie, corrió hacia la escalera y descendió a la planta baja. Podía dejar el primer cuerpo en la pasarela, ya que no estaba a la vista, pero tenía que deshacerse del otro. Cruzó el espacio, lo cogió por los tobillos y lo arrastró al otro lado, cerca de unos barriles. Abrió la tapa de uno de ellos, levantó el cuerpo, lo echó dentro y lo volvió a cerrar.

El almacén estaba justo a la derecha, pero las puertas tenían un código de seguridad.

—Coronel, ¿alguno de vosotros tiene algún código de seguridad para mí?

—Negativo, Snake. Tendrás que sacarlos de alguna parte, o de alguien.

A Snake no le apetecía intentar adivinar un código con una infinidad de posibilidades matemáticas, así que dejó cerrada la cueva de los tesoros y corrió al montacargas. Apretó el botón que decía SI y dijo:

—Coronel, voy hacia el primer sótano. El espectáculo acaba de empezar.

Capítulo 6

Snake se puso en postura de disparo con la SOCOM en ambas manos frente a las puertas del montacargas. Éstas se abrieron en el primer sótano hacia un pasillo vacío de varios metros de largo, antes de girar a la izquierda. Mantuvo la pistola preparada al salir del ascensor. Lo primero que le llamó la atención era lo mal que olía, una mezcla de olor a humedad como la de un baño sucio. Pensó que si en ese nivel había prisioneros, a esas alturas estarían desmayados o medio asfixiados.

A su derecha, había una puerta de acero cerrada. Snake echó un rápido vistazo a la cerradura y se dio cuenta de que era inútil intentar abrirla.

—Snake —dijo Mei Ling—, hemos detectado tres cuerpos sin vida en la zona. Mira tu Codec. Nos llega la señal de que el jefe de la DARPA está muy cerca de ti.

—Ya lo veo.

Como indicaba el coronel, en el mapa de la planta baja de su Codec apareció una luz azul parpadeante. Snake avanzó por el corredor hasta llegar a otra puerta, que también estaba cerrada.

—Estoy en la puerta del bloque de celdas. No hay suerte, chicos, a no ser que tengáis un código para mí.

—Aún no. Tiene que haber otra entrada. Sigue buscando.

Snake continuó avanzando hasta llegar a un cruce y, pegado a la pared, se detuvo. Se asomó con cautela y vio que el camino estaba despejado. Continuó avanzando con la pistola aún en la mano, pero no encontró ninguna puerta ni salida. Sin embargo, había una escalera apoyada sobre el negro muro.

Y otra tubería de ventilación justo por debajo del techo.

—Ya he encontrado la manera de entrar. No cambies los canales, voy a desaparecer unos segundos.

Colocó la escalera rápidamente, subió hasta la rejilla de ventilación, la quitó y se metió dentro del conducto. El olor era aún peor. Snake se arrastró por él y, a unos tres metros, llegó a una intersección. El tubo continuaba recto, pero a la izquierda había una ramificación. Miró el mapa en el Codec. Era difícil saber qué camino sería el que lo llevase hasta la parpadeante luz azul que le indicaba la posición de Anderson. Intentaría primero el de la izquierda.

Continuó avanzando silenciosamente hasta llegar a otra rejilla en la base del conducto, desde donde se veía una letrina. Un guardia alto y rubio estaba sentado en el retrete con una revista en su regazo. Los sonidos que salían del interior del hombre eran casi inhumanos. El guardia emitió un quejido, eructó y mencionó algo sobre el *curry* de la noche anterior.

—Lo oímos, Snake. Estamos analizando los algoritmos de su voz por si es alguien importante —anunció Mei Ling.

Snake verificó la luz indicativa en el Codec. Era evidente que Anderson, el jefe de la DARPA, no se encontraba a lo largo de la porción de conducto que había elegido. Aun así, era útil conocer la distribución de ese nivel por si tenía que volver. Dejó atrás los servicios y llegó hasta otra rejilla situada unos veinte pies más adelante. Al mirar hacia abajo, vio una oficina desordenada, con un escritorio lleno de papeles y envoltorios de comida basura, algunas revistas guarras y tres pantallas de ordenador. Lo que más le llamó la atención fueron las cajas de munición y las granadas que había en el suelo, al lado de la pared. Dedujo que la oficina pertenecía al hombre que estaba en el baño.

—Es un guardia del nivel inferior, Snake, un novato —le dijo Mei Ling— Lo conocen como Johnny. Según el listado del personal de Shadow Moses, es el técnico informático de la base.

—Me gustaría bajar a su oficina y echar un vistazo.

—Recuerda tus prioridades —oyó decir a Campbell.

—No te preocupes, coronel. Estoy volviendo a la bifurcación.

Snake consiguió darse la vuelta y volver a la otra sección del conducto. Se arrastró cinco metros más y llegó a otra bifurcación a la izquierda. Justo detrás, había una nueva rejilla. Se acercó a ella y vio la celda que había debajo.

Una chica joven vestida con lo que parecían ser unos pantalones militares y un sostén de gimnasia estaba en el suelo haciendo abdominales. Era pelirroja, delgada y fibrosa; evidentemente, se tomaba sus ejercicios muy en serio.

Meryl Silverburgh, en persona.

Snake se preguntó si debía hacerle saber que estaba allí, pero decidió que mejor no. Lo primero era lo primero. Sus órdenes eran encontrar a Anderson antes que nada. Además, la chica no parecía estar sufriendo. Volvería a buscarla más adelante.

Continuó su camino y, unos tres metros más allá, llegó hasta otra rejilla. Ésta también daba a una celda y pudo ver a un afroamericano con la cabeza entre las manos sentado en una decrepita litera. Snake miró el Codec y vio que estaba justo encima de su objetivo. Sacó la rejilla, la puso dentro del conducto y se dejó caer en el interior de la celda.

Anderson, el jefe de la DARPA, miró hacia arriba y dio un grito ahogado.

—Soy amigo —dijo Snake en voz baja—. Estoy aquí para liberarlo.

—¿Quién eres?

El hombre parecía desgastado, mucho mayor de cincuenta años. Llevaba puesto lo que parecía haber sido un buen traje. Su camisa blanca estaba cubierta de manchas de sangre.

—Mi nombre no importa. ¿Usted es Anderson, verdad?

El hombre asintió y se puso de pie un tanto tembloroso.

—¿Está bien?

—Creo que sí. Me han torturado.

—De acuerdo. Nos vamos de aquí, pero antes necesito cierta información. Siéntese un minuto.

Anderson vaciló unos instantes y luego volvió a la litera.

—¿Qué quieres saber?

—Estos terroristas han amenazado con un ataque nuclear. ¿Son capaces de hacerlo?

—¿Terroristas?

—Los tipos que han tomado la base y su pequeño ejército. Están chantajeando a la Casa Blanca con un ataque nuclear si no se aceptan sus condiciones. ¿Pueden hacerlo?

Anderson cerró los ojos y dijo:

—Me temo que sí, si quieren pueden lanzar un misil.

Snake se puso de cuclillas frente a él para que pudieran hablar en voz baja.

—Pero yo creía que la isla Shadow Moses era sólo una planta donde se desmantelan cabezas nucleares. ¿Cómo pueden los terroristas acceder a una cabeza nuclear en funcionamiento?

—¿No estás muy informado, verdad? —dijo Anderson con una sonrisa de suficiencia—. Esto no es más que una tapadera. ¿Una planta de desactivación nuclear? Sí, es también parte de Shadow Moses, pero durante años realmente ha sido una instalación del gobierno para investigar y desarrollar nuevo armamento. Hemos estado trabajando en un arma experimental. Me permito decir que es una muy importante.

Snake vio que el hombre aún mantenía su orgullo o de alguna forma su dignidad.

—¿Qué quiere decir?

—Es un tanque que tiene la capacidad de lanzar un ataque nuclear desde cualquier parte de la tierra gracias a su movilidad.

Snake sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

—¿El Metal Gear? ¡No puede ser!

Anderson parecía sorprendido.

—¿Has oído hablar del Metal Gear? ¡Es nuestro proyecto no oficial más secreto! ¿Cómo puedes estar al corriente?

—Dejémoslo en que he tenido algún contacto con el tema Metal Gear en el pasado. —De hecho, en los incidentes de Outer Heaven y Zanzibar Land en los que Snake se había encontrado con Big Boss los Metal Gear habían tenido cierto protagonismo—. Pero pensé que el proyecto había sido abandonado por peligroso

—No. ArmsTech y la DARPA unieron sus fuerzas para perfeccionarlo. Hemos

estado trabajando en él tres años, y ya está terminado —el hombre suspiró profundamente—. Pero ahora lo tienen los revolucionarios.

«¿Revolucionarios?»

—¿Quiere decir terroristas?

—Bueno, sí, terroristas. Tienen al REX.

—¿REX?

—Metal Gear REX. Ese es su nuevo nombre en clave. Y seguramente ya ha sido armado con una cabeza nuclear. Estos tipos son expertos. Todos tienen experiencia en el manejo y equipamiento de armas nucleares.

Una voz al otro lado de la ventana de la celda los sobresaltó.

—¡Hey!

Snake se alejó y se pegó a la pared, junto a la puerta.

—¿Estás otra vez hablando solo? ¡Cállate!

Anderson murmuró una disculpa y miró al suelo. Tras unos momentos, Johnny se alejó. Snake esperó un poco y luego se deslizó por la celda hasta el borde de la litera. Continuaron la conversación en susurros.

—¿Hay medidas de seguridad de lanzamiento? —preguntó Snake—. ¿Códigos de detonación? ¿Códigos a prueba de fallos?

—Sí, quieres decir un PAL. Hay dos códigos de acceso diferentes para el lanzamiento. Yo conozco uno de ellos. Baker, el presidente de ArmsTech, conoce el otro —Anderson bajó la cabeza derrotado—. Pero ya tienen mi código.

—¿Ha hablado?

—Te he dicho que me han torturado. El de la máscara antigua, Psycho Mantis, te lee la mente. Por mucho que lo intentes, no puedes resistirte. ¡Y créeme que lo intenté! Ahora es cosa de tiempo antes de que consigan el de Baker también. Puede que ya lo tengan.

—¿Dónde está Baker?

—Estábamos juntos, pero nos separaron. Lo llevaron a alguna parte en el sótano de la segunda planta. Oí al guardia decir que lo han puesto en una zona que tiene muchos circuitos electrónicos.

—¿Alguna pista más?

—Creo que han cegado todas las entradas, pero eso fue ayer. Dudo que ya las hayan pintado.

Snake maldijo para sí mismo.

—Estupendo. Puede que ya tengan ambos códigos de acceso.

—Pero hay otra manera de detener el lanzamiento.

—¿Sí?

—Con tarjetas magnéticas de acceso. Hay... hay tres de ellas. Incluso sin los códigos, puedes insertar las tarjetas y accionar el sistema de seguridad.

—Fantástico. Tres llaves magnéticas. ¿Y dónde están?

—Las tiene Baker.

—Entonces tenemos que ir a buscarlo. Venga, vamos a sacarlo de aquí. ¿Puede andar?

—Oh, acabo de pensar una cosa —Anderson se puso de pie, metió la mano en el bolsillo y sacó de su cartera algo que parecía una tarjeta de crédito y se la pasó a Snake—. Ésta es mi tarjeta de identidad, es una PAN. Abre cualquier puerta de seguridad de Nivel Uno.

—Ya sé cómo funciona. *Personal Area Network*. Gracias.

—¿Nadie te ha hablado de otra manera para desarmar el PAL, verdad?

—¿Qué quiere decir? Ni siquiera sabía que tenían aquí un Metal Gear.

—¿Acaso la Casa Blanca va a aceptar las condiciones de los terroristas?

—Ni idea. Eso es problema suyo. Yo tengo mis órdenes y...

—¿Y qué hay del Pentágono?

—¿El Pentágono? ¿De qué está hablando?

—Entonces no sabes que yo... yo —la expresión de Anderson de repente se truncó en una mueca de dolor. Se le abrieron los ojos de miedo y se apretó el pecho intentando respirar.

—¿Qué pasa? ¿Qué le ocurre?

El hombre lanzó un fuerte gemido y, presa del pánico, intentó acercarse a Snake. Lo agarró por los hombros y quiso decir algo, pero no tenía aliento. Finalmente, como si una descarga eléctrica le hubiese sacudido el pecho, su cuerpo tembló violentamente y cayó al suelo.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó la doctora Hunter.

—No lo sé. Me parece que el jefe acaba de tener un ataque cardíaco.

—¡Tómale el pulso!

Snake obedeció.

—Nada. No hay pulsaciones. No lo comprendo, hace un minuto estaba bien, ya lo habéis oído, y de repente...

—Olvídalo, Snake —dijo Campbell—. Mejor que vayas a buscar al presidente de ArmsTech, y hazlo rápido.

—Coronel, ¿qué es lo que decía del Pentágono? ¿Me estáis ocultando información?

—No, Snake, pero...

—¿Pero qué?

—Snake, esta operación es de nivel rojo. Ya sabes cómo va. Necesitarías la autorización de seguridad más alta para estar al corriente de toda la historia.

—¿Y no la tengo? ¿Me habéis mandado aquí para hacer el trabajo sucio y no sé todo lo necesario para sobrevivir?

—Houseman, el secretario de Defensa, está en el control de operaciones, como te dije, y yo le mantengo informado. No tenemos tiempo para discutirlo ahora.

—Está bien. Espera...

Escuchó un altercado en la celda contigua, la de Meryl. ¡Estaba luchando con alguien! Duró varios segundos. Snake se preguntó si debía volver rápidamente al conducto de ventilación y ayudar a la mujer. Pero en ese momento oyó el fuerte ruido de un cuerpo cayendo sobre una litera, seguido de un silencio.

Esperó un momento, y luego pudo oír cómo la puerta de la celda de Meryl se abría. Se subió a la litera de Anderson para volver al conducto, pero oyó una tarjeta introducirse en la cerradura.

—¿Señor Anderson? —susurró una voz dulce.

Se abrió la puerta. Allí estaba Johnny, con una máscara y un FAMAS apuntando a Snake. No, no era Johnny.

La voz femenina le increpó:

—¿Has matado al jefe de la DARPA!

—¿Qué?

—Te he oído desde el otro lado de la pared. ¡Lo has matado!

Snake se dio cuenta de que al guardia le temblaban las manos. Bajó su SOCOM.

—¿Has apuntado a alguien antes? Te tiemblan las manos.

—¿Quién eres? —le preguntó Meryl Silverburgh.

Snake contuvo la risa.

—¿Me vas a disparar, novata?

—Cuidado, no soy ninguna novata.

—Nunca has tenido que matar a nadie, ¿verdad? Ni siquiera le has quitado el seguro, novata.

La chica se quitó la máscara para verlo mejor.

—¿Liquid?

—¿Qué?

—No, espera. No eres él... pero te pareces a...

—Sí, ya lo sé. Venga, vamos a sacarte de aquí, ¿de acuerdo? Estoy de tu lado. Me ha enviado tu tío Roy. ¿Qué le ha pasado a Johnny?

Ella bajó su rifle.

—Quiso pasarse de la raya. Lo he dejado en mi celda. ¿Qué tal me veo?

El uniforme del guardia le quedaba un poco grande.

—Creo que colará. Tengo que llegar al sótano del segundo piso. ¿Conoces a Baker, el presidente de ArmsTech?

—Sí.

—Entonces vamos.

Salieron juntos de la celda, y Snake vio a Johnny tirado en el suelo boca abajo y

con el culo en pompa. En ese momento, oyó abrirse la puerta corredera del bloque de las celdas. Tres soldados genéticamente modificados irrumpieron en el área. Meryl se volvió de inmediato para disparar el FAMAS, pero tal como le había dicho Snake, tenía el seguro puesto. Snake reaccionó con rapidez y sacó la SOCOM: «twak, twak, twak». Con un tiro en la cabeza a cada uno terminó rápidamente con el trío.

—Buen trabajo, novata —dijo Snake.

—Cállate.

Antes de que les diera tiempo a refugiarse, oyeron el ruido de unas botas aproximándose. Aparecieron tres soldados más por la puerta, pero esta vez Meryl descargó una estruendosa ráfaga de disparos liquidándolos en cosa de segundos.

Miró a Snake como diciendo:

—¿Has visto eso?

—Buen disparo, pero ahora todo el complejo sabrá que estamos aquí.

Corrió hacia la puerta y le dijo:

—Vamos, conozco bien este lugar.

—¡Meryl! ¡Espera!

Pero ya se había ido.

«¿Dónde diablos va?»

La siguió hasta la salida del bloque de las celdas. Estaba al final del pasillo, en dirección a la puerta. Ella se dio la vuelta, lo apuntó con el FAMAS y disparó otra ráfaga. Snake saltó hacia el lado para evitarla, rodó por el suelo y blasfemó en voz alta. Para cuando volvió a ponerse de pie, ella había desaparecido.

«¡Qué tía más loca! ¿Por qué ha hecho eso?»

Corrió tras ella, pero de pronto se sintió desorientado. Por unos instantes no sabía dónde estaba, y un dolor abrasador le atravesó la cabeza. Se tambaleó y se apoyó en la pared. Estaba confuso, pero no lo bastante como para no preguntarse por qué no había agujeros de bala en la pared. Estaba totalmente lisa.

«¿Me estoy imaginando cosas?»

Luego cerró los ojos... y vio a Anderson, el jefe de la DARPA, amarrado a una silla y con una lámpara de interrogatorio brillando encima de su cabeza, muerto o desmayado. Snake reconoció a las tres figuras que rodeaban al pobre hombre: Liquid Snake, Revólver Ocelot y Psycho Mantis.

—Está muerto —dijo Ocelot.

—¡Estás loco! —gruñó Liquid—. ¡Te dije que tuvieras cuidado!

—Su escudo mental era demasiado fuerte.

—Ahora nunca vamos a obtener los códigos de detonación.

—Espere, señor —dijo Mantis—. Tengo una idea.

Cuando volvió a abrir los ojos, la visión se había disipado y sintió en su cara el frío acero del bloque de celdas. Cuando recuperó la conciencia, se dio cuenta de que

estaba de pie abrazado a la pared. El dolor de cabeza se le pasó tan rápido como le sobrevino y ya no se sintió desorientado.

—¿Doctora Hunter?

—Sí, Snake.

—No sé... algo raro acaba de suceder.

—¿Qué?

—He tenido una especie de alucinación. Y un horrible dolor de cabeza durante un minuto, pero ya se ha pasado.

Tras un silencio, la doctora Hunter le dijo:

—Puede ser una interferencia psicométrica que viene de Psycho Mantis. Tal vez esté cerca. ¿Qué ha visto?

Snake agitó la cabeza para despejarse.

—No importa. Estoy de camino al sótano del segundo piso. Esperemos que Baker siga con vida. Y, coronel...

—¿Sí, Snake?

—Tu sobrina es una bomba.

Capítulo 7

El montacargas se detuvo en el segundo piso y las puertas se abrieron. Daban a una habitación mal iluminada del tamaño de un gimnasio. Había fortines de cemento contruidos en el suelo. Snake imaginó que cada uno tenía sus propias armas y abastecimiento. Pegado a la pared, avanzó hasta una esquina para examinar la habitación. Estaba muy silenciosa... demasiado silenciosa.

¿Y qué demonios había ocurrido con Meryl? ¿Hacia dónde había salido corriendo?

—Snake, estás en un arsenal —dijo Mei Ling— Nuestros servicios de inteligencia nos informan de que cada uno de esos bloques de cemento está cerrado con una cerradura de máxima seguridad, de Nivel Uno. Es muy probable que el presidente de ArmsTech esté al otro lado del arsenal, en uno de los almacenes situado detrás de los búnkeres.

—Gracias. ¿Sabes una cosa? Hay algo en este lugar que no me gusta.

Snake sacó de su bolsillo las gafas térmicas que se había apropiado. Se las puso, e inmediatamente pudo ver enfrente de él la silueta de un cuadrado. Una trampa o lo que los entendidos llamaban una puerta asesina. A menudo, lo que esperaba a aquellas almas despistadas que picaban era una horrible muerte debida a una larga caída sobre pinchos de acero o a una profunda piscina de la cual no podían salir.

Snake cogió carrerilla y saltó por encima de la trampa. Se dejó las gafas puestas por si hubiese más. Ahora comprendía por qué no había guardias por ahí. ¿Para qué desaprovechar hombres si había trampas que podían hacer el mismo trabajo?

Tras haber sorteado la primera puerta asesina, tenía acceso al búnker más cercano. Insertó la tarjeta PAN de Anderson y la puerta corredera de acero se abrió. Una vez dentro, se alegró de encontrar cajas de munición para su SOCOM y pistolas extra. Sonrió al imaginarse como un *cowboy* con un arma a cada lado de la cintura. Un pistolero con un revólver automático en cada mano. Sería divertido, ¿no? Desgraciadamente, no tenía otra cartuchera, así que cogió una de las pistolas, llenó el cargador y la puso en uno de sus bolsillos a la altura del muslo. Luego cogió toda la munición que podía llevarse. Había otros tipos de armas y municiones, pero sólo podía coger lo que podía acarrear con sus dos manos. Snake las dejó y salió del búnker.

Mientras iba hacia el siguiente búnker, las gafas térmicas detectaron en el suelo otra trampa. Una vez más, Snake la sorteó saltando por encima, avanzó con destreza hasta la puerta de la construcción y usó la tarjeta PAN para entrar en ella.

Explosivos. Montones de explosivos C4 en pequeños contenedores que podían

pegarse a cualquier superficie con imanes o cinta aislante. Se activaban a través de sensores remotos, y eran útiles para demoler puertas de seguridad de nivel bajo o medio, dependiendo de su grosor y de las cámaras. No eran efectivas con el acero. Aun así, Snake cogió tres de ellas y se guardó cada una en un bolsillo diferente de su pantalón.

Ya fuera, estudió el suelo delante del tercer fortín y detectó otra trampa. Esta la podía bordear. La tarjeta PAN abrió la puerta de seguridad y entró en la cámara.

Parecía estar llena de varios tipos de granadas y otros explosivos. Había algunas minas Claymore, más granadas Chaff, unas Flashbangs y unas granadas de fragmentación, las llamadas Frags. Las Claymore eran demasiado voluminosas, ya tenía algunas granadas Chaff y las Flashbangs llamaban demasiado la atención, así que agarró tres Frags y las puso en su bolsillo utilitario, que estaba cada vez más abultado.

—¿Has encontrado algo útil, Snake?

Era Romanenko en el Codec.

—Muchas granadas. Algunas Claymore, pero son demasiado grandes para llevarlas conmigo.

—Podrías intentarlo. Las Claymore se pueden accionar por encima del nivel del suelo y están diseñadas para producir el máximo daño en forma de abanico. Cuando detonan, lanzan balines de acero del uno con dos milímetros de grosor en un diámetro de sesenta grados, como si se tratara de un revólver gigante. Antes las Claymore necesitaban un cable para ser activadas, pero las que tienes tú son de un nuevo modelo. Se ocultan con la nueva tecnología de camuflaje y están equipadas con un sofisticado sistema de detectores de movimiento.

Snake sonrió.

—Pues sí que conoces el tema, ¿eh, Nastasha?

—Estoy orgullosa de mi trabajo, si es a lo que te refieres.

—Déjalo. Luego hablamos.

Salió del búnker y se dirigió al almacén donde muy probablemente tenían a Baker, pero en lugar de encontrarse con la puerta que indicaba su mapa, se encontró con un muro de cemento. Y no estaba pintado. ¿Era eso a lo que Anderson se refería? Examinó la textura y determinó que era una estructura bastante nueva; la habían construido en el último par de días. Por lo tanto, aún era frágil.

A Snake le encantaban las coincidencias como ésta. Un lingote de C4 y todo resuelto. Sólo esperaba que el ruido de la explosión no alertara a todo el ejército de soldados genoma, pero no veía otra alternativa.

—Coronel, para seguir tengo que echar un muro abajo.

Le explicó la situación, y Campbell apoyó la estrategia. Snake se aseguró de que no hubiera cámaras en el techo o en el suelo apuntando en su dirección, sacó uno de

los lingotes de C4, y lo pegó en la mitad del muro. Encendió el interruptor y se colocó detrás del bunker con el control remoto en la mano.

La explosión no estaba programada para un momento específico, la podía provocar cuando quisiera pulsando un botón. Snake puso su pulgar en el disparador, dijo «Mazel tov» y lo apretó.

La explosión fue fuerte, pero no tanto como había pensado. Aun así, seguro que alguien vendría a ver qué había ocurrido.

Tras la espesa nube de humo y polvo que había alrededor del agujero, brillaba una luz. Snake esperó un momento con su SOCOM cargada. Como imaginaba, apareció la silueta de un soldado que, con cautela, se quedó junto al muro y se asomó a mirar a través del humo. Luego se le unió otro hombre.

«Mala suerte que la luz trasera os haya delatado.»

La silenciada SOCOM hizo dos sacudidas, y los soldados cayeron como bolsas de basura. Snake se apresuró hasta el borde del agujero, se pegó a la pared y esperó a que llegaran más soldados a investigar por qué alguien haría un agujero en un hermoso muro recién hecho. Pero no llegó nadie. Lo atravesó apartando con las manos el polvo suspendido en el ambiente y avanzó hacia la luz. Una poco más adelante, el aire ya estaba limpio y vio a un hombre sentado en una silla al lado de una columna del almacén. Estaba justo debajo de una brillante lámpara de interrogatorio. Al acercarse, vio que el hombre estaba atado a la silla y que llevaba una mordaza. Era obvio que había sido torturado recientemente.

La explosión lo debía haber asustado mucho. Sus ojos expresaban pánico. Snake se le acercó, le cogió la mano y le dijo:

—Soy amigo. ¿Es usted Baker, el presidente de ArmsTech?

El hombre asintió con furia.

Snake le quitó la mordaza. Baker tosió con violencia y escupió sangre al suelo. Cuando quiso desatar los nudos, le gritó:

—¡No! ¡No me toques!

En ese momento lo vio. Baker tenía amarrado a la espalda un lingote de C4 entre los omóplatos. Las cuerdas estaban atadas al explosivo, de manera que al soltarlas detonaría. Snake examinó el lingote y se dio cuenta de que tardaría un rato en desactivarlo. En cuanto a Baker, parecía estar ya a las puertas de la muerte. Respiraba entrecortadamente y apenas podía mantener la cabeza erguida.

—Voy a sacarlo de aquí —le dijo Snake—. De alguna manera.

Pero en ese instante, una estruendosa voz cortó el aire de la fría habitación de cemento.

—Así que eres tú de quien Big Boss no paraba de hablar.

Snake se giró y vio un hombre alto vestido con un guardapolvo y varios cinturones de munición alrededor del pecho. Tenía el pelo largo y rubio, barba y un

largo bigote. Pensó que Central Casting lo podría contratar en una producción de teatro de barrio para el personaje del General George Custer en la Batalla de Little Big Hora. El hombre agarró un revólver de seis balas con la mano derecha y, durante un extraño segundo, Snake recordó la alucinación sobre *cowboys* que había tenido recientemente. Una nueva coincidencia.

—Y tú debes ser Revólver Ocelot —dijo Snake—. Muy bueno tu disfraz. ¿Acaso no te has enterado de que los Sioux se rindieron hace tiempo y que ahora viven en paz?

—Tenía ganas de conocerte, Solid Snake —dijo Ocelot—. Sin duda, estás a la altura de tu reputación. Sabes, es increíble lo mucho que te pareces a Big Boss. Una vez lo conocí.

—¿Ah, sí?

Snake mantenía la mano puesta en la SOCOM, listo para acabar con él una vez terminara con sus batallitas.

—La primera vez que lo vi fue en los años sesenta. Tuvimos un duelo —Ocelot se rio—. Por supuesto Big Boss me ganó, no había duda. Fue juego limpio. Tu padre era un gran guerrero. ¿Y tú? ¿Estás a su altura?

—No lo sé. No me he traído la regla.

Los ojos de Ocelot se entrecerraron.

—Tu misión ha terminado, Snake.

Estaban a unos pasos de distancia, y el patético señor Baker en medio de los dos.

—Por favor... ayúdame —suplicaba el herido.

Ocelot apuntó lentamente su pistola hacia arriba, indicando que no iba a disparar.

—Un auténtico Colt single-action Army. El mejor revólver de seis balas jamás fabricado. Seis balas... más que suficiente para matar a todo lo que se mueva. Veo que usas una SOCOM. La pistola elegida por los Comandos de Operaciones Especiales de Estados Unidos. ¡Ay! Todo el mundo quiere usar la última tecnología. En los viejos tiempos, cuando sabían hacer las cosas de verdad, los armeros ponían el alma en su trabajo. Como se suele decir, no es la varita, es la magia que hay en ella. Puedo usar este revólver igual que cualquier parte de mi cuerpo.

Hizo girar la empuñadura de su revólver alrededor de un dedo con el estilo de una estrella del oeste, para luego enfundarlo en la pistolera que llevaba en el costado.

La suerte estaba echada.

Los dos hombres se encontraban cara a cara con sus pistolas listas para ser desenfundadas. Snake se movió ligeramente hacia la derecha para que Baker no estuviera en la línea de fuego. Ocelot hizo lo mismo, pero Baker seguía peligrosamente cerca.

A lo largo de la extensa carrera de Snake, nunca había tenido que enfrentarse en un duelo cara a cara de estas características. La escena lo llevó a imaginarse en un

enorme escenario representando el gran final de una ópera clásica, la música en *crescendo*, los protagonistas cantando a todo pulmón... O tal vez era el actor principal de uno de esos viejos spaghetti westerns...

Sintió el sudor bajo la bandana, a la vez que se acentuaba la sinapsis entre su cerebro y su mano de disparar. El haber pasado tan sólo un momento alejado del pensamiento de desenfundar el arma le daba una gran ventaja. Era algo que le había enseñado Master Miller: deja que la música fantasma en la cabeza de tu adversario se convierta en la banda sonora de la situación, e imagínate cada acción en pasado antes de llevarla a cabo.

También había aprendido de Master Miller a leer en los ojos de la gente: «La verdad siempre reside en los ojos», le había dicho su mentor. Snake podía deducir fácilmente si alguien mentía o si era amigo o enemigo por su mirada. Desafortunadamente, los ojos de Ocelot estaban tan entrecerrados que parecían oscuras hendiduras, y no se veía el blanco ni mucho menos el alma reflejada en las pupilas. Revólver Ocelot se tomaba su personaje de pistolero muy en serio.

Como la cuenta atrás de un reloj, Snake sintió que cada segundo los acercaba al momento en que los duelistas tenían que desfundar. Saber cuándo actuar dependía del instinto de un profesional, el momento lo era todo.

Los ojos del pistolero brillaron.

«Ahora.»

Ocelot sacó su arma.

Snake se vio a sí mismo a cámara lenta sacando la SOCOM de su funda y apuntando al enemigo. Simultáneamente, saltó hacia la derecha para rodar por el suelo. Lo difícil era apretar el gatillo una vez que sus pies estuvieran en el aire y mantener la pistola apuntada.

Ocelot disparó su revólver y la bala rozó el hombro izquierdo de Snake. Si no se hubiese movido le habría dado en la cara. Apretó el gatillo, disparó tres balas seguidas y aterrizó de cuclillas en el suelo. Los tres tiros pasaron rozando la cabeza de Baker y rebotaron en una viga de metal, justo detrás del rubio cabello de Ocelot. Sacudió la cabeza sin mover el resto del cuerpo, señal de que no tenía miedo.

Para entonces, Ocelot ya había disparado dos tiros más. Snake sintió el calor de las balas al pasar demasiado cerca de sus costillas. El haberse movido hacia un lado lo había salvado. Se puso a cubierto detrás de una viga, y rápidamente le quitó el silenciador a su arma, ya que tenía mejor puntería sin él. Acto seguido, asomó la SOCOM por detrás de la viga y disparó, pero Ocelot también se había escondido.

Su voz se oyó al otro lado de uno de los fortines, detrás de la silla de Baker.

—Para mí es un reto recargar la pistola durante el combate —anunció Ocelot—. Es algo muy peligroso, ya que te deja vulnerable durante unos segundos.

Snake oyó como Ocelot cerraba el tambor y luego lo hacía girar.

—¿Lo oyes, Snake? Es un bonito sonido. El sonido de una muerte inminente.

Snake se planteó usar una granada de fragmentación, pero desechó la idea rápidamente al pensar en los explosivos apilados en la zona. Tampoco se podía arriesgar debido al C4 atado a Baker. Tendría que depender exclusivamente del poder de la SOCOM y de su habilidad para evitar la descarga de Ocelot si quería sobrevivir a ese duelo.

—Me encanta el olor a cordita —se jactó Ocelot—, a fuego, a demonio, a los intestinos de la tierra... ¡Es el olor de la victoria!

Snake se dio cuenta de que a su derecha había un espacio que estaba lleno de cajones apilados. Una lámpara de trabajo iluminaba demasiado la zona, así que apuntó a la bombilla y disparó. Luego corrió hasta la primera torre de cajones, esquivando otra ráfaga del revólver de Ocelot, y se puso a resguardo. Fue de cuclillas hasta la siguiente pila. Desde allí veía a su rival de pie, detrás de Baker, usándolo de escudo.

El pistolero no tenía idea de dónde estaba, pero eso no le restó bravuconería.

—No haces bien en esconderte ahí detrás, Snake. No tienes salida. Estoy seguro de que nuestro ruidoso enfrentamiento atraerá en unos minutos a un pelotón de soldados genoma.

Snake tenía que conseguir que Ocelot se alejara de Baker. Un conducto de vapor bajaba del techo paralelo a una viga que estaba justamente encima de la cabeza del terrorista. Para apuntar mejor, Snake se tumbó boca abajo y levantó el brazo del suelo en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Apuntó con cuidado y apretó el gatillo, haciendo un agujero en el conducto. Un golpe de vapor caliente azotó un lado de la cara de Revólver Ocelot. El hombre lanzó un aullido y saltó hacia un lado.

—¡Maldito seas! —gritó.

Mientras el pistolero se movía, Snake le disparó una ráfaga de balas que sólo alcanzaron los bajos de la gabardina de Ocelot, que ya se había refugiado detrás de una columna.

Baker lloriqueaba de miedo mientras el vapor caliente del conducto roto salía por encima de su cabeza. Aunque no le estaba quemando, Snake imaginó que sería bastante molesto. Tenía que rescatar cuanto antes al presidente de ArmsTech, para que estuviera en condiciones de hablar.

Snake corrió hacia otra de las pilas de cajones, pero desde allí tampoco podía apuntar bien. La lucha parecía estar destinada a ser un juego de corre que te pillo hasta que uno de ellos cometiera un grave error, exponiéndose durante el segundo que tardaría el otro en disparar un tiro certero. Tal vez le convendría acabar con algunas lámparas más. Las gafas térmicas podían serle útiles, e incluso ser la única herramienta de la que disponía para derrotar al pistolero. Snake miró al techo y disparó a la bombilla más cercana, dejando a oscuras el espacio que había alrededor

de Baker. Pero esa acción delató su posición, y Ocelot lanzó una descarga de disparos obligándolo a ponerse de cuclillas tras los cajones para protegerse.

—Hace mucho que no tenía un combate tan estimulante —dijo Ocelot—. No lo haces mal, Snake, debo admitirlo. Pero no es de extrañar, ya que tienes el mismo código genético que Boss. Que sepas que esto sólo es el precalentamiento. Muy pronto voy a...

Y luego oyó un ensordecedor grito de dolor.

Primero Snake pensó que se trataba de Baker, pero luego se dio cuenta de que algo le había pasado a Ocelot. Se asomó por detrás de los cajones y vio que al pistolero le faltaba la mano con la que disparaba. La sangre salía a borbotones del antebrazo mutilado del hombre.

—¿Quién?... ¿Qué?... ¡Aggh!

Había alguien más en el almacén. Snake oyó el sonido de una espada cortando el aire. Mientras el pistolero corría a refugiarse, vio una silueta oscura saltar. La hoja de la espada golpeó la columna, rompiendo trozos de cemento. La silueta del intruso aparecía y desaparecía, mimetizándose con el espacio como un camaleón. Era muy rápido.

«El tipo lleva un traje de camuflaje.»

Revólver Ocelot se dio la vuelta y salió corriendo, agarrándose el brazo herido y dejando en medio de una piscina de sangre su mano derecha sin vida agarrando aún el Colt. Snake salió de detrás de los cajones para enfrentarse al intruso, pero la silueta había desaparecido. Se acercó rápidamente a Baker, que se había desmayado del miedo.

—¡Baker, despierta!

Le dio unas palmadas en las mejillas para espabilarlo. Pero en cuanto el presidente de ArmsTech volvió en sí, Snake oyó nuevamente el sonido de una espada cortando el aire. La esquivó justo a tiempo y la espada golpeó la columna detrás de Baker. Rodó por el suelo hacia un lado para escapar de otra embestida, se puso en pie y se enfrentó a su nuevo enemigo.

El hombre iba vestido de ninja y llevaba un lustroso traje acorazado hecho con material de camuflaje, tal como Snake había sospechado. Su cara estaba cubierta por un casco que, en vez de tener orificios para los ojos, tenía en el centro un sensor brillante de color rojo, dándole la apariencia de un cíclope. En la mano derecha llevaba una réplica de una espada del siglo VIII, pero estaba equipada con un generador ultrasónico que creaba una hoja de alta frecuencia, permitiendo al arma cortar materiales mucho más densos de lo normal.

Mientras el ninja se movía, Snake se fijó en otros detalles de su vestimenta. Llevaba un traje de camuflaje óptico de última generación, un «exoesqueleto» de esos que llevan los soldados que han sido gravemente heridos. El traje utilizaba un motor

ultrasónico que funcionaba con voltaje de alta frecuencia, es decir, detectaba las corrientes electrónicas de los músculos del hombre que accionaban los sensores incorporados en él.

Aquel tipo era un cyborg, un ser humano controlado por una máquina que lo mantenía vivo.

Un cyborg ninja.

—¿Quién eres? —le preguntó Snake—. ¿Estás del lado de los terroristas?

—Soy como tú —contestó el ninja con una voz electrónica de sonido metálico—. No tengo nombre.

—Tranquilo entonces. No tengo asuntos contigo.

El ninja tembló de repente y se tocó la cabeza con la mano libre, como si tuviera un gran dolor de cabeza.

—Me... me están torturando.

Snake pudo percibir el temblor de su voz. Algo iba muy mal con quien fuera que fuese el que estaba dentro de ese exoesqueleto.

Luego el cyborg se puso recto, blandió la espada de alta frecuencia y dijo:

—Sólo el brillo de la batalla puede curar la agonía. Prepárate.

La doctora Naomi Hunter hizo rodar su silla para separarse de la pantalla del ordenador y se puso en pie.

—Vuelvo enseguida —le dijo a Campbell.

El coronel la miró y vio que tenía mal color.

—¿Está bien, doctora?

—Estoy bien. Tengo que ir al lavabo.

—Parece que hubieras visto un fantasma.

Se rió sin ganas y salió de la sala de mandos. Caminó por el pasillo, abrió la puerta del baño y entró en él. Una vez sola, se acercó al lavamanos y se agarró a él para no caerse. Se miró en el espejo sin reconocer el estado de *shock* que transmitía su mirada.

¿Podría ser que...?

Imposible... ¿o no?

El hombre en el exoesqueleto. En cuanto oyó su voz —filtrada por la caja de voz electrónica—, los recuerdos de un trauma infantil y de cómo fue rescatada la invadieron. Quería gritar de dolor, pero no se lo podía permitir. Por ahora debía guardar silencio. Por ella y por él.

¿Qué estaba haciendo en la isla Shadow Moses? Le rompía el corazón verlo en esas condiciones y saber que tendría que vivir así el resto de su vida. No podía imaginarse el horror que era tener que usar ese espantoso traje para poder mantenerse vivo. Pero eso no era lo peor. Era evidente que el hombre había perdido la cabeza.

¿Sabía quién era? ¿Era consciente de su anterior relación con Solid Snake? ¿Se acordaba de ella?

Su aparición en la isla sin duda alguna había empañado su misión. Pasara lo que pasara, la doctora Hunter sabía que tenía que mantener la calma y no delatarse a sí misma.

Por ahora.

Capítulo 8

El ninja cyborg atacó. Su espada de alta frecuencia embistió contra Snake como si hubiese sido lanzada por un poderoso arco. A duras penas evitó el embate, porque el soldado acorazado se movía a la velocidad de un rayo. Pero a pesar de haberla esquivado, la espada le hizo un corte en el traje justo por debajo del brazo izquierdo y lo hirió en el costado. El dolor hizo que comenzara a bombear adrenalina a toda velocidad, algo que le chocó, teniendo en cuenta la tranquilidad con la que había ejecutado su misión hasta ahora.

«Sea quien sea este hombre, no será fácil de pelar.»

El ninja continuó batiendo su espada que, en un abrir y cerrar de ojos, iba de un lado a otro, cortando cualquier material que estuviera en su camino: madera, metal o escayola. Si el cyborg se le acercaba una pulgada más, sus brazos o cabeza caerían rodando por el suelo. Snake consiguió alejarse y saltar a una plataforma de palés apilados de un metro y medio de alto. La maniobra pilló de sorpresa al ninja y lo confundió, dándole a Snake el tiempo que necesitaba para disparar. Apretó el gatillo y bombardeó al cyborg con varias ráfagas de disparos. ¡Pero el ninja detenía las balas con su espada!

Snake nunca había visto nada igual. La criatura se movía a una velocidad mucho mayor que la de cualquier hombre normal.

Continuó disparando hasta vaciar su cargador, pero el ninja seguía parando las balas. Aunque algunas le alcanzaron, rebotaban en su traje acorazado como si fueran canicas.

—Tu arma no te hace justicia —dijo el ninja—. Demasiado lenta.

Snake vio cómo la espada se le acercaba una vez más, saltó y se agarró a una viga baja, columpiando sus piernas para subirse a ella en el instante en que la espada barrió el espacio donde su cuerpo se encontraba un segundo antes. El ninja intentó atacarlo desde el suelo, pero no era lo bastante alto. Y sin moverse de donde estaba saltó dos metros hacia arriba en línea recta. La hoja de la espada pasó muy cerca de Snake, lo que lo hizo soltarse y caer de nuevo encima de la pila de palés. Los primeros se partieron con el peso de su cuerpo. Intentó moverse, pero estaba atrapado entre las tablas rotas.

El ninja alzó el arma para atacar. Snake, furioso, pateó el costado de los palets para liberarse, lanzando misiles de madera en dirección al cyborg. Su espada los hizo añicos sin dificultad. Esta distracción le dio la oportunidad a Snake de sacar las rodillas y plegarse para salir del embrollo. Giró en el aire y aterrizó de pie.

El cyborg se apartó tambaleándose y se cogió la cabeza nuevamente.

—El dolor... —gimió.

Su cuerpo entero tembló durante un segundo y luego se sacudió como un perro que acaba de salir del agua. El sensor rojo de su cara enfocaba a Snake. Volvió a blandir su espada.

—¡El dolor me hace sentir tan vivo...!

Y atacó nuevamente.

Snake no perdió el tiempo luchando de nuevo contra él, porque era inútil. Necesitaba una estrategia totalmente distinta, y para encontrarla tenía que ponerse a salvo unos minutos. Enfundó la pistola y dio una voltereta en el aire, esquivando la espada que acababa de golpear el suelo donde se encontraba. Master Miller le había enseñado a usar paredes, objetos de oficina y mobiliario como «trampolines» — puntos de propulsión para moverse con rapidez de un lugar a otro. Así que Snake se convirtió de repente en una bola de goma humana, saltando, rebotando y propulsándose por todo tipo de superficies mientras se alejaba del cyborg con la agilidad de un artista de circo. Tres segundos después, estaba detrás de uno de los fortines de cemento, con la cabeza contra la pared y respirando profundamente. Recargó la SOCOM pensativamente y habló al Codec.

—Cualquier sugerencia de cómo acabar con este tipo será bienvenida.

—Mantente a la espera, Snake, estamos en ello —contestó el coronel.

«¿Mantente a la espera? ¿Está de broma?»

Snake cerró los ojos y se concentró en los sonidos que lo rodeaban. El ninja se movía silenciosamente y con agilidad. ¿Serían los pasos de la criatura que se acercaba lo que oía? Pero lo que escuchaba era su corazón latiendo furiosamente. Había pasado mucho tiempo desde que había vivido este tipo de acción. Tal vez no estaba tan en forma.

«Para ya —se animó a sí mismo—. Por supuesto que estás en forma. Es por el ninja, que tiene superpoderes.»

Recordó otro consejo de Master Miller. «Hay que poner la fuerza del adversario en perspectiva. No hay que compararla con la tuya. Medir las habilidades de un hombre contra las de otro no tiene sentido. Lo que importa es la confianza, el pensamiento positivo, visualizar la victoria y no la derrota antes de que la batalla comience.»

Más fácil decirlo que hacerlo.

El completo silencio que reinaba en la habitación lo impacientaba, Snake finalmente se acercó al borde del fortín y miró hacia el almacén. Sólo veía a Baker, todavía sentado bajo la lámpara y el goteante conducto de vapor. El ninja se había ido.

¿Estaba la criatura usando las cualidades de camuflaje de su vestimenta para hacerse invisible? ¿Lo tenía acaso delante de sus ojos pero astutamente mimetizado

con el fondo?

Snake se volvió a poner las gafas térmicas. El calor del cuerpo de Baker era claramente visible, pero débil. El hombre se estaba muriendo. Tenía que llegar hasta él e interrogarlo antes de que fuese demasiado tarde.

No había ninguna otra fuente de calor.

Salió con cautela de detrás del fortín y avanzó lentamente hacia el almacén. Miró de arriba abajo los pasillos formados por las filas de equipamientos y suministros, pero el ninja no estaba por ninguna parte. La criatura había desaparecido.

Otro que tampoco parecía estar en su sano juicio...

Snake se dirigió hacia Baker, pero se detuvo de golpe. Algo no iba bien. Estaba seguro de que había una presencia cerca de él. Había afinado sus sentidos de tal manera que podía sentir cuándo había un peligro inminente. Era una de las ventajas de la codificación genética que se utilizó en su perfil, pero también una consecuencia del trastorno de estrés postraumático que había sufrido durante los últimos años. Su anterior misión para el FOXHOUND lo había sacudido profundamente, lo que provocó su jubilación anticipada y su retiro a los bosques de Alaska. Había tardado meses en curarse de las alucinaciones, paranoia y confusión mental que acompañan a este trastorno, pero por algún motivo su rehabilitación hizo que aumentara su sensibilidad sensorial. Oía y veía mejor, también reaccionaba más rápido, y aunque no creía en el sexto sentido, Master Miller pensaba que Snake había desarrollado uno.

Fue este sentido lo que le salvó la vida. De pie entre las pilas de cajones, a sólo quince pies de Baker, Snake percibió una presencia por encima de él. Levantó la vista y, en menos de un segundo, saltó hacia un lado antes de que el exoesqueleto le cayera encima.

El ninja cyborg había escalado hasta las vigas y esperaba el momento para saltar sobre su presa. Pero en vez de caer encima de Snake, cayó de cabeza al suelo. La criatura quedó bastante aturdida.

Snake aprovechó la ocasión para ponerse en posición y lanzarle una patada en la cabeza. El cráneo del cyborg hizo un brusco movimiento hacia atrás y se oyó un grito de dolor inhumano. Snake giró el cuerpo para darle otra patada, pero esta vez el ninja lo cogió por el tobillo. Con una fuerza inimaginable, lo levantó con una mano y lo lanzó encima de una pila de cajones como si pesara lo mismo que un gato. Luego se puso en pie, sacó la espada de su vaina y lo apuntó con ella, acercándose a Snake de manera que la afilada punta le rozara la nuez.

—¿Eres o no mi enemigo?

Snake estaba aturdido por el golpe, tumbado de espalda, indefenso, mirando al imponente exoesqueleto y esperando que inevitablemente lo ejecutara. Pero se dio cuenta de que la criatura le había preguntado algo.

—No soy tu enemigo —contestó.

Se quitó las gafas térmicas para que viera la sinceridad en su mirada.

El cyborg vaciló. El sensor rojo en su cara fluctuaba intensamente. Luego retiró la espada y se enderezó. Una vez más, se frotó la cabeza.

—El dolor... No sé...

El ninja le dio la espalda a Snake y comenzó a caminar como si se acabara de despertar de un sueño y no supiera dónde estaba.

—¡Espera! —dijo Snake—. ¡Déjame que te ayude!

Pero el cyborg echó a correr antes de que Snake pudiera levantarse.

«Diablos, qué rápido es.»

Snake no persiguió a la atormentada criatura. Se puso en pie y sacudió las astillas de su traje mientras pensaba que había algo familiar en ese ninja, aunque no sabría decir qué. Tampoco tenía tiempo para pensar en ello. Tal vez se lo volvería a encontrar, pero por el momento Baker era su prioridad.

El presidente de ArmsTech parecía inconsciente, pero Snake vio que seguía respirando.

—¿Baker? —dijo al acercarse y sacudir suavemente al hombre—. Despiértese. ¿Me oye?

Baker gimió y levantó la cabeza.

—¿Quién eres? —preguntó en un susurro.

Snake sacó la cantimplora que llevaba abrochada al cinturón, la abrió y le dio de beber.

—No soy uno de ellos —le contestó.

—Gracias —dijo Baker. El agua parecía haberlo animado un poco—. ¿Eres del... Pentágono, verdad? ¿Te ha enviado Jim?

Snake volvió a colocarse la cantimplora.

—Anderson me dijo que les dio su código de detonación. ¿Y el de usted?

Baker hizo una mueca de dolor y apartó la vista.

—Yo..., yo también hablé.

«¡Maldita sea!»

Snake quería abofetearlo.

—¿Así que los terroristas tienen ambos códigos? ¿Se da cuenta de lo que eso significa? ¡Pueden lanzar un misil cuando les dé la gana!

—Fue la tortura... física..., pero resistí el interrogatorio mental de Psycho Mantis. Los implantes quirúrgicos... en mi cerebro. Todo el que... todo el que conozca los códigos los tiene.

—¿Incluso el jefe de la DARPA?

—Sí.

—Pero Anderson dijo que Psycho Mantis había obtenido el código de él. ¿Cómo puede ser?

Baker sacudió la cabeza, confundido.

—No..., no lo sé... Por favor..., me estoy muriendo.

Snake se acuclilló delante de él.

—Escúcheme, ahora los terroristas tienen ambos códigos. ¿Pero qué hay de las tarjetas magnéticas de acceso? ¿Las que anulan el código de detonación? ¿Las tiene?

El hombre sacudió la cabeza de nuevo.

—Ya no. Se las di a... la chica... A una soldado, una chica joven... Lleva poco tiempo en las instalaciones... Confié en ella... y se las di. La metieron en una celda porque no se unió a la revuelta. Espero que esté bien.

«Meryl.»

—Yo también lo espero. Está un poco verde, pero me pareció bastante fuerte.

Snake se preguntó si no le habrían confiscado las llaves magnéticas cuando la encerraron. Tenía que encontrarla de nuevo.

—Veo que tienes... un Codec —Baker sonrió débilmente—. Ella tiene uno también. Se... se lo robó a un guardia. La frecuencia de su Codec es... dos punto sesenta y tres. O lo era. Espero que no... que no la hayan cogido.

—Creo que anda por ahí suelta, señor Baker. La encontraré. ¿Qué me puede decir de los terroristas? Sé que Liquid Snake es el líder. ¿Quiénes son sus tenientes más cercanos? ¿Revólver Ocelot?

Baker tosió.

—Ocelot... él me torturó de mala manera. Es uno de los hombres principales... pero su mano derecha... es Decoy Octopus. Pero no sé... no sé qué le ocurrió.

—¿Qué quiere decir?

—Octopus estaba siempre cerca de Liquid... pero desapareció. Deben haberlo enviado... a alguna misión o algo. Ten cuidado con la mujer... la de los lobos.

—Sniper Wolf.

Baker asintió con la cabeza y tosió sangre, que le goteó hacia la barbilla.

—Dime, si las llaves no funcionan, ¿hay alguna otra manera de prevenir un ataque nuclear?

Baker volvió a toser y dijo:

—Otacon. Encuentra a Otacon.

—¿Quién?

—Ése es su..., su nombre en clave. Hal Emmerich. Doctor Hal... Emerich. Es el líder del equipo..., el ingeniero jefe del... proyecto Metal Gear REX. Si hay alguien que puede detener el lanzamiento de Metal Gear... es él.

—¿Dónde está? ¿Dónde lo puedo encontrar?

—También está prisionero.

—¿Dónde?

—Creo que... en el almacén de cabezas nucleares.

Snake sabía, por los mapas, que eso era parte del complejo principal, donde los terroristas muy probablemente habían instalado su cuartel general.

—¿Sabes quién era el de antes? ¿Esa especie de ninja?

—¿Ninja? Oh... —el hombre tosió de nuevo—. Ese es un oscuro secreto del FOXHOUND.

—¿Perdón?

—Un soldado genoma experimental. Pregúntale a... la doctora Hunter.

A Baker le sobrevino un ataque de tos. Le salió sangre de la boca y le salpicó la camisa. Era evidente que no iba a aguantar mucho más tiempo de interrogatorio.

—Está bien, tranquilícese, señor Baker. Ahora, vamos a ver cómo le podemos sacar el C4 de encima.

Snake examinó el mecanismo, pero Baker agitó la cabeza mostrando su desacuerdo.

—No. Olvídalo... me estoy... muriendo. No... pierdas el tiempo.

Snake sabía que el hombre tenía razón.

—Lo siento, Baker.

—Está... bien. Vete.

—Baker, ¿por qué diablos habéis vuelto a activar el proyecto Metal Gear?

—Hay tanto... material nuclear en el mundo. Cualquier pequeño país... o grupo terrorista... podría hacerse con un misil. Estados Unidos debe poder mantener nuestra política de... disuasión..., necesitábamos un arma... invencible.

—Pero es una locura.

—Mi empresa..., ArmsTech..., nuestro Consejo Directivo insistió para que se desarrollara Metal Gear... como un proyecto en negro.

—¿Un proyecto en negro?

—Proyectos secretos pagados con... dinero no declarado del Pentágono. De esta manera... esos ñoños de los demócratas no pueden detenerlos. De todas formas... el Metal Gear iba a ser formalmente adoptado... después de los resultados de este ejercicio.

—Francamente, me interesa un culo su empresa.

—Está bien. Aquí... mete la mano en el bolsillo... de mi pantalón —Snake lo hizo y sacó un disquete de ordenador—. Es para... lo que has venido. El disquete óptico.

—No sé lo que hacer con...

—Es lo que tienes que... darle a Jim. Es la única copia... que queda... con los datos.

Snake se puso el disquete en un compartimiento de su cinturón.

—¿Qué datos?

—Todos los datos pertenecientes... al proyecto. Asegúrate de que le llegue... a Jim.

—¿Jim? ¿Jim Houseman? Yo recibo órdenes del coronel Campbell. No sé nada sobre...

—¡Escucha! —Baker tosió y su respiración se hizo más corta—. Debes detenerlos. Si la información... se hace pública... sería el fin... de ArmsTech.

—¿Por qué? Metal Gear usa tecnología existente, ¿verdad?

—Sí... Metal Gear sí... pero...

Baker volvió a toser y esta vez le salió sangre a borbotones por la boca. Luego su cuerpo dio una sacudida y los ojos se le quedaron en blanco. Gemía de dolor.

—¿Qué?

—¡No, no... puede ser!

—¿Qué ocurre? ¡Señor Baker!

—Esos bastardos... ¡esos bastardos del Pentágono! Lo han... hecho.

—¿De qué está hablando?

—Te... están usando a ti... para... para...

En ese momento, su cuerpo entero se convulsionó con un espasmo para luego quedarse rígido. Con la última exhalación, se hundió en la silla. Snake le tomó el brazo para medirle el pulso, pero ya no tenía.

—¿Coronel? ¿Estás escuchando? Baker ha muerto.

Le respondió la doctora Hunter.

—La tortura tiene que haber sido demasiado dura para él. ¿Ha sido un ataque cardíaco?

—Creo que sí —dijo Snake—, igual que Anderson.

—Bueno, no estaremos seguros hasta el postmórtem.

—¿Qué diablos era esa cosa ninja? ¿Lo sabes?

—Me temo que no tengo suficiente información, Snake.

—¿Un miembro del FOXHOUND?

—No.

—¿Estás segura?

—No tenemos a nadie así en nuestra unidad.

—¿Coronel? ¿Estás ahí? ¿Qué es lo que decía Baker? ¿Qué tiene el Pentágono que ver con todo esto?

—Snake, ahora no es el momento.

—¡Maldita sea, coronel! ¡Es mi vida la que está en primera línea de fuego! ¿Qué es lo que me estáis ocultando?

—No puedo revelarte información clasificada, Snake. Lo siento.

—Excelente. ¿Y qué pasa con Decoy Octopus? Baker dice que se ha ido. ¿Tenéis registrado algún transporte que haya abandonado la isla en las últimas veinticuatro horas?

—Nadie ha dejado la isla, Snake. Octopus debe seguir allí. Recuerda, tiene la

capacidad de convertirse en quien sea. Es un maestro del camuflaje.

—Gracias, coronel. ¿Tienes más palabras sabias que decirme?

Campbell vaciló un momento, y luego contestó:

—Snake, quiero que encuentres a mi sobrina y que trabas— —éis juntos.

Con todo el sarcasmo que podía expresar, le contestó:

—¿Y acaso en ella sí puedo confiar?

—Snake, probablemente puedas confiar en ella más de lo que puedas hacerlo en mí.

—Eso es lo que imaginaba. Mira, coronel, no sé qué está ocurriendo, y por lo que veo no me lo vas a contar. Pero hay algo que huele a mierda en esta misión, y no son precisamente las cagarrutas de ratón que me encuentro por todas partes.

El silencio del coronel fue demasiado elocuente.

Capítulo 9

Snake estudió en el Codec el mapa aéreo de las instalaciones. El edificio donde estaba el almacén de cabezas nucleares era una estructura separada. Tendría que volver al hangar de tanques del primer nivel para acceder a una salida. Un estrecho cañón conectaba los dos edificios. No sabía qué tipo de defensas tendrían los terroristas fuera, pero algo era cierto, haría un frío horrible. Snake agradeció la inyección de la doctora Hunter y se preguntó cuánto le duraría el efecto.

Hora de fumarse un cigarrillo. Por mucho que detestara el tabaco que le había quitado al soldado, necesitaba una dosis de nicotina. Lo encendió, hizo una mueca de disgusto y luego tecleó el código para contactar con Meryl Silverburgh. Después de un momento contestó, y su cara enmascarada apareció en la pequeña pantalla del Codec.

—¿Quién es?

—Eres la sobrina del coronel, Meryl, ¿verdad?

—He preguntado yo primero.

—A mí me llaman Solid Snake.

—No me digas. ¿El legendario Solid Snake?

—Así es. Estoy trabajando para tu tío.

—Me imaginé que mandarías a alguien, pero no pensé que fueras tú; creí que te habías retirado.

—Estoy retirado. Esto sólo lo hago para divertirme.

—¿Eras tú antes? ¿En el bloque de celdas?

—Pues sí.

—Entonces siento haberme escapado. No sabía quién diablos eras. Y no podía arriesgarme a que fueras uno de los terroristas. Te pareces a...

—Ya lo sé. ¿Dónde estás ahora?

—Estoy en el estómago del sistema de seguridad. Estoy a punto de averiguar cómo hacerle un puente a la puerta de carga del hangar. Tiene una cerradura con un nivel cinco de seguridad. Nadie tiene un acceso de nivel cinco excepto los terroristas. Imagino que quieres llegar a los otros edificios.

—Afirmativo.

—Entonces necesitas mi ayuda. No conseguirás abrir la puerta tu solo.

—No sé. Se me dan bien las puertas. Las ventanas también.

—Míster, para cuando hayas encontrado el sistema de seguridad, ya habrán lanzado un misil.

Snake hizo una pausa.

—Entonces, Meryl, ¿qué es este lugar realmente? ¿No es sólo un complejo de desmantelamiento nuclear?

—Claro que no. ¿Acaso no te ha contado nada mi tío?

—No lo bastante, por lo visto.

—Este lugar pertenece y está operado por una sociedad de paja que pertenece a ArmsTech. Es una base civil para el desarrollo del Metal Gear. ¿Sabes de qué se trata?

—Bueno, sí, algo me suena.

—Ésta es supuestamente la última prueba. Ya sabes, antes de que el Pentágono adopte formalmente el programa.

—No me gusta. El gobierno no debería tontear con estos artilugios Metal Gear. Podrían explotar y hacerle daño a alguien.

Meryl se rio.

—Eres muy gracioso para ser un ex operativo del FOXHOUND.

—¿Dónde están los rehenes? ¿Los empleados de la instalación?

—No lo sé. Los juntaron y los llevaron a alguna parte. Algunos de ellos fueron interrogados, les lavaron el cerebro, no sé...

—Baker me dijo que te dio las tres tarjetas magnéticas de acceso para evitar el lanzamiento del REX. ¿Las tienes?

—Mmm. Tengo una llave. No me dio tres.

—¿En serio? ¿Entonces a qué se refería?

—Ni idea, pero aún tengo la que me dio.

—En ese caso, guárdala. ¿Cómo conseguiste esconderla de los guardias?

—Bueno, las mujeres tenemos más lugares para esconder cosas que los hombres.

Snake esbozó una sonrisa.

—¿Conoces al doctor Emmerich?

—Sí, diseñó el nuevo REX. Un buen tipo.

—¿Dónde está?

—Seguramente en el laboratorio de investigación del almacén de cabezas nucleares. Queda al otro lado del cañón, ahí afuera, hacia el norte. ¿Has traído tus botas de nieve y tu abrigo?

—Sí, mamá. Tengo que localizar a Emmerich. Si no podemos anular la clave de detonación a tiempo, tal vez él sepa cómo destruir el maldito artilugio.

—No puedes enfrentarte a REX por tu cuenta, míster.

—Lo he hecho en el pasado. Te llamo luego. Ábreme esa puerta y te compraré un helado cuando volvamos a la civilización.

—Me muero de ganas. Dame unos minutos. Espérame en el hangar e iré contigo.

—No. Sin ofender, Meryl, pero no tienes suficiente experiencia en combate. Mejor búscate un buen escondrijo y concéntrate en que no te cojan hasta que tenga

este lugar bajo control. Entonces nos encontraremos y te sacaré de aquí.

—Escucha, siento lo de antes..., ya sabes, con mi arma. No sé qué me ocurrió, pero no pude apretar el gatillo en ese segundo. Nunca he tenido problemas en los entrenamientos, pero pensar en esas balas destrozando el cuerpo de los soldados me hizo dudar.

—Es muy diferente disparar a objetivos de entrenamiento que a personas de carne y hueso.

Ella suspiró.

—Desde que era niña sueño con ser soldado. Me he entrenado toda la vida para el momento de enfrentarme a un poco de acción de verdad, y ahora...

—¿Quieres dejarlo?

—¡No puedo!

—Escúchame, Meryl. A todo el mundo se le revuelve el estómago la primera vez que mata a alguien. Desgraciadamente, es una de esas cosas que se hacen más fácilmente a medida que vas practicando. En una guerra surgen todas las peores emociones y aspectos del ser humano. Es fácil olvidar lo que es pecado cuando estás en medio de un campo de batalla. Sólo estás un poco nerviosa debido al subidón del combate. La adrenalina en tu flujo sanguíneo está disminuyendo. Mejor tómatelo con calma.

—En la academia me enseñaron todo sobre la adrenalina en los combates.

—Ya me lo contarás luego. Por ahora, concéntrate en mantenerte viva... y fuera de mi jodido camino.

—Eres un auténtico capullo. Mi tío tenía razón —y añadió—: Mira, conozco este lugar, podría serte útil.

—Lo siento. Yo trabajo solo. No me gustaría que te sucediese nada mientras estás a cargo de tu tío.

Snake podía sentir su descontento. Evidentemente, era demasiado joven y carecía de experiencia en operaciones de terreno. No tenía ni idea de lo difícil que era.

Meryl se quitó la máscara.

—Está bien, Snake —dijo—. Seré una niña buena y tal vez abra la puerta del hangar para ti.

Él se quedó asombrado con su belleza de modelo. No se lo había imaginado.

—¿Qué? —preguntó Meryl, sabiendo que Snake no había dicho nada.

—Nada. Es sólo... tus ojos.

—¿Mis ojos?

—No son ojos de soldado.

—Ah, claro. Son ojos de recluta novato, ¿verdad?

—No. Son unos ojos bellos y llenos de compasión.

—Ajá. Justo lo que esperaba del legendario Solid Snake. ¿Intentas que pierda la

cabeza?

Snake soltó una risa cínica.

—No te preocupes, en cuanto me conozcas se te volverá a poner en su sitio sólita. Mucho me temo que la realidad no corresponda a la leyenda. Contactamos luego. No te pierdas.

Snake cortó la comunicación y se dirigió al montacargas. Fue hasta el nivel 1, se mantuvo pegado al costado para que no lo viesan al abrirse las puertas y esperó. Al no oír nada en las cercanías, salió cautelosamente del montacargas y se pegó a la pared.

El hangar de tanques seguía tal como lo había dejado excepto por un detalle. Unos de los tanques Abrams había desaparecido.

El gigante Vulcan Raven estaba de pie sobre un glaciar que sobresalía sobre el costado del desfiladero, mirando hacia el edificio donde estaba el hangar de tanques. Hasta ahora la puerta había estado cerrada.

El desfiladero era del tamaño de un campo de fútbol americano, abarcaba aproximadamente unos cien metros entre el edificio del hangar y la estructura del almacén de cabezas nucleares. Había estado nevando sin parar, y el suelo estaba cubierto con unos sesenta centímetros de nieve. El parte meteorológico anunciaba una gran ventisca para las próximas horas. Ese estado atmosférico no era nada extraordinario en Shadow Moses. El clima adverso era inevitable para una pequeña isla en el archipiélago Aleutiano, situado entre Alaska y Rusia.

Raven se preguntaba por qué el gobierno de Estados Unidos había construido un complejo similar en un lugar tan remoto y duro, sin querer cuestionar con esto la tradición política y militar del país. Aunque era americano de nacimiento, su lealtad estaba con los rusos, para los cuales había trabajado durante años. Desde la caída de la Unión Soviética, habían estado contratando sus servicios. El «nuevo» FOXHOUND era sencillamente un cliente más. A menos que hubiera un poco de acción... pronto.

Un gran pájaro negro volaba en círculos por encima del glaciar, hasta que finalmente se posó en el hombro del gigante. Vulcan Raven sacó un puñado de frutos secos de su bolsillo y se los ofreció. El pájaro comenzó a picotear de su mano, aunque prefería la carroña fresca.

—Paciencia, amigo —dijo el nativo de Alaska— El momento está cerca. Muy pronto veremos al enemigo salir por esas puertas. Después nos juntaremos con nuestros camaradas en el tanque y comenzará la batalla. Hoy los ancestros estarán orgullosos de nuestra victoria.

Vulcan Raven miró hacia el suelo del desfiladero, donde estaba el Abrams M1. Los dos artilleros ya estaban en posición dentro del vehículo. Eran soldados genoma

de rango raso que estaban hartos de pasar frío. Para Vulcan Raven el clima no era un problema, ya que podía sobrevivir varios días a temperaturas bajo cero. Por algo era mitad indio de Alaska y mitad inuit. Su inmensa estatura también contribuía a que su cuerpo generase calor. Era una enorme fuente de energía que caminaba y respiraba.

—Imagino que debemos descender el glaciar. ¿Qué piensas, mi amigo? — preguntó al pájaro.

El cuervo graznó, acabó su selección de frutos secos y se echó a volar planeando por encima de la cabeza de su maestro. El gigante agarró su Gatling de 20 milímetros modelo M61A1 Vulcan, podía llevarla en la mano como si fuese de juguete o colgársela al hombro. Antes de bajar, se tocó la mancha de nacimiento que tenía en la frente. El chamán más viejo le había dicho cuando era muy niño que había nacido con una marca del destino. Los esquimales y los indios adoraban a los cuervos, y Vulcan Raven había llegado al mundo con uno grabado en la piel. Gran parte del poder místico del gigante provenía de esta mancha. Siempre que se alteraba, como en el campo de batalla, la marca desaparecía y sus sentidos se le potenciaban a unos niveles inhumanos. Su imponente cuerpo estaba cubierto de pies a cabeza de tatuajes tribales copiados de unos prehistóricos dibujos de unas ruinas indias. Las marcas parecían un circuito de cables, lo cual Vulcan consideraba irónico. Hacía dos mil años los antiguos chamanes ya habían previsto que llegaría la edad de la electrónica.

—Vamos, amigo.

El cuervo planeaba a su lado cuando el gigante empezó su descenso.

Snake se adentró en el hangar, e inmediatamente se percató de la presencia de un guardia genoma que estaba en la pasarela que había a su izquierda. Se quedó quieto, esperando no haber sido visto. Con la penumbra reinante, su traje se mimetizaba con el entorno, pero moverse lo podría delatar. Snake deseó que su traje realmente hubiese podido fundirse con el entorno.

El guardia caminó por la pasarela, se detuvo en la barandilla y encendió un cigarrillo.

«El idiota no me ha visto. Bien.»

Esperó hasta que el guardia se girara para continuar la ronda en dirección opuesta. En cuanto le dio la espalda, se pegó a la pared para no estar en su campo visual. Luego se dirigió hacia la escalera mecánica. Su plan era deshacerse del guardia, asegurarse de que no hubiera más guardias en el hangar y estar preparado para cuando se abriera la puerta, en caso de que Meryl resultara ser tan hábil como decía.

Snake subió silencioso por las escaleras y, antes de llegar a la pasarela, vio que el guardia iba lentamente en su dirección. Se detuvo en los últimos escalones, por debajo del nivel del suelo. Se concentró en el sonido de los pasos que se le acercaban. Doscientos centímetros... ciento veinte centímetros... sesenta centímetros...

Snake levantó los brazos, agarró al hombre por los tobillos y tiró. El soldado cayó de espaldas, provocando un clang no deseado al chocar con el metal de la pasarela. Snake llegó a su lado de un salto y le pisó la cara con fuerza. Con una segunda patada en la sien, envió al hombre al país de los sueños.

Se dio la vuelta para observar el hangar desde una mejor posición. No había más movimiento, pero podía ver las huellas que había dejado el Abrams M1 antes de desaparecer. Lo habían conducido desde su posición inicial hacia las puertas de carga del andén. Seguro que lo estaba esperando afuera.

Snake bajó las escaleras y corrió hacia la salida. Tecleó rápidamente el código de frecuencia de Meryl.

—¿Qué?

—Estoy esperando.

—No te impacientes. Estoy a punto de conseguirlo.

El mecanismo que había en la pared hizo un «clic» y la puerta de persiana comenzó a enrollarse hacia el techo. Una bocanada de aire frío entró en el hangar.

—¿Me he ganado una estrella de oro? —preguntó Meryl.

—Me has impresionado. ¿También sabes cocinar?

—Hago una tortilla del oeste alucinante.

—Te guardo la palabra para otro momento y lugar. Ahora quédate donde estás.

—De acuerdo.

Meryl desconectó mientras Snake se asomaba por el oscuro túnel que iba desde el hangar hasta el exterior. Era lo bastante alto y ancho como para que pasara un tanque, tenía unos veinte metros de largo y llegaba hasta un campo cubierto de nieve. Dio un paso adelante.

—¡Snake! No te muevas.

Era Mei Ling.

—¿Por qué no?

—Ponte las gafas térmicas.

Lo hizo, e inmediatamente comprendió por qué estaba preocupado el equipo. Una elaborada malla de diminutos rayos láser, invisibles para el ojo humano, cruzaba horizontalmente el túnel. Cada uno de ellos se movía arriba y abajo a diferentes velocidades. Sin lugar a dudas tropezarse con alguno de ellos activaría las alarmas o algo peor.

Le habló Campbell.

—Snake, nuestra inteligencia en Knee Cap nos informa de que la rampa hacia el hangar ha sido equipada con gas neurotóxico. Probablemente puedas ver rayos láser que...

—Los veo, coronel.

—Entonces, evítalos a toda costa. Si no lo haces el túnel se cerrará, soltarán el gas

y estarás muerto en cosa de minutos.

—Siempre me tienes buenas noticias.

—No es más que un consejo, soldado.

Snake sintió por la voz del coronel que intentaba rebajar la tensión que se había provocado antes entre ellos, pero no funcionó. A Snake no le gustaba la manera en que Campbell estaba manejando la misión. Esperaba que lo informasen bien antes de aceptar una misión, y el coronel no había sido franco con él. Todavía había muchas cosas que no comprendía sobre su tarea en ese lugar. Si era verdad que Jim Houseman estaba supervisando la operación, tal vez el coronel no estaba al corriente de todo. Pensó que podría darle el beneficio de la duda, pero no iba a hacerlo.

Las gafas térmicas delineaban claramente los rayos láser. El primero se movía a poca velocidad. Sería sencillo esperar a que la línea estuviera justo encima de su cabeza y luego deslizarse bajo ella. La segunda, que estaba a poco más de medio metro, era mucho más veloz. Su patrón de movimiento también era vertical y errático; no sólo iba de arriba abajo, sino que a veces lo hacía sólo un poco, descendía en picado o subía aún más alto... Era totalmente impredecible. Snake tuvo que erguirse totalmente y detenerse hasta que el láser estaba casi tocando el suelo. Antes de que volviera a subir, pasó por encima de él, sorteando el peligro.

La configuración del entramado continuaba unos diez metros más. Los patrones del movimiento vertical se hacían más complejos a medida que avanzaba. Los intervalos entre los rayos láser también variaban: algunos estaban cerca y otros a cierta distancia, como para darle al intruso al pasar una falsa sensación de seguridad.

Snake tecleó el código de Meryl en el Codec.

—¿Qué? —le dijo, fingiendo estar molesta.

—Perdona que interrumpa lo que sea que estés haciendo, pero ya que estás en el sistema de seguridad, ¿podrías encontrar la manera de apagar estos estúpidos láser?

—Lo siento, Snake. Ya lo he intentado pero no es posible. Se necesita una tarjeta de seguridad de nivel cinco, y la única manera de apagarlos está ahí, en la puerta.

—Está bien. Sólo quería asegurarme.

—¿Conseguirás pasar?

—No te preocupes por mí.

—No lo haré. Te veo en el edificio del almacén.

—¿Qué?

—Ya te he dicho que se cómo moverme por este lugar.

—¡Meryl! Te he dicho que te quedes donde estás.

—He cambiado de opinión.

—¡No hagas tonterías!

—Lo siento, pero ésta es la única forma de saber si tengo madera de soldado. ¡Tengo que ensuciarme las manos! Te veo allí —dijo antes de cortar.

«Fantástico. Justo lo que necesito.»

Si al final resultaba que ella conocía otra forma de llegar al edificio del almacén, tendría que azotarla. Pero antes de nada debía salir de allí.

Snake estudió los patrones de los tres láseres siguientes y determinó que tendría que atravesar los dos más cercanos sin detenerse entre ellos. Estaban separados por unos pocos centímetros y por mucho que él vigilara su peso, no era tan delgado. El problema era que, cuando tenía un láser por encima de la cabeza, el otro le llegaba al muslo, y se movían demasiado rápido para poder deslizarse entre los dos. Tendría que reptar entre ambos y sólo tenía unos segundos para hacerlo.

Se puso de cuclillas, estudió el ritmo de los rayos una vez más y luego se tumbó paralelamente a ellos. En cuanto el segundo láser tocó el suelo, Snake rodó como un tronco, pasando por debajo de dos rayos, e incorporándose rápidamente saltó por encima del tercero.

Aún quedaban dos. Estos se cruzaban: mientras uno estaba arriba del todo, el otro tocaba el suelo y luego se encontraban en el centro. Snake esperó a que se separasen y luego se agachó, levantó una pierna y saltó por encima del rayo inferior.

Lo había conseguido. A la salida del túnel soplaba un viento helado y enormes ventisqueros cubrían el campo. Moverse a través de la nieve sería lento y pesado, pero no tenía alternativa.

Y en alguna parte, en mitad de esta borrasca cegadora, había un tanque mortalmente armado.

Capítulo 10

Snake pisó la nieve, que le llegaba hasta la rodilla, y se acercó a la puerta abierta, pegándose al muro para no ser visto.

El Codec emitió un pitido. Snake lo miró y se sorprendió al ver que se trataba de una llamada sin codificar. Eso quería decir que no venía ni de Campbell ni del resto.

—¿Quién es? —contestó.

—Un amigo —era una voz masculina, profunda y modulada.

—¿Podrías ser más específico?

—Snake, en el desfiladero tienes que tener cuidado. Hay minas Claymore en diferentes lugares. ¿Tienes un detector de minas?

—Sí. ¿Quién eres?

—Úsalo para encontrar las Claymore. Mantente alejado de sus sensores.

—Sé cómo usarlo. Dime quién eres, maldita sea.

—Considérame un fan tuyo. Puedes llamarme... Deep Throat.

La transmisión se cortó. Snake intentó conectar con el código de frecuencia de la última llamada entrante, pero en la pantalla digital sólo aparecía un cero.

«Qué diablos...»

Aun así, el tipo estaba siendo correcto con él y puede que le hubiese salvado la vida. Abrió un bolsillo lateral de su cinturón y sacó el ArmsTech Pathtracker 3000, una herramienta muy útil para localizar minas y bombas enterradas a través de ondas de radio. Una vez que detectaba la señal de una mina, el usuario podía desarmarla o detonar el explosivo desde una prudente distancia. Snake cogió el aparato, que era del tamaño de una baraja de cartas, y lo encendió. Extendió la antena y apuntó hacia el suelo justo delante de él.

Aparecieron las siluetas de tres minas Claymore. Una estaba muy cerca, a unos tres metros de la entrada del hangar. Había otras dos tres metros más allá, muy cerca una de la otra. Tendría que seguir avanzando para detectar más.

Giró el botón de frecuencia y apuntó la antena hacia el lugar donde estaba enterrada la primera mina. Si el explosivo estaba desactivado, debía aparecer una luz verde en el aparato, pero no fue así. Snake no sabía si medio metro de nieve influiría en su funcionamiento; tal vez sí. Lo mejor sería evitar la zona totalmente.

Se dirigió hacia el lado izquierdo del desfiladero y, con dificultad, avanzó por un costado hacia el norte. El viento no soplaba tan fuerte y la visibilidad era mejor cerca de la pared. ¿Acaso podría cruzar todo el campo por esa ruta?

Le llegó la respuesta cuando el Pathtracker detectó varias Claymore bloqueándole el camino. Tendría que volver al centro del campo para bordearlas, y allí sería una

presa muy fácil.

Snake se puso sus gafas protectoras para evitar el viento en los ojos, y un par de guantes termales antes de emprender la marcha.

Tardó al menos veinte minutos en llegar al centro del desfiladero. Casi todas las Claymores estaban concentradas en los primeros cincuenta metros y ahora parecía que el resto del camino estaba despejado. Se sentía como Doctor Zhivago mientras avanzaba lentamente con el fuerte y helado viento golpeándole la cara. Aunque no le hubiese importado llevar un plumífero y una bufanda, las nanomáquinas de la doctora Hunter estaban haciendo un estupendo trabajo para mantenerlo caliente. Lo peor era caminar sobre la espesa nieve; era más difícil que escalar un monte empinado.

—¡Éste es territorio de cuervos! ¡Es el territorio de Raven! ¡Las serpientes no sobreviven en Alaska! ¡No pasarás, Snake!

La profunda voz resonaba en el aire transportada por el viento. Venía de un altavoz de algún lugar más adelante. Snake entrecerró los ojos y distinguió una figura oscura y voluminosa que se aproximaba.

El M1 estaba avanzando en su dirección.

Snake sacó los prismáticos de su cinturón de equipamiento y enfocó al monstruo blindado. Un enorme hombre con un pájaro pintado en la frente estaba sentado en la torreta. No, era un tatuaje o una mancha de nacimiento.

Vulcan Raven, el gigante chamán, en carne y hueso.

Antes de que pudiera planificar una estrategia de defensa, el cañón M68 de 105 milímetros le lanzó un proyectil. Lo único que pudo hacer fue saltar hacia un lado y enterrarse lo más que pudo en la nieve.

La explosión sacudió todo a su alrededor. Sintió que su cuerpo se levantaba y volaba por el aire. Aterrizó produciendo un ruido sordo a pesar de la nieve. Por un instante, vio estrellas y sintió un pitido tremendamente doloroso en los oídos.

Vulcan Raven se rio con fanfarronería.

—¡Eso es! ¡Arrástrate por los suelos como la serpiente que eres!

La voz le recordó dónde se encontraba. Snake hizo un rápido chequeo de sus brazos y piernas, determinando que todas seguían en su sitio. Dobló con cuidado cada uno de sus apéndices y agradeció que no se le hubiese roto ni desgarrado nada por la metralla. El pitido en sus oídos disminuyó, pero continuó molestándolo.

Había tenido mucha suerte.

El suelo tembló por debajo de él, y oyó el motor del Abrams que se acercaba. Esta vez la ametralladora de 12,7 milímetros disparó a la nieve que había a su alrededor, señal evidente de que no le quedaba otra que mover el culo y salir de ahí.

Snake se levantó como pudo de donde había caído. Le era imposible correr e intentar caminar era como hacerlo sobre melaza. ¿Qué posibilidades tenía?

Pero afortunadamente recordó otra lección de Master Miller que venía totalmente

al caso, ya que tenía que ver con una batalla entre un hombre casi sin armas y un gigante.

—¿Recordáis la historia de David y Goliat? —había preguntado Miller a sus alumnos en una clase—. David era un joven israelita, bastante fuerte pero no lo bastante como para enfrentarse al poderoso guerrero Goliat. El gigante iba armado con una espada, un garrote, una armadura y tenía una fuerza brutal. David no tenía más que una honda, pero usó su ingenio para derrotar a Goliat. ¿Cómo lo hizo? Pues utilizando el principio de que algo pequeño puede a menudo vencer a un gran adversario. Colocó una piedra en su honda, le dio vueltas para aumentar su velocidad y su fuerza, y lanzó el proyectil al rostro del gigante. La piedra le dio a Goliat en la frente y lo mató. Por supuesto, David tenía la ventaja de tener muy buena puntería. Que esto os sirva de lección. Tenéis que saber utilizar vuestras armas con pericia, pero también debéis saber cuándo usarlas. Hay un momento y lugar para cada arma, por muy pequeña que ésta sea o por muy grande que sea el adversario.

Snake sonrió al recordarlo y supo exactamente lo que debía hacer.

El tanque rugía al acercarse, y la voz de Vulcan Raven retumbaba en el aire.

—Primero vamos a seguir jugando contigo un poco más, Snake. ¡Sólo cuando no puedas más lanzaré el estallido final!

Snake se tiró en la nieve y excavó hasta sentir el suelo helado. Afortunadamente, la nieve estaba bastante blanda, lo que le permitió hacer un túnel y avanzar con las manos y las rodillas hasta el tanque. Podía imaginarse lo que Vulcan Raven estaría pensando mientras inspeccionaba el terreno en busca de su presa. La serpiente es una criatura de sangre fría que vive pegada a la tierra, pero al contrario que su tocaya, Snake era un mamífero de sangre caliente capaz de aguantar la helada temperatura que había bajo la nieve.

Cuando percibió que el tanque estaba a pocos metros de él, sacó de su bolsillo una de las granadas de fragmentación, la cogió firmemente en una mano, se levantó rompiendo la nieve que le rodeaba y se enfrentó al monstruo que ahora estaba a su costado, a unos tres metros de él. Había un artillero junto a Vulcan Raven manejando la ametralladora más pequeña. Oyó al gigante decir con toda claridad:

—Está ahí, ¿lo ves?

El artillero disparó una ráfaga de munición hacia un objeto que estaba en perpendicular y a unos nueve metros de Snake. Los había engañado. Le quitó el seguro a la granada con los dientes, contó hasta cinco y le lanzó la piña al artillero. Luego se dio la vuelta y se arrastró por la densa nieve para alejarse del vehículo. La explosión fue justo enfrente de la cara del artillero, que salió volando por los aires. Su cuerpo sin vida cayó pesadamente sobre la nieve como un muñeco de trapo, justo frente a Snake.

Al girarse vio que una nube de humo negro cubría la parte superior de la

torrecilla. Cuando se disipó el humo, apareció la cabeza de Vulcan Raven saliendo de ella. Parecía ileso, por lo que Snake pensó que debía de haber bajado a su compartimento dentro del tanque en el momento en que la granada explotó.

—¡Maldito seas! —gritó el chamán.

Snake fue hasta el artillero muerto y lo cacheó rápidamente por debajo de su abrigo forrado de piel. Llevaba en el cinturón dos granadas de fragmentación y una pistola SIG Sauer. Ignoró esta última, pero cogió las granadas. Tras pensárselo un segundo, registró los bolsillos del hombre y encontró una llave magnética, igual a la que le había dado Anderson, una PAN, sólo que ésta estaba marcada con un rótulo que decía «Nivel 3».

«¡Estupendo!»

Se metió la tarjeta en el bolsillo y volvió a sumergirse en la nieve.

—¡No te puedes esconder para siempre! ¡Sé dónde estás!

Una ráfaga de disparos ametrallaron los ventisqueros, demasiado cerca de él para su gusto. El truco de Snake había funcionado una primera vez, pero no iba a engañar al gigante una segunda. Por eso, en vez de reptar hacia adelante en la nieve, se escondió en uno de los «túneles» que había hecho antes. Mientras el chamán continuaba disparando en vano a la nieve que había alrededor del Abrams, Snake se iba alejando.

Era hora de pensar en un nuevo plan. Se puso en pie y vio que el tanque estaba a unos ocho metros, cara al sur. Un nuevo artillero se había unido a Vulcan Raven en la torrecilla. El chamán manejaba el cañón y conducía el tanque, mientras el soldado disparaba a la nieve con su ametralladora de 7,62 milímetros.

—¿Dónde está? —gritó Raven—. ¡Encuétralo! ¡Lo has dejado escapar!

Snake tenía un buen blanco desde donde se encontraba. Sacó la SOCOM, la agarró con las dos manos y disparó. El hombre dio una sacudida, lanzó un grito y cayó desplomado. Raven se dio la vuelta justo a tiempo para ver la bala que iba en su dirección y la evitó con un sutil movimiento. El hombre era sorprendentemente rápido. Snake se quedó boquiabierto y pensó que tal vez se debía a sus supuestos poderes místicos.

Para entonces, el chamán había girado la ametralladora de 12,7 hacia Snake, descargando una ráfaga en su dirección. Snake se lanzó a la nieve, escarbó profundamente y se quedó de cuclillas en el suelo helado; consciente de que era cosa de segundos antes de que el gigante acertara. Estaba acabado. Iba a morir en un desfiladero cubierto de nieve, los terroristas lanzarían un artefacto nuclear y el mundo nunca volvería a ser el mismo.

Pero el fuego de la ametralladora se detuvo abruptamente.

—¿Qué había ocurrido?

Snake se atrevió a asomar la cabeza y mirar. Vulcan Raven estaba manipulando

frenéticamente la ametralladora. Como sus dos artilleros estaban muertos, el gigante no tenía a nadie para cargar la munición. Era su oportunidad.

Usando todas sus fuerzas, Snake avanzó lo más rápido que pudo por la espesa nieve hacia el tanque. Mientras corría, sacó de su bolsillo otra granada de fragmentación. Cuando se encontraba a cinco metros, tiró de la anilla de seguridad y lanzó el explosivo hacia la banda de rodaje del tanque. Se tiró hacia un lado sobre la escarcha, se cubrió la cabeza con las manos y esperó la onda expansiva de la explosión. Esta vez sintió el calor y la metralla que caía sobre el ventisquero de nieve donde estaba tumbado.

Tras unos momentos, se levantó para mirar los daños. El Abrams estaba inmóvil, y la banda de rodaje destruida.

Había llegado la hora del enfrentamiento entre David y Goliat.

Sacó otra granada de un bolsillo y avanzó por la nieve hasta la parte de atrás del vehículo, tiró de la anilla y la lanzó hacia arriba, donde estaba Vulcan Raven, demasiado ocupado con la ametralladora como para darse cuenta de que su enemigo se hallaba a su espalda. El explosivo cayó en el compartimento, el mejor blanco que podía haber deseado. Snake se dio la vuelta alejándose lo más rápido que pudo del Abrams.

La explosión sacudió toda la zona. Liquid Snake estaba sentado en la oficina del director de Shadow Moses y vio a su enemigo alejándose del tanque en llamas. Suspiró pesadamente y miró a Revólver Ocelot, que se había recostado sobre un sofá. El brazo del pistolero estaba cubierto por un gran vendaje. Los analgésicos lo habían aliviado, y ahora estaba ansioso por volver a enfrentarse a Snake.

—Se ha escapado, ¿verdad? —comentó—. Déjame que lo intente otra vez. Voy a matar a ese bastardo.

Liquid levantó la mano.

—Silencio.

Señaló la pantalla. Se veía a Vulcan Raven saliendo de las ruinas del tanque, milagrosamente indemne.

—Todavía está a mi alcance —dijo el gigante—. ¿Quieres que lo destruya?

—No. Déjalo.

—¿Estás seguro?

—Sí, pero no lo pierdas de vista.

—Tiene la llave magnética.

—Lo sé. Jugaremos con él un poco más.

Ocelot se puso en pie y le susurró:

—¿Estás loco? ¡Este hombre es peligroso!

La mirada que Liquid dejó caer sobre el pistolero no le dio más opción que sentarse y cerrar la boca.

—Creo que sería mejor no subestimarlos, jefe —dijo Raven.

—¿Qué piensas de él? —le preguntó Liquid—, Luchando, quiero decir.

—Es tal como dijiste. Es como si estuviera poseído por un demonio. En eso se te parece, pero no esperarías menos, considerando vuestro vínculo.

—Sí, es verdad que te lo dije. Pero no te preocupes. Yo acabaré con él.

—¿Está Ocelot contigo?

—Sí.

—¡Revólver Ocelot! —lo llamó el gigante—. He sabido que se llevó tu mano y tu dignidad.

—¡Cuidado con lo que dices, chamán! —le respondió desde el sofá—. Snake me tuvo ocupado, pero fue ese maldito ninja el que se la llevó. Aún te puedo disparar y acabar contigo, con o sin mi mano derecha.

—Déjame decirte algo sobre nuestro intruso, amigo. En la lengua de los indios, «sioux» significa «snake» y la serpiente es un animal muy temido.

Ocelot hizo una mueca de desprecio.

—Pues yo no tengo miedo de nada, y mucho menos de Solid Snake. Ahora es mío. Cuando nos volvamos a encontrar, voy a ocuparme de él.

Vulcan Raven escupió.

—El cuervo de mi cabeza tiene sed de sangre. Snake y yo volveremos a enfrentarnos. De eso puedes estar seguro.

Liquid apagó el comunicador.

—Es un enemigo formidable. Las próximas horas van a ser muy interesantes, ¿no te parece, Ocelot?

—¿Qué esperas sacar de él? Es una peste. ¡Hay que aplastarlo!

—Aún no, amigo mío. Aún tengo planes para él.

—¿Por qué dejas que viva, jefe?

Los ojos del líder del FOXHOUND centellearon.

—Tengo mis razones.

Capítulo 11

—¿Snake? —era Meryl llamándolo en el Codec.

Estaba a punto de entrar en el almacén de cabezas nucleares, situado en el lado norte del desfiladero. Tenía el traje y el cuerpo empapado por la nieve, y le apetecía calentarse un poco.

Apretó el botón para aceptar la frecuencia y contestó.

—¿Dónde estás, Meryl?

—Estoy en el subsuelo del almacén de misiles —dijo con un deje de autosuficiencia en la voz.

—¿Qué? ¿Cómo diablos has llegado hasta allí?

—Ya te dije que sé bien cómo moverme por este lugar.

—En ese caso, ¿por qué no me has dicho cómo llegar? ¿Te das cuenta de que han estado a punto de freírme en ese maldito desfiladero?

—Relájate, Snake. No podrías haber pasado por donde lo hice yo. Voy vestida como uno de ellos, ¿recuerdas? Me metí en un transporte junto con otros diez soldados. Hicieron el recorrido más largo por una carretera cubierta de nieve. No me quité la máscara y llevaba un casco. No tenían ni idea de quién era.

—Estás loca, Meryl. Podían haberte cogido otra vez.

—Pues no lo hicieron. ¿Y dónde estás tú?

—Entrando en el almacén de misiles.

—¿Ah, sí? Ten mucho cuidado. Y por lo que más quieras, no uses tu arma ahí dentro. Está lleno de deshechos nucleares y misiles. Por lo tanto, nada de disparos, ¿de acuerdo? Ni balas, ni granadas ni nada de nada. Una sola chispa y ¡bum!

—No te preocupes. Gracias por tus consejos. Ahora quiero que te quedes quieta hasta que te encuentre.

—Estoy en el nivel Primer Sótano. Coge el ascensor, pero cuidado con los guardias. Andan patrullando como locos por ahí donde estás tú. Corto y cambio.

Ella cortó y Snake sacudió la cabeza. Era evidente que se trataba de la sobrina de Roy Campbell. Era tan cabezota y arrogante como siempre lo había sido el coronel. Aunque estaba aún un poco verde, debía admitir que la chica tenía agallas. Nunca se había encontrado con una jovencita que fuera tan valiente y tuviera tanta determinación como ella.

Comenzaba a gustarle.

«Para. Concéntrate en tu misión.»

Snake quería abofetearse por permitir que sus pensamientos se fueran en esa dirección. Las relaciones amorosas eran algo que no necesitaba en su vida. Ya había

tenido bastantes desastres románticos, y no tenía intención alguna de involucrarse con una chica más de diez años menor que él. Era el camino directo a la catástrofe.

Quizá.

Snake usó la tarjeta PAN del nivel 3 para abrir la puerta de listones, parecida a la de la salida del hangar de tanques. Antes de que ningún guardia se diera cuenta, se deslizó por la apertura y corrió hasta el muro de la izquierda, al lado de una rampa de metal que lo llevaba al piso principal del almacén. De pie en la penumbra, vio a tres guardias que aparecían por la puerta preguntándose por qué se había abierto de repente.

Respiraba lenta y profundamente. Snake no se iba a dejar ver.

—Debe de haberse producido un fallo —dijo uno de los guardias.

—Ha ocurrido un accidente ahí fuera, ¿no lo habéis oído? Uno de los tanques ha explotado.

Un hombre apretó un botón y la puerta se cerró lentamente.

—A nuestros nuevos jefes les gusta jugar con cerillas. Y cuando juegas con cerillas, provocas incendios.

Empezaron a subir la rampa hacia el piso principal.

—¿No te gustan nuestros nuevos jefes?

—No he dicho eso. Es mucho más divertido desde que tomaron el poder. Estaba que me moría de aburrimiento antes.

Se rieron y desaparecieron. Snake, ya más relajado, se dirigió hacia el final de la rampa, se puso a gatas y avanzó así hasta poder echar un vistazo a la superficie desde arriba.

Meryl tenía razón. El lugar estaba lleno de soldados. Todos iban uniformados y llevaban máscaras de gas. Snake dedujo que en el lugar habían trampas con gas nervioso, igual que a la salida del hangar de tanques. Los terroristas no tomaban ningún riesgo. No podía imaginarse este tipo de seguridad cuando los civiles llevaban la base. Liquid tenía que ser o masoquista o increíblemente paranoico.

Lo que podía hacer era usar las granadas Chaff. No provocaban un daño incendiario, y eran efectivas en las tácticas de distracción. Snake miró el techo y vio varias cámaras de seguridad apuntando a diferentes zonas. Las Chaff provocarían tumultos, sin duda alguna. Las granadas hacían mucho ruido y la pregunta era: ¿cuántos guardias llegarían corriendo? ¿Merecía la pena el riesgo? Snake no veía otra manera de atravesar el almacén para llegar hasta el ascensor. Tenía que arriesgarse.

Sacó una granada Chaff de un bolsillo, tiró de la anilla y la lanzó rodando por el suelo. Se detuvo casi en la mitad del hangar, entre tanques marcados con la palabra PELIGRO. Pasaron cinco segundos antes de que la granada explotara, alertando a todos los guardias.

En cosa de segundos fue como si alguien hubiese metido un palo en medio de un abejero. Los hombres daban vueltas corriendo y se gritaban unos a los otros. Asumieron, naturalmente, que la granada había llegado a través de la entrada, por lo que Snake saltó rápidamente al suelo, giró hacia la izquierda y corrió entre una fila de cajas. Entre ellas había una del tamaño de un televisor grande, se metió dentro y bajó las tapas, quedándose quieto y de cuclillas, mientras dos guardias pasaban corriendo por su lado. Cuando oyó que los pasos se alejaban, levantó la tapa y salió de allí.

Entonces los vio.

Al lado izquierdo del espacio había dos misiles ICBM desmantelados. Ambos tenían unos seis metros de largo y parecían haber vivido bastante. Su superficie estaba golpeada y rayada. Eran reliquias de segunda mano del diseño y desarrollo de la Guerra Fría.

Cerca de ellos, en contenedores que llevaban marcado «PELIGRO-RADIACIÓN», había unos objetos que Snake reconoció como cabezas nucleares. También parecían estar bastante machacadas por el tiempo. Debían de estar todas inutilizadas, pensó, ya que finalmente Shadow Moses era un complejo de desmantelamiento nuclear. Pero supuso que los terroristas debían de tener la manera de extraer el plutonio o de hacer que alguna de ellas fuese operativa.

Algo nada bueno.

Usando su Codec en modo de cámara, Snake sacó varias fotos del arsenal para la posteridad y también para transmitírselas a Nastasha Romanenko. Tras unos segundos, ella apareció en el Codec.

—Gracias por las fotos, Snake —le dijo—. No debes preocuparte por las cabezas nucleares. No están en funcionamiento.

—Pero si la idea era deshacerse de ellas, ¿por qué no las desmantelan directamente?

—No pueden hacerlo porque cuando se desmantelan el material nuclear debe almacenarse. En este momento, todos los almacenes para estos materiales están abarrotados. Pero no podían dejar de desmantelar armamento si a la vez querían propulsar el tratado START-II.

—¿Me estás diciendo que esta base se construyó para evitar temporalmente un conflicto con el tratado START-II?

—Casi todo el mundo piensa que hoy en día vivimos en un lugar más seguro. Pero con la cantidad de armamento desmantelado y desperdicio nuclear disponible, la amenaza de terrorismo se ha incrementado enormemente.

Snake emitió un gruñido como respuesta.

La ucraniana prosiguió.

—Después de que se firmara el acuerdo START-II en 1993, Rusia y Estados Unidos redujeron a tres mil y tres mil quinientas sus cabezas nucleares.

Desmantelaron completamente todas las ICBM que contenían vehículos de reentrada con objetivos múltiples asignados independientemente. Como resultado, existen más de quince mil cabezas nucleares desmanteladas a la espera de que se desechen. Por este motivo se construyó la base de Shadow Moses.

—Nastasha, eres una enciclopedia andante —dijo Snake.

—Intentaré tomármelo como un cumplido.

Cortó la comunicación, y Snake se dirigió, sorteando cajones de mercancías, hacia el lado norte de la sala, donde estaba el ascensor. De pronto, se encontró cara a cara con un guardia que acababa de doblar la esquina.

—Hey —fue todo lo que le dio tiempo a decir antes de que Snake le diera una perfecta combinación a tres tiempos: puñetazo-puñetazo-patada.

Arrastró el cuerpo entre los cajones y lo dejó en el suelo. Había estado demasiado cerca, tenía que recurrir a otra distracción. Sacó otra Chaff de su bolsillo, tiró de la anilla y la lanzó muy alto hacia los cajones que había en el centro del recinto. La granada explotó en el aire causando gran conmoción. Snake continuó avanzando subrepticamente en el terreno ocupado por el enemigo usando el método de correr y detenerse de golpe.

Al norte de las filas de cajones se encontró con dos soldados al pie de una escalera metálica que llevaba a la pasarela.

—Quédate aquí y mata a todo lo que se mueva —le dijo uno al otro antes de dejarlo solo para ir en busca de otros compañeros en una zona diferente.

El soldado se encontraba entre Snake y el ascensor. Snake saltó tras una pila de cajones y sacó dos cartuchos de la SOCOM de su bolsillo. Lanzó una hacia el lado opuesto del pasillo para que golpeará sobre otra torre de cajones. Cayó al suelo y rebotó haciendo un ruido. El soldado se giró hacia el sonido, pero no estaba seguro de lo que había oído. Snake lanzó la segunda bala, repitiendo la jugada. Esta vez el guardia debía investigar lo que pasaba. Preparó su rifle de asalto y se dirigió lentamente hacia el principio del pasillo. Snake permanecía escondido detrás de la primera pila de cajones, pero el guardia enfocó su atención en la segunda pila, de donde había llegado el ruido. El hombre se acercó lentamente a los cajones, dando finalmente la espalda a Snake.

Le agarró el cuello por detrás con un brazo y acabó con él en un momento.

Snake dejó al hombre en el suelo y corrió hacia el final del pasillo de cajones. Había camino libre hacia el ascensor. Llegó hasta él como una exhalación, apretó el botón de llamada y aguantó los tensos segundos que tardó el ascensor en llegar. Se abrieron las puertas y se metió dentro de él sin que ninguno de los otros soldados se diera cuenta. Pulsó el botón SI y esperó a que se cerraran las puertas antes de contactar con Meryl a través del Codec.

No contestaba.

Mal.

¿Le habría pasado algo? No se atrevía ni a pensarlo.

Las puertas se abrieron hacia un pasillo perpendicular al ascensor. Las mantuvo abiertas para ver si había guardias, pero todo lo que vio fue una cámara de seguridad en el techo apuntando hacia el ascensor. Rápidamente salió de su campo de visión, dejó que las puertas se cerraran y pulsó el botón de cierre de emergencia para que no se pudiera llamar el ascensor desde otro piso. Snake colocó el silenciador en su SOCOM, revisó el cargador y volvió a accionar el ascensor. En postura de disparo, pulsó el botón de abrir con el codo. Al abrirse las puertas lanzó una ráfaga de disparos a la cámara para anularla.

Salió hacia el pasillo atento a cualquier actividad. Se oían voces apagadas en alguna parte de la planta y el ruido de la cadena de un lavabo tras una puerta con la señal de «HOMBRES» al final del pasillo a su derecha. Snake corrió hacia la puerta del baño, la empujó y entró.

Un guardia acababa de terminar de hacer sus necesidades y estaba a punto de salir de la letrina. Snake se metió en la que estaba a continuación y esperó. En cuanto salió el hombre, lo sorprendió con su estrangulamiento personal, agarrándole el cuello con el brazo por detrás. Puso el cuerpo de vuelta en la letrina, lo sentó en el retrete y tiró de la cadena. Volvió a tirarla una segunda vez, bromeando.

—Es un largo camino hasta Washington —añadió.

Salió cautelosamente de los lavabos, y ya se encaminaba hacia el final del pasillo cuando su Codec se activó. Se le llenó el corazón de alegría cuando vio la frecuencia de la llamada.

—¡Master Miller! Qué estupendo saber de ti.

—Igualmente, Snake. Ha pasado mucho tiempo. ¿Te lo estás pasando bien?

Dichosos los ojos. La cara del hombre en el Codec no había cambiado mucho; llevaba incluso sus típicas gafas de sol.

—Ya sabe que sí, señor. El coronel me dijo que tal vez estaría a mano.

—Claro que lo estoy.

—Bueno, creo que no hay otra persona con la que preferiría estar en una trinchera más que con usted.

La transmisión con Miller comenzó a romperse.

—Escucha... antes... los tipos de FOXHOUND...

—¿Master Miller? Lo estoy perdiendo. ¿Me copia?

—... otra vez. Lo siento. ¿Mejor ahora?

—Sí. ¿Dónde está?

—En mi cabina, en Alaska.

—Sí, ya me dijeron que se había retirado. Como yo.

—Está genial, ¿verdad? Sólo mis husky y yo. Pero escucha... decirte que...

—Se corta otra vez. ¿Master Miller?

—... en la oficina de esa planta. El subsuelo de...

—¿Qué?

—... Lo siento. Ahora. Las transmisiones desde el medio de la nada no funcionan bien. Ahora mejor. Lo que te quería decir es que te va a hacer falta una lanzadera de misiles en el nivel Sótano Dos, y que puedes encontrar una en la planta donde te encuentras.

—¿Cómo lo sabe?

—Soy Master Miller, ¿recuerdas?

Snake frunció el entrecejo. Algo olía mal.

—Continúe.

—El caso es que ¿recuerdas como operar una lanzamisiles personal Nikita con control remoto?

—Estoy seguro de que sí.

—Estupendo. Hay una Nikita en la oficina marcada con un B4. También hay munición. Coge todo lo que puedas y llévalo al siguiente sótano. Ahí es donde deberías encontrar al doctor Emmerich.

Master Miller estaba sorprendentemente bien informado sobre todo lo que estaba haciendo Snake.

—De acuerdo, gracias.

—Buena suerte, Snake. Hablamos más tarde.

—Master Mili... —pero la transmisión se había cortado.

«Extraño.»

Master Miller no era un tipo muy comunicativo, pero generalmente era más específico a la hora de dar instrucciones. Aun así, Snake pensó que sería mejor seguir sus consejos y encontrar la lanzadera de misiles. Abrazado a la pared del corredor, con la SOCOM en mano, giró la esquina. A lo largo del pasillo había puertas de diferentes oficinas, empezando por la B1. La B4 estaba en la mitad y requería una tarjeta PAN del nivel 3 para abrirla. Snake deslizó la tarjeta y escuchó un gratificante clic. Abrió la puerta para encontrarse con...

¡Un soldado genoma trabajando en una mesa de despacho! El hombre se mostró sorprendido y reaccionó alcanzando el botón de alarma. Snake apuntó su SOCOM y disparó. La bala le dio directamente en el entrecejo y su silla y él cayeron al suelo abruptamente.

Entró y cerró la puerta. Como le había dicho Miller, en un maletín abierto encima de la mesa estaba el Nikita. A su lado había una caja de proyectiles. El Nikita era un ingenioso dispositivo, una aparatosa pero práctica lanzadera de misiles en forma de un corto bazooka que se colgaba en un hombro y se agarraba con ambas manos. Snake no deseaba particularmente llevar el aparato con él, pero si Master Miller había

dicho que lo necesitaba, lo haría. Hizo una búsqueda superficial por la oficina y encontró una máscara de gas en uno de los cajones de la mesa. Imaginó que le podría hacer falta, por lo que se la colgó en el cuello, pero no se la puso por el momento.

Armado con sus nuevos juguetes, abrió la puerta de la oficina, se asomó para encontrar el corredor vacío y entró ágilmente en el ascensor. Una vez dentro pulsó el botón B2, se colgó el Nikita en el hombro y preparó la SOCOM.

Las puertas se abrieron hacia otro pasillo perpendicular al ascensor. Salió cautelosamente, asegurándose de que no hubiera guardias patrullando, y se dirigió hacia la izquierda. Una señal en la pared indicaba el laboratorio. Snake continuó en esa dirección, y pronto llegó a un arco. El pasillo continuaba más allá del arco, pero el suelo al otro lado era de rejilla metálica en vez de estar enmoquetado.

«Extraño.»

Snake dio un paso hacia el arco y de pronto la calidad del aire cambió. Unas diminutas partículas amarillas comenzaron a salir de la ventilación en el techo, flotando delante de él, visibles como el polvo en un rayo de sol. La ausencia de olor le sugirió que el pasillo se estaba llenando de gas sarín. La única opción sensata era salir corriendo de allí lo más rápido posible y atravesar el arco para llegar al final del pasillo a lo largo del suelo metálico.

Otra coincidencia. Era su día de suerte, se puso la máscara, pero decidió no arriesgarse y correr hasta el otro extremo del corredor. Estaba a punto de cruzar el arco cuando de repente...

—¡Snake, no te muevas!

Reconoció inmediatamente la voz como la de Deep Throat.

—¿Tú otra vez?

—¡No des un paso más! El suelo delante de ti está electrificado.

—Estupendo. ¿Qué es lo que debo hacer, entonces?

—Tienes que cortar la electricidad.

—De acuerdo. ¿Me dices dónde está la caja de plomos?

—Desgraciadamente está al final del pasillo, enfrente de ti.

—Muy conveniente.

—Mira el corredor. Al final gira a la izquierda. ¿Lo ves?

—Sí.

—Luego vuelve nuevamente paralelo a la pared a tu izquierda. Como un laberinto en un parque de atracciones.

—Vale. Tiene forma de U.

—La caja de fusibles de alto voltaje está al final de esa parte del pasillo.

Snake miró hacia la pared de la izquierda.

—¿En ese caso explotó una granada para hacer un agujero en el muro?
¿Funcionaría?

—No, es demasiado grueso. Ni siquiera una Claymore te sería útil. Tendrás que usar un misil a control remoto.

Snake asintió para sí mismo. «El Nikita. Master Miller tenía razón.»

Estaba muy impresionado por la elaborada red de defensa que los renegados de FOXHOUND habían planificado para proteger su llamada Revolución. Ni siquiera los ejercicios de entrenamiento por los que había pasado para convertirse en agente habían sido tan diabólicos como esto.

Cargó el lanzamisiles portátil y encendió la pantalla del control remoto. El Nikita permitía al usuario establecer una ruta de vuelo para el misil y luego guiarlo con el control remoto. Como viajaba a gran velocidad, hacía falta tener buen ojo y agilidad en los dedos para conducirlo hasta su objetivo. Snake había practicado con el Nikita en los cuarteles generales del FOXHOUND durante tres meses, hasta que Master Miller le había dado una buena calificación. No era fácil.

Snake debía introducir una cifra para el alcance propuesto.

—Mmm... ¿Deep Throat?

—¿Sí, Snake?

—¿Sabes cuántos metros hay desde donde estoy hasta la caja?

—Lo siento, Snake. No tengo ni idea.

Hizo lo que pudo para estimar la cifra. Usando las dos manivelas, dibujó en la pantalla una línea digital que representaba la trayectoria planeada para el misil. No podía permitirse fallar, ya que la explosión a continuación alertaría sin duda a los guardias y necesitaba poder escapar. Y tampoco tenía muchas ganas de caminar por una pasarela electrificada.

Snake volvió a revisar sus cálculos, apagó el sistema de seguridad y cogió la lanzadera lo más firme que pudo.

—Un disparo. Ahí va —dijo.

A Snake le gustaba el hecho de que el Nikita no rebotara tras disparar. El tubo lanzadera permaneció inmóvil en su hombro mientras el misil salía del arma. Luego cruzó el arco, siguió recto por el pasillo y finalmente hizo un giro de noventa grados. El misil entonces desapareció de su vista, pero todavía podía oír su sonido cortando el aire por el corredor al otro lado del muro.

La explosión sacudió toda la planta. Snake se apoyó contra la pared de la derecha y, pocos segundos después, volvió la calma. Todas las luces fluorescentes del techo se apagaron, dejando el espacio en la oscuridad. Segundos después, las luces de seguridad se encendían.

¿Lo había conseguido? Snake vio que ya no salía gas de la ventilación, pero aún no se atrevía a sacarse la máscara. Con mucho cuidado atravesó el arco y pisó con un pie la rejilla de metal.

No pasaba nada.

—¿Deep Throat? ¿Sigues ahí?

—Sí, Snake.

—¿Cómo sabías eso? ¿Y cómo supiste cuál era mi posición?

—Lo siento. La información va según tu necesidad de saberla. Y no necesitas saber eso.

—Maldita sea, ¿quién eres?

—Ten cuidado. No ha terminado aún.

Snake introdujo la frecuencia de Mei Ling.

—¿Sí, Snake?

—¿Estás al corriente de las transmisiones que estoy recibiendo de alguien llamado Deep Throat?

—Sí, pero no podemos determinar de dónde vienen.

—¿Ni una pista sobre su identidad?

—Estamos trabajando en ello.

—Bien. Corto.

Snake dejó el Nikita en el suelo. No deseaba abandonarlo, pero no tenía manera de llevar algo tan abultado con él y hacer lo que tenía que hacer. Avanzó por el pasillo, giró en la esquina y vio el daño que había hecho. La centralita estaba destruida; había sido un disparo certero.

Master Miller habría estado muy orgulloso.

Capítulo 12

Había seis soldados en el pasillo, delante del laboratorio. El soldado de rango superior miró a través de la ventanilla blindada para asegurarse de que el doctor no la había palmado. No confiaba en esos sabihondos que trabajaban en las instalaciones de Shadow Moses. Siempre se guardaban trucos en la manga y tenían respuestas para todo. Cuando los renegados del FOXHOUND tomaron el complejo, sintió una gran satisfacción personal al saber que esta vez las cosas no iban a favor de aquellos científicos que ganaban tanto dinero.

—Oiga, mi sargento, ¿es necesario que seamos tantos para vigilar a este tipo? —preguntó uno de ellos.

—El jefe quiere que le dediquemos un cuidado especial al buen doctor. No le tiene que pasar nada. El jefe lo necesita. Es un artículo de alta prioridad. El porqué, no lo conozco. Según mis reglas, sólo hay un buen *otaku*, y ése es un *otaku* muerto.

Los hombres se rieron. Uno de ellos abrió un termo de café y comenzó a repartir tazas a todos.

—¿Entonces, ha dicho el jefe por qué ha habido un apagón? ¿Qué ha sido esa explosión?

El sargento señaló el comunicador.

—Nos ha dicho que no nos preocupemos, pero que puede que tengamos compañía. Tal vez no sea una buena idea tener una taza de café en la mano en estos momentos.

En cuanto el sargento acabó de pronunciar estas palabras, al soldado se le cayó la taza de las manos, vertiendo todo su contenido al suelo.

—¡Qué torpe y qué idiota eres! —le reprochó el sargento.

—No... no se me ha caído a mí. Alguien... algo la hizo caer de mi mano.

—No seas estúpido. He visto cómo la...

Había una sombra que se movía a lo largo del pasillo. No, no era una sombra. Era como una niebla, como cuando unas gafas se empañan, pero además se movía.

—¿Qué demonios es eso?

—¿Qué cosa?

—Ahí. Mira.

Los hombres se giraron en la dirección que señalaba el sargento.

—No veo nada, mi sargento.

Los ojos del cabecilla se movieron con rapidez. ¡Ahí estaba otra vez!

—¡Mirad, tarados! ¡Ahí!

—Jefe, creo que está viendo visio...

Pero antes de acabar la frase, su coronilla se separaba de su cabeza con un corte diagonal. El hueso y su cerebro habían sido cortados en dos por algo invisible. Sus piernas cedieron, y cayó en el suelo al lado del fragmento sangriento de su cuerpo que contenía la mitad de su mente.

—¡Dios mío!

—¿Qué ha pasado?

—¡Cuidado!

—¡Disparad a todo lo que se mueva!

Los hombres comenzaron a disparar sus FAMAS salvajemente, repartiendo balas por todo el corredor pero sin alcanzar a nada.

Una espada invisible cortaba el aire y apéndices de carne y hueso. Los sonidos que producía iban precedidos por gritos.

Fuera del corredor, Snake podía oír la carnicería que estaba ocurriendo al otro lado de la puerta de seguridad de nivel 3. Los disparos, los gritos de agonía, el ruido de los cuerpos cayendo al suelo...

¿Qué estaba ocurriendo allí?

Introdujo rápidamente la tarjeta y la puerta se abrió.

Era como haber entrado en un matadero de seres humanos. En un principio, a Snake le costó contar cuántos hombres había habido allí, porque había partes del cuerpo y sangre por todo el pasillo. Había visto cosas horripilantes a lo largo de su vida, pero esta cruenta escena le revolvió la bilis como nunca.

Había un hombre sin brazos aún con vida. Una puñalada en el pecho le hacía escupir sangre al intentar respirar. Snake se arrodilló a su lado.

—¿Quién ha hecho esto? —le preguntó.

El hombre tosió y le contestó en un susurro.

—Fantasma... es un... fantasma.

Un segundo después, estaba muerto.

Snake se puso en pie, pasó por encima de los charcos de sangre y restos y se dirigió a la puerta del laboratorio. Miró a través de la ventana y vio a un hombre joven con una bata de laboratorio sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared. Llevaba gafas, tenía el pelo largo, era delgado y estaba temblando de tal manera que Snake pensó que se iba a mojar los pantalones.

El doctor Hal Emmerich tenía un miedo de muerte mientras miraba a algo que no estaba allí.

Snake deslizó la tarjeta en la puerta, pero no pudo abrirla. Era una puerta de seguridad de nivel 4. Lanzó una maldición y fue hacia el cuerpo despedazado más cercano. Era una tarea repugnante revisar la ropa sangrienta del guardia, pero encontró lo que le hacía falta: su tarjeta PAN. La pasó nuevamente y esta vez la puerta corredera se abrió.

El doctor Emmerich estaba llorando como un niño. Estaba concentrado mirando el espacio que había delante de él, pero Snake no veía a nadie más en la habitación.

«Espera. Ahí.»

El cyborg ninja estaba de pie frente al científico. El traje de camuflaje brillaba al pasar de modo invisible a visible mientras el guerrero blandía la espada.

—¡No, por favor! ¡No me hagas daño! —le pidió llorando el ingeniero... mojándose los pantalones.

—¿Dónde está mi amigo? —preguntó el ninja—. Dime dónde está o sufrirás la misma suerte que esos desgraciados de ahí fuera.

—¡Lo... lo siento! No... no sé de qué estás hablando. ¡Por favor, no me mates!

—¡NO TE MUEVAS! —Snake estaba delante de él con la SOCOM en ambas manos. El ninja se giró lentamente y enfocó su censor visual hacia el agente—. ¡Baja la espada y aléjate del pringado ése! Hazlo tranquilo y bien.

Incluso a través del casco que cubría la cabeza del guerrero, Snake se daba cuenta de que el hombre estaba sonriendo.

—¡Ah, excelente! Te he estado esperando —dijo con su voz metálica y electrónica.

—¿Quién diablos eres?

El ninja no bajó la espada. En vez de eso, la sostuvo delante de él como preparándose para la batalla.

—No soy enemigo ni amigo. Vuelvo de un mundo en el que tales cosas carecen de significado.

Snake entrecerró los ojos al mirar al cyborg. Había algo familiar en él, su manera de moverse, el tono de su voz. ¿Quién era?

—Me he deshecho de todos los obstáculos —dijo el guerrero—. Ahora lo tengo claro. Tú y yo debemos luchar hasta la muerte.

Snake no se iba a arriesgar y apretó el gatillo de la SOCOM.

Pero el ninja detuvo la bala con un movimiento de espada más veloz que un relámpago.

—¡Patético! ¡No hay honor en esa arma!

—¿Qué quieres?

—He esperado este día mucho tiempo. Ahora quiero saborear el momento.

El doctor Emmerich continuaba temblando y gimiendo mientras miraba a los dos gladiadores frente a él.

—¿Qué... qué les pasa a estos tíos? ¡Es como... es como una escena de una de mis películas anime!

El cyborg continuaba hablando de manera críptica.

—He venido de otro mundo para luchar contigo.

—¿De qué va esto? —preguntó Snake—. ¿Venganza?

—No es nada tan trivial como la venganza. Una lucha a muerte contigo... Sólo así mi alma encontrará descanso. Te mataré o tú me matarás a mí. De cualquier modo, no hay diferencia.

El ingeniero no podía aguantar más. Aprovechó el momento, se puso en pie y salió disparado de la habitación. Gritando como un loco, se metió corriendo en la habitación de procedimientos estériles que estaba al lado del laboratorio. Cerró la puerta de un portazo, echó el cerrojo y se asomó para ver a los dos luchadores a través de una ventana.

—Ah, bien —dijo el ninja—. Dejémoslo que mire desde su gallinero.

—Necesito a ese hombre sano y salvo. Mejor que abandones o esto no va a ser bonito.

—¡Sí! —dijo el ninja en un susurro— ¡Ese es el espíritu! ¡Déjame que lo sienta! ¡Hazme sentir vivo una vez más!

Tras decir eso, el hombre en el exoesqueleto dio un paso adelante... y desapareció. Snake disparó varias ráfagas al espacio delante de él, pero sólo oyó el sonido de la espada del ninja deteniendo las balas.

El ninja se materializó varios metros más allá de donde Snake pensó que estaba.

—¡Esa arma es inútil contra mí! ¿No has aprendido nada aún?

—Por lo visto, no.

Snake disparó una ráfaga y vació el cargador. Mirar al ninja era como ver un vídeo en cámara rápida donde cada personaje se mueve diez veces más rápido de lo normal. Ni una sola bala le tocó el cuerpo.

Luego el ninja bajó la espada.

—¡Esto es fútil! Luchemos como guerreros, mano a mano. Esa es la pureza de cualquier combate. Sólo un loco confiaría su vida a un arma como ésta.

Snake respiró profundamente y enfundó su pistola.

—Como quieras.

Se puso en posición de lucha y se obligó a olvidarse de todo lo demás. Eso era lo que Master Miller le había enseñado: «Concéntrate en tu tarea e imagínate la victoria incluso antes de empezar.»

Y comenzó la lucha.

El ninja atacó con una doble patada giratoria y tumbó a Snake. Ligeramente aturdido, consiguió rodar por el suelo cuando el cyborg intentó repetir la maniobra. El guerrero falló, permitiendo a Snake levantarse y evitar otra patada.

«En el combate desarmado, la clave está en esquivar.»

Era otra de las muletillas de Master Miller. En la lucha mano a mano, los movimientos ofensivos eran esenciales para ganar, pero el truco para sobrevivir era la defensa. Snake dejó que su oponente lo atacara de nuevo para estudiar su técnica. Cada luchador confía en movimientos ya probados; por lo tanto, si puedes anticipar

lo que el enemigo va a hacer, puedes evitar el ataque y desarrollar una estrategia para defenderte.

El ninja hizo un doble salto nuevamente y golpeó a Snake, que cayó hacia atrás encima de una mesa de controles electrónicos, causando una erupción de chispas que iluminó la habitación. Sin embargo, se dio cuenta de que el cyborg había hecho una ligera pausa entre ambos movimientos. Snake saltó de vuelta a su posición e invitó al ninja a volver a intentarlo. Pero esta vez, Snake se lanzó hacia el cyborg en el segundo de su pausa y le mandó una violenta y fuerte combinación de puñetazo-puñetazo-patada. El ninja retrocedió, sorprendido y ligeramente aturdido. Snake no permitió que su oponente se recuperase. Aprovechó el momento y volvió a repetir su típica maniobra en tres tiempos. El cyborg salió proyectado sobre una estación de trabajo haciendo que un monitor de ordenador reventase en el suelo.

—¡Sí! ¡El dolor! —gritó el ninja—. ¡He estado esperando este dolor!
«Este tipo está como una regadera.»

El cyborg rodó por la mesa y aterrizó de pie en postura de cuclillas, antes de saltar hacia delante como un saltamontes. Se lanzó contra Snake con una fuerza tremenda y ambos se vieron catapultados desde el suelo, desafiando a la gravedad durante dos segundos. Cayeron encima de otra mesa de control. Rodaron por el suelo, sus puños volaban y ambos embestían con las rodillas. Snake golpeó el casco que protegía la cara del ninja lo más fuerte que pudo, ignorando la agonía que sentía en sus nudillos.

—¡Sí! ¡Hazme más daño! —gritó el ninja— ¡Más! ¡Más!

El cyborg consiguió ponerse encima de Snake, quien aprovechó para agarrar el brazo del guerrero y emplear el antiguo principio de judo de utilizar a su favor el peso del adversario. Colocó la planta del pie contra el pecho del exoesqueleto para hacer palanca y lanzó al hombre por encima de su cabeza. El ninja cayó contra la pared con un golpe que hizo temblar la sala.

Snake se levantó y lanzó una doble ración de patadas giratorias a la cabeza del cyborg antes de que pudiera levantarse. El guerrero estaba totalmente aturdido. Pero cuando lo volvió a intentar, el ninja lo agarró por el tobillo y lo retorció obligando a Snake a dar una vuelta en el aire. Aterrizó en el suelo con un golpe sordo.

—Conozco tus movimientos, Snake. Los he sentido —el ninja se puso en pie—. ¿Te acuerdas? ¿Recuerdas las batallas?

Snake intentó despejarse y miró al exoesqueleto.

—¿Te acuerdas, Snake? ¿Me recuerdas ahora?

Y de pronto, algo se despertó en los agujeros negros de la memoria de Snake. La postura del ninja, su manera de hablar y de llamarlo por su nombre...

«¡No! ¡No puede ser!»

—¡Tú! —dijo Snake—. ¡A ti te mataron en Zanzíbar Land!

Las palabras parecieron confundir al ninja.

—¿Me mataron? ¿Zanzíbar Land? Yo... yo no...

De pronto, el cyborg comenzó a temblar incontroladamente. De su traje salían chispas y ruidos como si estuviera sufriendo una descarga eléctrica. El ninja gritó de dolor, levantó la cabeza y cayó de rodillas.

¡Volvía a ocurrir lo de antes!

—¿Qué ocurre? —gritó Snake.

El ninja contestó también gritando.

—¡La medicina!

—No, otra vez no —murmuró Snake.

El traje del cyborg emitió un campo energético que se convirtió en una bola brillante de luz. Snake se alejó y se protegió los ojos con el antebrazo. Era como si el ninja mismo estuviera sufriendo un cortocircuito y friéndose vivo dentro de su traje de camuflaje.

—¡Me... me estoy... perdiendo! —gritó.

Entonces Snake supo por fin la identidad del cyborg. No había duda.

—¡Dios mío! Gray Fox —susurró.

Tras unos momentos, el campo energético se disipó dejando a un hombre roto en el suelo, sujetándose apenas a gatas. Su respiración era áspera y medida.

—¿Estás bien? —le preguntó Snake.

Comenzó a acercarse a él, pero el ninja soltó un aullido estremecedor de angustia y dolor. Agitó sus puños hacia el cielo, se puso en pie y salió corriendo hacia la puerta del laboratorio. Se accionó la función de camuflaje de su traje y desapareció de la visión de Snake. La puerta se abrió un momento y luego se cerró deslizándose suavemente.

El alma torturada se había vuelto a marchar.

El doctor Emmerich llamó desde la sala de procedimientos.

—¿Ha pasado ya todo?

—No lo puedo creer —dijo Snake, intentando recuperar el aliento—. Gray Fox..., no puede ser...

Capítulo 13

La doctora Naomi Hunter estaba sentada en su estación de trabajo, y cuando Snake transmitió el mensaje evitó mirar a Campbell.

—¡Coronel! Ese ninja era Gray Fox. No hay duda al respecto.

El ex coronel le contestó:

—Eso es ridículo, Snake. Tú sabes mejor que nadie que nadie que murió en Zanzíbar Land.

—No —susurró la doctora Hunter—. No murió.

—¿Has dicho algo, doctora Hunter? —preguntó Campbell.

—No murió —repitió—. Debería haber muerto. Pero no lo hizo.

Campbell pestañeó.

—¿Qué? —preguntó dejando el dedo en la tecla de transmisión para que Snake pudiera escuchar.

Ella giró su silla y le miró a los ojos.

—Ocurrió antes de que yo formara parte del equipo médico del FOXHOUND. Estaban... estaban usando a un soldado para hacer experimentos genéticos.

—Nunca he oído nada de eso, doctora Hunter.

—Ocurrió justo después de que se retirara. En esa época, Clark... estaba al mando y comenzó el proyecto de terapia genética.

La voz de Snake sonaba tensa a través del Codec.

—¿Y dónde está ese doctor ahora?

—Quieres decir doctora. Murió hace dos años en una explosión en su laboratorio.

—¿Y qué hay del soldado que usaron? —preguntó Snake.

La doctora giró su silla para que el coronel no viera lo mal que se sentía.

—Aparentemente, como primera prueba, decidieron usar el cuerpo de un soldado que encontraron tras la caída de Zanzíbar Land.

—¿Y era Gray Fox? ¿Frank Jaegar?

Campbell interrumpió.

—¡Pero si ya estaba muerto!

Naomi Hunter apenas podía contener su ira.

—¡Sí, pero lo revivieron! Le colocaron un prototipo de exoesqueleto y lo mantuvieron drogado durante cuatro años, mientras experimentaban con él como si fuera un juguete. Los soldados genoma de hoy provienen de semejantes experimentos.

Campbell se sentó por primera vez desde que Snake había abandonado el submarino.

—¡Eso es lo más repugnante que he escuchado nunca!

—Lo usaron para hacer todo tipo de experimentos de terapia genética.
Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero evitó que le rodaran por las mejillas.

—Naomi —dijo Snake—. ¿Por qué no nos contaste esto antes?

—Porque es información confidencial.

—¿Es ésa la única razón?

Al no responder, Campbell le preguntó:

—Naomi, ¿qué le pasó a Gray Fox después de eso?

Ella se encogió de hombros.

—Los informes dicen que murió en una explosión junto con la doctora Clark.

Campbell se frotó el mentón.

—Mmm... Ya veo. Pero incluso aunque ese ninja fuera Gray Fox, la pregunta es:
¿por qué está allí?

—Por lo que yo he visto, no sabe quién es —comentó Snake.

—¿Estás diciendo que no es más que un robot descerebrado?

—No estoy seguro, pero insiste en luchar conmigo a muerte. Nos volveremos a encontrar, ya lo sé.

—¿Volveréis a luchar? —preguntó Naomi—. ¿Hasta que lo mates?

—Preferiría no hacerlo, pero tal vez eso sea lo que él quiere.

Snake cortó la transmisión y entró en la sala de procedimientos. El doctor Emmerich había intentado esconderse dentro de un armario, pero los bajos de su bata de laboratorio asomaban por debajo de la puerta.

Snake llamó.

—¿Cuánto tiempo vas a estar ahí dentro?

La voz de Emmerich sonaba débil y asustada.

—¿Eres... eres uno de ellos?

—No, no lo soy. Siempre trabajo por mi cuenta.

—¿Sólo? ¿Eres un *otaku* también?

Snake no sabía de qué diablos estaba hablando.

—Venga, sal de ahí. No nos podemos quedar aquí para siempre.

La puerta se abrió. El doctor Emmerich estaba sentado en el suelo del armario, con las piernas hacia arriba. Tenía las gafas torcidas y los ojos muy abiertos.

—Tu uniforme... es diferente del resto.

—Eres el ingeniero jefe del Metal Gear, ¿verdad? ¿Hal Emmerich?

—¿Me conoces?

—Meryl me ha hablado de ti.

—¡Oh! ¿Así que estás aquí para rescatarme?

Por primera vez, Emmerich sonrió. Se levantó y salió del armario, trayendo con él un punzante olor a orina, aunque el científico no parecía preocupado por sus

pantalones mojados.

—Lo siento, pero no. Hay algo que tengo que hacer antes.

Emmerich se sacudió la bata y encogió los hombros.

—Bueno, por lo menos no eres uno de ellos.

Cruzó la sala con una evidente cojera y se sentó en una silla.

—¿Estás herido?

—No, estoy bien. Sólo me he torcido el tobillo intentando escapar.

—Si eso es todo, no hay de qué preocuparse. Escucha, necesito información sobre el Metal Gear.

Emmerich levantó la cabeza, sorprendido.

—Ah... ¿El Metal Gear?

—Sí. ¿Para qué se diseñó el Metal Gear realmente?

—Es un TMD móvil, *Theater Missile Defense*, ya sabes. Está diseñado para interceptar misiles nucleares... como defensa, por supuesto.

Snake cogió al joven por las solapas de su bata.

—¡Mentiroso! ¡Ya sé que el Metal Gear no es más que una lanzadera móvil acorazada equipada con misiles nucleares!

Emmerich se estremeció, esperando que lo golpeará.

—¿Nucleares? ¿De qué... de qué estás hablando?

—Los terroristas están planeando usar el Metal Gear para lanzar un misil con capacidad nuclear. ¿Me estás diciendo que no lo sabías?

—¿Qué? ¿Cómo pueden hacer eso?

—¡Dímelo tú!

—Esto... La única manera sería poner una cabeza nuclear desmantelada en el módulo de misiles TMD del Metal Gear.

—Falso —Snake lo soltó, y el ingeniero cayó en la silla—. Desde el comienzo, el propósito de este ejercicio era probar la capacidad de lanzamiento nuclear del Metal Gear usando una cabeza nuclear falsa. ¡Los terroristas están solamente continuando el trabajo que tú comenzaste!

—No, no... Te equivocas.

—Lo oí directamente de la boca de tu jefe, Baker.

—No... una cabeza nuclear en REX. .. —agitó la cabeza, primero en negación y luego aprensivamente.

Snake estudió al hombre. Era bastante bueno juzgando si alguien decía la verdad o no.

—¿Así que de verdad no lo sabías?

—No. Todo el armamento se construía en un departamento diferente. Y fue el presidente de ArmsTech quien supervisó personalmente el samblaje final a la unidad principal.

—¿Baker, el presidente de Armstech?

—Sí. A mí nunca me dijeron con qué habían armado el REX. Sólo sé que está equipado con un cañón Vulcan, un láser y una Rail Gun.

—¿Una Rail Gun?

—Sí. Usa imanes para disparar balas a velocidades extremadamente altas. La tecnología se desarrolló en principio para el sistema SDI, y luego se abandonó. Conseguimos miniaturizarla en una empresa conjunta entre ArmsTech y Rivermore National Labs. La Rail Gun está en el brazo derecho del REX.

—La función principal del Metal Gear es lanzar misiles. ¿Estás seguro de que no olvidas algo?

—Bueno, es cierto que el Metal Gear tiene un módulo en la parte de atrás que puede llevar hasta ocho misiles. Pero... ¿estás diciendo que fue concebido para llevar armas nucleares?

—Sí —contestó Snake.

Se sentó en un puesto informático, y se dio cuenta por primera vez de los pósters en las paredes de personajes de videojuegos y animación. Luego miró al ingeniero y añadió:

—Pero eso no es todo, creo. Si el Metal Gear disparase sólo misiles nucleares estándar, deberían tener ya toda la información práctica que necesiten.

Emmerich se frotó la frente.

—No... ¿Podría ser? —chasqueó sus dedos y miró a Snake— Rivermore National Labs está fabricando un nuevo tipo de armamento nuclear. Están usando superordenadores y equipamiento láser NOVA y NIF para experimentar con fusión nuclear —se puso en pie y cojeó hasta llegar a un banco de máquinas en el laboratorio principal, y Snake lo siguió—. Éstos son algunos de los superordenadores. No se puede usar información virtual en un campo de batalla; se necesita información al momento. Si se vinculan estos ordenadores, puedes experimentarlo todo en un contexto virtual. ¡Pero es sólo teoría!

Snake sabía que era verdad.

—Este ejercicio se diseñó para hacer un test de verdad.

Emmerich se apoyó en la mesa del ordenador, se quitó las gafas y se frotó los ojos.

—No puedo creer lo que ha hecho nuestro presidente. Si los terroristas lanzan esa cosa... ¡maldita sea! —se puso de rodillas y empezó a golpearse la cabeza contra el suelo—. ¡Soy un idiota! ¡Todo es por mi culpa!

A Snake no le gustó ver a un hombre adulto llorar. Se dio la vuelta y se sentó en otra silla.

—Mi abuelo...

—¿Qué?

Emmerich se secó las lágrimas de la cara.

—Mi abuelo era parte del Manhattan Project, ya sabes, los que crearon la bomba atómica. Se sintió culpable el resto de su vida. Y mi padre... mi padre nació el seis de agosto de 1945.

Snake lo comprendió.

—El día del bombardeo de Hiroshima. Dios tiene sentido del humor, ya lo sabes.

—Tres generaciones de hombres Emmerich. Debemos detener la maldición de las armas nucleares escritas en nuestro ADN —comenzó a llorar otra vez—. Antes pensaba que podría usar la ciencia para ayudar a la Humanidad, pero al final me han usado a mí. Utilizar la ciencia para ayudar a la Humanidad..., eso no ocurre más que en las películas ridículas.

Snake se inclinó hacia delante y le dijo con impaciencia:

—¡Basta de llorar! ¡Compórtate de una vez!

El ingeniero respiró profundamente un par de veces y luego se sentó en el suelo con las piernas cruzadas. Se volvió a secar la cara y, después de unos momentos, parecía sentirse mejor.

—¿Dónde está el Metal Gear? —le preguntó Snake—. ¿En qué parte de la base lo tienen?

—REX está en la base subterránea de mantenimiento.

—¿Dónde está eso?

—Al norte de la torre de comunicación. Está bastante lejos.

—¿El sistema de emergencia para anular el código de detonación está también ahí?

—Sí, en la sala de control y observación de la base —se puso rápidamente en pie— Es mejor que te des prisa. Si desde el principio pensaban hacer un lanzamiento, seguramente su programa balístico ya haya terminado. Y como no me han llamado desde hace unas horas, será que ya no me necesitan. ¡Deben estar preparados para el lanzamiento!

Snake se puso de pie.

—Meryl tiene la llave para anular el código de detonación. Nos pondremos en contacto con ella.

—Si no podemos cancelar el lanzamiento, tendremos que destruir el REX —y empezó a caminar cojeando hacia la puerta—. Te enseñaré el camino.

—¿Con tu pierna así? De ninguna manera. Me harías perder tiempo.

—Pero me necesitas si vas a destruir el REX.

—No te necesito a ti. Sólo necesito tu cerebro.

—Yo creé el REX. ES mi derecho... y mi deber destruirlo.

—Me ayudarás a destruirlo por control remoto. Eso es lo mejor que puedo ofrecerte.

Emmerich estaba a punto de protestar nuevamente, pero lo intimidaba ese hombre desaliñado de uniforme oscuro.

—De acuerdo. Ojalá E.E. estuviera aquí para ayudarnos. Es buenísima en programación de ordenadores.

—¿Quién es E.E.?

—Mi hermana Emma. Emma Emmerich. Bueno, su nombre completo es Emma Emmerich-Danzinger. Trabaja para el gobierno también, es analista de sistemas para la NSA. La verdad es que no nos llevamos muy bien; hace mucho que no hablamos.

Snake no pudo evitar que se notara su sarcasmo.

—En ese caso, no creo que nos vaya a ser de mucha ayuda, ¿no crees? —se acercó a la puerta del laboratorio y miró hacia el pasillo—. Si tienes la oportunidad, intenta escapar. Cuando la costa esté despejada, contactaré con el Codec. Veo que llevas uno.

Emmerich asintió, pero luego le hizo una pregunta.

—¿Y cómo voy a escapar de una isla?

Snake exhaló pesadamente.

—Tienes razón.

—¿Entonces, qué?

—Quiero que te escondas en alguna parte y me mantengas informado. Conoces bien este lugar, ¿no?

—Claro que sí. Y no te preocupes, además tengo esto —Emmerich manipuló algo en su bata de laboratorio y de pronto desapareció— Es el mismo sistema de camuflaje que el del ninja. FOXHOUND iba a tenerlo pronto en su equipo, pero... Con esto estaré a salvo a pesar de la pierna.

Volvió a aparecer y sonrió.

Aunque Snake estaba impresionado, no pudo dejar de hacerle la pregunta:

—¿Entonces por qué no activaste el sistema cuando el ninja te acosaba? ¿Por qué te escondiste en el armario?

Emmerich abrió la boca, confuso.

—Ah, sí, claro... La verdad es que estaba tan asustado que ni lo pensé. Esto... sí, tienes razón.

—Bien. No te olvides la próxima vez entonces. Veo que no estará de más que Meryl te eche una mano —introdujo su código—. ¿Meryl?

—¿Sí?

—¿Dónde estabas antes?

—Tenía compañía, pero ahora puedo hablar.

—Meryl, el ingeniero está bien.

—¡Oh, menos mal!

—Quiero que cuides de él. ¿Dónde estás?

—Muy cerca. De hecho estoy... ¡Oh, no! Tengo que... ¡Me han visto!

—¡Meryl! ¿Qué pasa? —pero la joven había cortado ya la comunicación—
Maldita sea, algo ha pasado. Tengo que encontrarla. ¿Cuándo la viste la última vez?

—No sé... ¿hace unas horas?

—¿Y qué llevaba puesto?

—Llevaba el mismo uniforme verde que los terroristas —movió las cejas de arriba abajo—. Tiene una manera graciosa de caminar. Mueve el trasero de un lado a otro y...

—¡Ah! ¿Así que la estabas mirando?

—Bueno, tiene un culito muy mono. Si lleva el mismo equipo que el enemigo, tendrás que contactar con ella cuando esté sola. Hay un solo lugar donde estoy seguro de que estará sola.

—¿Y dónde es eso?

Emmerich puso una expresión traviesa, pero el rostro de Snake permaneció inmutable.

—¡No seas tan denso! —sacó algo del bolsillo y se lo pasó— Toma, usa la tarjeta de seguridad. Es de nivel 5.

En cuanto Snake tomó la tarjeta, se acordó de lo que les había ocurrido a los dos últimos hombres que le habían pasado sus llaves PAN.

—¿Te sientes bien? ¿No te ocurre nada?

Se acercó a Emmerich y lo miró fijamente a los ojos.

—¿Qué pasa? ¿Ahora te pones amistoso?

—Oh, no es nada —se alejó algo avergonzado— Es sólo que me alegra que estés bien.

Emmerich soltó una risa y le dijo:

—Eres extraño... pero de buena pasta.

—Es sólo que estoy un poco nervioso. Todos los que he salvado hasta ahora se mueren de repente.

—Das mala suerte, entonces.

—Olvidalo, doctor.

—Llámame Otacon.

—¿Cómo?

—Otacon. Viene de la Convención Otaku. Un *otaku* es alguien como yo; me gusta la animación japonesa. Anime, ya sabes. Japón fue el primer país que hizo un robot bípedo. Siguen siendo los mejores en robótica.

Snake entendió entonces por qué Emmerich parecía tan pringado.

—¿Y los dibujos animados japoneses te han inspirado?

—¡Claro que sí! No me metí en ciencias para hacer armas nucleares, ¿sabes?

—Eso es lo que dicen todos los científicos.

—Me hice científico porque quería hacer robots como los de los dibujos japoneses. ¡De verdad, te lo juro!

—Me suena como una excusa bastante infantil.

Otacon se encogió de hombros.

—Tienes razón. Tenemos que asumir nuestras responsabilidades. A los científicos les encanta la guerra. Las mejores armas de destrucción masiva han sido creadas por científicos que querían ser famosos. Pero para mí eso ha terminado. No voy a tener nada que ver con asesinatos nunca más.

—Bueno..., tú a tu aire. Lo único que quiero de ti es que me des información cuando te la pida.

—Estaré cuando me necesite, señor... ¿Cómo te llamas, a propósito?

—Solid Snake.

—¿Snake? Vaya, el jefe de los terroristas se llama Snake también.

—Lo sé. Menuda coincidencia, ¿verdad?

—Sí. También te pareces un poco a él. Bueno, no querría incomodarte, será mejor que me vaya.

—Mantente en contacto y a salvo, Otacon —le dijo Snake.

—No te preocupes —contestó el ingeniero.

Activó el dispositivo de camuflaje y desapareció. Snake escuchó su voz algo más lejos de él.

—Ahora nunca me encontrarán. Cuídate tú también.

Snake dejó la sala y se dirigió por el pasillo lleno de soldados muertos hacia el ascensor. El siguiente paso era encontrar a Meryl. Y cuando la encontrara, no sabía si quería darle un azote por desobedecer o besarla por estar sana y salva.

Tal vez haría las dos cosas.

Capítulo 14

El ascensor se abrió en el nivel Primer Sótano, y de inmediato Snake oyó voces. Mantuvo las puertas abiertas con el pie, se asomó con cuidado al pasillo y vio a dos guardias doblar la esquina y desaparecer. Salió, dejó que las puertas se cerraran y miró hacia la cámara de seguridad que había destruido antes. Por lo visto no se habían dado cuenta de que estaba rota, o simplemente no les importaba. Se agazapó contra la pared y avanzó hasta la esquina; desde allí, vio a los dos guardias entrar por una puerta. Moviéndose lo más silenciosamente posible, fue hasta la puerta y vio que la cerradura estaba marcada con el número 5.

Snake sonrió. Sacó la tarjeta PAN de nivel 5 que le había dado Otacon, la introdujo y la puerta se abrió.

La sala estaba repleta de ordenadores. Los dos guardias todavía le daban la espalda. Uno de ellos estaba sentado ante uno de los monitores y estaba ocupado tecleando algo. El otro estaba de pie a su lado, sencillamente mirando. Los dos llevaban el uniforme verde estándar con la cabeza cubierta. Era nuevamente el momento del estrangulamiento de Snake.

Avanzó lento y silencioso hasta el guardia que estaba de pie. Pero de pronto el soldado se movió y caminó hacia el otro extremo de la sala... con un sugerente vaivén en su trasero.

Al mirar al guardia mas detenidamente, Snake vio que bajo sus pantalones sus formas eran más curvas. Quería reírse, pero pensó que sería mejor ocuparse del otro guardia primero.

Se dirigió rápidamente hacia él, puso el brazo alrededor de su cuello y lo estranguló hasta morir.

Meryl, o el guardia que Snake creía que era Meryl, se dio la vuelta para ver qué ocurría y dio un grito ahogado. Corrió hacia la puerta antes de que Snake pudiera gritarle «¡Espera!».

Dejó caer el hombre muerto al suelo y persiguió a la soldado por el pasillo. Ella dobló una esquina, fue corriendo hacia una puerta que decía MUJERES y se metió dentro.

—¡Hey! —una voz de hombre lo llamó desde atrás.

Snake se giró y vio a otro soldado al final del pasillo. Con unos reflejos que hacían honor a su nombre, sacó la SOCOM y le disparó. El balazo reverberó en el corredor, lo cual muy probablemente atraería a más soldados. Para no perder tiempo, Snake corrió hacia el hombre caído, se arrimó a la pared y le puso el silenciador a su SOCOM. Como había imaginado, oyó el sonido de pisadas de botas que corrían hacia

donde estaba él. Se lanzó hacia un lado y aterrizó en el suelo al lado del soldado muerto. Disparó a los tres hombres que se le echaban encima mientras usaba el cadáver como escudo.

Tres disparos. Tres cadáveres.

Snake decidió tomarse unos minutos para arrastrar a los hombres hacia una oficina abierta. Luego cerró la puerta y, de inmediato, se dirigió hacia el primer hombre al que había disparado. Había un grupo de plantas en unas macetas en una esquina del pasillo, y Snake decidió que era un buen lugar para ocultarlo. Luego fue corriendo al lavabo de mujeres y abrió la puerta.

Meryl Silverburgh estaba delante de él con un FAMAS apuntándole a la cabeza. Pero lo que más sorprendió a Snake era que se había quitado el uniforme y sólo llevaba bragas y sujetador. Verla así casi le corta el aliento.

—¡No te muevas! —le gritó.

Snake se quedó inmóvil y levantó las manos.

—Tranquila.

—No es por eso por lo que te apunto.

—¿Entonces por qué?

—Porque los hombres no pueden entrar aquí, pervertido. —Mantuvo la posición unos segundos más y luego se rio—. Es la segunda vez que le doy un susto al legendario Solid Snake.

—¿Sabes una cosa? No vas a conseguir pasar por hombre mucho tiempo más. No tenía idea de que fueras tan... femenina.

—No es el momento de que tontees conmigo, Snake.

—Eres tú la que estás en ropa interior.

Ella se rio.

—Además, es una pérdida de tiempo. Cuando me reclutaron, me dieron sesiones de psicoterapia para destruir mi interés por los hombres.

—Si tú lo dices. ¿Qué pasa? ¿Te han herido?

—No.

—¿Qué pasó hace un rato? ¿Por qué dejaste de transmitir?

—Oh, había un grupo de guardias. Tenía que pasar desapercibida.

Abrió una taquilla y recogió la ropa que había en ella. Los pantalones eran de tela militar y la camiseta negra sin mangas era probablemente de una tienda de moda.

Mientras comenzaba a vestirse, Snake le preguntó:

—¿Por qué te cambias? Estarás mucho mejor disfrazada como uno de ellos.

—Me he cansado de eso —le contestó mientras se ponía la camiseta—. La verdad es que el uniforme olía a sangre.

Por primera vez vio el tatuaje de FOXHOUND en su brazo izquierdo.

—Oye, ¿qué es eso? —le dijo señalando el brazo.

—¿Esto? No es un tatuaje de verdad, está pintado. He sido fan de FOXHOUND desde hace mucho tiempo. Cuando había gente como tú y mi tío, y no esa mierda de soldados genoma que tienen ahora. Vosotros erais héroes de verdad.

—No hay héroes en la guerra. Todos los héroes que conozco están o muertos o en prisión. O lo uno o lo otro.

—Snake, tú eres un héroe. ¿No es así?

—No soy más que un hombre que hace bien su tarea. Matar. No hay victorias ni derrotas para un mercenario. Los únicos ganadores en la guerra son la gente... que está del lado de los ganadores.

—Pero tú luchas por la gente entonces.

—Nunca he luchado por nadie más que por mí mismo. No tengo propósito alguno en la vida. Ningún objetivo final.

—Venga ya...

Se alejó de ella y, acercándose al lavamanos, miró su cara con cicatrices en el espejo. Mientras se ajustaba la bandana, continuó.

—Sólo cuando engaño a la muerte en el campo de batalla. Es el único momento en el que me siento realmente vivo.

Ya vestida, Meryl se apoyó en el muro y se puso las botas, primero un pie y luego el otro.

—¿Ver gente morir te hace sentir vivo, eh? Te encanta la guerra y no quieres que se acabe. ¿Acaso todos los grandes soldados de la historia han sido como tú?

Le molestaba la dirección que estaba tomando la conversación.

—¿Por qué no te quedaste donde te dije?

Ella se encogió de hombros.

—Porque podía serte útil. ¿Cómo me reconociste con mi disfraz?

—Nunca olvido... a una dama.

—¿Entonces hay algo en mí que te gusta al menos?

—Sí, tienes un culo fantástico.

Ella levantó las cejas.

—¿Mi culo? Ah, ya veo... Primero eran mis ojos y ahora es mi culo. ¿Qué viene a continuación?

—En el campo de batalla nunca se piensa qué es lo que viene a continuación.

Ella puso una carita y luego se impulsó para sentarse en una mesa del servicio.

—Entonces ¿cómo van las cosas? ¿Va a aceptar el presidente sus demandas?

—No, si puedo evitarlo.

—Todo depende de ti, ¿no es así?

—Alguien tiene que evitar que se lance un misil nuclear.

—Ya sabes que hay dos maneras de hacerlo. O destruimos el Metal Gear o...

—O anulamos el código de detonación. Ya lo sé. ¿Tienes la tarjeta de Baker?

—Sí.

—Sigo sin entender por qué me dijo que había tres.

—Esto es todo lo que me dio a mí.

—¿Dónde pueden estar las otras dos?

—Bueno, si no las encontramos no tendremos más opción que destruir el Metal Gear.

Snake tomó un trago de agua de su cantimplora y se la pasó a Meryl, que bebió más de lo que él hubiese deseado.

—Voy a continuar. He sabido que REX está en una base de mantenimiento subterránea, hacia el norte.

Ella le devolvió la cantimplora.

—¡Tienes que permitir que te acompañe! Conozco este lugar mejor que tú.

—Me retrasarías. No tienes bastante experiencia. Una metedura de pata y se compromete toda la misión.

—No te haré perder tiempo, te lo prometo.

—¿Y si no es así?

—Puedes dispararme —sonaba casi seria al decirlo.

El agitó la cabeza.

—No me gusta desperdiciar balas.

—Escucha, ahí fuera es difícil moverse; el hielo lo cubre todo. Conozco un camino secreto para llegar hasta la base de mantenimiento subterránea.

—¿Ah, sí?

—Así es.

Snake golpeó con su puño derecho la palma izquierda de su mano.

—Vaya. ¿Y no podrías sencillamente indicarme el camino?

—No.

La apuntó con el dedo.

—Te quedas a mi lado. No haces ninguna estupidez. Sigues mis órdenes.

—Entendido. Tendré cuidado.

Lo saludó al estilo militar, sonrió de lado y se acercó a la ropa que había dejado tirada, donde estaba su arma. Al pasar ante el espejo, se detuvo para examinar una pequeña marca en su cara.

—¿Sabes? Yo no uso maquillaje como las otras mujeres. Casi nunca me miro en el espejo. Siempre soñé con ser soldado... No, no es cierto. No era mi sueño realmente. Fue por mi padre; él murió de servicio cuando era pequeña.

—¿Querías seguir los pasos de tu padre?

—No exactamente. Pensé que si me convertía en soldado lo entendería mejor.

—¿Entonces eres ya un soldado?

Snake se dio cuenta de que la chica había abandonado su actitud bravucona. No

estaba seguro de si era algo intencionado o no.

—Creí serlo hasta hoy. Ahora las cosas han cambiado. La verdad es que tenía miedo de mirarme a mí misma y de tener que tomar mis propias decisiones. Pero ya no voy a engañarme más. Es momento de que tenga una larga conversación interior —agarró una pistola grande y un cinturón con cartucheras. Mientras se lo ponía alrededor de la cintura, continuó—. Quiero saber quién soy y de qué soy capaz. Quiero saber por qué he vivido mi vida como lo he hecho hasta ahora. Quiero saber...

«Vaya con la chica, es obvio que no es más que una adolescente.»

—Date prisa, tenemos que irnos.

Ella puso una expresión de disgusto.

—Ya voy.

—Esto no es un ejercicio de entrenamiento. Nuestras vidas están en juego. No hay héroes ni heroínas. Si pierdes, eres comida para los gusanos —cogió el FAMAS—. ¿Está en funcionamiento?

—Me temo que no le queda munición.

—¿Me apuntaste sin balas dentro?

Ella sonrió y levantó las cejas nuevamente. En el suelo había también una pila de granadas.

—¿Qué es lo que tienes aquí? ¿Granadas flash-bang? ¿Granadas de fragmentación?

—Sí.

—¿Puedo coger alguna?

—Las que quieras.

Se metió un par de cada una en sus portagranadas y señaló la pistola que ella llevaba en el cinto.

—¿De dónde has sacado la Desert Eagle?

—La encontré en el arsenal. Es una Action-Express de calibre cincuenta. —Mirando el arma de él, añadió—: Había una SOCOM también, pero elegí ésta.

—¿No es un poco grande para una chica?

—No te preocupes, me las arreglo bien.

—Puedes usar...

Meryl lo interrumpió sacando rápidamente la Desert Eagle, quitando el cargador, volviéndolo a poner y girando el cerrojo rotativo con una finura y una destreza profesional.

—Escucha, he usado pistolas desde que tenía ocho años. Me siento más cómoda con un revólver que con un sujetador —estaba preparada— Vámonos. Si nos dirigimos hacia el norte, tenemos que pasar por la sala de mando que está en esta planta. Mi tarjeta PAN de nivel 5 abrirá la puerta.

—Yo también tengo una.

Quedaba una pieza más de equipamiento en el suelo. Ella la cogió y se la colgó al hombro.

—¡Guau! —exclamó Snake—. Una PSG-1, un arma estupenda; ¿dónde la has conseguido?

—Se la robé a un guardia cuando no estaba mirando. Pensé que uno nunca sabe cuándo viene bien tener un rifle a mano.

—Creo que es el rifle semiautomático más preciso que existe. ¿Sabes manejarlo?

—Así es. Y tengo un montón de munición también —le tiró una caja de cartuchos—. Guárdame éstos, ¿quieres? A mí no me queda espacio.

—Yo también voy cargado, pero te los llevo —abrió la puerta unos centímetros y dijo—. La costa está despejada.

Ella pasó delante de él.

—Iré yo delante hacia la sala de mando.

Snake esperaba no tener que arrepentirse, pero la siguió. Se dio cuenta, sin embargo, de que sabía moverse sigilosamente. Se arrimaba a las paredes, sus pasos eran ligeros y se movía por las sombras. Quizá funcionase...

Pasaron la oficina donde Snake había encontrado el Nikita. Se detuvo para escuchar a través de la puerta y siguió adelante. Meryl giró hacia un largo corredor que llevaba a una sola puerta. El vestíbulo estaba lleno de cuadros y el suelo tenía moqueta. Era evidente que estaban entrando en una zona del complejo ocupada normalmente por directivos de alto rango.

—Qué raro, no hay vigilancia —dijo ella indicando la puerta al final.

—¿Es ésa la sala de mando?

—Sí.

—Hay algo que me huele mal. Hace un rato hice un montón de ruido en este piso. No entiendo por qué no hay más soldados.

—Tal vez estén ocupados luchando con todos los otros mercenarios que están buscando un poco de acción en Shadow Moses.

—No tiene gracia.

Ella se encogió de hombros y susurró:

—Tú sí que eres gracioso —se acercó a la puerta y escuchó—. Todo tranquilo.

Intentó abrir la cerradura con la tarjeta PAN, pero de pronto se le cayó al suelo enmoquetado y se llevó ambas manos a la cabeza.

—¡Aaah!

—¿Qué pasa?

—¡Mi cabeza! ¡Aaah, me duele! —se había caído de rodillas y, cuando Snake intentó acercarse, gritó—: ¡No, no me toques! ¡No te acerques!

Snake no sabía qué hacer. Evidentemente, le dolía mucho. ¿Era un ataque cardíaco como el de Baker y Anderson? No, se trataba de otra cosa. Era su cabeza.

Acto seguido, igual de rápido como le había sobrevenido, el dolor de cabeza de Meryl se esfumó. Agitó sus cabellos, se limpió la frente, cogió la tarjeta PAN y se puso en pie.

—Ya estoy bien —dijo sin más.

—¿Qué ha pasado?

—Te he dicho que estoy bien —con la mirada puesta en la puerta, deslizó la tarjeta de manera mecánica—. Vamos, míster FOXHOUND. El comandante te espera.

Abrió la puerta y entró. Snake estaba asombrado por su repentino cambio, pero luego recordó que él también había tenido un terrible dolor de cabeza que duró unos segundos y luego pasó.

Al entrar en la habitación, sintió algo extraño en aquel lugar, una energía siniestra. La sala de mando parecía más una biblioteca en una gran casa de campo que una oficina. Estaba opulentamente amueblada con un escritorio de caoba, un sofá, tres cómodos sillones y estanterías llenas de libros. Había cuadros adornando las paredes y varios bustos y urnas sobre pedestales de mármol. Los bustos estaban cubiertos de máscaras de cuero negro y otros accesorios de sadomasoquismo.

«Raro.»

A un lado de la oficina, encima de una mesa, había una reproducción holográfica del complejo de Shadow Moses. Snake se acercó para estudiar la distribución. Era una estructura impresionante con dos torres de comunicación al lado norte de la base que parecían dos grandes centinelas.

Meryl estaba al lado de la puerta mirando a Snake con curiosidad. Luego se aseguró de que la puerta estuviera cerrada y con el cerrojo puesto. Entonces sacó la Desert Eagle, apuntó hacia Snake y comenzó a acercársele.

—Snake..., ¿te gusto? —le dijo.

Él la miró.

—Meryl, ¿qué diablos te pasa?

—¿Te gusto? —se le acercó más moviendo su cuerpo de manera que se acentuaban sus curvas y pestañeó seductoramente.

Durante un segundo, Snake estaba seguro de haber visto a alguien detrás de ella. Pero un segundo después la aparición se había esfumado.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

—Abrázame, Snake —le dijo con la respiración agitada.

Estaba ahora muy cerca de él, pero la Desert Eagle seguía apuntándole la cabeza. ¿Debía arriesgarse y desarmarla?

—¡Meryl! ¡Basta!

—Hazme el amor, Snake, date prisa... —su respiración era cada vez más agitada, como si estuviera en un trance sexual.

La imagen de una figura flotando a unos centímetros por encima del suelo apareció nuevamente detrás de Meryl. Esta vez Snake supo que había gato encerrado.

—¡Snake, te deseo!

Nuevamente la silueta apareció y desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Quién eres? —gritó Snake.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Meryl con voz provocadora—. ¿No te gustan las chicas?

Snake no tenía opción. Le lanzó un puñetazo en la mandíbula para noquearla. Meryl no tuvo tiempo de gritar. Cayó al suelo, soltando la pistola y perdiendo el sentido.

—Lo siento, Meryl —dijo.

Luego la figura apareció y permaneció visible. Todavía flotando por encima del suelo, el hombre parecía salido de otro mundo. Llevaba un uniforme pegado a la piel que se parecía a los trajes de cuero que llevan los esclavos sexuales en las actividades sadomasoquistas. Aún más raro era el casco con máscara de gas que cubría su cara.

«¡Psycho Mantis!»

—Qué mujer más inútil —dijo con una voz aguda y estridente.

A Snake le dolió que dijera eso.

—¡Tú! —Snake le gritó—. ¡La estabas manipulando tú!

—Claro que sí, bufón estúpido. Estoy más allá de tu lastimoso intelecto. Puedo destruir tu mente cómo y cuándo quiera. Te voy a romper y a hacerte llorar como un niño.

—Todo humo y espejos, te apuesto, igual que el camuflaje óptico que llevas. Espero que no sea tu único truco —lo retó Snake.

—¿Dudas de mi poder? Ahora te voy a mostrar por qué soy el practicante más poderoso de psicokinesis y telepatía del mundo. Puedo leerte cada pensamiento y anticipar cada movimiento tuyo —el terrorista se rio y le dijo—: Te gusta la chica, ¿verdad, Snake? Aunque vaya en contra de lo que te dice la cabeza, tu corazón se está entregando. ¿No es cierto?

—No sabes de qué estás hablando.

—¡Oh! Y vamos a ver... Te has hecho amigo del doctor Emmerich, ¿pero dónde está él ahora? Creo que acaba de conocer a una mujer muy guapa. Una mujer seductora y que... da mucho miedo.

—¿Por qué no vienes y peleas como un hombre? —le preguntó Snake.

Pero de pronto, sintió que volvía ese dolor de cabeza con la misma intensidad que antes. La doctora Hunter había dicho que tenía que ver con el armamento mental de Psycho Mantis.

Snake intentó sacar su SOCOM, pero el arma estaba atascada en su funda. ¡Alguien la había pegado con cemento!

«No, es una alucinación.»

Por mucho que lo intentara, era incapaz de desenfundarla. De hecho, el mango estaba caliente, ¡caliente como el fuego! Tuvo que soltarlo y soplarle la mano.

Psycho Mantis se reía como un maníaco.

—¿Problemillas con tus armas, Snake?

Snake se refugió detrás de la mesa de escritorio. Tenía que haber algún tipo de defensa contra esa *cosa*. Agarró un abridor de cartas y se lo lanzó a Psycho Mantis, pero el afilado instrumento se detuvo en el aire y cayó al suelo.

—¡Lamentable, Snake! —se rio el hombre—. ¿Eso es todo lo que puedes hacer?

Snake se subió de un salto al escritorio y se abalanzó hacia las piernas flotantes de su adversario para intentar bajarlo al suelo. Pero Psycho Mantis desapareció y Snake cayó al suelo al lado de Meryl. Cogió su Desert Eagle, pero también estaba ardiendo. Tuvo que soltarla antes de que le abrasara la mano.

«¡No está caliente! ¡Es una ilusión!»

Intentó volver a cogerla, pero el poder del villano sobre la percepción de Snake era demasiado fuerte. Por mucho que luchara contra su pensamiento, el mango de la pistola estaba demasiado caliente para tocarlo. De hecho, el metal estaba al rojo vivo como si saliera de una caldera.

—¡Maldito sea! —gritó Snake, pero Psycho Mantis continuó riendo a su manera enfermiza.

—¡Snake!

La voz le era familiar. Se dio la vuelta y vio a un hombre de unos cincuenta años delgado y en buena forma. Estaba apoyado en la pared y llevaba unas gafas de sol que Snake conocía demasiado bien.

—¡Master Miller! —gritó Snake—. ¿Cómo has llegado aquí?

—No hay tiempo para charlas, Snake. Tenemos que escapar de este payaso — Miller ofreció la mano a su antiguo alumno para levantarlo del suelo.

Snake miró alrededor de la habitación totalmente confuso. Psycho Mantis había desaparecido. Meryl seguía en el suelo inconsciente. Cuando se quiso acercar a ella, Miller le dijo:

—Olvídala, Snake. No hará más que retrasarte, como tú mismo le dijiste.

—¡Pero es la sobrina de Campbell!

—¡Olvídala, soldado! ¡Es una orden!

Resignándose, Snake siguió a Master Miller fuera de la sala de mandos para llegar...

A un parque de atracciones al aire libre.

—¡Qué demonios...!

Snake estaba totalmente asombrado por lo que estaba viendo, los sonidos, los olores... Todo esto le era muy familiar.

«He estado aquí antes...»

—¿Lo reconoces, Snake? —le preguntó Master Miller—. Venías aquí cuando eras pequeño.

Era verdad. Estaban en medio de Kiddieland, un pequeño y privado parque temático en un pueblo de Oregon donde había vivido los diez primeros años de su vida. Durante los meses de verano, cuando estaba abierto y no se estaba entrenando, iba a Kiddieland al menos una vez por semana.

—¿Cómo hemos llegado hasta aquí? Master Miller, ¿qué demonios está pasando?

Hacía falta mucho para asustar a Snake, pero en ese momento sentía un terror trepidante que no había experimentado en años.

«¡Esto no puede estar ocurriendo!»

Pero parecía tan real. Era de noche y el parque estaba lleno de gente: padres con sus niños, adolescentes correteando por ahí, animadores presentando juegos de fortuna y las atracciones... las maravillosas atracciones. A Snake le encantaban las rápidas, sobre todo la montaña rusa Mad Mouse. Pero no había atracciones tan grandes en Kiddieland. El parque era de la «antigua escuela»; con atracciones como el pulpo, la noria y la catapulta. Una música de carnaval sonaba desde los altavoces y se mezclaba con los gritos de alegría de los niños. Luces de colores daban brillo al lugar. Este exceso sensorial hizo que Snake sintiera que tenía ocho años otra vez.

—¿Por qué estamos aquí? —le preguntó a Master Miller.

Pero su entrenador ya no estaba con él. De hecho, Snake estaba totalmente solo en el parque. Las luces se apagaban y todo quedaba en la oscuridad. La música y los chillidos de alegría continuaban llenando el ambiente, pero no había nadie en ninguna parte. Las atracciones y los puestos estaban cerrados desde hacía tiempo, pero el espíritu de los antiguos visitantes seguía jugando bajo el cielo de la noche, que era una manta de terror rojo oscuro.

Snake cerró los ojos e intentó concentrarse. Era uno de los juegos de Psycho Mantis. Tenía que serlo. Pero por mucho que lo intentase, no conseguía deshacerse de la poderosa ilusión. Lo único que podía hacer era caminar por el camino central de esta reliquia del pasado.

Cerca del final del parque estaba La Casa Encantada, que siempre le había gustado. Apenas daba miedo, pero tenía todos los trucos habituales: espejos curvos, diapositivas, suelos que se movían, un laberinto de espejos y un payaso que salía de una caja cuando menos lo esperabas.

Había una mujer de pie en la entrada. Tenía el cabello pelirrojo y un buen...

«¡Meryl!»

Ella lo saludó y le hizo un gesto para que la siguiera a La Casa Encantada. Snake quería gritarle que no entrara. Tenía que ser una trampa. Además, el parque estaba cerrado, no había nadie manejando las máquinas ni recogiendo tíquets. Pero las

palabras no le salían de la boca. Era parecido a aquellos sueños en los que las piernas pesan demasiado para andar o la voz se hace un susurro imperceptible para los demás.

Meryl entró en la casa y desapareció de su vista. A Snake no le quedaba más opción que seguirla. Subió los escalones, pasó por el torniquete y entró en la oscura atracción. Con las luces apagadas, el lugar era mucho más siniestro de lo habitual. Pero todos los mecanismos estaban en funcionamiento, incluido el primer obstáculo, el suelo que se movía hacia delante y hacia atrás. Se trataba de mantener el equilibrio mientras pasabas al otro lado. Muchos niños se caían al suelo inclinado, muchas veces a propósito, y se reían como locos. Snake siempre había seguido las reglas e intentaba pasar al otro lado sin caerse. Nunca había fallado.

Esta vez, sin embargo, en cuanto pisó la plataforma, ésta se inclinó tanto que no pudo evitar caerse hacia el borde. Consiguió frenar para no caer fuera de la plataforma...

«Pero antes había un muro para evitar que los niños se cayesen...»

... La plataforma estaba ahora suspendida en un gran vacío. De hecho, ¡era un cielo lleno de estrellas! Era como si Snake estuviera agarrado al borde del universo que conocía y, si se soltaba, se perdería en el infinito abismo del espacio exterior.

«¡No mires!»

Se obligó a enfocar su atención en el arco al otro lado de la plataforma inclinada, por el cual se salía de allí. Meryl lo estaba esperando, lo apuntaba con un dedo y se reía de él.

—¡Mira al legendario Solid Snake! —dijo riéndose—. ¡Ni siquiera se mantiene de pie!

Había hendiduras en el suelo inclinado lo bastante profundas como para que Snake pudiese agarrarse con la punta de los dedos. Usando toda la fuerza posible e ignorando el dolor de sus dedos, lentamente ascendió por la plataforma. Le parecía eterno, pero tras unos minutos lo había conseguido. Rodó desde el suelo inclinado hasta un entramado metálico a la altura del arco. Meryl ya no estaba allí. Snake se puso en pie, atravesó el arco y se encontró a sí mismo en una habitación llena de espejos curvos.

Recordaba cómo se reía al ver las graciosas formas de su cuerpo al ponerse ante los espejos. Uno lo hacía gordo y bajo; otro alto y delgado con una cabeza enorme, y otro le hacía un gran torso y unas piernas diminutas. Esta vez, sin embargo, al detenerse ante el primer espejo, vio a Meryl. Parecía atrapada dentro de él. Golpeaba el espejo desde adentro con expresión de terror.

—¡Ayúdame, Snake! ¡Sácame de aquí!

Snake examinó los lados del espejo, pero estaba firmemente pegado a la pared. No había nada que hacer. Fue al siguiente espejo y se encontró a Otacon en la misma

situación. El joven científico estaba temblando de miedo.

—¡Snake! ¿Puedes sacarme de aquí? —le gritó Otacon—. ¡Me van a matar! ¡Ayúdame!

Sintiéndose cada vez más impotente, Snake se dirigió al siguiente espejo. Dentro de él había un hombre uniformado que no había visto en años. A diferencia de los otros dos prisioneros, estaba en silencio, resignado de estar atrapado y sabiendo que no había nada que se pudiera hacer.

—¿Big Boss? —susurró Snake—. ¿Eres tú?

El soldado le sonrió.

—Sí, hijo mío. ¿Me has extrañado?

Snake golpeó el espejo, pero era demasiado duro para romperlo.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué está pasando?

—Hijo, me van a matar si no me das los códigos de desactivación.

—Pero... ¡tú ya estás muerto!

De hecho, fue Snake quién había matado a aquel hombre con sus propias manos. A su propio padre, Big Boss. Pero aun así, ahí estaba, vivo y respirando.

—¡Por favor, hijo! —le rogó—. Dame los códigos. Si no lo haces, moriré de una manera horrible.

«¡No, esto no es real; esto NO ESTÁ OCURRIENDO!»

Entonces Big Boss comenzó a sangrar por la nariz y la boca.

—Sí, es doloroso, Snake —cerró los ojos con fuerza.

—¡Big Boss! —gritó Snake—. ¡No conozco los códigos! ¡Ellos ya los tienen! ¡Baker y Anderson hablaron! ¡Ya tienen los malditos códigos!

El hombre detrás del espejo aulló de dolor mientras su cabeza comenzaba... ¡a abrirse en dos! El cerebro y otras viscosidades le salían por las ranuras de su cráneo. Era el espectáculo de horror más grotesco que Snake había presenciado nunca.

El agente cayó de rodillas al suelo y gritó:

—¡No! ¡ESTO... NO... ES... REAL!

... Y nuevamente se encontró a sí mismo en el suelo enmoquetado de la sala de mandos. Meryl seguía tumbada a su lado. Y Psycho Mantis flotaba en el aire unos metros más allá, riéndose.

«¡Era una alucinación! ¡Y la he roto!»

—Eres un guerrero fuerte, Solid Snake —le dijo Mantis—. Tienes una cabeza sana y un corazón fuerte. Has resistido mis pequeños juegos de la mente. ¡Muy admirable! ¡Pero sigues sin poder competir con mis poderes!

Antes de que Snake pudiera recuperarse del «viaje» por el que acababa de pasar, los tres sillones antiguos de la habitación se elevaron en el aire y se abalanzaron contra él con ferocidad. Snake tuvo que pegarse al suelo para evitar que le dieran.

—¡Psicokinesis! —el villano fanfarroneaba—. ¡El arma de los dioses!

A los sillones les siguieron dos urnas de metal. Levitaron y luego volaron hacia Snake como proyectiles lanzados por un cañón. Consiguió esquivar una de ellas, pero la otra rozó su hombro izquierdo y luego rebotó. El dolor era intenso, pero no tanto como si le hubiese dado de lleno.

Una cabeza de ciervo disecada se descolgó de la pared y salió disparada hacia Snake. Las afiladas puntas de sus cuernos con toda seguridad podían hacerle más daño que los sillones y las urnas. Sin pensarlo, sacó la SOCOM de su funda y apuntó. Disparó tres veces seguidas y deshizo la cabeza de ciervo en pedazos que volaron por los aires.

«¡Tengo la pistola en la mano! ¡Ya no está atascada!»

Psycho Mantis ya no se reía; en vez de eso, estaba intentando concentrarse para volver a crear la ilusión de que el mango del arma estaba ardiendo. Pero Snake aguantó.

—Esta vez no va a funcionar, Mantis —dijo Snake entre dientes.

Se obligó a sí mismo a agarrar la SOCOM a pesar de lo que sus receptores de dolor dictaban a su cerebro. Levantó la pistola y apuntó a Psycho Mantis, pero de pronto se hizo extremadamente pesada. La agarró con las dos manos, pero era como si pesara doscientos kilos. Se vio obligado a dejarla caer.

Mientras Mantis se reía incontroladamente otra vez, los libros de las estanterías salían volando hacia Snake. Lo bombardeaban como piedras y lo acorralaban contra el escritorio. Puso las manos en alto para protegerse la cara y luego rodó por el suelo.

¿Por qué había podido disparar su SOCOM antes? Sólo podía deberse a que Psycho Mantis únicamente era capaz de hacer ciertos trucos de telekinesia a la vez. Si podía mantenerlo ocupado lanzando objetos, tal vez podía sacar su arma y disparar.

Con esa idea, se levantó abruptamente y corrió hacia la puerta. Uno de los bustos con máscara de cuero cayó de su pedestal y salió disparado hacia Snake para bloquearle el paso. El agente se agachó y volvió rápidamente hacia el escritorio. El otro busto se elevó también, uniéndose al otro. Ambos se convirtieron en misiles guiados que lo perseguían por toda la habitación, mientras Psycho Mantis esperaba la oportunidad perfecta para hacer que uno de ellos se estrellara en su cabeza. Sin duda alguna, el resultado sería mortal.

—¡Hazlo mejor, monstruo de circo! —le gritó Snake mientras zigzagueaba por la habitación—. ¿Se les olvidó cerrarte la jaula, Mantis? ¿No echas de menos a las otras bestias?

Obviamente, a Psycho Mantis no le importaba que se metiera con él. El villano hizo uso de todo su poder para poner en movimiento a todos los objetos de la habitación que no estaban fijos. Los bustos, las urnas, las sillas, los libros, incluso el escritorio de caoba y el cómodo sofá, todos se elevaron por los aires listos para caer encima de Snake. Pero en el momento crucial, cuando todo estaba por encima del

suelo, Snake rodó por el suelo, cogió la SOCOM con una mano, se puso de cuclillas y lanzó dos disparos a Psycho Mantis.

El hombre gritó y cayó al suelo junto con todos los objetos. Una docena de libros bombardearon a Snake, pero tuvo la suerte de que no le cayera encima ninguno de los objetos pesados. Ambas balas habían dado de lleno en el pecho del villano. Le salía sangre de dos heridas mientras intentaba débilmente arrastrarse para ponerse a salvo.

Snake se puso en pie con la SOCOM apuntándole en la cabeza y le dijo:

—Fin del juego, bicho raro.

El hombre apenas podía articular palabra, sin duda le faltaba oxígeno.

—Tienes... mucho poder..., es cierto..., pero yo conozco... tu punto débil.

—Cállate y di tus oraciones.

—Meryl —ordenó Mantis—, ponte en pie donde... él te vea... y pégate un tiro en la cabeza.

De inmediato, Meryl se despertó, se levantó del suelo, cogió su Desert Eagle y la apuntó hacia su sien. Snake veía que le costaba seguir la orden psíquica, ya que con la mano izquierda intentó retirar la pistola de su cabeza.

¡La Desert Eagle disparó!

Pero Meryl había conseguido mover su cabeza a tiempo. Un hilillo de sangre le bajaba desde la frente; la bala debía haber rozado su cuero cabelludo.

—¡Dispárate! —le ordenó Mantis.

—¡Para! ¡Meryl!

Snake disparó a la rodilla de Mantis. El villano gritó de dolor, y Meryl retiró el arma de su cabeza. Snake bajó entonces la SOCOM y agarró a Meryl por la mano que cogía la pistola y la lanzó por encima de su hombro. Ella dejó caer el arma y se precipitó sobre el escritorio de caoba: otra vez inconsciente.

Snake se acercó a Psycho Mantis, que agonizaba en el suelo. Su respiración era ahora muy superficial y forzada.

—No... pude... leer tu futuro —susurró Mantis.

—Un hombre no necesita conocer su futuro. Lo construye él mismo.

Mantis tosió.

—Tal vez..., pero déjame que lo intente. Por favor..., sácame la máscara.

Snake no pensó que le pudiera afectar. Se arrodilló al lado del hombre agonizante y le sacó la máscara de gas. Bajo ella había una criatura llena de cicatrices con un rostro que Darth Vader o Frankenstein no hubiese querido poseer.

—Para llegar a la base subterránea... de mantenimiento... de Metal Gear... debes pasar por... la puerta escondida. Detrás de la estantería... de libros.

—Sigue.

—Debes pasar... las torres de comunicación. Ve por la pasarela... de las torres.

—¿Por qué me estás diciendo esto?

—Puedo leer la mente de las personas. A lo largo... de mi vida... he leído los pasados... presentes y futuros... de miles de hombres y mujeres.

Meryl comenzó a moverse. Snake la miró para asegurarse de que estuviera bien. Tras unos momentos, se levantó, agitó la cabeza y lentamente caminó hasta ellos. Al ver la cara de Mantis, dijo:

—Vaya, es horrible...

A Mantis le costaba continuar.

—Todas las mentes que he leído... estaban llenas de la misma... obsesión. Ese deseo egoísta... y atávico... de transmitir su semilla. Me parecía enfermizo. Cada ser viviente... en este planeta... existe para transmitir... su ADN... sin siquiera pensarlo. Así es como estamos diseñados. Y por eso... hay guerras. Pero tú eres... diferente. Eres como... nosotros. No tenemos pasado... ni futuro. Vivimos en el momento. Ése es... nuestro único... propósito. Los humanos fueron diseñados... para darse... felicidad lo unos a los otros. Pero desde el momento... en que nos traen a este mundo... nuestro destino no es más que... darnos dolor... y miseria los unos a los otros.

Snake y Meryl se miraron. El hombre estaba más loco que todos los pacientes de un manicomio juntos.

—La primera mente que leí... fue la de mi padre. No vi nada más que asco... y odio hacia mí... en su corazón. Mi madre murió al nacer yo, y él me odiaba por eso. Pensé... que mi padre me iba... a matar. Ahí fue cuando... desapareció... mi futuro. Perdí mi pasado... también. Y entonces... mi pueblo... ardió en llamas.

—¿Estás diciendo que quemaste tu pueblo para enterrar tu pasado?

—Veo que has sufrido... tanto como yo —Mantis se rió como pudo, pero era una risa oscura y malvada—. Somos iguales... tú y yo. El mundo es un lugar más interesante... con gente como tú y yo en él.

—Está loco —susurró Meryl.

—Nunca estuve de acuerdo... con la revolución del Jefe... Sus sueños de conquistar el mundo no me interesan. Sólo quería una excusa... para matar a tanta gente como me fuera posible.

—¡Eres un monstruo! —le gritó ella.

—Déjalo que hable, Meryl —dijo Snake—. No le queda mucho tiempo.

—He visto... la verdadera maldad. Tú, Snake, eres igual que... el Jefe. No, eres peor. Comparado contigo, no soy tan malo. Espera..., te veo... debe de ser dentro de unas décadas..., estás viejo y con una pistola en la boca —Mantis miró a Meryl—. Leo tu futuro... también. Ocupas una parte... grande... en su corazón.

Meryl emitió un pequeño sonido de asombro.

—Pero no sé... si vuestros futuros... se unirán. Tengo una última petición.

—¿Qué?

—Por favor... vuelve a ponerme la máscara.

Snake obedeció. La respiración del hombre era apenas audible.

—Antes de morir... —Mantis tosió—. Quiero ser yo mismo. Quiero que me dejen solo... en mi propio mundo. Os abriré... la puerta.

Hubo un clic en la parte de atrás de uno de los estantes de libros situados detrás del escritorio caído. El estante se deslizó hacia un lado, descubriendo un oscuro pasaje.

Ahora ya muy débil, Mantis añadió:

—Ésta es la primera vez... que he usado mi poder para ayudar a alguien. Es extraño..., me hace sentir..., es una sensación... agradable.

La siguiente exhalación fue la final y la absoluta. Snake y Meryl se quedaron allí un momento, intentando comprender lo que acababan de presenciar. Tras unos momentos, ella se giró hacia Snake y le dijo:

—Lo siento tanto.

—¿Sientes qué?

—¿Cómo pude dejarlo que controlara mi mente de esa manera?

—Si vas a comenzar a dudar de ti misma te dejo aquí —le contestó Snake.

Ella asintió y respiró profundamente.

—Tienes razón.

—Nunca dudes de ti misma. Deja que las adversidades te hagan más fuerte y aprende algo al respecto.

—Tienes razón. No dejaré que vuelva a ocurrir.

Snake se acercó a la estantería.

—¿Es ésta la salida? ¿Como dijo él? ¿Era esto lo que me ibas a enseñar?

—Snake..., no tenía ni idea de que existiera ese pasadizo.

Algo me decía que te trajera hasta aquí. Era él. Lo siento mucho. ¿Snake? ¿Puedo preguntarte algo?

—¿Qué?

—Lo que ha dicho sobre... nosotros.

—¿Qué pasa ahora? ¿Qué problema tienes? —le preguntó incómodo.

—Oh, nada. No importa. Oye, ¿cuál es tu verdadero nombre?

Snake suspiró.

—Un nombre no significa nada en el campo de batalla. Lo único que importa es sobrevivir.

—¿Qué edad tienes?

—Soy lo bastante viejo como para saber qué cara tiene la muerte.

—¿Tienes familia?

—No, pero me criaron entre muchos.

Entonces, Meryl preguntó en voz baja, casi inaudible:

—¿Te gusta alguien?

—Nunca me ha interesado la vida de otra persona.

—¿Entonces, estás totalmente solo, solo por completo? ¿Como ha dicho Mantis?

Le contestó de pie frente a la apertura en la pared, dándole la espalda.

—La otra gente sólo me complica la vida. No me gusta involucrarme.

—Eres... un hombre triste y solo.

No lo iba a negar.

—Venga, sigamos.

En la sala de mando del submarino Discovery, la doctora Hunter se volvió hacia Campbell y le dijo:

—Parece que tu sobrina se ha recuperado.

—¿Estás segura de eso? —le preguntó el coronel.

—Sí. ¿Pero por qué Snake ha arriesgado su vida para salvarla? ¿Por ti? ¿O es que le gusta Meryl?

Campbell comenzaba a recuperarse de todo lo que acababa de ocurrir.

—Naomi, es cierto que Snake ha matado a un montón de gente, pero eso no significa que no tenga un gran corazón.

Capítulo 15

Detrás de la estantería abierta había una escalera de piedra que llevaba a un pasillo oscuro y húmedo. A Snake le recordó a las mazmorras de los castillos escoceses que había recorrido hacía muchos años. Meryl se frotó los brazos y tembló.

—Hace frío aquí.

—Sí. Tenías que haber conseguido algo de abrigo.

—Lo siento, *papá*. Me lo he olvidado en casa.

Siguieron el pasaje durante varios metros, hasta que terminó la piedra labrada. Desde ese punto en adelante, las paredes, el suelo y el techo se convirtieron en un túnel excavado en la roca.

—Ahora entramos en una caverna subterránea —observó Meryl.

La luz era mínima. Snake encendió la linterna que llevaba en la hombrera de su traje, que iluminaba lo bastante como para ver por dónde iban. El pasillo dobló y, un poco más adelante, se dividió en dos direcciones. El túnel de la izquierda era mucho más pequeño.

—¿Por dónde vamos? —preguntó.

De pronto, como a modo de respuesta, varios aullidos resonaron en el túnel.

—¿Lobos?

Snake escuchó atento, para luego contestar:

—No. Son perros-lobo. Mitad lobo, mitad husky.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Conduzco trineos, es que en el fondo soy un sentimental.

—¿Son peligrosos?

—Pueden serlo. No están domesticados, si a eso te refieres.

Ella inspiró profundamente.

—Bien. ¿Por qué no tomo yo el camino de la derecha? Tú tomas el de la izquierda. Si resulta que uno de ellos no tiene salida, contactaremos por el Codec y nos encontraremos de vuelta aquí. ¿Qué te parece?

—Me parece un buen plan.

A Snake no le gustaba la idea de dejarla sola, pero ella se había manejado bastante bien por el momento. No debía preocuparse. Tenía un trabajo que hacer, y por mucho que le estuviera comenzando a gustar la chica, no iba a permitir que interfiriera en su misión.

Agachó la cabeza y se metió en el túnel con el techo más bajo. Era difícil doblar el tronco desde la cintura y tener que caminar a la vez, pero podía soportarlo. El túnel se convirtió en un laberinto de torcidos pasajes, todos parecidos, y por un momento

Snake temió perderse o quedar bloqueado. Para aumentar su ansiedad, después de unos doscientos metros o más, el pasaje se hizo más estrecho y el techo más bajo. Tendría que reptar.

Las rodilleras de su traje eran de gran ayuda. Avanzó por la roca mojada y fría durante unos diez minutos, hasta que el túnel comenzó a abrirse de nuevo. Unos metros más y podría volver a levantarse. Finalmente, el pasaje llegó a una gran cueva con un techo muy alto. Había estalactitas que goteaban agua fría, formando charcos en el suelo. En algunas partes, el hielo en las paredes se había derretido, y en el suelo un fino barro se mezclaba con la roca. Era una superficie muy resbaladiza.

Oyó otro aullido mucho más cerca que el anterior. Snake se imaginó que el animal estaba en algún lugar de la caverna.

Tecleó la frecuencia de Meryl en el Codec.

—¿Meryl?

—¿Sí?

—¿Qué tal te va?

—Estoy en una caverna grande.

—Yo también. Seguramente sea la misma. Veamos si podemos encontrarnos en el extremo norte. Ten cuidado. Puede que haya perros-lobo.

—Está bien.

Cerró su Codec y continuó avanzando hasta llegar a una gran roca que había sido parte del techo. Al evitarla, se encontró no con un lobo, sino con un grupo de cuatro.

«¡Dios!»

Los animales gruñeron y sus ojos rojos brillaron en la oscura caverna. Los dos que estaban delante le enseñaron los colmillos, mientras otro gimoteaba.

—Tranquilos, perritos.

Extendió las manos con las palmas hacia arriba; sabía que debía hacerlo así. Por supuesto, eso es algo que funciona normalmente si los perros están mínimamente domesticados. Estos animales eran salvajes y enormes, pesaban más de cincuenta kilos cada uno. Podían arrancarle la piel en cosa de segundos.

Los dos que estaban delante se le acercaron, gruñendo cada vez más fuerte.

Snake no quería matarlos, pero lo haría si debía hacerlo. Además, había otra alternativa. Lentamente abrió su bolsillo y sacó una granada Flashbang, llamada también granada de aturdimiento. Moviéndose a la velocidad de un caracol y manteniendo las piernas totalmente quietas, se llevó el explosivo a la boca, tiró de la anilla con los dientes y contó hasta cuatro. Luego lanzó la granada hacia los lobos, e inmediatamente se agachó cubriéndose la cabeza.

El magnesio de gran potencia de la granada explotó, causando un resplandor que aturdiría a cualquier animal o ser humano. Snake esperó unos segundos para ver el daño que había causado.

Los cuatro perros-lobo estaban tumbados en el suelo. Se acercó a ellos cautelosamente, puso la mano en la piel del líder y sintió que respiraba. Aún estaban vivos. Satisfecho de saberlo, siguió adelante.

—¡Hey! —era Meryl que iba más adelante y que llevaba algo en los brazos—. ¿Qué ha ocurrido?

—He tenido que cantarles una nana de buenas noches a unos cuantos lobos.

Snake se dio cuenta de que llevaba con ella un cachorro de perro-lobo.

—¿Estás herido? —le preguntó Meryl.

—No. ¿Dónde lo has encontrado?

—Estaba por ahí, buscando a su mamá. Es muy mono ¿verdad?

—Creo que he mandado a su mamá a dormir. Déjalo allí con el resto. No tenemos tiempo para rescatar animales.

—Creí que te gustaban los perros.

—Sí, me gustan, pero sólo cuando estoy en casa, y no en mitad de una misión.

—Vale, vale.

Soltó al cachorro, que corrió hasta una de las hembras inconscientes y se sentó al lado de ella para lamerle el pelaje.

—No le va a pasar nada. Vamos. Mira, creo que hay una salida allí —dijo Snake señalando hacia una gran apertura en el muro norte de la caverna.

—Me alegro.

Al salir de la cueva, se encontraron en un pasaje construido con un techo alto y paredes de acero. Cada cinco metros, había unos huecos superficiales en la pared. Snake calculó que el túnel tenía unos cincuenta metros de longitud. Al final, se encontraba la base de la primera torre de comunicación, desde donde se veían los dos primeros pisos de lo que parecía ser una estrecha pero maciza estructura que atravesaba el techo de la caverna, y continuaba hacia arriba. Era una gran estructura metálica con patrones en forma de cruz. Snake había estudiado un poco de arquitectura a lo largo de su vida, ya que era una materia esencial para infiltrarse en cualquier edificio. El diseño de la torre le recordaba al trabajo del arquitecto chino I.M. Pei.

—¿Qué altura tienen las torres? —preguntó Snake.

—No lo sé. ¿Veinte o treinta pisos?

—Espero que funcionen los ascensores.

Ella quiso dar un paso adelante, pero él la agarró del brazo.

—¡Espera! Déjame ver una cosa.

Sacó el detector de minas y lo encendió. Justo delante de ellos había tres minas Claymore.

—Creo que te acabo de salvar la vida otra vez —dijo él.

Ella abrió los ojos como platos.

—Gracias. ¿Eso es todo lo que hay? ¿Sólo tres?

—Por lo visto, sí.

Meryl estudió la distribución de las minas en la pantalla del detector. Con una agilidad felina, las esquivó con ligereza y lo esperó al otro lado.

—¿A qué esperas?

Snake había disfrutado contemplando su cuerpo en movimiento, y como respuesta simplemente sonrió. Ella lo miró con reproche apoyando las manos sobre sus caderas, pero Snake sabía que en el fondo le gustaba que la mirase. Siguió sus pasos, evitando así el peligro.

Continuaron caminando por el túnel. El silencio era inquietante, pero por instinto permanecieron callados, ya que el eco del pasaje era muy fuerte. Incluso sus pasos reverberaban, por ligeros que fuesen. Al llegar a la mitad, Snake creyó ver el flash de una luz roja. Pestañeó y miró a Meryl. Como imaginaba, había un punto rojo entre sus pechos.

Era un láser.

—¿Meryl?

—¿Qué pasa?

—¡Agáchate!

La empujó para sacarla de en medio, pero era demasiado tarde. El disparo resonó a lo largo de todo el túnel y una flor roja de sangre brotó de su hombro izquierdo. Ella gritó de dolor, pero no se dio cuenta de que le habían disparado. Snake se acercó, para protegerla, pero el francotirador había disparado una segunda vez, y le dio justo en el costado, por encima de la cintura. En esta ocasión cayó desplomada. Otra bala alcanzó el suelo entre Snake y su compañera caída, obligándolo a retirarse y a buscar refugio en una de las hendiduras de la pared.

—¡Meryl!

Ella estaba en el suelo detrás de él, a unos diez metros y al alcance del francotirador. Había dejado caer su Desert Eagle un poco más atrás y el rifle PSG estaba a su lado. Meryl intentó cogerlo sin conseguirlo, por lo que extendió el brazo para coger su pistola, pero estaba demasiado lejos. Apretando los dientes lo estiró aún más para intentar alcanzarla, pero en ese momento otra bala golpeó el suelo de metal a unos centímetros de sus dedos.

—¡Snake! ¡Déjame y corre!

—¡Meryl!

Snake sintió más decepción que dolor en su voz.

—Imagino que... es cierto que soy una novata.

—¡No te preocupes, Meryl, es a mí a quien buscan!

—Lo sé..., es el truco más viejo del libro... El francotirador me está usando a mí de presa para que salgas tú.

Snake se maldijo a sí mismo. Había temido que ocurriese algo así.

—¡Dispárame, Snake! —gritó.

—¡No!

—Prometí que... no te iba a hacer perder tiempo.

—¡No te muevas!

—Todavía puedo ayudar..., quiero ayudarte a ti.

—¡No hables! ¡No gastes tus fuerzas!

Meryl comenzó a llorar.

—¡He sido una tonta! Quería ser soldado... ¡Snake, por favor, sálvate! Sigue vivo... ¡y no abandones!

Sabía que tenía razón. No había nada que pudiera hacer por ella. Incluso si intentaba arrastrarla hasta él, el francotirador lo alcanzaría.

—¡Sal de aquí! —gritó ella— Pero, por favor..., no me olvides.

Snake miró el rifle que estaba al lado de Meryl. Si conseguía llegar hasta él, tendría una oportunidad.

—¿Snake? —era Campbell en el Codec.

—¿Sí?

—¡Es una trampa! Es un truco del francotirador para que salgas. Si ayudas a Meryl te matará. ¡No lo hagas!

Snake sentía el dolor en la voz del coronel. Era la vida de su sobrina la que estaba en juego.

—Lo sé, coronel. Pero no pienso dejarla aquí —dijo sabiendo que se había prometido a sí mismo no preocuparse por ella ni dejar que se entrometiera en su misión.

La doctora Hunter habló.

—Debe de ser Sniper Wolf, la mejor tiradora del FOXHOUND.

—Pensé que los francotiradores trabajan en parejas.

—Sí, pero ella no. La conozco. Puede pasarse horas, días o semanas esperando. No le importa. Está simplemente a la espera de que salgas y te expongas.

—Puede ser, pero Meryl no va a aguantar tanto tiempo.

—Snake, ¿ves a Wolf desde donde estás? —le preguntó Naomi.

—Creo que está en el segundo piso de la torre. No puedo llegar hasta ella sin exponerme.

A Campbell le temblaba la voz.

—Si Wolf está en la torre de comunicación, puede verte perfectamente. Es la posición clásica de los francotiradores. ¡A esa distancia no podrás dispararle con un arma de corto alcance!

—Coronel, tranquilízate —dijo Snake—. Meryl tiene un rifle. Voy a salvarla, cueste lo que cueste.

El antiguo líder del FOXHOUND respiraba fuerte al hablar, pero las palabras de Snake parecieron calmarlo un poco.

—Está bien. Gracias.

Snake oyó a Naomi Hunter susurrar algo.

—¿Naomi? ¿Me has hablado?

—Nada —contestó la doctora—. Sólo que me sorprende que estés dispuesto a arriesgarte. Tus genes son los de un soldado, no los de alguien que se sacrifica por los demás.

—¿Quieres decir que sólo me interesa salvar mi propio pellejo?

—No, no tanto, pero...

—No tengo ni puñetera idea de cómo son mis genes ni me importa. Me muevo por instinto. Salvaré a Meryl. No me hace falta una excusa. Tampoco lo hago por nadie, la salvaré porque quiero hacerlo. ¡No te preocupes, coronel!

—Snake, no quise decir... Lo siento —dijo la doctora Hunter—. Lo comprendo.

Cortó la comunicación y estudió la distancia que había entre él y el rifle. El antiguo cliché «tan cerca y sin embargo tan lejos» era totalmente apropiado. Snake pensó si llevaba algo en su equipamiento que pudiera ayudarlo.

¡La Flashbang! Le quedaba una en el portagranadas. La explosión disiparía sus acciones momentáneamente. La francotiradora no podría apuntar hacia él durante un breve centelleo. Era su única esperanza.

Sacó la granada y calculó cuál sería el mejor lugar hacia donde lanzarla. Mientras cubriera la zona frente a Meryl funcionaría bien. Sin perder un segundo más, tiró de la anilla, la lanzó a unos diez metros hacia el pasaje y se preparó para salir de allí. Anticipó la explosión y salió de su parapeto. Esperaba que cuando Sniper Wolf intentara dispararle, el resplandor del estallido la cegara.

La Flashbang explotó como esperaba, lanzando una ola de calor a Snake mientras corría hacia donde estaba Meryl. La explosión lo desequilibró, pero evitó mirar el cegador centelleo del estallido. Si no fuera porque estaba preparado para la detonación, podría haber quedado inconsciente. Fuera como fuese, consiguió arrastrarse hasta Meryl.

En cosa de un segundo examinó su cara. Estaba sin sentido. Snake le apretó la mano, agarró la PSG-1, se puso en pie, corrió hacia el lado opuesto del pasaje y se refugió en otra hendidura de la pared. Se aseguró de que hubiese balas en el cargador, se tumbó en el suelo y, con cuidado, asomó el rifle, los brazos y la cabeza.

—Snake, soy Natasha.

Snake miró el monitor en su Codec.

—No puedo charlar ahora, Natasha. Estoy un tanto ocupado.

—El coronel me ha pedido que te aconseje. Tienes una PSG-1. ¿Correcto?

—Sí. La de Meryl.

—Excelente. Es uno de los mejores rifles francotiradores del mundo. Lo bastante certero como para disparar limpiamente a través de dos centímetros cuadrados desde una distancia de cien metros. Y es semiautomático, no como los otros rifles. Sólo recuerda, Snake: el más mínimo temblor puede hacerte perder tu objetivo por milímetros. Intenta tener las manos firmes.

—Gracias, Natasha. Me lo acabas de recordar. Tengo unos diazepam conmigo. Eso me relajará.

La doctora Hunter intervino.

—Es lo que te iba a sugerir.

Snake encontró el pastillero en uno de los compartimentos de su cinturón, y se tomó una pastilla calmante de acción rápida. Normalmente tardaba al menos veinte minutos en hacer efecto, pero el departamento médico del FOXHOUND había inventado una pastilla que se disolvía bajo la lengua y que actuaba en segundos.

Un minuto más tarde, estaba listo.

«Vamos, perra. ¡Muéstrame dónde estás!»

El láser de Sniper Wolf apuntó a su frente. Snake vio que el puntito rojo venía del segundo piso de la torre, justo como había sospechado. Antes de que la mujer tuviera tiempo de disparar, apretó el gatillo del PSG-1. El casquillo salió volando alto y con fuerza, y aterrizó a casi cinco metros de él. Esto era una ventaja, ya que dificultaba al enemigo localizar la posición del tirador.

A través de la mira telescópica con la cual podía ver hasta seiscientos metros más allá, Snake vio una silueta que se movía de un soporte de metal a otro y volvió a disparar. La mujer sufrió una sacudida, pero no estaba seguro de haberle dado. De cualquier modo, le dio tiempo para saltar y acercarse más.

Una vez en el pasaje, Snake comenzó a correr de manera errática. La francotiradora disparó dos veces, alcanzando el suelo al lado de sus pies. Se refugió en otra hendidura, pero ahora estaba al menos veinte metros más cerca de la torre. Aunque así era un objetivo más fácil para Sniper Wolf, también lo era ella para él.

Tres ráfagas de disparos golpearon el muro alrededor de la hendidura donde se encontraba Snake, recordándole que tuviera cuidado al asomarse para apuntar. Necesitaba otra distracción, por lo que sacó una granada Chaff. No es que fuera a tener mucho efecto, aparte de hacerla pestañear un par de veces, pero tal vez le daba tiempo para disparar una o dos balas. Snake tiró de la anilla y la lanzó al aire hacia la mitad del pasaje.

Explotó sin provocar un gran estallido, como era propio de las Chaff; sin embargo, Snake aprovechó ese momento para salir de su refugio, apuntó a una silueta que había en la torre y apretó el gatillo. Hubiese jurado que la mujer gritó de dolor.

Volvió a esconderse y esperó unos segundos antes de atreverse a mirar. Miró a través de la mira telescópica de su rifle, pero no vio a nadie en los pisos visibles

desde allí. Era mejor asegurar la zona en la base de la torre primero y procurar atención médica a Meryl después. Se colgó el rifle al hombro y corrió hacia la estructura. Con la SOCOM en la mano, registró el perímetro de la base y las escaleras metálicas que llegaban hasta el balcón de la segunda planta.

En los escalones había unas gotas de sangre fresca. Snake miró hacia arriba y vio que desde el balcón hasta donde estaba él había una línea recta. Era evidente que no había matado a Sniper Wolf, pero sí que le había dado.

Snake se dio la vuelta con la intención de volver corriendo a donde estaba Meryl, pero de pronto se encontró bloqueado por la aparición de una docena de soldados que descendían con cuerdas desde el segundo piso al estilo ninja. Cada uno de ellos llevaba un rifle de asalto FAMAS apuntando hacia él.

—¡No te muevas! —le gritó uno de los hombres.

Snake se dio cuenta de que estos tipos eran la élite. Los Space Seáis. Lo mejor de los soldados genoma. Y lo tenían rodeado.

—¡Tira tu arma! ¡Ahora!

No tenía opción. Snake lanzó su SOCOM al suelo.

—¡Dale una patada hacia aquí!

Obedeció.

Una puerta de acero se abrió en la base y apareció una mujer alta con un cuerpo extraordinario. Llevaba un uniforme ajustado abierto a la altura del cuello, revelando un magnífico escote. Tenía el pelo rubio y corto. Una lástima que estuviera con el enemigo, pensó, porque la chica estaba como un tren.

Lo único bueno de la situación era que el brazo izquierdo de Sniper Wolf colgaba de un cabestrillo, y la tela sobre su hombro estaba empapada de sangre.

—Menuda tontería venir aquí, hombre estúpido —dijo con un acento que Snake interpretó como de Oriente Medio. Luego recordó las descripciones de Campbell: era una kurda de Iraq.

—Una francotiradora —dijo Snake—. ¿Quién lo iba a decir?

—¿No sabías que dos tercios de los mejores asesinos del mundo son mujeres?

—¿Qué te ha pasado en el hombro? ¿Te has hecho daño?

—Es sólo un rasguño —se lamió los labios—. ¿Quieres morir ahora? ¿O después de tu amiga? ¿Qué eliges?

—Moriré después de matarte a ti.

Ella se rió de él.

—¿Ah, sí? Bueno, por lo menos tienes agallas. Soy Sniper Wolf y mato a todo lo que apunto. Tú eres mi presa especial —se le acercó un poco más.

Snake se daba cuenta de lo femenino de su fuerte acento, pero también de lo bestialmente amenazante que sonaba.

Con un diestro movimiento, Sniper Wolf arañó la mejilla izquierda de Snake, que

ni se inmutó al sentir que sangraba.

—Te he marcado —le dijo—. No me olvidaré. Hasta que te mate, no pensaré más que en ti.

Se lamió nuevamente los labios y Snake sintió su caliente aliento en su cuello. Lo miró fijamente a los ojos y se alejó de él abruptamente.

—¡Lléváoslo! —ordenó a los soldados.

Antes de que Snake pudiera protestar, algo duro y pesado le golpeó fuertemente en la cabeza y todo se volvió negro.

Capítulo 16

Un susurro de voces empezó a filtrarse por la neblina. Al principio no sabía a quiénes pertenecían, pero le resultaban familiares.

—¿También vas a necesitar su ADN? —preguntó una voz femenina.

—Sí —le respondió un hombre con un tono elegante y familiar—, quiero sacarle una muestra mientras siga vivo. La necesitaremos para corregir las mutaciones de genoma en los soldados.

—¿Lo podremos curar?

—No, aún nos hará falta dar con el ADN de Big Boss.

La mujer parecía perpleja.

—¿Y han cedido ya a nuestras demandas?

—No van a ceder; son todos unos hipócritas, todos.

—¿Es ésa tu opinión como kurda que eres?

—Siempre ponen la política en primer lugar.

—Eso es cierto —dijo el hombre—, y es por eso mismo que queremos evitar que se filtre cualquier dato acerca de su nueva y preciada arma nuclear.

—Mira, jefe —comentó una nueva voz—, parece que nuestro amigo se ha despertado.

—Solid Snake, ¿me oyes? —dijo con acento británico.

Cuando Snake abrió los ojos, vio a tres figuras borrosas de pie mirándolo, una de las cuales sin lugar a duda era mujer. Es todo lo que llegaba a distinguir, pero ¿y las demás? Otra le resultaba familiar, pero tenía la mente nublada y le dolía la cabeza. En cuanto intentó hacer un movimiento, oyó otra vez:

—Es inútil, Snake —dijo el tercer hombre—, tu cuerpo está bien atado.

Era cierto. Tenía los brazos y las piernas separados en cruz, y atados a una superficie plana y en posición semivertical. Le faltaba su equipamiento, pero conservaba su traje y, curiosamente, su badana.

—Snake, ¿me oyes?

—Es más resistente de lo que pensaba —dijo la mujer.

—¿Sabes quién soy? Siempre supe que algún día te iba a conocer en persona.

Snake intentó enfocar al hombre de la melena dorada y canosa. Las telarañas que tenía en los ojos fueron paulatinamente desapareciendo, y el entorno se volvió cada vez más nítido. Estaba en una sala muy parecida a la célula exterior, donde se había encontrado con el señor Anderson, el jefe de la DARPA, y a Meryl, salvo que ésta estaba llena de equipamiento médico, maquinaria y parafernalia de laboratorio. La sala incluso podría haber sido un quirófano universitario si no fuera por el toque

medianamente siniestro que caracterizaba a cada uno de los aparatos.

«Será porque se trata de una cámara de tortura...»

No sólo tenía los brazos y las piernas fuertemente atadas, sino que llevaba también un extraño cinturón alrededor de su tórax, del cual salían cables y unos amenazantes obturadores que llegaban a ambos costados de la mesa-silla, y que lo apuntaban directamente.

—Sin lugar a dudas hay un aire de familia, ¿no estás de acuerdo, hermanito gemelo?

Finalmente, la vista de Snake se volvió más nítida. El hombre conocido por el nombre de Liquid Snake se encontraba delante de él. Al llegar a la isla de Shadow Moses, Snake lo había visto fugazmente y se había dado cuenta de que se le parecía. Ahora, sin embargo, al tenerlo enfrente era como mirarse en un espejo. Las únicas diferencias eran el color y el largo del pelo, y la piel más oscura.

—¿O serás mi hermano mayor? No estoy seguro. De todas maneras, no importa.

«¿A qué se refiere el tipo con lo de hermanito gemelo y hermano mayor?»

—¿Ya lo tienes más claro, Solid? ¿Lo entiendes ahora?

Snake soltó un gruñido.

—Así es, tú y yo somos los últimos hijos supervivientes de Big Boss —dijo Liquid, riéndose.

De repente, un aparato colgado al cinturón de Liquid empezó a pitar. Se lo quitó, marcó una tecla y lo acercó a su oreja.

—Sí, con él —escuchó atentamente lo que le decían y luego reaccionó con violencia. Le había llegado una mala noticia—. ¿Qué? ¿En serio? ¿Y luego qué? ¡Menudos imbéciles! Vale, Raven, ahora voy para allá.

Cortó la llamada y volvió a colocar el teléfono en su cinturón. Luego se dirigió a los demás, a quienes Snake reconoció como Revólver Ocelot y Sniper Wolf. La mano derecha de Ocelot había sido reemplazada por una especie de prótesis mecánica.

Wolf ya no llevaba su cabestrillo y se había quitado la túnica ensangrentada. Snake supuso que no la había herido tan gravemente como pensaba. Aun así, su vestimenta resultaba todavía provocativa.

—No responden a nuestras demandas. Lanzaremos el primero en diez horas, como lo habíamos programado.

—¡Estúpidos americanos! —espetó Wolf.

—Por lo visto no los has captado bien —añadió Ocelot.

Liquid negó con la cabeza.

—Algo falla, normalmente los americanos son los primeros en presentarse a la mesa de negociación. Deben de pensar que tenemos algún plan oculto.

—¿Entonces es eso lo que hay? —preguntó Ocelot—. ¿Vamos a lanzar el misil y a pasar a la historia de la Humanidad?

La llamada que Liquid había recibido de Raven sin duda había cambiado sus planes.

—Tengo que ir a fijar los últimos detalles del lanzamiento. Ocelot, te pongo al mando.

—¿Y tú no te quedas para ver el espectáculo? —preguntó Ocelot a Wolf.

—No me interesa.

Mientras se dirigía hacia la salida, se detuvo para sacar de su bolsillo un estuche de plástico con unas cápsulas dentro. Se las puso sobre la lengua y se las tragó.

—Es hora de alimentar a la familia.

—Será que prefieres tus lobos a mi espectáculo, ¿no es así?

—Ocelot —dijo Liquid—, no la vayas a pifiar como hiciste con el jefe.

—Lo sé, aquello fue un accidente. Jamás pensé que un pequeño funcionario como él sería tan resistente.

—Bueno, sus defensas mentales contaron con el apoyo de una cierta cantidad de hipnoterapia...

—Jefe, ¿y el ninja?

A Liquid se le tensó el rostro ante otro problema que resolver.

—Ha matado a doce hombres. Sea quién sea, lo cierto es que es un lunático.

—Menudo cabrón, me ha cortado una mano. ¿Cómo demonios habrá llegado hasta aquí?

—Tal vez —dijo Liquid, mirando nuevamente a Snake— tengamos un infiltrado entre nosotros. Luego se dirigió a Ocelot y a Wolf —Mantis está muerto. También debemos averiguar las causas exactas de las muertes de Baker y Octopus. Nos estamos quedando escasos de personal, así que haz que tu pequeña demostración de tortura sea lo más breve posible.

—¿Tortura? —protestó Ocelot—. ¡Esto es un simple interrogatorio!

—Bueno, llámalo como quieras —Liquid volvió a mirar a Snake—. Hasta luego, hermano.

Y acto seguido, se marchó de la sala apresuradamente.

Sniper se giró y se dirigió a la mesa de tortura. Se acercó a Snake y, susurrándole al oído, le dijo:

—Tu mujer aún se encuentra en este mundo.

Una voz ronca e irritada surgió de la garganta seca de Snake.

—Meryl...

—Hasta la próxima..., guapetón.

Dicho eso, le lamió la oreja, sonrió y luego se marchó de la sala.

Ocelot se echó a reír.

—Una vez que elige una presa, no piensa en otra cosa. Incluso a veces termina enamorándose de sus víctimas antes de matarlas —se acercó más a Snake—. Bien.

Finalmente solos tú y yo. ¿Cómo te sientes?

Snake le lanzó al pistolero una mirada hostil.

—Pues muy bien, la verdad, he dormido una buena siesta encima de este cómodo invento tuyo. Lástima que estaba solo.

—Me alegra saberlo, esta cama es única, en eso no te equivocas. En breve te enseñaré algunas de sus características más divertidas.

—¿Dónde está mi equipo?

—No te preocupes, está todo aquí.

Ocelot movió la cabeza hacia un lado indicando que las pertenencias de Snake se encontraban cerca, posiblemente en la siguiente sala.

—Washington corrió un riesgo enorme al mandarte aquí. Será que alguien confía mucho en tus habilidades. ¿No es así, chico de los recados?

Snake le ignoró.

—Tengo entendido que Metal Gear ha sido armado con un nuevo tipo de cabeza nuclear, ¿me equivoco?

Ocelot, simulando unas bofetadas, contestó:

—¡No, no y no! ¿Por qué no le pides a Campbell que te cuente la historia completa?

—¿Al coronel?

—Por cierto, recibiste un disco óptico del presidente Baker, ¿no?

—¿Y si fuera cierto?

—¿Es ése el único disco? ¿No hay más datos que ésos?

—¿A qué te refieres?

—¿No se ha hecho una copia? Si es así, no pasa nada, no nos importa.

Ocelot se acercó de nuevo al panel de control que estaba a unos metros de la mesa de tortura.

—Y Meryl, ¿se encuentra bien? —preguntó Snake.

—Aún no ha muerto. Será que pilló a Wolf de buen humor. Hubo que sacarle las balas mediante una pequeña intervención quirúrgica y se está recuperando. Pero si no quieres que cambie su situación, te conviene empezar a contestar a mis preguntas ya. Tenías en tu poder una de las tres llaves magnéticas, ¿dónde están las otras dos? ¿Qué truco esconden?

—¿A qué truco te refieres?

—El presidente, que no aguantó ni un poco de cosquillas, nos dijo que había un truco para usar la llave.

—Ni idea.

—Ya, pues entonces no hay problema. Vamos a jugar a un juego, Snake. Así veremos qué clase de hombre eres. En cuanto el dolor se vuelva insoportable, simplemente ríndete y se terminará tu sufrimiento. Pero si lo haces, la vida de la chica

será mía. Ahora voy a enchufar tu cuerpo a una corriente de alto voltaje. Si lo hago durante poco tiempo, no morirás. ¿Sabías que fueron los franceses los primeros en utilizar la descarga eléctrica como instrumento de tortura?

—No me extraña, teniendo en cuenta que les gusta Jerry Lewis.

Ocelot soltó una carcajada.

—Eres un tipo duro, Snake, pero tengo que comunicarte una mala noticia: no eres un prisionero de guerra, sino un rehén. Aquí la Convención de Ginebra no entra, nadie vendrá a rescatarte —siguió riéndose—. ¿Empiezas a sentir un poco de miedo? Bien, más te vale, empecemos.

Snake se preparó para lo que le venía. A lo largo de su vida había experimentado distintos niveles de dolor, pero el hecho de sentirse impotente y obligado a someterse a una tortura no era algo que hubiese experimentado nunca. ¿Lo soportaría? ¿Sobreviviría? ¿Acabaría rindiéndose y tirando la toalla?

«No. ¡Rendirse no es una opción!»

Revólver Ocelot accionó un interruptor del tablero de mandos. Los obturadores en ambos lados de la mesa se pusieron de repente en marcha, soltando descargas eléctricas que llegaban directamente al cinturón que Snake llevaba atado en el pecho. La pretina absorbía primero la corriente, para luego distribuirla por el resto de su cuerpo.

La sensación era como si le hubiese impactado un rayo. Cada nervio erupcionaba con mil gritos de dolor. Cada músculo le estallaba agónico. Cada célula de su piel, su sangre, sus órganos y su cerebro se quemaba con la intensidad de un millón de soles. Todos sus sentidos —la vista, el olfato, el oído, el gusto, el tacto— se le apagaron para enfocarse en una sola cosa: un dolor tan extremo, que nadie podía imaginarlo sin ser sometido a él.

Hasta que paró de repente de la misma manera abrupta en que había empezado.

Snake tardó un momento en recordar dónde se encontraba. Había estado perdido en un abismo de dolor durante un período de tiempo que le pareció de varios milenios, aunque sólo fueran un par de segundos.

—¿Te ha gustado? —preguntó Ocelot—. ¿Divertido, no? ¿Es una sensación increíble, verdad? Te lleva a otra dimensión, aunque quizá no es la más agradable. Tal vez se parece a lo que uno puede vivir en el averno. ¿Será esto el infierno, Snake? ¿O aún no lo tienes claro? ¡Vamos allá para darte otra vuelta por los aposentos de Satán!

Accionó de nuevo el interruptor. Esta vez, la corriente parecía aún más intensa. Los nervios de Snake habían sido dañados por la primera dosis, y ahora estaban más sensibles. La conmoción de las descargas en su carne le provocó una angustia inusitada.

Después de una tercera descarga, Ocelot dijo:

—Vamos a ver. ¿Qué era lo que te iba a preguntar? En teoría debería estar

interrogándote, pero es que no me acuerdo de qué es lo que queremos saber. Creo que ni siquiera importa, si ya tenemos las contraseñas de las tarjetas PAL. Obtener las llaves magnéticas no estaría de más, pero como son para detener el lanzamiento, en realidad no las necesitamos. Supongo que voy a tener que seguir con esto hasta que me supliques que pare. Pues sí, eso es lo que quiero, Snake. Quiero oírte suplicar clemencia, que te rindes y abandonas. Quiero oírte decir que la chica es mía, ¡para hacer con ella lo que me plazca!

Y volvió a activar una vez más el interruptor.

Snake perdió la cuenta de la cantidad de veces que Ocelot le había aplicado las descargas. Habrían sido probablemente unas cinco o seis, que le parecieron cien. Estaba seguro de haber perdido durante un momento el conocimiento. Ahora notaba que le estaban desabrochando las correas que le sujetaban las piernas y los brazos.

—Eres fuerte, Snake —dijo Ocelot—. En fin, ya está bien por el momento, creo... el jefe me dijo que no te matara. Seguiremos con el juego en cuanto hayas descansado un poco.

Aparecieron dos vigilantes y se pusieron uno a cada lado de la mesa. Cogieron a Snake para impedir que cayera al suelo en cuanto lo soltaran.

Ocelot acarició el pelo de Snake como si fuese una mascota.

—Nos vemos dentro de un rato.

Perdió el sentido durante unos segundos mientras los vigilantes lo arrastraban fuera de la sala y lo recuperó cuando lo dejaron en un suelo de cemento frío como el hielo. Snake pudo oír cómo al salir cerraban una puerta de hierro y deslizaban una tarjeta por la cerradura magnética.

Débil y magullado, se levantó para sentarse apoyado contra la pared. Era una celda equipada con una litera, un inodoro y un lavamanos, igual que ésa donde había encontrado al jefe de la DARPA. La puerta tenía una ventana con barrotes, y en un rincón había un cadáver.

En cuanto se percató de la presencia del hombre muerto, se dio cuenta del hedor reinante.

«Por Dios, ¿cuánto tiempo lleva muerto este tipo?»

Se obligó a incorporarse y a acercarse al cadáver. Snake no era ningún experto en medicina forense, pero a primera vista hubiera dicho que el hombre llevaba muerto por lo menos unos tres días. Su piel estaba intacta y suave, pero en cambio ya se veía cómo entraban y salían gusanos de su nariz y orejas. Más raro aún era la falta de color de su tez. Le habían drenado la sangre del cuerpo.

«Espera un momento... este tipo me resulta familiar...»

Era el jefe de la DARPA, ¡el señor Anderson! ¿Cómo había llegado a esta celda? ¿Y por qué parecía tan... *muerto*? El hombre en cuestión había fallecido hacía sólo

unas horas. Era imposible que se hubiera descompuesto tanto en tan poco tiempo.

Snake se sentó en la litera. Hubiese querido dormir un mes entero, pero la determinación de escapar sustituyó esa sensación de inmediato. Evaluó su estado físico y se aseguró de no haber sufrido ningún daño externo; sólo el interior de su cuerpo estaba completamente revuelto por las descargas. Mientras examinaba sus brazos y piernas, se dio cuenta de que sus captores habían sido algo negligentes.

Aún tenía la tarjeta PAL escondida en el bolsillo secreto de su traje, y también conservaba su Codec.

El coronel Campbell contestó enseguida.

—¿Snake! ¿Estás bien?

—He estado mejor.

—Hemos intentado ponernos en contacto contigo.

—Andaba un poco liado.

La doctora Hunter preguntó:

—¿Cómo está Meryl?

—La han cogido —Snake suspiró.

—¡Maldita sea! —Por su tono, la decepción e inquietud de Campbell quedaron patentes. Hubo un silencio, y luego el coronel habló de nuevo, esta vez con un tono más firme—. Bueno Snake, escúchame, el gobierno ha decidido no ceder a sus demandas. Estamos haciendo lo imposible por ganar tiempo.

—Vamos, coronel, ¿por qué no deja de hacerse el tonto? Lo siento por lo de Meryl, en serio, pero quiero que se acaben ya las mentiras.

—¿De qué me estás hablando?

—El Metal Gear fue diseñado para lanzar un nuevo tipo de misiles nucleares, ¿sí o no?

Al no contestar a su pregunta, Snake supo que había acertado.

—¿Lo sabías desde el principio, verdad? ¿Por qué me has ocultado ese dato?

—Lo siento.

—A nosotros los peones no se nos cuenta nada, ¿no es así? Se nota que has cambiado mucho. ¿Y la Casa Blanca está al corriente de esto? ¿Hasta dónde llega el asunto?

Campbell respondió:

—Snake, que yo sepa, hasta el día de ayer aún no se había informado al presidente sobre el proyecto REX.

—Claro, se informa según lo que uno necesita saber sobre la marcha. ¿Es ésa la idea?

—Corren tiempos delicados, Snake, las críticas a las pruebas nucleares están causando un revuelo increíble.

—A esto se le llama «denegación factible», ¿verdad?

—Pues sí, y mañana el presidente y su homólogo ruso tienen previsto firmar el acuerdo START-III.

—Ahora lo entiendo. Por eso lo de la fecha límite.

—Así es, Snake —dijo la doctora Hunter—, por eso no podemos permitir que la noticia de ese posible ataque terrorista llegue al público.

—Todavía no hemos ratificado el acuerdo START-II ni resuelto el tema de los TMD —continuó Campbell—. Esto tiene que ver con la reputación del presidente y el lugar que ocupa América como superpotencia dominante.

—Es decir, que su pretexto para saltarse a la brava la Constitución es... ¿el patriotismo?

—Por favor, Snake. Límitate a frenarlos de una vez.

—¿Por qué yo?

—Porque eres el único que puede hacerlo.

—En tal caso, dime la verdad sobre esa nueva clase de cabeza nuclear.

—Como te he dicho antes, no tengo detalles.

—No te creo. Si la situación es tan extrema, ¿por qué no ceder a sus demandas? Déjalos que se queden con los restos de Big Boss.

—A ver si me entiendes...

—¿O será que existe algún motivo por el cual no puedes hacerlo? ¿Algún motivo que todavía no me has contado?

Campbell no contestó a esto último. La doctora Hunter intervino:

—A nivel público, el presidente ha sido bastante explícito en cuanto a su rechazo a los experimentos eugenésicos. No queremos que los medios de comunicación sepan de la existencia del ejército genoma.

—¿Y ése es el único motivo? Ya veo. ¡Al infierno con todos!

—Lo siento, Snake —dijo Campbell.

Snake permaneció un buen rato sentado en la litera sin pronunciar palabra alguna. Tenía ganas de quitarse el Codec y estrellarlo contra la pared de cemento.

—¿Snake, estás ahí? —preguntó la doctora Hunter.

—Sí.

—Intentemos evaluar la situación en la que te encuentras, ¿de acuerdo?

Snake soltó un gruñido.

—¿Dónde estás? Según las señales emitidas por las nanomáquinas que llevas en la sangre, estás nuevamente en el primer complejo de edificios.

—Me han metido en una celda. Primero me frieron vivo, y luego me tiraron aquí con un muerto. Ah, por cierto, es el cadáver del jefe de la DARPA el que está tumbado aquí a mi lado.

—¿Anderson?

—Pero hay algo extraño. Tiene pinta de haber muerto hace días y apesta.

Además, le han drenado la sangre.

—¿Drenado? —preguntó Campbell.

—¿Quizá para frenar el proceso de descomposición? —especuló la doctora Hunter.

—No tengo ni idea.

—Pero el jefe de la DARPA murió hace tan sólo unas horas, ¿no?

—Correcto, pero los gusanos ya han acudido a la fiesta.

—Pero..., ¿qué significa eso?

A Snake le daba bastante igual.

—¿Buscarían algo en su sangre?

—Lo dudo. Sólo las nanomáquinas y el transmisor...

—Anderson les dio la contraseña de su detonador, ¿verdad? —preguntó Campbell.

—Sí, por lo visto ya disponen de ambos códigos y están casi preparados para el lanzamiento.

—¿Hay manera de detenerlo?

—Hay un dispositivo de emergencia capaz de cancelar la contraseña de lanzamiento. Es una contramedida que ArmsTech instaló en secreto. Para activarla, hacen falta tres tarjetas magnéticas específicas.

—¿Y dónde están esas tres llaves?

—Tengo una escondida en mi traje. No sé dónde estarán las otras dos. De todos modos, estoy aquí encerrado.

—No nos queda otra opción —dijo Campbell—. Olvida lo de las llaves, ahora tu máxima prioridad es destruir el Metal Gear. Lamento hacerte cargar con todo esto, pero no tengo a nadie más. ¡Sal de esa celda!

—Sí, mi coronel, ¡ningún problema!

—Ah, y otra cosa...

—¿Qué hay?

—Sé que es mucho pedir, pero...

—Meryl, ¿verdad?

—Pues sí.

—La rescataré

—Gracias.

Snake oyó unos pasos acercándose.

—Tengo que cortar la comunicación.

Colgó en el momento en que un vigilante deslizaba una tarjeta por la cerradura y abría la puerta. Entraron cuatro guardias armados, y con un gesto le indicaron que se pusiera de pie. Uno de ellos era ni más ni menos que Johnny, el soldado al que Meryl había apaleado.

—Vamos —le dijo a Snake—. ¡Que empiece el espectáculo!

Revólver Ocelot se mostraba nuevamente muy parlanchín durante la segunda ronda de tortura. Mientras Snake luchaba contra los demonios del infierno, atado a la mesa eléctrica, el pistolero conversaba con su víctima como si ambos estuviesen tomando una copa en un bar.

—Tú eres soldado, deberías entenderlo. Ni tú ni yo podemos seguir viviendo en un mundo como éste. Necesitamos que haya tensión... algo de conflicto. El mundo de hoy se ha vuelto demasiado blando. Estamos viviendo una época en la que los sentimientos de verdad, los que llevamos dentro, están continuamente reprimidos —le dijo mientras bostezaba entre la tercera y la cuarta descarga—. Vamos a agitar un poco las cosas. Vamos a crear un mundo repleto de tensión, un mundo lleno de avaricia y de sospecha, de bravura y de cobardía. En el fondo, buscas lo mismo que nosotros.

Snake lanzó un grito.

—Liquid es la persona indicada; es un hombre increíble, el auténtico sucesor. Es un hombre capaz de cumplir con una meta y conseguir resultados. Además, es un buen amigo de un alto mando del gobierno ruso, el actual jefe de los Spetsnaz, que se ha comprometido a adquirir este nuevo tipo de arma nuclear. El Hind no ha sido más que un depósito. Habrás visto nuestro Hind ¿verdad? Personalmente voy a estar muy satisfecho en cuanto la venta esté cerrada. Mi deseo es que Rusia vuelva a resurgir como un valiente líder de un nuevo orden mundial.

Snake soltó un gruñido ininteligible.

—¿Sabías que fui entrenado por la GRU soviética? He combatido en Afganistán, Mozambique, Eritrea y el Chad. Entre los círculos de las guerrillas mujahidín era conocido y temido como «Shalashaska». Pero yo no soy como aquellos pringados del KGB. Para mí esto no es tortura... es deporte.

Snake perdió el sentido.

—Vaya, vaya. Se nos acabó el tiempo; nos vemos en la próxima sesión.

Johnny golpeó la reja de la celda con una taza de metal.

—¿Hay vida ahí dentro?

Snake abrió un ojo. Se quedó tumbado en la litera, destrozado y exhausto. Estaba demasiado magullado para dormir.

«Estoy en plena forma. Ja, ja, ja...»

Johnny golpeó de nuevo.

—¡Oye, te he hecho una pregunta! ¿Me vas a obligar a entrar?

—¿Qué quieres? —logró preguntar Snake.

—Mira, si hablas, dentro de poco te vamos a enseñar unos trucos. —El guardia, satisfecho de su respuesta, se rio solo y luego añadió—: Es mi trabajo comprobar que sigas con vida. El jefe te solicita para otra sesión en unos minutos, así que prepárate.

Se rio de nuevo, esta vez a carcajadas, y se marchó.

Snake lo insultó en voz baja sin moverse. Tendrían que llevarlo a rastras a la sala. De ninguna manera iba a ir hasta allí voluntariamente, hubiese guardias o no.

—¿Snake? —era Naomi Hunter por el Codec.

—Dime.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, sí, no hay ninguna novedad.

—Voy a incrementar la cantidad de analgésicos en tu flujo sanguíneo. Ya sabes, las nanomáquinas.

—Gracias.

—En algo te ayudarán.

Snake no entendía lo que sentía, su cuerpo se había convertido en un gran hilo conductor, por un lado muy sensible al más mínimo contacto físico, y al mismo tiempo entumecido a raíz del trauma.

—Háblame —le pidió—, dime algo que me distraiga del dolor.

—Es que... no soy muy habladora.

—Bueno, dime... yo qué sé... háblame de ti.

—¿De mí? Ahí sí que me lo pones difícil.

Intuyó que debería hacerle preguntas concretas para conseguir que se abriera.

—¿Tienes familia?

—¡Uy!, ése es un tema un tanto difícil para mí.

—Tu abuelo trabajó con Hoover en el FBI.

La doctora Hunter alzó los hombros.

—¿Y qué? Más que nada en investigación, luchando contra las mafias de Nueva York en los años de la posguerra. ¿Y tú?

—Yo no tengo familia. Bueno, hubo un hombre que decía ser mi padre, pero murió... Por mis propias manos.

Campbell irrumpió en la conversación.

—Big Boss.

—¿Qué? ¿Fuiste tú quien mató a Big Boss?

La doctora Hunter estaba realmente sorprendida.

—¡No tenía ni idea!

—No tenías manera de saberlo —explicó el coronel—. Sucedió en Zanzíbar hace seis años. Únicamente Snake y yo sabemos la verdad sobre lo que pasó allí.

—¿Es cierto entonces? —preguntó ella—. ¿Big Boss es tu padre?

—Eso fue lo que dijo —contestó Snake—. Es todo lo que sé. Yo nunca conocí a

mi madre.

—¿Y pudiste matarlo aun siendo tu padre?

—Pues sí.

—¿Y cómo?

—Él se lo buscó. De todos modos, hay gente que no merece otra cosa.

—Eso es un parricidio.

—Sí que lo es —Snake suspiró—. Y ése es el trauma que comentaba Psycho Mantis, algo que tenemos en común.

Hubo un momento de silencio, y luego la doctora Hunter habló otra vez.

—Yo tampoco tuve una familia de verdad, sólo un hermano mayor que me pagó los estudios. Ni siquiera era mi hermano biológico, y además era mucho mayor que yo.

—¿Y dónde está ahora?

En su respuesta se percibía melancolía, pero también un deje de rabia.

—Está... muerto.

—Lo siento.

—Ya.

Se quedó callada un momento y luego continuó preguntando.

—Snake, ¿hay alguna mujer en tu vida?

—No. Cuando has vivido tantas guerras como yo, resulta difícil confiar en otra persona.

—¿Tienes algún amigo, por lo menos?

Snake sonrió, anticipando la reacción del coronel a su respuesta.

—Sí, Roy Campbell.

El coronel soltó una risa de desprecio hacia sí mismo.

—¡Ja! ¿Aún me llamas amigo?

La doctora Hunter enseguida preguntó:

—¿Y ya está? ¿Sólo él?

—No, tenía otro... Frank Jaegar.

—¿En serio?

Campbell continuó por él.

—Era el teniente de mayor confianza de Big Boss y el único integrante del FOXHOUND al que se le otorgó el nombre de código Fox, Gray Fox.

—Aprendí mucho de él —dijo Snake.

—Pero... ¿No os intentasteis matar? —preguntó Noemi.

—Es verdad, fue en Zanzíbar, pero no era nada personal. En aquellos tiempos no éramos más que un par de profesionales en equipos opuestos. Durante la operación Outer Haven sí que estábamos en el mismo bando. Pero en Zanzíbar ya no era así. Eso es todo.

—¿Y aún dices que es tu amigo?

—¿Te cuesta creerlo? La guerra no es un motivo para poner fin a una amistad.

—Lo que acabas de contarme es un poco complejo.

—Primero nos conocimos en el campo de batalla, Outer Haven lo tenía preso, pero no lo parecía en absoluto. Estaba siempre tranquilo y era muy preciso. Yo en cambio era un novato, y él me enseñó los primeros pasos.

—¿Lo conocías bien?

—No, jamás hablábamos de nuestras vidas privadas, era algo así como una regla tácita. La siguiente vez que coincidimos en un campo de batalla éramos enemigos. Luchamos cuerpo a cuerpo en un campo minado. Sé que a mucha gente le parecerá raro, pero sólo éramos dos soldados haciendo su trabajo.

Naomi no pudo disimular un tono de repugnancia en su voz.

—¡Los hombres y sus juegos! ¡Sois como animales salvajes!

—Tienes toda la razón, Naomi; somos como bestias.

—Entonces, si de verdad erais amigos, ¿cómo explicas el comportamiento del ninja?

—No lo sé, su cerebro no será... el mismo.

—Son tus genes. Te predisponen a la violencia.

Snake intentó soltar una risa, pero le dolía demasiado.

—Te gusta mucho hablar de genética, Naomi. ¿Por qué te dedicaste a la investigación?

—Bueno, no lo sé. Nunca supe quiénes eran mis padres ni qué aspecto tenían. A lo mejor me centré en los estudios de ADN y estructura genética para..., ya sabes, pensé que podría descubrir quién soy. Tenía la teoría de que, si podía analizar los datos genéticos de una persona, podría entonces llenar los espacios en blanco de su memoria.

—Es decir, que crees que los datos de nuestra memoria se quedan grabados en el ADN.

—No estamos del todo seguros, pero sabemos que el destino genético de un ser humano está determinado por la mera secuencia de las cuatro bases en su ADN.

—Entonces, ¿y mi destino? —preguntó Snake secamente—. Ya conocerás mi secuencia, ¿o no?

—¿Tu destino? —dijo la doctora Hunter con tono consternado, incluso culpable—. Lo siento... pero no tengo ni la menor idea.

—Está claro que no. Eres científica y no adivina.

—¡Pssst! —un susurro interrumpió la conversación. Venía de la ventana con barrotes de la puerta. Snake miró hacia ella un instante, pero no vio a nadie.

—¡Snake soy yo, Otacon!

Desactivó su traje de camuflaje y apareció de repente al otro lado de la celda.

Snake reaccionó de inmediato. Cortó la señal del Codec, saltó de la cama y se dirigió a la puerta.

—Hombre, ¡cómo me alegro de verte!

—Me ha costado un montón encontrarte —dijo Otacon—. Sabía que te habían capturado, pero yo también tropecé con algún problema. Hay una mujer que forma parte del grupo de terroristas, y que lleva consigo algunos perros...

Snake pasó su mano por las rejillas y agarró la bata de laboratorio del programador por ambas solapas.

—Eso no importa ahora. ¡Sácame de aquí!

—¡Oye, suéltame!

—¡Date prisa!

—¡Tranquilo! —se liberó de las manos de Snake—. ¡Por Dios! ¿Así es como le pides un favor a un colega? ¡Venga ya!

—Lo siento, es sólo que... tengo que salir de aquí.

Otacon se acercó más y echó un vistazo por la rejilla.

—¡Qué asco, es como una jaula para animales! ¡Y además apesta!

Snake se quitó del medio para que el joven científico pudiera observar mejor el panorama.

—La peste viene de él.

—¡Vaya! ¡Es el jefe de la DARPA!

—Si no te das prisa en encontrar la manera de que salga de aquí, muy pronto estaré tumbado a su lado.

—¡Menudos bastardos! —Examinó la cerradura de la puerta—. Esta no se abrirá con una tarjeta de seguridad. Necesitas una como la que llevan los soldados, pero toma esto de momento.

Le entregó una tarjeta PAN a Snake a través de la rejilla.

—Es de nivel 6; te permitirá salir de la sala médica donde te están interrogando.

—Gracias, pero yo no lo llamaría exactamente un interrogatorio.

—¿Te encuentras bien?

—Digamos que no me voy a morir. ¿Está todavía ahí fuera aquel guardia imbécil?

—¿Te refieres a Johnny? Antes era el máximo responsable del equipo informático, aquí, en Shadow Moses. Supongo que los terroristas le habrán lavado el cerebro o algo por el estilo para que colabore con ellos.

—¡Quiero saber si aún está ahí fuera!

—Lo vi entrar en el lavabo al pasar por delante de su puesto de trabajo al venir hacia aquí. Creo que tiene diarrea, se estaba sujetando el estómago y...

—¡Me importa un diablo si lo están operando de la vesícula o lo que sea! ¡Busca una forma de que pueda escapar!

—Bueno, vale, vale —Otacon se rascó la cabeza—, déjame pensar.

Sacó un pañuelo de colores brillantes de su bata de laboratorio y se secó la frente. Snake vio que era un accesorio muy femenino.

—¿De dónde has sacado eso?

—Bueno, pertenece a Sniper Wolf.

—¿Y cómo ha llegado a tu poder?

—Me lo ha regalado. No sé por qué, pero ha estado muy cariñosa conmigo.

Snake permaneció un momento observándolo, y luego le dijo:

—Síndrome de Estocolmo. ¿Sabes lo que es eso?

Otacon se puso a la defensiva.

—No lo entiendes, a ver si te lo puedo explicar... Antes yo cuidaba a los perros del centro. Pero luego, cuando los terroristas lo ocuparon, iban a matarlos a todos. Pero Sniper Wolf los detuvo, a ella le gustan los perros. Me dijo que podía seguir cuidándolos. Te apuesto lo que quieras a que es una buena persona. No le hagas daño, ¿de acuerdo?

—¡Espabílate, tonto! ¡Fue ella quien disparó a Meryl!

—¿Hizo eso?

—¡Sí! Peor que ella imposible. ¡A Hitler también le gustaban los perros!

Otacon no podía ocultar su confusión.

—¡Reacciona, van a lanzar un misil nuclear! ¡Tengo que detenerlos!

—Entonces tendrás que cargarte al guardia. Johnny tiene la llave.

Snake asintió con la cabeza gesticulando hacia el pañuelo.

—Dámelo.

—¿Qué?

—¡Que me des ese maldito pañuelo! Tengo una idea.

Otacon se lo entregó de mala gana. Una vez que el trozo de tela se hallaba en sus manos, Snake olió el perfume inconfundible de Wolf.

—¡Eh, ya vuelve! ¡Nos vemos luego!

El programador presionó un interruptor en su bata, accionando la opción camuflaje. En ese mismo momento, Johnny apareció por el pasillo pavoneándose. Eructó fuerte, sacudió la cabeza y se acercó a la puerta.

—Hay algo en esta comida que... —masculló Johnny, que volvió a golpear las rejas de la celda con la taza de metal—. Vamos, amigo, que empieza de nuevo el espectáculo. ¡Todavía quedan plazas para el tercer acto!

Pero Snake ya no estaba en la cama. De hecho, no estaba en ningún sitio, pero en cambio había un pañuelo de colores brillantes en mitad del suelo. ¿Qué demonios era eso?

Johnny soltó un gruñido y deslizó su llave digital por la cerradura, descolgó su FAMAS del hombro, lo preparó y finalmente abrió la puerta.

Era cierto; Snake ya no estaba en la celda.

Sin dar crédito a sus ojos, Johnny entró despacio. El jefe de la DARPA seguía allí, ¿pero dónde estaba el otro reo?

«Este pañuelo... puede que sea una pista», pensó el guardia. Se acercó al trozo de tela y se agachó para recogerlo.

Era lo que esperaba: Snake cayó del cielo dejando a Johnny fuera de juego. Había seguido un método isométrico para fijarse en la esquina formada por el techo y las dos paredes. Era algo sencillo si se tenía la bastante fuerza física como para mantenerse en esa posición unos segundos. Le quitó a Johnny su arma, cogió la tarjeta magnética y abandonó la celda.

—¿Otacon?

No hubo respuesta. Supuso que había huido en cuanto vio a Johnny. Snake salió de la zona, echó un vistazo rápido a ambos lados del pasillo y abrió la sala médica con la tarjeta de nivel 6. Con el FAMAS en mano, listo para destrozarse todo lo que se moviera, Snake entró en aquel siniestro lugar, pero estaba vacío.

Le hubiese encantado vaciar el contenido del cargador en la mesa de tortura de Ocelot y sus cables eléctricos. Pero desde luego era mejor no hacer ruido y marcharse lo más rápido posible sin llamar la atención. Snake encontró sus pertenencias encima de una mesa, y para su sorpresa no faltaba nada: la so— COM, la munición, su cinturón de utilería, el bolso con las últimas granadas y su tabaco. Rápidamente, se colocó todo y se encendió un pitillo.

El rancio tabaco comercial tenía esta vez un buen sabor, y además no le provocó un acceso de tos.

«¡Las cosas van a mejor...!»

Capítulo 17

Snake salió de la enfermería y se encontró en un lugar que le resultó familiar. Estaba en el primer sótano del edificio original, no muy lejos de las celdas donde había visto a Anderson y a Meryl. Decidió investigar la zona exterior en la que se ubicaba el despacho de Johnny; quizás encontraría munición para su SOCOM y más granadas. Colocó el silenciador en la pistola y miró sigilosamente desde la esquina hacia su próximo objetivo: un guardia solitario leyendo el periódico en su escritorio.

Después de aquellas sesiones de tortura, Snake se había quitado los guantes de seda, y no iba a ser indulgente.

Disparó al hombre en la cabeza, luego apuntó la SOCOM a la cámara de vigilancia que alguien había instalado hacía apenas unas horas y la reventó en mil pedazos. Entró en la sala y encontró la celda en donde antes estaba Anderson. Deslizó la llave magnética por la cerradura y abrió la puerta.

«¿Pero, qué demonios...?»

El cadáver de Anderson permanecía en el suelo en el mismo lugar donde había sufrido un infarto antes de morir. Hubiera dicho que llevaba poco tiempo muerto.

«¿Y entonces... el otro tipo, quién era...?»

No había tiempo para darle más vueltas al misterio. Snake salió de la celda para dirigirse directamente al despacho de Johnny. Con un solo disparo voló la cerradura de un armario de hierro, abrió las puertas y encontró exactamente lo que había estado buscando: suficiente munición para la SOCOM y para el PSG-1, algunas granadas de fragmentación, Flashbangs, granadas Chaff, material explosivo C4 y un espléndido puñal de asalto que parecía ser un Fairbairn-Sykes de la marina estadounidense. Snake se aseguró que las armas estuviesen cargadas, se ató la funda del puñal a su muslo derecho y se llevó todo lo que podía transportar.

Le llamó la atención una caja grande y plana ubicada en una de las estanterías. La bajó, la puso encima del escritorio y la abrió. Casi estalló en una carcajada.

«¡Como éstos no se encuentran muchos en las cajas de cereales!»

Era lo que se llama un torso de tanque: un chaleco de combate M1-11 Kevlar. Dicho de otra forma, una armadura ligera.

Lo sacó de la caja y se quedó sorprendido por lo ligero que era. Se lo puso bien apretado. No estaría de más llevarlo puesto. No pararía un minicohete Nikita, pero posiblemente lo protegiera de alguna que otra bala.

—¿Snake?

Miró el Codec. La voz provenía del canal de Master Miller.

—Hola, ¿qué hay? —contestó.

—Me enteré de que habías tenido algunos problemas.

—Nada del otro mundo; con un buen masaje y una buena botella de vodka estaré como nuevo.

—Sabes que en Vietnam me torturaron. ¡Qué bastardos esos enanos del Vietcong! Pero tuve el placer de volarle los sesos al jefe del interrogatorio en el momento de escapar.

—Tengo previsto hacer lo mismo con Revólver Ocelot. Cuéntame, ¿qué hay?

—Snake, necesito que cambies la marca de tu tabaco. Esos cigarros que te gustan están pasados de moda.

Snake comprendió; era la contraseña para pedirle que cambiara a un canal más seguro.

—¿Alguna recomendación?— le preguntó Snake.

—A mí me gustan los del anillo dorado, con un veintitrés por ciento de nicotina y siete por ciento de alquitrán.

—Lo tendré en cuenta, gracias.

Cortó la conexión y configuró el Codec para recibir llamadas desde el canal 23.7, lo cual no era usual, ya que los canales Codec solían empezar por el número uno.

La voz de Master Miller volvió unos segundos más tarde.

—¿Estás ahí, Snake?

—Sí, aquí estoy.

—Es que no quería que pudiera oírnos ni el coronel ni nadie.

—¿Qué hay?

—Me he enterado por el servicio de inteligencia de unos preocupantes rumores.

—¿A qué te refieres?

—Creo que no te puedes fiar de tus contactos internos, lo cual incluye a nuestro amigo Roy y a aquella doctora. Incluso al secretario de Defensa.

—¿Houseman?

—Sé que cuesta creerlo, pero hay un traidor en tu grupo. Ándate con ojo y no te descuides.

—Espera, ¿cómo demonios sabes eso?

Pero Miller ya había cerrado su Codec. Snake soltó un gruñido y volvió a configurar el Codec para recibir los canales usuales.

—¿Coronel?

—Sí, Snake —Campbell tenía voz de cansado.

—Regreso a la torre de comunicación, tengo un buen trecho.

—Sí, ya estamos enterados. Mei Ling, ¿qué dicen los informes que te han llegado sobre la actividad del enemigo entre la posición actual de Snake y la torre de comunicaciones?

La mujer presentó los datos.

—Aún tenemos problemas de interferencia debido a la tormenta, y el escudo subterráneo no ayuda mucho. Pero apuesto que la mayoría de los soldados genoma han sido reubicados en otros bloques más cerca de las dos torres y del edificio que se encuentra al norte de ellas, es decir, la base subterránea de mantenimiento.

—Sea como sea, Snake, quiero que vayas con la máxima precaución.

—Siempre lo hago, coronel. Gracias, Mei Ling.

Snake se despidió y empezó el camino hacia el hangar de los tanques, donde vio por primera vez los Abrams que él mismo había destruido. En el enorme almacén no había absolutamente nadie y la electricidad parecía estar cortada. Y no sólo eso, sino que además la puerta de carga aún estaba abierta y el viento había arrastrado la nieve unos metros hacia el interior.

Mei Ling tenía razón, estaban todos en otros edificios. Con la excepción del guardia solitario en la zona de los calabozos, los terroristas habían abandonado ese recinto. Pero, ¿y Revólver Ocelot? Estaría todavía por aquí, eso seguro, ya que ese bastardo aún no había terminado con las sesiones de tortura. Conociéndolo, aquel sádico manco hubiera sido capaz de seguir durante días hasta que Snake se hubiese roto, y entonces lo habría matado.

«Parecía demasiado fácil...»

Era como si los terroristas quisieran que escapara.

«Pues bien —pensó—, seré yo el que vaya a ellos.» Tendría que volver a recorrer el desfiladero cubierto de nieve para llegar hasta el edificio de las cabezas nucleares. Si lo esperaban con una recepción, estaría preparado.

La tormenta había amainado. En el desfiladero aún caían copos de nieve, pero era una nevada suave y lenta. A Snake le recordaba a aquellas bolas de cristal que, al voltearlas, hacían «caer» la nieve. El cielo tenía un color apagado de un tono azul oscuro, pero se veían las estrellas entre las nubes. El efecto era hermoso, aunque resultaba inquietante, similar a cuando llueve a la vez que luce el sol.

Snake verificó la localización de las minas Claymore con el detector, y comprobó que seguían en su sitio. Las evitó arrimándose a una helada pared de roca para dirigirse al edificio situado al otro lado del abismo. El tanque Abrams era una masa de chatarra; seguía exactamente donde había sido inutilizado, ennegrecido y carbonizado por la explosión. Los artilleros muertos habían sido totalmente cubiertos por la nieve, sepultados en una fosa congelada y solitaria.

La puerta de cargas y descargas del edificio de cabezas nucleares estaba abierta de par en par. Snake tuvo de nuevo la sensación de que ellos querían que continuase con su misión. Se apoyó en el quicio de la entrada, echó una ojeada y divisó a tres soldados NBC llevando objetos hasta un camión que todavía estaba en la rampa. Snake no podía imaginar cómo lo harían para desplazarse en una nieve tan profunda.

Tal vez lo estaban cargando para otro día.

Trepó sigilosamente por la cuesta, sacó una granada Chaff, tiró de la anilla y la lanzó hacia el camión. El fogonazo iluminó el almacén con tal intensidad, que los tres hombres gritaron del susto. Dos de ellos cayeron al suelo pero el tercero, cegado por la luz, se alejó del camión tambaleándose. Se quitó el FAMAS del hombro y empezó a disparar indiscriminadamente hacia donde estaba Snake, que se lanzó al suelo y se arrastró hacia adelante hasta encontrar un ángulo propicio. Con un único disparo de su SOCOM tumbó al soldado.

El ascensor lo llevó rápidamente al primer sótano. Aquella planta también estaba desierta y vacía. Snake se preguntó cuánta gente trabajaba en el complejo de Shadow Moses. ¿Dónde estaban todos los civiles secuestrados? ¿Se habrían convertido en esclavos de los terroristas después de una buena limpieza de cerebro? ¿O estaban todos muertos y sus cadáveres abandonados en una horripilante fosa, igual que en los campos de concentración nazi?

El cuerpo de Psycho Mantis estaba en el suelo de la sala de mando, exactamente en el mismo lugar donde había caído.

«No es que sean muy ceremoniosos a la hora de recoger a sus heridos o sus muertos.»

Snake tuvo un recuerdo fugaz mientras se dirigía al pasadizo secreto. Se acordó de la imagen de Meryl apuntando con una pistola a su propia cabeza, a punto de volarse los sesos. No era algo que iba a ser capaz de olvidar fácilmente.

Los pasadizos de la caverna estaban tan húmedos y fríos como antes, pero los perros-lobo ya no aullaban. Probablemente estarían durmiendo. Snake ya no tenía ninguna noción del tiempo. Era el tipo de misión en la cual apenas llevaba la cuenta de las horas entre su llegada y el momento actual. El día y la noche no significaban nada. Pero Snake estimaba que habían pasado unas doce horas desde que había escalado al muelle de Shadow Moses desde el mar.

Salió de la cueva al pasadizo subterráneo que se comunicaba con la base de la torre. Aún quedaba una mancha de sangre en el sitio donde habían disparado a Meryl. Las imágenes y los sonidos de aquel momento horrible inundaban la mente de Snake. Ojalá hubiese hecho que se quedara atrás, ojalá ella le hubiese escuchado, ojalá no se hubiese dejado convencer para que lo acompañase. Ojalá, ojalá...

—¡No existen ni «ojalás» ni «peros» en este mundo! —Era otro axioma filosófico que había aprendido de Master Miller.

Antes de acercarse más a la torre, Snake se quitó el rifle de larga distancia de su hombro con un solo movimiento, miró por el objetivo y localizó a dos soldados patrullando en el mismo balcón de la segunda planta desde el cual Sniper Wolf le había disparado antes. Los dos hombres marchaban de manera simétrica, uno hacia delante y el otro hacia atrás, cruzándose por la parte central y siguiendo cada uno a un

lado opuesto del balcón antes de repetir el recorrido de nuevo.

Snake puso la cabeza de uno de ellos en el punto de mira y lo siguió fijamente mientras se acercaba a su colega. En cuanto ambos hombres se encontraron uno frente a otro, disparó. La bala penetró la sien del que estaba más cerca de Snake y salió por el otro lado, para luego penetrar la frente del segundo hombre. La pared de la torre quedó salpicada de la sangre y la materia gris de ambos.

«Dos pájaros de un tiro.»

Snake tomó más precauciones que de costumbre al acercarse a la base de la torre. No quería repetir lo que había ocurrido la última vez. Pero ahora no había soldados alpinistas rapelando por la fachada ni en ninguna otra oposición. La puerta por la cual Sniper Wolf había salido estaba cerrada y requería una tarjeta PAN de nivel 6 para volver a abrirla. Snake deslizó la llave que le había dado Otacon y el panel corredizo se abrió hacia un lado, dejando ver un pasillo poco iluminado. Se acercó hacia la entrada, y vio una cámara de vigilancia en la pared del fondo, que destruyó con un solo disparo de su SOCOM.

—¡Snake!

Era otra vez ese tipo, el de la voz grave.

—¡Snake! ¿Estás ahí?

—Sí.

—La torre está llena de guardias. Ten cuidado.

—Aún no he visto a ninguno.

—Es porque están todos dentro. Te recomiendo ir por las escaleras hasta el tejado y luego cruzar el puente colgante que se comunica con la segunda torre.

—¿Cómo puedes saber todo esto? ¿Quién eres?

—Ah, y hay una cámara disparadora justo en el hueco de las escaleras. La tienes que inutilizar tan pronto como abras la puerta.

—Gracias.

—Y otra cosa más, si alcanzas la segunda torre, dirígete a la tercera planta. En la sala de conferencias hay una lanzadera portátil Stinger. Los terroristas la estaban inspeccionando hace unas horas y estoy casi seguro de que la han dejado en la sala.

—¿Y por qué razón habría de llevar conmigo un lanzamisiles Stinger?

—Puede que te sea útil.

—Mira, Deep Throat o como te llames, yo necesito moverme con facilidad, sin llamar la atención. Una lanzadera de misiles pesa mucho.

—Sólo era una sugerencia. Por cierto, ¿has mirado en tu bolsa para ver si te sobra algo?

—¿Pero de qué me estás hablando?

—No sería mala idea hacerlo.

—¿Crees que nos vamos a conocer en persona en algún momento?

—No lo sé, tal vez, pero puede que ya nos hayamos conocido.

La transmisión se cortó. Snake maldijo para sí mismo y, a regañadientes, empezó a hurgar en su bolsa. Había granadas, el C4, unas cajas de municiones, sus víveres, y... otra cosa. Tenía el tamaño de una granada, pero era algo que jamás había visto. Era claramente un aparato electrónico, ya que contaba con un indicador LED cuya luz parpadeaba al ritmo de los segundos.

¡Había estado transportando una maldita bomba!

Snake la arrojó al pasillo y se agachó rápidamente para protegerse. El aparato estalló con la fuerza de dos cartuchos de dinamita. Se mantuvo en esa postura durante un momento, esperando cualquier indicio de que hubiese guardias cerca.

«¿Cómo lo había sabido Deep Throat?»

Snake suspiró aliviado y luego siguió caminando hasta el final del pasillo. Había una cuerda enrollada colgada de la pared. Sin saber por qué, sintió el deseo repentino de llevársela. Si se veía obligado a escalar unos cuantos pisos, una cuerda podría serle útil. La cogió y la enrolló alrededor de su espalda y su pecho. Ahora sí que se sentía como una muía con la cuerda y el rifle colgados del hombro.

Snake preparó la SOCOM, se agazapó junto a la puerta que daba a las escaleras y la abrió. La cámara disparadora, un aparato de videovigilancia conectado a un arma de fuego, había girado automáticamente hacia la puerta abierta, lista para controlar si la persona que entraba era amigo o enemigo. Snake sacó la mano por el marco de la puerta y, sin mirar, disparó al mecanismo dándole de lleno. Entró a la zona donde estaban las escaleras y cerró la puerta tras él. Acto seguido, se dispuso a subir. Iba a ser una ascensión muy larga. Aquella escalera le recordaba a la del campamento en el cual entrenaba los primeros meses de su servicio militar. Lo obligaban a subir y bajar cargas muy pesadas para desarrollar su resistencia. Ahora la situación era igual: cargaba con un rifle de francotirador, una cuerda, una pistola, un cuchillo, un bolsillo lleno de explosivos, municiones y un chaleco antibalas.

Al menos se sentía invencible.

Al llegar al rellano de la quinta planta, empezó a sonar una alarma por todo el edificio. Snake supuso que su encuentro con la cámara disparadora habría provocado la alerta, o que tal vez habían encontrado a los dos soldados muertos en el balcón de la segunda planta. Fuera cual fuese el motivo, supo que en breve no estaría solo. Desenfundó la SOCOM, se aseguró de que tuviera el cargador lleno y continuó con el ascenso.

La puerta que daba a las escaleras en la séptima planta se abrió de golpe, y dos soldados aparecieron en el rellano. Antes de que se percataran de la presencia de Snake, éste ya les había disparado a los dos. Uno de ellos se derrumbó sobre la barandilla para luego caer varias plantas en picado hasta finalmente chocar con unos peldaños, mucho más abajo.

Snake se dio cuenta de que, desde su escapada de la celda, se había cargado ya a unos cuantos. Por unos breves instantes, se cuestionó si se debía al hecho de que lo torturasen e hirieran a Meryl.

«Pues no, no es por eso —se dijo a sí mismo—. El tiempo se está acabando. Las apuestas han subido, tengo motivos para usar métodos tan extremos.»

Snake aceleró su ritmo de subida, saltó por encima del último cadáver que quedaba y continuó recto hasta el octavo piso. Al llegar a la planta veinte, le faltaba aire y le dolían las piernas. Sabiendo que sólo le quedaban siete pisos, se esforzó en seguir. Pero en la planta veintidós tropezó con tres soldados más. Lo vieron, lanzaron un grito y apuntaron sus rifles FAMAS hacia él. Las balas agujerearon la pared de cemento que estaba detrás de Snake, quien de inmediato saltó escaleras arriba, sacó una granada Chaff, tiró de la anilla y lanzó la granada por las escaleras justo cuando los soldados subían a por él.

Varios peldaños quedaron destruidos como consecuencia del estallido, por lo que los soldados cayeron hasta el piso inferior y allí siguieron rodando por las escaleras unos cuantos tramos más. Cuando por fin se detuvieron, por lo antinatural de sus posturas era evidente que tenían el cuello o la espalda rotos.

Snake se incorporó y se abrió paso por el enorme agujero, con cuidado de no pisar la zona más dañada. Se pegó contra la pared y se deslizó por el borde, consiguiéndolo a duras penas. Se detuvo en el rellano de la planta veintitrés para tomar unos sorbos de su cantimplora y comerse una de las barritas nutritivas de sus víveres. Hasta ese momento no se había dado cuenta del hambre que tenía, pero sabía que necesitaba racionar su comida.

Al alcanzar el tejado, lo esperaba un viento gélido y cortante.

Afortunadamente no había ningún guardia, y el camino por el puente hasta la otra torre parecía despejado. El tejado de la segunda torre estaba dominado por una antena parabólica gigante para el sistema de retransmisión del complejo. El paisaje y la antena formaban un panorama espectacular. Mirando atrás y hacia el mar, Snake divisaba el techo del edificio principal y el desfiladero que lo separaba del edificio de cabezas nucleares. El camino que llevaba hasta la base de la torre estaba cubierto por una capa de nieve. Había llegado muy lejos.

Se dispuso a cruzar la pasarela elevada, que estaba helada, pero se detuvo cuando oyó el ruido de unas aspas de turbina acercándose.

«¡Dios mío, no, ahora no!»

El Hind-D apareció desde la parte de atrás del tejado de la segunda torre y disparó una media docena de misiles de 57 milímetros a la antena, provocando una tremenda explosión que derribó a Snake. Se tapó la cabeza y se protegió los ojos mientras la torre entera temblaba. Se aventuró a mirar entre sus brazos y observó cómo la antena

entera caía encima del puente que conectaba las dos torres, haciéndolo añicos.

Su única vía de entrada a la segunda torre había sido destruida.

Desde el Hind-D, se oyó un altavoz.

—Paso cerrado, Solid. ¡Callejón sin salida!

Liquid Snake. El villano había vuelto a jugar con el helicóptero de guerra.

El aparato giró hacia la primera torre, lo cual ponía a Snake en una situación de extrema vulnerabilidad. Se puso de pie y salió corriendo hacia la entrada y las escaleras, pero Liquid lanzó un misil guiado Phalanga-P antitanque, destrozando la única vía de escape.

Cuando se dispersó la nube de humo, Snake se encontró a sí mismo tumbado en el cemento y cubierto de escombros. Volvió a oír la risa de maníaco que provenía del altavoz del helicóptero. Snake intuyó que ese pájaro diabólico se cernía sobre él, y enseguida supo que se había convertido en una presa fácil. Se giró y disparó su SOCOM al Hind-D, a sabiendas de que equivalía a intentar matar a un rinoceronte con una honda.

Se oyeron más risas de Liquid.

—¡Estás de broma, hermano! ¡Tus ridículas armas no pueden contra uno de los mejores ejemplares rusos en tecnología bélica!

Snake se puso de pie y echó a correr en el momento justo en que Liquid empezó a disparar con la ametralladora del helicóptero. Los disparos acompañaron los pasos de Snake hasta el borde de la torre, dejándolo acorralado. No había otra vía de escape... excepto hacia abajo.

«¡La cuerda!»

Ató uno de sus extremos a una viga metálica y lanzó el otro por el costado de la torre. El descenso por la pared del edificio se le hizo largo y dificultoso. Era un experto escalando, ¡pero nunca había tenido que hacerlo desde una altura de veintisiete pisos a la vez que esquivaba los disparos de un Hind-D!

Cuando iba más o menos por la planta dieciocho o diecinueve, el Hind-D giró alrededor de la torre para volver a aparecer enseguida y detenerse a la altura exacta donde estaba Snake.

—¡Como una mosca en la pared! —dijo Liquid mofándose— ¡Cómo me gusta matar insectos!

Otra ráfaga de disparos trazó una línea de agujeros justo debajo de los pies de Snake, que esperó el final de la ráfaga para seguir con el descenso. Liquid estaba jugando con él. Se lo podría haber cargado con cierta facilidad, pero por lo visto sólo quería que se cagara de miedo.

Snake alcanzó una cornisa; estaba en medio de la torre y se detuvo allí para descansar. Aterrizó de pie y se agachó mientras el helicóptero daba otra vuelta alrededor del edificio antes de volver a lanzarle otra serie de disparos. En cuanto

apareció, Snake se tumbó para evitar el fuego, pero esta vez Liquid disparó otro misil directamente a la parte lateral de la cornisa. El impacto sacudió al edificio entero y la pequeña plataforma estalló en mil pedazos, arrojando a Snake al vacío. Si no hubiese estado agarrando con fuerza la cuerda, sin duda habría sido su fin.

La cuerda lo salvó, pero el golpe fue tan brusco que sus brazos se quedaron sin fuerzas. Lanzó un grito de dolor, pero no se soltó. Milagrosamente, la cuerda no había resultado dañada por la explosión. Permaneció allí suspendido por un tiempo que le pareció una eternidad, balanceándose como un péndulo mientras el Hind-D daba otra vuelta por la torre.

«¡Muévete, maldita sea, mueve el culo!»

Se esforzó por seguir descendiendo, mano contra mano, unos centímetros cada vez, bajando poquito a poco... Lo iba a conseguir... Tenía que conseguirlo... ¡Eso o moriría allí mismo!

Las carcajadas de Liquid llenaban el aire mientras el helicóptero se mantenía suspendido. Las balas de la ametralladora salpicaban la fachada alrededor de Snake, pero ninguna le dio. Esto acabó por convencerlo de que en realidad Liquid no quería matarlo..., de momento. Y aquello era una equivocación por parte del líder de los terroristas. Mientras pudiera evitarlo, Snake no le iba a dar otra oportunidad para terminar con él.

Estaba a seis pisos del suelo cuando el helicóptero apareció de nuevo. En esta ocasión, Liquid lanzó misiles indiscriminadamente por todo el edificio, creando bolas de fuego que se expandían de adentro hacia fuera como pequeños astros. La intensidad del calor quemaba la piel expuesta de su cara y sus brazos, pero aun así siguió sin soltarse de la cuerda.

«Un poco más abajo... un poco más todavía... ya no falta nada...»

Cuando por fin vio la nieve que cubría el suelo, dio el último salto y cayó en una masa blanca inmaculada, cogió un puñado de nieve y se la pasó por la cara, dando gracias a su estrella de la suerte. La nieve alivió su piel quemada.

Liquid, sin embargo, todavía no tiraba la toalla. El Hind-D descendió poco a poco y apuntó al sitio donde Snake permanecía tumbado.

—¡Intenta llegar a la segunda torre, hermanito! ¡Adelante! ¡Saca lo mejor de ti!
—se mofó el terrorista.

Con ánimo de provocarle, Snake se incorporó, revisó que llevaba todo con él y echó a correr hacia la segunda torre.

Dos misiles tipo Phalanga-P salieron a toda velocidad del helicóptero creando un infierno terrestre delante de Snake. Saltó hacia un lado para evitarlos, sepultándose en la nieve mientras una ola de fuego y de ladrillos pasaba por encima de su cabeza con gran estruendo: el suelo tembló a su alrededor. Cuando empezaron a caerle escombros, se preparó para recibir el impacto mortal de un objeto de más peso, pero

ese objeto jamás llegó. Los temblores se fueron disipando hasta que sólo se oyó un único chisporroteo que llenaba el aire.

Snake sacó la cabeza de la nieve y comprobó que una buena parte de las dos plantas bajas de la segunda torre estaban ardiendo y en ruinas. El material de construcción que mantenía en pie el edificio debía de ser muy resistente, ya que la torre seguía erguida. No obstante, Liquid le había proporcionado un nuevo problema: cómo llegar al otro lado de la torre para acceder al edificio de mantenimiento subterráneo, donde estaba el Metal Gear.

El helicóptero había desaparecido. Quizá Liquid se había cansado de jugar al gato y al ratón, al menos por ahora.

Snake caminó cuidadosamente por los escombros en llamas hasta encontrar un túnel improvisado entre las ruinas. El hueco de las escaleras estaba intacto, pero la entrada principal y las plantas bajas eran imposibles de atravesar. Estaba obligado a subir nuevamente escaleras.

Esta vez no le esperaba ninguna cámara disparadora. Subió rápidamente al rellano de la tercera planta, a pocos metros del incendio, y abrió la puerta con cautela. Se oían gritos desde alguna parte de la planta, pero muy al fondo. A Snake no le preocuparon y se introdujo sigilosamente en el pasillo en busca de la sala de conferencias. No le costó mucho dar con ella. Escuchó un momento detrás de la puerta y, al no notar ningún movimiento, decidió abandonar toda prudencia y entrar.

Como le había dicho Deep Throat, había una lanzadera ya armada de misiles tipo Stinger encima de la mesa. Su maletín de transporte estaba abierto en el suelo.

Snake reaccionó con una amplia sonrisa y contactó con Nastasha.

—Hola, he conseguido una Stinger, y nada..., sólo quería vacilar un poco.

—Enhorabuena, Snake, esperamos que no te resulte demasiado difícil manejarla. Si no me equivoco, utiliza dos detectores infrarrojos y ultravioleta con tecnología «dispara y olvídate», ¿verdad?

—Eso parece, he utilizado algunas veces uno muy similar.

—Bien, entonces supongo que no vas a necesitar que nadie te enseñe a usarlo.

—No, señora, pero muchísimas gracias por preguntar.

Nastasha se rio.

—No hay de qué, bobo.

Después de cortar la transmisión, Snake cogió la Stinger y se dio cuenta de que no abultaba más que la Nikita.

Ahora tenía un arma capaz de derribar un Hind-D.

Snake dio media vuelta rumbo a las escaleras, y siguió subiendo hacia el tejado de la segunda torre. Sabía que era un plan peligroso; no podía determinar si el incendio iba a hacer mella finalmente en los soportes que mantenían al edificio. Le vinieron a la mente las imágenes del 11 de septiembre, y deseó que la estructura no hubiese

sufrido daños. Aquellas torres se habían venido abajo por el impacto y por las toneladas de carburante que llevaban los aviones que se habían estrellado contra ellas, pero aquí no era el caso. Por lo tanto, se sentía relativamente seguro.

Apenas quince minutos más tarde llegó a la planta veintisiete, ya sin aliento y con los músculos de sus piernas doloridos. Se detuvo un momento para descansar, beber agua y comer otra barra energética.

Oyó pasos a su derecha.

Con una velocidad de relámpago, sacó la SOCOM.

—¡No dispaes que soy yo! ¡No dispaes!

Pero Snake no veía a nadie.

—¡Snake, soy yo! —Otacon desactivó su control de camuflaje y apareció de golpe a unos metros de distancia.

—¡Otacon! —Snake bajó su arma y la enfundó—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—¡Por el ascensor!

—Pero si la primera planta ha quedado destrozada.

—Claro, por eso tomé el ascensor.

—¿Quieres decir que funciona?

—Así es. ¡Guau, tú sí que eres increíble! Igual que un héroe de película.

Snake se relajó un momento y se apoyó en la pared. Estaba empezando a sentir los efectos del cansancio.

—Pues no, te equivocas. En las películas el héroe siempre rescata a la chica.

—¡Ah! ¿Te refieres a Meryl? Mmm... Lo siento, olvídalo, no he dicho nada.

El doctor Emmerich abrió la puerta que daba a las escaleras y echó una mirada hacia abajo.

—Nadie te ha estado siguiendo, creo que puedes estar tranquilo.

Snake ni se inmutó.

—Mira, hay algo que te quiero preguntar —dijo Otacon—. De hecho, te he seguido hasta aquí por eso, precisamente.

—Bueno, ¿qué?

—Alguna vez, ¿has... amado a alguien?

—¿Eso es lo que has venido a preguntarme?

—No, quiero decir que..., que me..., que me gustaría saber si los soldados también se enamoran.

Ese *friki* era más necio de lo que pensaba.

—¿Pero de qué demonios me estás hablando?

—¿Que si crees que el amor puede surgir en el campo de batalla?

—Es una pregunta muy tonta, Otacon, pero por darte una respuesta, pues sí, me ha pasado. Creo que en cualquier momento, en cualquier lugar, las personas son capaces de enamorarse. Pero si de verdad quieres a otra persona, la tienes que poder

proteger.

Otacon asintió alegremente con la cabeza.

—¡Yo también pienso lo mismo!

Snake puso los ojos en blanco, dio un paso hacia el ascensor y pulsó el botón, pero el montacargas había quedado atrapado en alguna de las plantas inferiores.

—Creí que habías dicho que funcionaba.

—Qué raro, hace poco funcionaba —Otacon pulsó el botón, pero el resultado fue el mismo—. Voy a bajar a echar un vistazo, déjame a mí. Yo... yo puedo arreglarlo.

—Si lo consigues, te lo agradeceré —Snake miró hacia el techo—. Mientras tanto, tengo que matar a una mosca.

—De acuerdo, yo estaré aquí de guardia. Suerte. Ah, por cierto, se me olvidó decirte algo.

—¿Qué cosa?

—Había cinco prototipos de trajes de camuflaje en mi laboratorio, ¿sabes? De allí saqué el que llevo puesto. Si restas éste, quedan cuatro.

—Esto no es una clase de matemáticas de primaria, Otacon, ve al grano.

—Entonces pensé en traerte uno, así que volví al laboratorio y... bueno, resulta que los cuatro trajes ya no están. Pensaba que a lo mejor te interesaría saberlo.

Snake puso mala cara, miró fijamente a su nuevo amigo y encontró que por su aspecto parecía que le había pasado una apisonadora por encima.

—Estás hecho un desastre, ¿te encuentras bien?

—Tranquilo, pongo el mecanismo en marcha y ya no importa mi aspecto. Hago como si no estuviera y así ni siquiera tengo miedo. —Presionó el interruptor del traje de camuflaje y desapareció.

Snake sacudió la cabeza.

—Extraña lógica la tuya. Cuento contigo, Otacon. Hasta luego.

Fue en dos zancadas hasta las escaleras y subió a la última planta para luego salir a la terraza. Una vez más, una ráfaga de viento helado le golpeó la cara. El tejado era un caos lleno de escombros quemados tras la destrucción de la antena parabólica. De las plantas inferiores subía un humo negro hasta el cielo, creando un siniestro telón de fondo para el combate que estaba a punto de empezar.

—Vamos, bastardo —dijo Snake entre dientes—, da la cara.

Como si lo hubiesen ensayado, en ese momento justo el sonido inconfundible de las aspas se hizo cada vez más fuerte, hasta que el enorme Hind-D apareció desde el otro lado del tejado como un insecto gigantesco.

—Vaya, parece que la serpiente sale por fin de su agujero —oyó que le decía Liquid por el megáfono a un volumen que superaba el ruido del helicóptero—. ¿Estás ahora preparado, hermano?

—¿Por qué me llamas hermano? —gritó Snake—. ¿Quién demonios eres?

—¡Yo soy tú, soy tu sombra!

—¿Eres mi... qué?

—¡Pregúntaselo a papá! ¡Te mandaré al infierno para que lo conozcas! —y con ese último comentario, dos S-5 salieron disparados hacia donde se encontraba Snake, que corrió hacia un lado y saltó hacia el techo cubierto de hielo. Como un jugador de béisbol llegando a la meta final, Snake agarró la lanzadera de misiles Stinger y la mantuvo contra su pecho, deslizándose sobre la única superficie donde no había escombros. La explosión fue ensordecedora y sacudió el edificio. Por unos instantes pensó que se iba a hundir el techo. Evitó caer al vacío apoyando los pies contra un gran trozo de escombros que había formado parte de la parabólica. También le sirvió para ponerse a cubierto, agacharse y preparar la Stinger. Colocó el tubo lanzador sobre su hombro, puso al Hind-D en el punto de mira y encendió el sistema de misil guiado.

Liquid Snake debió de darse cuenta, ya que hizo retroceder la palanca de mando para que el helicóptero se elevara más. Pero la lanzadera estaba programada para seguir un blanco, y la trayectoria del misil ya estaba determinada.

—¿Y ahora quién se irá al infierno, Liquid? —dijo Snake mientras apretaba el gatillo.

El Stinger, sensible al calor, salió de golpe del lanzamisiles provocando en Snake un satisfactorio rebote. Por más que el Hind-D tomó altitud, el misil siguió con su trayectoria hasta hundirse en la parte inferior del helicóptero.

Fueron sólo un par de segundos, pero superó con creces a los fuegos artificiales del Cuatro de julio.

La cola del Hind-D se desintegró en una bola de fuego, expulsando trozos de metal y restos incandescentes en todas direcciones. El chasis envuelto en llamas se tambaleaba en el aire, vacilante, hasta que finalmente comenzó a caer en espiral hacia el suelo. Una fila de desechos en llamas lo siguió hasta llegar abajo.

—Ya está solucionado lo de la cremación —dijo Snake.

Volvió otra vez a las escaleras; la puerta había sido reventada por los misiles de Liquid, y tuvo que saltar para superarla. Marcó el canal de Emmerich en el Codec.

—¿Otacon?

—¡Hola, Snake! Lo he visto todo desde la ventana. ¡Ha sido estupendo!

—Me alegro de que te haya gustado.

—Pero, Snake, creo que vi salir algo de la cabina. Podría incluso haber sido una persona.

—¿Quieres decir que se ha eyectado?

—No estoy del todo seguro, pero es posible.

—Maldita sea. Entonces la cosa continúa.

—Bueno, el ascensor ya funciona.

—¿Lo has arreglado?

—No, y eso es lo curioso, volvió a funcionar solo. Ahora va hacia donde estás tú.

—¿Eso me permitirá acceder al sótano del edificio donde está guardado el Metal Gear?

—Sí, la entrada a la base subterránea de mantenimiento se encuentra al fondo del campo nevado, detrás de la torre. Acuérdate de tomar el ascensor sólo hasta la tercera planta. ¡Más abajo es un infierno! Luego tendrás que ir hasta la planta baja por las escaleras.

—Bien, búscate un buen escondite.

—Eso voy a hacer. El ascensor debe de estar ya arriba.

—Gracias. Corto y fuera.

Snake bajó hasta el piso veintisiete y llamó al ascensor. Las puertas se abrieron y, efectivamente, ahí estaba el montacargas vacío. Entró y pulsó el botón de la tercera planta.

Pero no estaba solo.

Capítulo 18

Cuando el ascensor empezó a bajar, el extraordinario sexto sentido de Snake se puso en marcha. Una sensación persistente e inexplicable le decía que alguien estaba muy cerca de él. Pero lo que realmente delataba al intruso era el murmullo imperceptible y sutil de una respiración que no era la suya.

Intentó desenfundar la SOCOM, pero era demasiado tarde. Varias manos invisibles lo cogieron por los brazos y lo lanzaron hacia el fondo del ascensor. Entonces recibió un fuerte puñetazo en el estómago, pero el chaleco Kevlar amortiguó el impacto.

—¡Ah, Dios mío! —gritó el invisible agresor. Fuese quien fuese, seguro que se había roto los huesos de la mano derecha.

Ahora sí que le quedó el asunto claro; tenía a su lado a cuatro guardias Space Seáis vestidos con los trajes de camuflaje extraviados.

Snake dio un salto de través y arremetió a ciegas, intentando calcular en qué parte del ascensor se encontrarían. Dio puñetazos y patadas con la velocidad de un Derviche en pleno giro, pero la estrechez de la cabina era un impedimento significativo. Sencillamente, no había sitio para moverse con la agilidad que le hubiese gustado. No obstante, sus puños y sus pies daban a diferentes partes de cuerpos humanos, sin que supiera muy bien lo que estaba golpeando. Por contra, los soldados sí sabían exactamente dónde le estaban dando; al fin y al cabo, él era visible para ellos.

Snake intentó algo distinto para romper con la monotonía de la riña y aplicó una técnica giratoria que le había enseñado Master Miller. Se basaba en el mismo principio que empleaba un patinador sobre hielo al realizar una pirueta. Requería dominio del equilibrio y facilidad para quedarse sobre la punta de un solo pie, mientras sostenía algún objeto de peso con ambos brazos estirados. Cuanto más rápido girara, más efectiva sería la maniobra.

Parecía funcionar, puesto que Snake sentía que cada vez le llegaban menos golpes y al mismo tiempo oía como sus contrincantes chocaban contra las paredes del ascensor. De repente, uno de ellos se estrelló contra el panel de control provocando un tambaleo y después una parada entre dos plantas. También se apagaron las luces.

«Esto equilibra un poco más el tema», pensó Snake. Antes no los podía ver, ahora ellos tampoco podrían verlo a él.

Snake se concentró en imaginar el tamaño y la forma de los cuatro hombres y, en la oscuridad reinante, los dibujó en su mente. Con su tercer ojo percibía su peso, su altura y su volumen. Era un instinto que había perfeccionado con la experiencia, algo

que le había salvado la vida más veces de las que era capaz de recordar. Por algún motivo desconocido, le resultaba más fácil hacerlo estando a oscuras que antes cuando las luces estaban encendidas.

«Ahí debe de haber una cara —pensó, y lanzó un puñetazo—. El estómago de otro hombre está aquí», y con una patada giratoria le obligó a doblarse, lo cual le permitió darle un golpe en la nuca. Lo tumbó también.

El tercer guardia se encontraba a su izquierda. Snake visualizó el cuello del hombre y, con un golpe certero, le rompió la nuez. El soldado gritó de dolor antes de caer al suelo sin poder respirar. Tardó menos de un minuto en morir.

Quedaba el cuarto hombre, el de la mano fracturada.

—¿Dónde estás? —preguntó Snake.

Oyó un gimoteo que venía de un rincón del ascensor. El guardia estaba acurrucado allí, haciendo lo posible por mantenerse en silencio. Snake le soltó una patada y le hundió la nariz en el cráneo. El hombre dejó de lloriquear.

Snake encendió su linterna de bolígrafo para examinar el panel de controles. Estaba completamente reventado. Lo único que podía hacer era forzar las puertas con las manos para abrirlas. Pesaban mucho, pero logró separarlas lo suficiente como para deslizarse e introducirse en la siguiente planta, que se encontraba a un metro del suelo del ascensor.

Al menos las luces de esa planta estaban encendidas. Había un número 8 en la pared, algo nada grave: no se vería obligado a bajar un millón de escaleras para llegar al garaje. Siguió el pasillo hasta la zona de las escaleras.

La tormenta arreciaba.

Una gran extensión nevada se extendía desde donde estaba hasta la base de la segunda torre de comunicación y un edificio que se encontraba un poco más al norte. Una serie de abetos salpicaban el paisaje, pero la visibilidad era más escasa que nunca. Con el viento gimiendo y el cielo nocturno cubierto de nubes oscuras, a Snake le costaba ver cualquier detalle. Decidió volver a entrar en la torre para disfrutar de un buen pitillo antes de seguir aventurándose. Después de encender uno de aquellos cigarrillos asquerosos que se había llevado sin pedir permiso, Snake sacó de su bolsillo exterior unas Mode B, un modelo estándar de lentes de visión nocturna. Le hubiese gustado poder ponérselas en el ascensor a oscuras.

Mientras iba inhalando aquel humo a la vez insalubre y placentero, Snake empezó a repasar en su mente los sucesos de las últimas horas, y se preguntó cuánto le quedaba por soportar antes de terminar con esa condenada misión. Era capaz de apreciar lo importante del éxito —no quería que los terroristas del FOXHOUND lanzaran un misil, como tampoco lo querían los burócratas anónimos de Washington —, pero al mismo tiempo no se sentía del todo conforme con la manera en que el

asunto estaba siendo tratado por estos últimos. El aviso de Master Miller le pesaba mucho. Si había un traidor en su equipo, ¿quién era? Obviamente el coronel Campbell le había ocultado información, lo cual no era digno de su viejo amigo. Aun así, a Snake le costaba creer que Campbell fuese capaz de cometer traición. La doctora Hunter era un enigma. Snake no la había conocido antes de esta misión. ¿Sería posible que los estuviera traicionando? Mei Ling parecía bastante inofensiva, pero ¿quién sabe? Luego estaba la rusa, experta en armas nucleares, Romanenko, más lista que todo un equipo de debate Mensa. ¿Y Emmerich, el desventurado y afable chico que se hacía llamar Otacon? ¿Quién era en realidad? ¿Podía confiar en él?

Después estaba Meryl, la chica a la que había decepcionado. Ya no se trataba de si él podía confiar en ella, sino de si ella podría volver a fiarse de él. Eso sí, primero la tenía que encontrar... viva.

Snake apagó su cigarrillo y se adentró en la nieve. Por lo visto, la inyección de la doctora Hunter seguía funcionando. Apenas notaba la temperatura, pero el viento era cortante y el aire muy húmedo.

Las gafas mejoraron bastante su visibilidad. Si no hubiera sido por la fuerte nevada, habría sido capaz de ver el edificio al otro lado del valle. Pero algo le llamó la atención al lado izquierdo, entre un grupo de pinos. Era de color blanco y se mecía con el viento. Snake caminó pesadamente en la nieve, acercándose a los árboles para poder verlo desde más cerca. A los diez metros, ya sabía de qué se trataba: un paracaídas colgado de las ramas.

Quizás Otacon había acertado al decir que había visto algo eyectarse del Hind-D en llamas.

Snake no tenía tiempo de preocuparse de eso. Tenía que seguir; iba a contrarreloj.

Seguía a duras penas su camino hacia el edificio de mantenimiento, cuando de repente se oyó un solo disparo. Se había salvado por un pelo de una bala que pasó a un centímetro de su pie. Snake saltó hacia un lado y se agachó detrás de un árbol. Con el siguiente disparo, las cortezas del tronco saltaron por los aires con violencia.

«Sólo existe una persona que es capaz de disparar así...»

Pero no veía ni un alma.

—¿Snake?

Miró al Codec y aceptó la llamada de Otacon.

—¿Qué?

—¿Todo bien? —preguntó Emmerich.

—¡Otacon! ¿Había más prototipos de los trajes de camuflaje?

—No, sólo cinco.

—Entonces..., aquí no hay camuflaje...

—¿A qué te refieres?

—Alguien me está disparando en medio de esta ventisca.

—¡Es ella! —Otacon parecía entusiasmado.

—¿Wolf, Sniper Wolf?

—¡Sí, es ella, seguro que es ella!

—Otacon, diría que estás encantado...

—No..., no lo estoy.

—Entonces, ¿qué te pasa?

—Snake, por favor, ¡no la mates!

—¿Estás mal de la cabeza?

Emmerich parecía que estuviera a punto de llorar.

—Por favor, ¡es una buena persona! Si pudieras hablar con ella, te darías cuenta.

—Escúchame, chaval, es una asesina que mata sin piedad.

Una interferencia cortó momentáneamente la transmisión. Luego intervino una voz femenina con acento kurdo.

—Yo te veo perfectamente desde aquí. Te dije que jamás dejaría la cacería. Ahora eres todo mío.

«¿Cómo diablos habrá hecho para hacerse con un Codec? ¿Será el de Meryl?»

Otacon le rogó:

—¡Wolf, no, no puedes hacerlo!

—¡No te metas nunca entre una loba y su presa!

Snake, mientras tanto, la retaba:

—Debes de tener mucho nivel si puedes siquiera rozarme con esta tormenta.

—¡Wolf! —insistió Otacon—. ¡No lo hagas!

—Snake —dijo la mujer imitando a un gato—, estoy cerca. ¿No sientes mi presencia?

Snake, detrás de un árbol, barrió con la mirada toda la pradera. No veía nada, pero daba por sentado que sería capaz de divisar a la mujer si estaba tan cerca como decía.

—Todavía no, pero si me das más detalles de donde te encuentras...

—Te voy a mandar una carta de amor, querido. ¿Sabes lo que es eso? Es un disparo de mi arma que irá directo a tu corazón.

—Wolf, Snake, ¡no!

—¡Cállate de una vez, Hal! —ordenó la mujer—. ¡No te metas en esto!

—Me vas a pagar lo que le hiciste a Meryl —le dijo Snake gruñendo.

—Vosotros los hombres sois tan débiles, no termináis nunca lo que empezáis.

En ese instante, una bala se incrustó en el árbol, a poca distancia de la cabeza de Snake. Se tiró al suelo boca abajo mientras otra bala hacía pedazos un montoncillo de nieve que estaba cerca de su cara. Tenía que moverse rápido.

Snake se incorporó de golpe y salió corriendo de la arboleda. El láser de Sniper Wolf lo fue siguiendo hasta que volvió a disparar. Esta vez pudo determinar cuál era su origen: entre los árboles de un pequeño bosque, en medio de la pradera. Snake

habría apostado que estaba subida a un árbol para sacarle ventaja.

Corrió en zigzag para acercarse a unas rocas que sobresalían a unos diez metros. La mujer seguía disparándole, pero pudo esquivar las balas con éxito hasta que estuvo a cubierto. Desde allí, examinó detenidamente los árboles y la vio. Efectivamente, estaba tumbada a lo largo de una rama con un rifle en la mano. La mujer vestía un traje de nieve de color blanco, lo cual la ayudaba a camuflarse.

Snake se quitó el PSG-1 del hombro, apuntó a la francotiradora con la mayor precisión posible y apretó el gatillo.

Una mancha colorada apareció en el traje de la mujer.

Observó cómo cayó al suelo y salió corriendo, buscando la protección de otro árbol. Snake disparó de nuevo, rompiendo la rama del árbol donde estaba Sniper. Y luego, nada. Silencio. ¿Le habría dado de nuevo? No había ningún movimiento, así que Snake tampoco se movió, pero mantuvo el rifle apuntando hacia los árboles y su ojo pegado a la mirilla. De repente, vio aparecer el cargador del rifle de Sniper Wolf desde un lado del árbol y se agazapó justo a tiempo. Una bala impactó en la roca que tenía delante y la rompió en pedazos, saltándole directamente a la cara un montón de pequeños fragmentos afilados. Si no hubiese llevado gafas, seguramente se habría quedado ciego.

Snake se quitó la sangre de la nariz y de ambas mejillas para dirigir su atención otra vez al bosquecillo. Sniper Wolf se estaba desplazando. Iba corriendo hacia el edificio de mantenimiento, sin lugar a dudas para esconderse detrás de otro grupo de árboles que había delante. Snake se puso de pie y apuntó con el PSG-1, pero Sniper ya había desaparecido detrás de una fila de arbustos cubiertos de nieve. Esperó paciente hasta que percibió la punta del láser buscándole. Apuntó otra vez con su rifle y disparó. No supo si le había dado o no a su objetivo porque la perdió de nuevo de vista. Una vez más, se había escondido astutamente.

Necesitaba acercarse.

Tocaba otra táctica de diversión. Puso la mano en el bolsillo exterior y sacó una granada Chaff. No lograría tirarla tan lejos como hubiese querido, pero tal vez la explosión le daría tiempo suficiente para alcanzar el bosquecillo donde ella estaba antes. Snake le quitó la anilla, se quedó quieto y lanzó la granada como si fuera una pelota de rugby. El bicho estalló en el aire, creando un efecto luminoso bastante curioso en mitad de la tormenta. Echó a correr de inmediato, levantando nieve a cada paso mientras se dirigía a los árboles.

Sniper consiguió hacer dos disparos, uno de los cuales pasó demasiado cerca. Snake se lanzó detrás del primer árbol justo cuando el segundo disparo cortaba el aire cerca de su cuello. Se mantuvo agazapado mientras recuperaba el aliento, ahora sabía que dominaba la situación. La mujer era lista, pero no le llegaba a la suela de su zapato. Ella estaba herida, eso por descontado, y además había recibido otra herida en

su primer encuentro. Ya no estaba en plena forma, a diferencia de él.

Snake se agachó detrás del árbol, puso el rifle a nivel y buscó a su presa a través de la mirilla.

Allí. Se movía de abeto en abeto, buscando la mejor posición desde la que disparar.

Apretó los dientes y disparó.

El pecho de Sniper Wolf estalló en una gran mancha roja y, acto seguido, cayó al suelo.

—¡No! —Era Otacon. Había salido corriendo desde la torre de comunicaciones y luchaba con la nieve para llegar hasta la mujer. Snake se incorporó y lo siguió, a sabiendas de que el joven no podría solucionar nada. Era obvio que había habido algo entre él y la asesina. Ahora sería Otacon quien pagaría el precio emocional.

Cuando Snake se acercó a la mujer, Emmerich se encontraba arrodillado delante de ella. Respiraba con dificultad mientras la sangre goteaba de su boca.

—Yo... yo llevo tiempo esperando este momento —dijo con voz ahogada—. Yo soy una francotiradora. Esperar forma parte de mi... trabajo... Esperar sin moverme..., sin perder la concentración.

Miró a Snake.

—Por favor, acaba conmigo ya.

Otacon estaba llorando.

—No, por favor, no.

—Yo soy... kurda, siempre soñé... con un lugar tranquilo como éste —le dijo refiriéndose a la pradera nevada que, a pesar de toda la sangre que allí se había derramado, aún conservaba cierta belleza—. Yo nací en un campo de batalla. Me criaron en medio de una guerra. Disparos, sirenas, gritos..., ésas fueron mis canciones de cuna. Nos cazaban como si fuésemos perros día tras día... echándonos de nuestras chabolas... Eso era mi vida. Cada mañana... me encontraba con algún familiar o amigos muertos a mi lado. Miraba al sol de madrugada... y rezaba para poder resistir un día más. Los gobiernos del mundo... hicieron caso omiso de nuestra miseria. Pero entonces... apareció él..., mi héroe..., Saladín... me llevó lejos de todo aquello.

—¿Saladín? —preguntó Snake—. ¿Te refieres a... Big Boss?

Ella asintió con la cabeza.

—Me convertí en francotiradora... escondida, observándolo todo... por la mirilla de un rifle. Pude ver la guerra ya no desde dentro, sino desde fuera, como una observadora... presencié la brutalidad y la estupidez de la raza humana... todo por la lente de mi rifle. Y me sumé a un grupo de revolucionarios para vengarme del mundo.

Tosió y lanzó un grito ahogado. Goteó más sangre de su boca, y su respiración se volvió menos profunda.

—Pero... he traído vergüenza a mi pueblo y a mí misma. Ya no soy... la loba que fui al nacer... En nombre de la venganza, vendí mi cuerpo y mi alma. Ahora... no soy más que... un perro.

Snake, sorprendido, sintió compasión por ella.

—Los lobos son animales dignos, no son perros. En lengua yupik, la palabra para «lobo» es *kegluneq*, y los esquimales los veneran como primos de honor. A nosotros los mercenarios nos llaman «perros de la guerra». Lo cierto es que todos tenemos un precio, pero tú eres distinta, nadie ha podido domesticarte... No eres una perra, eres una loba... solitaria.

La mujer miró a Snake con los ojos entornados.

—¿Quién eres? ¿Eres Saladín?

Iba perdiendo el sentido de la realidad.

—Wolf —susurró Snake—, a Meryl no la mataste.

—No era mi objetivo, matar no es un deporte para mí.

—Quédate tranquila, morirás como la loba digna que eres.

Ella cerró los ojos.

—Ahora entiendo. No estaba esperando... para matar a gente. Yo esperaba... a que alguien... me matara a mí. Un hombre como tú..., un héroe..., por favor..., libérame.

Otacon le cogió la mano.

—¡No, no! —Luego bajó el volumen de su voz—. ¡Te quiero, te quiero!

Sniper Wolf gesticuló con la otra mano.

—Mi arma..., dámela..., forma parte de mí.

Snake no pensaba que fuera ya un peligro. Cogió su rifle y lo puso suavemente en sus brazos. A ella ya no le quedaban fuerzas para apretar el gatillo.

—Ya estamos todos aquí —logró decir—. Li... bé... ra... me... ya...

Otacon miró a Snake, que asintió con la cabeza para indicar que respetaría su deseo. Emmerich se puso de pie y se dio la vuelta. No podía mirar.

Snake sacó la SOCOM y apuntó a la frente de la mujer. El arma dio un culatazo, y el disparo reverberó en el valle.

Otacon dio unos pasos, cabizbajo. Snake se acercó a él y le puso una mano en el hombro.

—¿Qué hubo entre vosotros al final?

—Snake —dijo Emmerich entre lágrimas—, dijiste que el amor podía florecer en un campo de batalla... pero no la pude salvar.

Snake apretó el hombro del joven.

—Sea lo que sea lo que hubo entre vosotros, no era real. ¿Me oyes? Estabas hechizado, sé que a lo mejor no quieres o no puedes escuchar esto, pero con el tiempo lo comprenderás. Lo siento.

Otacon respiró hondo y sacó un pañuelo de colores brillantes del bolsillo de su

bata blanca. Era igual al que le había dado a Snake en la celda. El programador se acercó otra vez a Sniper Wolf y le tapó la cara con la tela.

Snake perdía la paciencia.

—Otacon, a mí no me quedan lágrimas para llorar. Me voy a la base subterránea. Ya casi no queda tiempo.

—Lo sé.

—Tendrás que cuidar de ti mismo a partir de ahora; no confíes en nadie.

—Ya...

—Si no consigo destruir el Metal Gear, probablemente bombardeen este lugar entero y todo se irá a la mierda.

—Ya...

—Puede que no volvamos a coincidir.

—Estaré pendiente de mi Codec, quiero seguir echando una mano —le dijo entregándole otro Codec— Toma, lo llevaba encima. Creo que pertenecía a Meryl.

Snake lo cogió.

—Sí, probablemente.

Se lo puso en el bolsillo exterior y empezó a caminar hacia el edificio situado al norte.

—Otacon, debes irte. Sal de aquí y rehaz tu vida.

—¡Snake! —El soldado no se giró—. ¡Snake! ¿Por qué luchaba ella, y por qué lucho yo? —Gritó más alto para que lo escuchara—. ¿Y por qué luchas tú?

Snake dio media vuelta y le gritó:

—Si salimos ilesos de ésta, te lo contaré. —Y con eso siguió caminando hacia el edificio.

Otacon dio una patada a la nieve.

—Vale, yo también seguiré buscando.

Capítulo 19

La tarjeta de nivel 6 abrió la puerta del edificio de mantenimiento. Snake entró con la SOCOM preparada, y lo asaltó una ola de calor. Era como si hubiese entrado en una sauna, aunque no había vapor en el aire. El sitio también era ruidoso. El estruendo de las máquinas de industria pesada reverberaba por todo aquel espacio abierto. La sala era amplia, como otras del complejo Shadow Moses, con un tamaño equivalente a un gimnasio, salvo que en este caso se abría hacia abajo como un foso, hacia a una cacofonía de metales a su vez bañada por una cálida luz de color anaranjado. Snake estaba en una plataforma de rejilla de la cual salían una serie de pasarelas en varias direcciones, una de las cuales, a su izquierda, se conectaba por una escalera con las pasarelas de los otros cuatro niveles inferiores. Al fondo de la planta inferior, había otro foso lleno de acero ardiente para fundir. Snake vio a dos soldados genoma en la parte noreste de la planta más baja; detrás de ellos, había una puerta que conducía a lo que parecía ser un montacargas. Allí era adonde tenía que ir.

Desgraciadamente, había cámaras de videovigilancia, y por lo menos dos o tres guardias instalados en cada uno de los rellanos hasta la planta más baja. Dada la distribución de los ángulos del edificio, no había manera de bajar las escaleras sin que nadie lo viera. Tendría que buscar otra forma para llegar abajo, lo cual suponía un nuevo reto. En cada muro había por lo menos dos tubos de plomo que corrían en vertical, y a Snake le pareció que la pared del oeste constaba de estrechos salientes en cada nivel. Pensó utilizarlos como ruta alternativa, pero sería extremadamente peligroso. Un solo un desliz, un paso equivocado, y caería a una muerte segura, derretido por el calor. Aparte de eso, un brazo mecánico de fundición —una pinza mecánica que cogía y trasladaba objetos muy pesados y calientes— rotaba por la sala. Con cada vuelta, las «garras» pasaban muy cerca de la pared oeste. Snake cronometró el tiempo de una de esas rotaciones, y le dio como resultado 35 segundos.

«Es factible, pero...»

Después de echar un vistazo rápido al resto de la habitación, llegó a la conclusión de que ésa era la única alternativa. Cargando con el rifle de francotirador a la espalda, se dirigió hacia la pasarela más cercana a la pared oeste. Para poder efectuar un salto desde el rellano hasta el saliente de la pared, necesitaba una táctica de distracción. Hurgó en su bolsillo exterior y sacó una granada Chaff, le quitó la anilla y la dejó caer. Estalló a unos metros por encima del foso de fundición. Snake agradeció el hecho de que los soldados no fueran muy inteligentes: cada uno dejó lo que estaba haciendo para mirar la explosión, rascarse la cabeza e intercambiar miradas de confusión. En ese plazo de tiempo, Snake ya había saltado al saliente, luchando por

mantener el equilibrio. No había nada a que agarrarse, y la superficie sobre la que estaba no medía más de medio metro. Era una hazaña más apropiada para un artista de circo acostumbrado a las acrobacias y similares proezas aéreas.

Una vez consiguió mantener el equilibrio, Snake respiró hondo y se atrevió a mirar hacia abajo para ver qué hacían los soldados. No se habían dado ni cuenta de su presencia. Pudo oír la voz de uno de los hombres quejándose porque el hierro que hervía en el foso estaba produciendo burbujas que luego estallaban. Siguieron a lo suyo, al igual que Snake.

Paso a paso... Snake se sentía como si caminase sobre una cuerda floja sin red de seguridad. La única diferencia era que se desplazaba por un saliente mientras mantenía su cuerpo pegado a la pared, lo cual lo hacía todo más difícil.

No había avanzado ni diez metros, cuando oyó el crujido de una máquina que se le acercaba.

«¡El brazo mecánico!»

Se agachó y a punto estuvo de perder el equilibrio. El gigantesco aparato mecánico efectuó un movimiento giratorio, le pasó por encima del hombro, y continuó su recorrido por la sala. Snake respiró hondo, se incorporó paulatinamente y continuó su camino. Se sentía aturdido. Jamás había tenido síntomas de vértigo, pero por algún motivo la mezcla del calor, el ruido y la peligrosa altura hizo que empezase a sentirse mareado.

«¿Y qué esperabas?», se preguntó. Al fin y al cabo llevaba más de doce horas de continua acción, prácticamente sin descansar. Había soportado una tortura extrema que literalmente había devastado su sistema, sólo había comido algo de las pocas provisiones que llevaba encima, y en varias ocasiones había servido de saco de boxeo. El hecho de estar aún con vida ya era un milagro; poder seguir adelante todavía más.

Pensar así hubiese desmoralizado a cualquiera, pero a Snake lo motivaba para seguir adelante. Master Miller lo definía con un refrán: «Cuando la cosa se pone dura, los duros hacen polvo a los demás». Snake se tomaba la frase en el sentido literal y odiaba fracasar. Si no llevaba la misión a cabo con éxito, ya no tendría sentido volver a su casa de campo en Alaska.

El brazo mecánico le volvió a pasar por encima. Esta vez, Snake se agachó sin pensárselo dos veces; conociendo el tiempo que tardaba en dar una vuelta, para él no era difícil adaptarse e incorporarlo a su propio ritmo para anticiparse a su movimiento.

Antes de darse cuenta, ya estaba al otro lado del foso. Su objetivo había sido en todo momento uno de los tubos anchos que bajaban en vertical desde el techo hasta el suelo. Era de metal, y tenía un diámetro de unos treinta centímetros más o menos. El tubo estaba caliente, así que Snake se puso los guantes de inmediato, se abrazó a él

con las manos y los pies, y empezó a deslizarse hacia abajo como si fuese una cuerda.

Cuando estaba a mitad de camino oyó el estruendo de una alarma por toda la acería. Los guardias de las distintas plataformas se cuadraron y, acto seguido, bajaron las escaleras al unísono. Luego se apiñaron para después dispersarse por el foso, ya que evidentemente estaban buscando algo... o a alguien. Al dispersarse los guardias, despejaron la zona alrededor de la base del tubo. Snake se deslizó sin que nadie lo viera, se pegó a la pared y se acercó hacia donde estaba el montacargas.

Pero estaban esperándole. Cuatro guardias saltaron sobre él, cogiéndole por sorpresa. Dos hombres le agarraron por los brazos, mientras que otro lo arrastraba hacia el foso. Snake se resistió, pero consiguieron reducirlo. Los soldados lo empujaban con la intención de tirarlo al fundido y caliente líquido.

Había llegado la hora de pelear sucio. Sólo en casos de extrema necesidad Snake utilizaba técnicas poco éticas. Su razonamiento era que cuando uno lucha por su vida, todo vale.

Dobló su cuerpo hacia la derecha y le dio un rodillazo directamente en la ingle al tipo que lo tenía cogido del brazo. El soldado lo soltó, dejando escapar un grito de dolor, y cayó al suelo. La súbita liberación de su brazo derecho permitió a Snake darle un fuerte puñetazo al que lo agarraba por la izquierda, aplastándole la nuez. Luego, en un pestañeo, Snake dio un codazo en el esternón al tercero, que se encontraba justo detrás de él. Al romperle el hueso, al guardia se le paró el corazón. Ahora, ya liberado de sus captores, Snake giró hacia atrás y le dio una patada entre las piernas a un soldado genoma. El dolor del impacto dejó al soldado inmóvil el tiempo suficiente para que Snake lo levantara por los brazos y lo tirara con total tranquilidad al foso de metal convertido en lava.

Todo esto sucedió en apenas cinco segundos.

Snake pensó en deshacerse de los otros tres de la misma manera, pero al final desistió. Consideraba que ya había perdido tiempo suficiente, y se limitó a darle una patada en la cabeza a los dos tipos que estaban inconscientes para mandarlos al mundo de los sueños.

Afortunadamente, el montacargas estaba vacío cuando por fin se abrieron las puertas. Snake entró y marcó el botón correspondiente para bajar a la planta inferior.

—¡Snake!

Master Miller lo llamaba por el Codec. Snake contestó y le dijo:

—Oye, ¿te acuerdas de lo que dijiste una vez acerca de...?

—Déjalo un momento, Snake, tengo que decirte algo...

—¿Qué?

—¿Es seguro este canal?

—Tranquilo, el monitor está apagado y estamos en el canal que habías elegido tú.

—Perfecto.

—¿Qué hay?

—Tiene que ver con Naomi Hunter.

Snake sintió escalofríos.

—¿Qué pasa con ella?

—Yo también trabajé un tiempo para el FBI, ¿lo sabías?

—Pues no, no lo sabía —dijo Snake—, ¿y qué quieres decir con eso?

—Lo que cuenta la doctora Hunter sobre sus antecedentes, que su abuelo había sido ayudante del secretario de Hoover en el FBI y luego agente secreto investigando a la mafia en Nueva York...

—¿Sí, y...?

—Todo es una gran mentira muy elaborada.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—J. Edgar Hoover era racista, Snake, y el padre de la doctora Hunter japonés.

—¿Y?

—En ese tiempo no había ningún agente asiático. Otra cosa, en la época a la que ella se refiere, aún no habían empezado a investigar a la mafia. Es más, empezaron en Chicago y no en Nueva York.

—Pero...

—Vas a tener que investigarlo. El jefe de la DARPA y el presidente de ArmsTech murieron de una extraña manera, y aquel ninja... Están pasando demasiadas cosas raras.

—¿Estás diciendo que Naomi podría estar detrás de todo esto?

—No lo sé; o eso o está colaborando con los terroristas.

—¡No me lo puedo creer! —Snake se secó la frente y sacudió la cabeza. ¿Sería cierto?

—En cuanto obtenga más datos te llamo, mientras tanto no bajes la guardia.

Miller cortó la transmisión justo cuando se detuvo el montacargas, dejando solo a un desconfiado y exhausto Snake.

Capítulo 20

Snake sintió hasta en los huesos el repentino bajón de temperatura en cuanto se abrieron las puertas del ascensor. Apareció ante él un espacio amplio con unos techos de unos quince metros de altura y escasamente iluminado. La sala estaba llena de contenedores y de cajas de embalaje, pero parecía la sección de carne congelada del supermercado. A Snake le pareció que hacía tanto frío que daba igual estar allí que en el exterior, bajo la tormenta.

—¿Coronel..., Naomi?

El Codec se iluminó y le contestó la voz de la doctora Hunter.

—Sí, ¿Snake?

Al principio, Snake se sintió reacio a contestar. Si resultaba ser verdad lo que le había comentado Master Miller, podría terminar colaborando con una traidora. Decidió limitar la conversación a preguntas básicas.

—Estoy en una especie de almacén subterráneo, lo mantienen a una temperatura bastante baja, apostaría que a unos grados bajo cero. ¿Tienes alguna idea de por qué?

—Te estoy siguiendo en el mapa, Snake, pero nuestro Intel no nos informa del uso concreto que se da a cada zona del recinto. Lo único que se me ocurre es que a lo mejor es un lugar para almacenar objetos que no pueden ser expuestos al calor.

—¿Mei Ling, estás con nosotros?

La mujer contestó.

—Sí, Snake, te veo. Tu calor corporal tintinea en mi pantalla como un gran punto en rojo. Creo que no hay nadie a tu alrededor. Es que no veo... espera. No lo entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Hay una fuente de calor corporal más grande de lo normal en la misma sala que tú. No puedo determinar si son tres personas agrupadas o no. A no ser que se trate... de algún animal.

—¿Y detectas algún movimiento? —preguntó Snake.

—Negativo, espera, veo a más fuentes de calor. Son varias y pequeñas y están avanzando hacia ti, Snake.

—¿A qué te refieres con pequeñas?

—Más pequeñas que un gato, pero no menos vivas.

«¿Pero qué demonios?»

Snake observó cuidadosamente la sala cavernosa que tenía delante, y no vio más que grandes contenedores colocados en filas por el suelo. Pero de repente... un pájaro negro se elevó por encima de una caja y empezó a volar alrededor de su cabeza.

—Es un cuervo, o una corneja —dijo Snake—. Espera, creo que hay más.

A la solitaria ave rápidamente se le unieron una gran confluencia de antipáticos cuervos, en total varias docenas. Juntos formaron una gran masa oscura que volaba por encima de la cabeza de Snake como si fuesen uno solo, emitiendo amenazadores chillidos.

Cuervos. Eso sólo podía significar una cosa.

—¡Bienvenido, *Kasack!* —le dijo una voz estruendosa.

Snake sacó la SOCOM, dio un paso hacia delante, dobló la esquina de un contenedor y se encontró con un gigante que estaba sentado encima de una caja, con una Gatling Vulcan en su regazo.

—Aquí se acaba el camino, ¿no es así, amigos? —Les hablaba a los pájaros, que a su vez volaron junto a su maestro. La mayoría se posó encima de los contenedores y de las cajas.

Algunos se posaron encima de los hombros de Vulcan Raven y empezaron a emitir ligeros graznidos de satisfacción.

—Escúchalos, Snake, están de acuerdo conmigo.

Snake apretó los dientes y escupió en el suelo.

—Pensé que nuestro último encuentro ya te habría convencido de que lo mejor que puedes hacer es correr a esconderte en algún agujero.

El gigante se echó a reír.

—¡Aquello no fue una verdadera lucha! Los cuervos y yo sólo te estábamos probando para calibrar a qué tipo de hombre nos íbamos a enfrentar. Ya tenemos el veredicto del jurado, y los pájaros han decidido que eres un guerrero de verdad.

Y con esas palabras, el lunar en forma de cuervo ubicado en la frente del chamán comenzó a animarse. Cambió de tamaño y se desprendió de su enorme cráneo. El pájaro empezó a volar hacia donde estaba Snake.

Por instinto, Snake se agachó de inmediato.

—¿Estoy alucinando o qué?

La aparición cayó sobre Snake y se desintegró en la nada. Después, un cuervo verdadero voló hasta él. Bajó lentamente para posarse en el hombro de Snake. El, a su vez, intentó ahuyentarlo como si fuese una mosca, pero se dio cuenta de que no podía moverse. Por más que lo intentaba, sus músculos no respondían a las órdenes de su cerebro.

—¡No puedo moverme! —logró decir. El chamán le había lanzado algún tipo de hechizo.

Vulcan Raven sonrió.

—La sangre oriental fluye por tus venas. Tus antepasados también nacieron y se criaron en los campos yermos de Mongolia. Los esquimales y los mongoles son primos hermanos. Nosotros compartimos muchos antepasados.

—No tengo cuervos en mi árbol genealógico —le contestó Snake con los dientes

apretados.

—Estás de broma, lo que sí es verdad es que los cuervos y las serpientes no se llevan bien. No obstante, serás un buen adversario. Tú también vives en Alaska. ¿Conoces las Olimpiadas Indio-Esquimales?

El gigante chasqueó los dedos y el cuervo que estaba posado en el hombro de Snake abrió sus alas y se marchó. Mientras el pájaro volvía junto a su amo, Snake recuperó la movilidad como si no hubiese pasado nada.

—Sí, las conozco. Seguro que triunfas en el Concurso de Glotones de Muktuk.

—¡Ja, ja, ja! Pues sí, tienes razón, pero hay otro evento que se me da muy bien. Se llama Tirar de la Oreja. Es una competencia en la que dos contrincantes se tiran mutuamente de las orejas mientras soportan un frío extremo, como en este almacén. Es un reto tanto para la fuerza física como para la espiritual.

Snake no pudo evitar contestar con sarcasmo:

—Dicho de otra forma, ¿quieres que nos tiremos de las orejas?

Vulcan Raven se encogió de hombros.

—Varía un poco en la forma, pero el espíritu es el mismo. ¡Alégrate, Snake, la nuestra será una batalla gloriosa!

Snake dio un paso hacia delante.

—Aquí no hay ninguna gloria, ésta es una matanza pura y dura. ¡La violencia no es un deporte!

—Muy bien, ya veremos cuánto pesan tus palabras.

Después de este último comentario, Vulcan Raven giró su M61A1 hacia Snake y le soltó una ráfaga de balas de 20 milímetros. Pudo salvar el pellejo sólo porque, gracias a sus años de experiencia, se anticipó al ataque de su rival y saltó, ejecutando una voltereta lateral perfecta, antes de que le alcanzaran las balas. Aterrizó de pie en la cubierta de la parte trasera de un contenedor.

Raven dejó de disparar y se rio.

—¡Excelente, Snake! ¡Has hecho algo que yo jamás podría hacer! ¡Pero vas a necesitar algo más que talento gimnástico para escapar de tu derrota!

Snake rápidamente introdujo su mano en el bolsillo exterior y sacó una granada Flashbang. Le quitó la anilla y la arrojó por encima del contenedor. La granada de aturdimiento estalló antes de llegar al suelo, provocando un chillido desquiciado de los cuervos. Snake oyó cómo cayeron al suelo algunos cuerpos emplumados, pero, ¿habría dañado al amo? Se quedó escuchando y permaneció a la espera de alguna señal al respecto.

—Hiciste daño a mi familia —dijo el gigante—, pero tus patéticas granadas a mí no me afectan. Te confieso que quedé ciego por un momento, y sí, las quemaduras duelen. Pero la próxima vez no te saldrás con la tuya, Snake. Y por los daños que provocaste a mis queridos cuervos, ¡te voy a aniquilar!

El coloso dobló la esquina del contenedor con la fuerza de un elefante enrabiado. Snake le disparó varias veces con la SOCOM, pero el chamán simplemente bloqueó las balas utilizando su Gatling como escudo. El maldito artefacto no sólo era enorme, sino que también debía de haber sido fabricado a partir de algún metal antibalas ultrarresistente. Además, Vulcan Raven, a pesar de su tamaño, se movía muy rápido.

Snake se giró y echó a correr.

—¡Así, así! ¡Vete corriendo como el auténtico cobarde que eres!

«¡Que se vaya al infierno!», pensó Snake. Si salía corriendo no era por cobardía; estaba efectuando un repliegue para formular un plan de ataque. La situación exigía una medida drástica, y Snake no tenía ni idea de cómo proceder. En esos momentos hubiese deseado tener aún el Nikita o la lanzadera Stinger, pero eran armas demasiado engorrosas y las había dejado atrás. Volver sobre sus pasos para recuperarlas era inviable a esas alturas.

Todavía conservaba el rifle de francotirador. Se lo descolgó del hombro y revisó el cargador. Luego se subió a uno de los contenedores y se tumbó a la espera. Percibió la enorme silueta de Vulcan Raven moviéndose entre una fila de cajas, buscando a su presa. Snake apuntó con el PSG-1 a su cabeza, la puso en el punto de mira y apretó el gatillo, pero en el último momento un cuervo salido de la nada descendió en picado y le arrebató el arma con sus garras. La bala rozó la oreja del gigante, que empezó a sangrar, pero aun así había fallado. Como respuesta, Vulcan Raven giró la metralleta Gatling hacia Snake y baleó toda la zona alrededor de donde se había tumbado. El agente se pegó cuanto pudo al suelo, mientras los disparos cortaban el aire y hacían pedazos el contenedor. El gigante empezó a acercarse a él, obligando a Snake a saltar del contenedor, aterrizar de pie y echarse nuevamente a correr.

Pero varias balas le dieron en la espalda. Sintió como si le hubiesen golpeado con tres, incluso con cuatro mazos; el cuerpo de Snake fue impulsado hacia adelante y cayó de bruces contra el suelo. Perdió el conocimiento por un segundo, aproximadamente. Cuando recuperó la conciencia, pudo oír los pasos del chamán acercándose. Le dolía la espalda intensamente, pero el chaleco antibalas había evitado que la munición penetrara. Estaba vivo.

«¡Mueve el culo!»

Snake se incorporó a duras penas y se escondió detrás de otro contenedor.

«¡Dios mío!», se quejaba para sus adentros. Le ardía la espalda como si estuviese en llamas. El chaleco Kevlar le habría salvado la vida, pero no le había ahorrado el dolor de recibir un disparo. No sería de extrañar que alguna costilla hubiera sido dañada por el impacto.

Unos nuevos disparos de Vulcan impactaron el contenedor que estaba justo al

lado opuesto de Snake.

—¡No te puedes esconder, Snake! ¡La próxima vez será un tiro en la cabeza, justo donde no llevas protección antibalas!

Snake se volvió a zafar, moviéndose furtivamente entre las filas de cajas de embalar hasta llegar casi al final del almacén, donde se agachó detrás de un barril de metal. Sabiendo que no le iba a servir de mucho, sacó otra granada Flashbang, le quitó la anilla y la lanzó a lo largo del pasillo como si jugase a los bolos. Estalló justo cuando Vulcan Raven aparecía al final de la fila. Esta vez el hombre gritó de dolor, pero siguió adelante a través de la nube de humo, más cabreado que antes. La Gatling emitió un estruendo y perforó la pared del fondo en el mismo momento en que Snake salía huyendo desde detrás del barril hacia otro contenedor. Volvió al punto exacto donde Raven había sido alcanzado por la granada. La explosión había hecho un tremendo agujero en el contenedor, que estaba lleno de minas Claymore.

Snake introdujo la mano y cogió dos. Antes de que le viera el gigante, huyó con rapidez en dirección opuesta. Dobló varias esquinas de diferentes filas, y finalmente se detuvo delante de un gran contenedor, cerca del montacargas. Colocó las minas Claymore en uno de los lados del contenedor a la altura de su cabeza. Luego sacó el explosivo plástico C4 de un estuche y lo pegó a una de las Claymore. Marcó una tecla y configuró el C4 para hacerlo detonar a distancia. Acto seguido, dispuso el canal correspondiente en el Codec.

Ahora le tocaba encontrar alguna artimaña para atraer a la bestia. Snake oyó un chillido que le resultaba familiar por encima de su cabeza. Miró y vio a uno de los cuervos que se cernía sobre él. Sin ningún remordimiento, sacó la SOCOM, apuntó, disparó al pájaro y lo derribó.

—¡Snake! —El gigante estaba furioso—. ¡Osas matar a mis animales de compañía!

Oyó sus pesados pasos acercándose. Snake retrocedió, corrió alrededor del contenedor y fue hacia el montacargas. Luego cayó de rodillas, dobló su cuerpo como si el dolor fuera insoportable y puso una mano sobre el Codec.

Unos segundos más tarde, apareció el chamán por la esquina del contenedor-trampa. La sangre de la herida de la oreja le había manchado la parte superior de su cuerpo, creando una imagen a la vez espantosa y surrealista.

—¡Ajá! Finalmente te han debilitado mis disparos a pesar de tu protección antibalas. Di tus oraciones, Snake. Aquí se acaba todo. Luchaste con valentía pero, desgraciadamente, no lo bastante bien. ¡Adiós, compañero guerrero!

Vulcan Raven levantó el M61A1 para lanzar una última ráfaga, y Snake apretó la tecla del Codec.

El C4 detonó, provocando la explosión de ambas minas Claymore en la cara del gigante. El almacén entero se sacudió por la intensidad del estruendo, y el ruido

retumbó por todos los rincones durante varios segundos.

Los pájaros supervivientes volaban en círculos concéntricos graznando horrorizados y entristecidos. Luego se posaron encima del gigante que estaba tirado en el pasillo.

Snake se puso de pie y se acercó a él. Por algún milagro, Vulcan Raven seguía con vida.

—Tal... tal como indicó el jefe —dijo el gigante esforzándose por hablar—, es mi existencia... que ya no es imprescindible... en este mundo. Pero mi cuerpo no permanecerá en este lugar. Mi espíritu y mi cuerpo... se unirán... a los cuervos.

Los pájaros graznaron al unísono.

—De esta manera... volveré a la Madre Tierra... que me dio a luz.

El gigante levantó despacio su enorme brazo, sacó algo de un bolsillo y se lo ofreció a Snake.

—Toma, llévate esto. Te abriré la puerta trasera y te llevaré... adonde quieres ir.

Snake lo aceptó. Era una tarjeta PAN de nivel 7.

—¿Por qué haces esto?

—No eres una serpiente creada por la naturaleza. El jefe y tú... sois de otro mundo..., un mundo que no deseo conocer..., debes luchar con él..., yo estaré mirando desde el cielo.

—Eres un hombre de honor, no te olvidaré —le dijo Snake.

El gigante miró al agente con ojos enrojecidos y aire de resignación. Vulcan Raven tosió e hizo un gesto de dolor. Fue sólo en ese momento cuando se percató de la horrorosa herida, del tamaño de una rueda, que tenía el gigante en el costado. Se podían ver claramente sus costillas y sus órganos internos. No le quedaba mucho tiempo de vida.

—El hombre que viste morir delante de ti no era el jefe de la DARPA.

—¿Qué?

—Era Decoy Octopus, un miembro del FOXHOUND.

Snake se quedó boquiabierto. De repente tuvo claro cuál era el misterio de los dos cadáveres.

—Era un... experto en disfraces... Supo imitar al detalle a ambos sujetos, incluso el tipo de sangre. Le sacó la sangre a Anderson para ponérsela en su cuerpo. Pero no pudo engañar al Ángel de la Muerte.

—¿El Ángel de la Muerte? —Snake supuso que el hombre había empezado a delirar—. ¿Pero para qué molestarse tanto? ¿De qué le servía usurpar la identidad del jefe?

Vulcan Raven intentó en vano esbozar una sonrisa.

—Tendrás que solucionar tú solo el resto del puzle. Snake..., en la naturaleza, no existe el concepto de... la masacre sin límite. Siempre hay un punto final. Tú, en

cambio, eres distinto.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—El camino por el que transitas no tiene fin. Cada paso... que das... está pavimentado por los cadáveres de tus enemigos.

Snake no quiso seguir escuchando. Se giró dando la espalda al hombre moribundo y caminó en dirección a la salida del almacén.

—¡Sus fantasmas te atormentarán... para siempre! —Le gritó el gigante maldiciendo a su enemigo—. ¡No tendrás ni un momento de paz! ¿Me oyes, Snake? ¡Mi espíritu te estará vigilando!

En ese momento, los siniestros cuervos formaron un enjambre alrededor de su maestro y lo taparon por completo. Snake se detuvo, se giró y observó pasmado cómo los pájaros hacían algo que jamás había visto. Después de graznar desconsoladamente durante varios segundos sobre el cuerpo, despegaron todos de golpe. No quedaba nada de Vulcan Raven, su cuerpo había desaparecido por completo. Los cuervos volaron en círculo justo por encima de donde había caído el chamán y luego desaparecieron en la oscuridad del almacén.

«¿Y eso...?»

Snake se frotó los ojos y volvió a mirar. Inspiró profundamente y se dio la vuelta para volver a su objetivo. Aunque él personalmente fuera escéptico, sabía que los pueblos Indio-Esquimales creían en la magia. Aquello desde luego había sido un truco increíble.

—¿Snake?

El Codec. Otra vez llamaba Master Miller.

—¿Sí?

—Apaga tu monitor, te lo digo por lo de Naomi Hunter.

Pero antes de poder hacerlo, intervino el coronel Campbell.

—¿Qué pasa con Naomi?

—¡Maldita sea! —masculló Miller.

Snake suspiró. Se había acabado el juego.

—Coronel, ¿está ahí Naomi?

—No, está fuera. Está durmiendo una siesta. Master Miller, llevamos horas tratando de comunicarnos con usted. ¿Dónde ha estado?

—Em... yo... hoy me he comunicado exclusivamente con Snake, mi coronel.

—El acuerdo no era ése. Todos estamos en el mismo barco.

Master Miller se aclaró la garganta y dijo:

—Por supuesto, coronel.

A Snake le pareció raro. Normalmente su antiguo entrenador se llevaba bien con el coronel.

—Entonces, ¿qué problema hay con Naomi?

—Está bien, creo que conviene que el coronel también esté al corriente —afirmó Miller.

—Sí —dijo Snake mostrando su acuerdo—. Prosigue, Master.

—Bueno, básicamente la doctora Naomi Hunter no es la doctora Naomi Hunter.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo?

—Me daba la impresión de que algo olía mal en cuanto a sus antecedentes, así que me decidí a hacerle un seguimiento.

—¿Y...? —Campbell sonaba escéptico, pero estaba dispuesto a escucharlo.

—Existe una tal doctora Naomi Hunter, o mejor dicho, existió, pero no es la que conocemos nosotros. La auténtica Naomi Hunter desapareció en algún lugar de Oriente Medio. La nuestra se debe haber hecho con sus documentos.

—Entonces, ¿quién es realmente?

—Será algún tipo de... espía. Enviada tal vez para sabotear esta misión.

—¿Quieres decir que está del lado de los terroristas?

—A mí también me cuesta creerlo, pero creo que está trabajando para FOXHOUND —interrumpió Snake.

—¿Crees que tuvo un papel en el motín?

—O incluso es posible que trabaje para otro grupo totalmente aparte —añadió Miller.

—¿Un grupo diferente? No puede ser...

—Decrete una orden de detención, coronel —sugirió Miller.

—¿Qué? Pero si yo...

—Nos ha traicionado, tenemos que arrestarla e interrogar, para averiguar con quién colabora.

—Si resulta ser una espía, lo tenemos muy mal...

Snake detectó algo en la voz del coronel que le indicaba que sus inquietudes no iban dirigidas a la doctora. Le preocupaba otro problema que aún no había planteado.

—¿A qué se refiere, mi coronel? —Le preguntó.

—Nada, nada...

—Eh, coronel, ¿le ha facilitado algún dato secreto o algo? —le preguntó Miller, pero Campbell no le contestó—. ¿Tendrá algo que ver con las muertes misteriosas del jefe de la DARPA y del presidente de ArmsTech? —insistió Miller.

—Yo... yo no tengo ni idea —replicó el coronel con poca convicción.

Después de un momento de silencio, Miller continuó.

—De todos modos, no podemos permitir que siga participando en esta misión.

—Espera, espera —saltó Campbell—. Sin ella no podemos llevar a cabo nuestro cometido.

—Lo sabía —dijo Snake—, estás ocultando algo.

—No, no es eso... Veamos si consigo que me cuente algo.

—Hay que actuar rápido. Tenemos que saber quién es y qué está haciendo aquí — insistió Miller.

—Lo entiendo —respondió el coronel—. Snake, dame tiempo.

—Para ti ya no me queda tiempo, mi coronel —refunfuñó Snake.

Apagó el Codec, caminó hasta la puerta del almacén, deslizó la tarjeta PAN por la cerradura y la abrió.

Capítulo 21

La doctora Naomi Hunter abandonó su intento de dormir una siesta y volvió junto a su ordenador. El tiempo que pasó tratando de olvidar tanto el dolor como la vergüenza resultó inútil. Había repasado los acontecimientos de las últimas horas y no había posibilidad de que se relajara, aunque fuese un asunto de vida o de muerte. Sabía que la situación no daba más de sí, y que tarde o temprano llegaría un desastre inevitable.

Hubiera querido tomarse algo fuerte, preferiblemente un gin-tonic con una rodaja de limón. Sus glándulas salivales se activaban con sólo pensar en el combinado. No sólo el sabor calmaría su antojo: lo importante era que el alcohol le relajaría los sentidos. No faltaba mucho para que la sometieran a un mundo de dolor, y no tenía escapatoria.

El coronel Campbell entró en la sala de controles y se detuvo detrás de ella.

—Naomi.

No giró su asiento para mirarlo. En vez de eso, se concentró en el monitor de su equipo para seguir los movimientos de Snake mientras se desplazaba desde el frío almacén hasta la base de mantenimiento subterránea donde se guardaba el Metal Gear.

—¿Sí, coronel?

—Te están reclamando en la sala de conferencias.

Su tono de voz era firme y directo, le estaba dando una orden.

—¿Señor?

—Naomi, ahora mismo. Hay algunas... personas... que quieren hacerte unas preguntas.

Sólo entonces hizo girar su silla. No se había dado cuenta de que lo acompañaba un policía militar que estaba firme detrás de él.

—¿Y por qué, quiénes son esas personas?

—Forman parte de nuestro equipo de seguridad, aquí en el submarino. Trabajan para el departamento de defensa, pero eso ya lo sabes.

—¿Y por qué quieren... interrogarme?

—Escucha, Naomi —el coronel hizo una señal con la cabeza al policía que dio un paso hacia delante—, este hombre te acompañará.

Todo fue más rápido de lo que pensaba. La doctora Hunter se fijó en los ojos de Campbell y vio en ellos rabia y desengaño. Con aire de resignación, asintió con la cabeza, se incorporó y se marchó de la sala acompañada por el soldado.

Snake utilizó la tarjeta PAN de nivel 7 para abrir la puerta trasera del almacén,

que daba a otro túnel subterráneo que bajaba en pendiente hasta otros niveles. El recinto Shadow Moses tenía más pasajes secretos que el Castillo Mágico de Los Ángeles, lo que convenció a Snake, ahora más que nunca, que no había sido edificado exclusivamente para guardar y eliminar desechos nucleares. El propósito de la misión había sido claro, aunque a posteriori Snake hubiese descubierto entre líneas cosas que no le parecían correctas. A medida que los indicios se iban acumulando, estaba cada vez más convencido de que la operación no era más que una maniobra de distracción envuelta en secretismo, una tapadera para otra cosa totalmente distinta. Master Miller le había lanzado algunas indirectas, y los renegados moribundos del FOXHOUND habían insinuado que las cosas no eran como parecían.

«Me importa un huevo. Acabo el maldito trabajo y fuera.»

Al llegar al final del túnel, se fijó en que había una cámara disparadora colocada encima de la puerta. La cámara lo había detectado, ya que de repente, y con un movimiento brusco, lo apuntó. El aparato recorrió con la lente y el cañón todo el túnel por si detectaba algún signo de movimiento, pero Snake se había ocultado en la sombra pegándose a la pared. Con un movimiento suave, introdujo la mano en su mochila y sacó una granada Chaff. Lo ayudaría a sortear el detector de la cámara, pero no lograría inutilizar el arma. Cada cosa a su tiempo. Snake le quitó la anilla y lanzó la granada para que estallara delante de la puerta. Tras la explosión, se puso en medio del túnel y notó que la cámara ya no lo detectaba. Sacó la SOCOM, apuntó y disparó contra el arma, consiguiendo arrancarla de su soporte.

Abrió la puerta con la tarjeta PAN. Daba a un puente de metal muy largo que lo llevó hasta una sala que lo dejó sorprendido. Era el espacio más grande que había pisado hasta ese momento. Parecía el escenario de una película de *La guerra de las galaxias* o de un *manga*. Podría haber sido incluso una catedral construida en honor a los dioses de la mecanización y la magia de la alta tecnología. Pero la sala no era nada en comparación con la monstruosidad que tenía delante, encima de una gran plataforma metálica. El monstruo inspiraba el mismo tipo de sobrecogimiento que uno experimenta al ver el Monte Rushmore, el Taj Majal o el Gran Cañón.

El Metal Gear REX era un gran cuerpo gigantesco parecido a algún tipo de reptil. Snake calculaba que tendría unos doce metros de altura y seis de anchura, de grandes espaldas y con fuertes piernas que le permitían caminar como un ser humano. Su brazo derecho era un cañón largo, y el izquierdo una carcasa en forma de cañón que guardaba distintos tipos de armas. No tenía una cabeza como tal: la parte superior del Metal Gear era plana y, en la parte central, entre los hombros, sobresalía la cabina para los pilotos.

Era casi imposible determinar exactamente con qué armamento estaba equipada aquella máquina. Snake se percató de que llevaba unas ametralladoras en la zona de la nariz, probablemente de un calibre de 30 milímetros. Instaladas a la altura de la

cabina, había unas lanzaderas de misiles tipo TOW. Si aquella máquina era como los otros Metal Gears que Snake había visto, el coloso llevaría en alguna parte un potente láser capaz de desintegrar cualquier objeto que se cruzase en su camino. Sería un ArmsTech International VI7 Vulcan Canon Searing Láser Storm High-Energy Cutter, la tecnología más puntera en armas láser. Finalmente, el brazo derecho estaba también equipado con un Rail Gun de 18.5 milímetros, un modelo conocido como el «Creador de Viudas», y a su lado llevaba acoplado un misil nuclear cargado y listo para ser lanzado.

Por si todo aquello no fuese lo suficientemente intimidante, la plataforma del REX estaba rodeada por un foso lleno de un líquido viscoso, turbio y sucio. Manaba de una pequeña cascada que corría por una máquina que estaba en la parte izquierda de la sala. Obviamente, era líquido de desechos. El Codec tenía una aplicación que funcionaba como contador Geiger, así que Snake cruzó el puente y se detuvo delante del primer perímetro del foso. Se agachó en el borde y activó el Codec. La lectura del contador Geiger le indicó que el agua estaba contaminada con elementos radioactivos. A lo mejor podía estar en el mismo espacio sin que lo perjudicara, pero darse un baño allí no sería lo más recomendable. El fango tenía la misma textura que las arenas movedizas, el camino más recto para una dolorosa muerte lenta.

Se quedó mirando, y le pareció muy extraña la total ausencia de soldados genoma. Snake estaba a solas con el REX, lo cual no era lógico. ¿Dónde estaban los demás? Miró hacia arriba y vio una gran ventana de observación en la pared del fondo. En el interior, las luces estaban encendidas y juraría haber visto fugazmente una figura alejándose del cristal para salir de su vista. Snake supuso que aquello era la sala de control, el cerebro de toda la operación. Si no le fallaba la intuición, allí se guardaban muchos datos secretos. La pared estaba bordeada por una pasarela y, a la altura de la ventana, parecía haber una puerta abierta que daba a la sala de controles.

—Snake, soy yo —se iluminó el Codec indicando la frecuencia de Otacon.

—¿Has encontrado un buen sitio para esconderte? —preguntó Snake.

—Sí, gracias al equipo de camuflaje. Parece que ya han acabado de preparar el Metal Gear.

—¿Cómo lo sabes?

—Les oí comentarlo. ¿Dónde estás ahora?

—¡Estoy justo delante de él! Pero hay algo raro.

—¿Algo como qué?

—Aquí no hay nadie, ningún guardia patrullando. Está demasiado tranquilo.

—Tal vez porque están todos preparados. Dijeron que incluso ya habían insertado los códigos PAL.

—¿Qué hago ahora?

—Lo único que puede hacerse es utilizar el sistema de invalidación que te

comentó el presidente Baker.

Snake soltó un taco en voz baja.

—Pero sólo tengo *una* de las tres llaves. Y además, como dijo Ocelot, hay un truco a la hora de usarlas.

—Vale, deja que lo solucione yo.

—¿Tienes algún plan?

—Bueno, estoy ahora mismo en la central informática. Voy a hacer lo que pueda para acceder a los archivos privados de Baker.

—¿Los archivos privados de Baker? ¿Y no te hace falta una contraseña?

—Sí, claro, pero siempre hay alguna manera de...

Una vez más, sorprendió a Snake con una nueva habilidad.

—¿Es decir que también eres un hacker?

—Pues sí, sería una descripción acertada.

—¿Cómo ves el tema, crees que vas a poder?

—Te lo diré cuando lo intente.

—En ese caso, adelante, cuento contigo.

Snake cortó la transmisión y estudió la distribución del recinto. Evidentemente, la mejor manera de acceder a la sala de control era escalando el Metal Gear. A un lado, cerca de la base, había una escalera móvil similar a las que se utilizaban en los aeropuertos para recibir a los pasajeros. La podría empujar hasta la pierna derecha del REX y subir, lo cual le daría acceso a la rodilla de la máquina. A partir de ese punto tendría que encontrar la manera de trepar hasta su cintura, luego al brazo con el cañón y desde ahí pasar al hombro. Echó una última mirada alrededor para comprobar que aún estaba solo, y luego corrió hacia las escaleras móviles. La desplazó con facilidad y agradeció que las ruedas no hicieran ruido, ya que en un espacio como aquél, parecido a una iglesia, el más mínimo sonido activaría toda una orquesta sonora. Una vez colocada la unidad, Snake subió los veinte peldaños, se agarró a la parte lateral de la pierna de la mecha y trepó hasta la rodilla.

Aunque era evidente que el exterior del REX estaba hecho de acero antibalas ultrarresistente, su textura resultaba suave al tacto. Pero no es que tuviera un acabado liso como el de un coche. El diseño del Metal Gear se parecía al de un juguete Transformer o al de las naves espaciales de las películas de ciencia ficción hechas después de *La guerra de las galaxias*. Era un tanque acorazado con piernas que no intentaba ocultar el hecho de ser totalmente mecanizado.

Snake pasó los siguientes minutos trepando lo mejor que podía hacia el pecho y luego al brazo derecho. Desde ahí, llegar a la plataforma situada entre los hombros fue fácil. En ese momento, Otacon volvió a llamar por el Codec.

—Snake, soy yo otra vez.

—¿Cómo va la cosa?

—Bien... acabo de superar el tercer nivel de seguridad de Baker. Era un tipo bastante precavido.

—¿Crees que vas a poder acceder pronto?

—Jamás me he encontrado con un sistema al que no pudiera acceder.

—Vale, pues entonces sigue intentándolo. De momento estoy sentado en la cabeza del Metal Gear.

Otacon dejó escapar un suspiro.

—Debo admitir que estoy bastante orgulloso de él. Impresionante, ¿no?

—Sí, bueno, salvo por el hecho de que con sólo apretar un botón es capaz de borrar una ciudad del mapa.

—Eh, bueno, también eso..., supongo que es capaz de hacerlo. Está armado ahora mismo, ¿verdad?

—Eso parece.

—Entonces tengo que ponerme a trabajar. Dame un par de minutos más.

Snake echó una ojeada a la pasarela que bordeaba la pared por debajo de la ventana de observación y de la puerta abierta. Las luces aún estaban encendidas, y estaba seguro de haber visto movimiento. No existía forma alguna de ir desde la cabeza del REX hasta la pasarela sin saltar. Había por lo menos dos metros de distancia, que en circunstancias normales no serían problema, pero Snake no se la iba a jugar. Se desplazó hasta la punta de la nariz del REX —es decir, la cabina— para tomar impulso. Tomó carrerilla a lo largo de la plataforma, y saltó como si fuese un campeón olímpico. Las palmas de sus manos primero golpearon en la parte inferior de la pasarela para luego agarrarla con toda su fuerza. Estuvo un momento colgado sin atreverse a mirar hacia abajo, ya que la fosa llena de fango radioactivo estaba a unos quince metros. Respiró hondo y luego flexionó los brazos para impulsarse hasta la pasarela. Lo consiguió.

—Snake, ¡lo tengo!

Ya arriba, Snake se arrastró hasta el borde más cercano a la pared por si alguno de los que estaba en la sala de control miraba hacia afuera. Se acercó el Codec a la boca y susurró:

—¿Te has saltado las medidas de seguridad?

—¡Bingo!

—¡Estupendo! A ver, dime: ¿qué hay?

—Pude acceder al expediente confidencial del Metal Gear.

—¿Ves algo del sistema de inhabilitación PAL que Baker comentaba?

—Aún no lo he encontrado.

—¡Pero si es eso lo que necesito saber!

—Sí, Snake, pero ¡he encontrado otra cosa!

—¿Qué?

—¡Es tal como imaginaba! La cabeza nuclear está diseñada para ser lanzada como un proyectil desde el Rail Gun. Como no utiliza carburante, no está considerada como un misil, de tal manera que puede saltarse todo tipo de tratados internacionales.

—Vaya plan más astuto.

—Y eficaz, pero no es lo que más asusta de esta arma.

—No me dejes en vilo.

Otacon, hablando en voz baja y con un tono de urgencia, añadió:

—¡Es un armamento de camuflaje!

—¿Quieres decir que no lo detectan los radares?

—¡Pues no! La verdad es que llevan desde los años setenta tratando de desarrollar un misil de camuflaje, pero jamás lo habían conseguido debido al sistema de propulsión del misil, que sí que era detectable por los satélites enemigos. Pero al contrario que un misil, el Rail Gun no quema ningún tipo de carburante ni emite calor, así que no puede ser detectado por ningún sistema balístico actual.

—Dicho de otra forma, es una cabeza nuclear invisible.

—Claro, y por lo tanto totalmente imposible de interceptar. Además, consta de un misil perforador de superficies diseñado para penetrar hasta las más protegidas y sólidas bases subterráneas. ¡Este bicho puede acabar con el mundo!

Snake se acarició la frente y miró hacia abajo a la bestia en cuestión.

—Es el arma total, y desde un punto de visto político evita el escollo de la reducción de los arsenales y de las inspecciones nucleares. ¿Coronel, estás escuchando? ¿Estás ahí?

Campbell intervino.

—Sí, estoy aquí, escuchando.

—Si esto se llegara a saber podría demorar la firma del tratado START-III y provocar un gran conflicto internacional.

Otacon estuvo de acuerdo.

—Pues sí, pondría las cosas muy feas. Estados Unidos serían denunciados por las Naciones Unidas. Incluso podría acabar con la carrera del presidente.

—Coronel, ¿sabías eso?

Campbell vaciló un momento antes de contestar:

—Lo siento.

Snake sintió de repente como si le hubiesen clavado algo en el pecho. A veces las heridas más profundas son las provocadas por las mentiras de los amigos.

—Coronel, has cambiado —eso fue lo único que Snake logró expresar.

—No voy a intentar excusarme —contestó Campbell.

—Snake, escúchame —interrumpió Otacon—, esta arma..., en realidad jamás ha sido probada. Sólo en simulacros.

—¿Cuáles fueron los resultados de esas simulaciones? ¿Lo sabes?

—Por lo visto salieron mejor de lo que pensaban, pero no encuentro los datos en ninguna parte de esta red. Unos datos tan importantes deberían estar guardados con el máximo cuidado.

Entonces Snake recordó algo.

—Se hizo. El presidente Baker me entregó un disco óptico con todos los datos relacionados con las pruebas.

—¿Qué? ¿Aún lo tienes? —preguntó Campbell.

—No, me lo quitó Ocelot.

—¡Mierda!

—Los terroristas reemplazaron la cabeza nuclear falsa por una de verdad. Una vez que metan los códigos de detonación, estarían listos para el lanzamiento —añadió Otacon.

—¿Crees que lo pueden conseguir?

—Bueno, la cabeza falsa fue diseñada para ser idéntica a la auténtica... Sí, creo que no les será difícil.

—¿Has podido averiguar como inhabilitarlo?

—Todavía no. Ha de estar en otro archivo. En este momento estoy revisando todos los archivos personales de Baker. Snake, creo que he encontrado su objetivo oculto.

—Apuesto que buscaba forrarse.

—Bueno, sí, en parte. ArmsTech está en peor situación financiera de lo que pensaba. ¿Sabes que después de pujar perdieron el contrato para fabricar la próxima generación de cazas? Eso, más la reducción en gastos SDI... Parece ser que se barajaba la posibilidad de sufrir una opa hostil por otra empresa.

—O sea que apostaron todo a este proyecto.

—Y por lo visto estuvimos pagando un montón de dinero para sobornar al jefe de la DARPA.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Por qué será que no me extraña?

—Claro, y Baker era, además, un gran partidario de la teoría de disuasión nuclear.

—Ya veo —Snake sacudió la cabeza—. Coronel, no me habías informado de todo esto.

—No estaba al corriente de todo, Snake, pero sí es cierto que sabía algo de la opa hostil y de los esfuerzos de Baker para evitar que sucediera. Anderson y él eran cómplices en esto.

—Vale. ¿Otacon?

—¿Sí?

—¡Averigua lo de la inhabilitación!

—¡Sí, señor!

Snake se despidió. En aquel preciso momento, habría sido capaz de romperle el

cuello a Campbell. ¿Qué más le habría ocultado? ¿El objetivo final de esta misión no sería tal vez salvar la imagen de ArmsTech? Era degradante. De no existir una amenaza real de un posible lanzamiento de un misil nuclear, Snake se hubiera dado media vuelta allí mismo y se hubiese vuelto a casa.

Por ahora era impensable. Había llegado demasiado lejos como para tirar la toalla. No podía abandonar. Aunque la compasión que sentía por la llamada raza humana estuviese en su punto más bajo, no iba a permitir que los terroristas adelantasen el día del Juicio Final.

Snake se puso de pie y caminó despacio junto a la ventana de observación. La sala de control estaba llena de monitores y de puestos de trabajo... y había allí dos hombres que reconoció enseguida: Liquid Snake y Revólver Ocelot. Estaban de pie delante de tres ordenadores portátiles en una mesa en el centro de la sala. Apenas podía oír sus voces, así que Snake se aventuró a acercarse a la puerta abierta. Desde esa posición pudo oír con claridad todo lo que decían los terroristas.

—Avísame en cuanto termines —decía Liquid.

—Vale, he introducido los códigos PAL y he inhabilitado la aplicación de seguridad —le contestó Ocelot mientras pulsaba las teclas con la única mano que le quedaba. La otra era ahora una simple prótesis inerte—. Podemos iniciar el lanzamiento en cualquier momento.

Liquid se alejó unos pasos del puesto.

—Aún no tenemos ninguna respuesta de Washington. Les vamos a tener que demostrar que esto va en serio.

—¿Lo voy programando entonces con destino a Chernoton, en Rusia?

—No, ha habido un cambio. El nuevo blanco será Lop Nur, en China.

—Pero, jefe, ¿por qué?

—Estoy casi seguro de que ni a ti ni al señor Gurlukovich os gustaría que se lanzara una bomba sobre vuestra Madre Patria, ¿verdad que no?

Ocelot encogió los hombros.

—¿Pero, por qué? Si allí no hay nada.

—Falso, es un sitio que se utiliza para hacer pruebas nucleares. Si efectuáramos un bombardeo atómico sobre una zona urbana de tamaño importante, se acaba el juego. Pero una explosión nuclear en un lugar de pruebas atómicas se puede ocultar al público. Mientras tanto, Washington verá aumentar sus preocupaciones con una posible represalia como respuesta por parte de China.

Ocelot sonrió.

—Lo cual significaría reuniones en secreto entre los líderes de ambos países.

—Por supuesto, y en el proceso el presidente se verá obligado a confesarle a los chinos la existencia de una nueva y altamente peligrosa arma nuclear. ¿Qué crees que va a pasar con la reputación de Estados Unidos, o con la del presidente?

—Y con el CTBT, es decir China e India... ¡Ya lo veo!

Ocelot se acercó al escritorio, alzando los brazos para mostrar su admiración hacia su jefe.

—Pues sí, cuando los demás países oigan hablar de la nueva arma, todos querrán ponerse en contacto con nosotros. A Washington no le va a gustar nada que empecemos a vender su propio sistema al mejor postor. El presidente caerá, o cederá a nuestras demandas.

—El ADN de Big Boss y un billón de dólares...

«¡Un billón de dólares!» Snake cerró los ojos; le resultaba difícil imaginar qué clase de demente sería capaz de inventarse tal conspiración.

—Ese dinero también se destinará a curar a nuestros soldados genoma —continuó Liquid— Incluso voy a incluir las vacunas FoxDie en nuestra lista de demandas.

Ocelot soltó un gruñido.

—FoxDie mató a Octopus y al presidente de ArmsTech, así que es verdad que la gente mayor se ve afectada antes que el resto. A lo mejor no afectó a Mantis porque llevaba mascarilla.

—A Wolf tampoco la atacó. Quizá fue por los tranquilizantes que tomaba.

—O por la cantidad de adrenalina que tenía en la sangre. Tal vez el FoxDie aún se encuentra en fase experimental, y todavía no han resuelto los pequeños fallos.

«¿Qué demonios es eso del FoxDie?», se preguntó Snake.

—Pase lo que pase, ¿has recibido alguna noticia de tu amigo Spetznaz? ¿Qué cuenta el coronel Sergei Gurlukovich? —Liquid cambió de tema.

—Aún le quedan dudas sobre la capacidad del Metal Gear. Me dijo que estaría dispuesto a hablar cuando ya hayamos hecho un lanzamiento de prueba con éxito.

—Bueno, ése sí que es un hombre prudente —dijo Liquid con sarcasmo.

—No hay por qué preocuparse. El coronel anhela tanto comprar el Metal Gear y la nueva arma nuclear que casi se huele. Si Rusia quiere recuperar su puesto como potencia militar, tendrá que reforzar su arsenal. Van a necesitar un arma nuclear que no pueda ser interceptada. El Metal Gear les permitirá recuperar su capacidad de disuasión.

—Su ejército regular está hecho pedazos, ¿y creen que van a poder recuperar el poder militar de su país con armas nucleares? Ese Gurlukovich no es un guerrero, ¡es un político!

—Puede ser, pero fue él quien nos proporcionó el Hind-D y la mayor parte de nuestras armas pesadas.

—También manda a más de mil soldados. Si uniéramos nuestras fuerzas podríamos montar una resistencia importante aquí. Nos iría bien un poco más de mano de obra; desde que murió Mantis, nuestro poder sobre la mente de los soldados genoma ha empezado a menguar. Me preocupa la moral de los hombres. Una alianza

con los rusos podría jugar en nuestro favor.

Ocelot puso mala cara.

—¿Pero qué dices? No nos vamos a ninguna parte, nos haremos fuertes aquí, este conflicto va para largo.

—Aún podemos escapar —Liquid sacudió la cabeza—. Tenemos el arma más poderosa que se haya creado jamás, sólo tenemos que cerrar nuestra alianza con las fuerzas de Gurlukovich.

—Es decir, ¿que te vas a enfrentar con el mundo entero?

—¿Y qué hay de malo en eso? Desde aquí podemos lanzar una cabeza nuclear sobre cualquier punto del planeta. Una cabeza nuclear invisible e imposible de interceptar. Y la base está llena de repuestos de armas nucleares. Una vez que obtengamos el ADN y el dinero, ¡el mundo será nuestro!

—Pero, jefe, ¿y la promesa que le hiciste al coronel Gurlukovich?

Liquid dio la espalda a Ocelot y caminó hacia la ventana de observación. Snake tuvo que agacharse para permanecer fuera de su vista.

—No tengo interés alguno en el renacimiento de Rusia y de la Madre Patria.

—¿No estás pensando en recuperar el sueño de Big Boss?

—Ocelot, has leído mi mente. Desde el día de hoy puedes empezar a llamar este sitio Outer Heaven.

Snake se estremeció. Todo le sonaba demasiado familiar. Los fantasmas del pasado habían vuelto para mostrar su cara más fea.

«Outer Heaven... el Sueño de Big Boss... ¡Dios mío...!»

—Jefe —dijo Ocelot—, ¿no estás preocupado por si alguien inhabilita el PAL? Si se introduce el código por segunda vez, la operación se anula.

—No hay motivo para preocuparse. El jefe de la DARPA y el presidente de ArmsTech han muerto...

—Y Snake, ¿sabe cómo funciona el sistema de inhabilitación?

—Tú lo interrogaste y no conseguiste nada.

—No llevaba ninguna tarjeta encima.

—Bien, eso significa que ahora no hay nadie que pueda parar al Metal Gear.

Liquid volvió al lado de Ocelot delante de los tres ordenadores portátiles.

—¡Ah!, por cierto —dijo Ocelot—, ¿qué hacemos con la mujer? ¿Quieres que... acabe con ella?

—Déjala vivir. Es la sobrina de Campbell, y Snake le tiene mucho afecto. Será nuestro as en la manga.

«¡Meryl está viva!»

Snake sintió de repente el deseo incontenible de irrumpir en la sala, enfrentarse a los dos terroristas FOXHOUND y exigir que le dijeran dónde tenían escondida a Meryl. Les quería retorcer el cuello a los dos y tirar sus cuerpos al fango radioactivo

que había debajo del Metal Gear. Pero antes de que tomara una decisión precipitada, sonó el Codec.

—¡Snake, los he encontrado! ¡Los archivos personales de Baker!

—¡Bien hecho, Otacon!

—¿Y dónde estás?

—Estoy estudiando cuanto ocurre en el interior de la sala de controles, han terminado de ingresar los códigos PAL. ¿Y ahora, cómo demonios los desactivamos?

—Vale. ¿Ves el sistema de inhabilitación que nos comentaba el presidente? Pues también sirve para introducir los códigos de detonación.

—Hay tres ordenadores portátiles —dijo Snake— ¿Son éstos los que forman el conjunto del sistema de inhabilitación?

—¡Exacto! Si introduces las llaves cuando el misil está activado, lo que hacen es desactivarlo. Deberías empezar ya, no tenemos mucho tiempo.

—Pero en total son tres las llaves que hay que insertar, ¿no? ¡Y sólo tengo una!

—¡Espera un segundo! ¿Ves?, ahí está el truco. ¡Ya tienes las tres llaves!

Snake empezó a perder la paciencia.

—¿De qué demonios me estás hablando?

—La llave misma está hecha de una aleación de memoria maleable. Ya sabes, es un material que cambia de forma a distintas temperaturas. ¡De eso es de lo que está hecha la llave!

Snake la sacó de su cinturón de herramientas y la examinó. La tarjeta no parecía tener ninguna propiedad especial.

—¿Esta llave, dices?

—Sí. Cambia de forma según la temperatura. En realidad son tres llaves en una.

—Muy listo. ¿Entonces qué tengo que hacer?

—¿Ves las terminales en medio de la sala de control?

—Sí, las veo.

—Esos tres ordenadores portátiles son para ingresar datos urgentes. Tiene que haber un símbolo en cada pantalla. Cada cual corresponde a una llave diferente.

Snake sacó los prismáticos del estuche y se acercó cuidadosamente al borde de la ventana. Ocelot y Liquid estaban de espaldas, lo que permitió a Snake enfocar uno de los portátiles.

—Las llaves se introducen en orden de la izquierda hacia la derecha —continuó Otacon—. El de la izquierda es para la llave a la temperatura de la sala. ¿Ves el símbolo?

Snake se fijó en el icono con un diseño en blanco y negro.

—Sí.

—En el siguiente se introduce la llave a baja temperatura. El de la derecha es para la llave que debe ser introducida a alta temperatura. Así de fácil.

Efectivamente, la segunda terminal tenía un dibujo de color azul y la tercera un icono rojo.

Snake guardó los prismáticos.

—Vale, pues ya lo tengo. Primero voy cambiando la forma de la llave y luego la voy introduciendo en orden, ¿verdad?

—Eso es, todo lo que tienes que hacer es introducir las llaves. Después de insertarlas, el lector del disco duro lee los datos que contiene. Una vez hayas acabado con las tres terminales, ya está completo el procedimiento de introducción de los códigos. Pero sólo puedes utilizar las tarjetas tres veces, una en cada terminal.

Campbell los interrumpió:

—¡La seguridad del mundo depende de esa llave, Snake!

—Vale, yo...

Justo entonces saltó una alarma que retumbó por todo el edificio. Se encendió un foco en el techo y empezó a recorrer toda la pasarela e iluminó a Snake. ¡Había sido detectado por una cámara de videovigilancia de la sala de controles!

—¿Quién demonios...? —gritó Ocelot, y por instinto sacó su pistola con la mano izquierda. Vio en el marco de la puerta el hombro de Snake y le disparó. En un acto reflejo, el agente se giró bruscamente para quitarse de en medio, al tiempo que sacaba la SOCOM. Pero en ese movimiento ¡se le cayó la llave! Se quedó mirando horrorizado, mientras la tarjeta planeaba hacia abajo, pasando junto al Metal Gear y cayendo finalmente en el fango radioactivo.

«¡Maldita sea! ¡La llave se ha hundido en el desagüe del pozo!»

Detrás de él, la puerta de la sala de control se deslizó hasta cerrarse. Snake se dio la vuelta y vio a Liquid riéndose al otro lado del cristal.

—¡Fíjate, el señor Snake!

Snake giró su cuerpo y apuntó la SOCOM a su enemigo.

—¡El cristal es antibalas! ¡No hay manera de entrar! ¡Voy a disfrutar viéndote morir!

Campbell gritó por el Codec:

—¡Snake, tienes que recuperar esa llave!

Snake siguió apuntando a Liquid con la SOCOM, pero sabía que era en vano. De algún modo, tenía que desahogar su rabia y su frustración. Apuntó al techo con un movimiento violento, fijándose en el reflector, y apretó el gatillo. Luego salió corriendo hacia el final de la pasarela para buscar alguna manera de bajar.

No iba a tener más remedio que darse un baño.

Capítulo 22

Al llegar al final de la pasarela, se dio cuenta de que no tenía manera de bajar, ya que sólo había una especie de balcón para el que quisiera salir de la sala de control y observar la actividad en el laboratorio de mantenimiento que estaba debajo. Snake oyó un ruido de botas corriendo detrás de una puerta metálica cerrada. Agarró la SOCOM con ambas manos, se arrodilló en la rejilla y apuntó. En cuanto se abrió la puerta, apretó el gatillo y disparó a los guardias que salían por ella. Cayeron tres de ellos antes de que alguien tuviera la sensatez de cerrarla. Antes de que llegasen más refuerzos, Snake corrió hasta el centro de la pasarela y saltó sobre el Metal Gear. Se deslizó hasta el torso y luego saltó desde su rodilla a la plataforma, sin atreverse a pensar en lo que iba a tener que hacer.

Presionó el botón de su Codec:

—Natasha, ¿estás ahí?

—Sí, Snake.

—¿Qué sabes sobre el agua radioactiva? ¿Cuán peligrosa es? Se lo preguntaría a la doctora Hunter, pero está..., digamos que indisputada.

—Bien, Snake, eso depende de cuánta radioactividad haya en el agua. ¿Tienes un contador Geiger en tu Codec, no?

—Sí, y el marcador se encuentra en la zona roja.

—En ese caso es muy peligrosa.

«Maldita sea.»

—¿Cuánto tiempo puedo estar en el agua antes de que me produzca daños irreparables?

—Es muy difícil de decir, pero ¿es absolutamente necesario que lo hagas?

—¡Sí!

—Entonces no estés más de diez segundos, como máximo quince o veinte. Si te quedas más será un serio problema.

—Eso es lo que necesitaba saber, gracias.

Snake puso el cronómetro de su Codec para que le avisara a los veinte segundos, se colocó las gafas de submarinismo para visión nocturna, cerró la tapa de la funda de su SOCOM y, sin pensárselo un segundo, inspiró profundamente, retuvo el aire y se zambulló en el lodo aproximadamente a la misma altura donde había caído la llave magnética. La visibilidad era muy mala, así es que encendió su linterna de bolsillo. Eso, combinado con las gafas de bucear con visión infrarroja, le permitió ver decentemente a dos metros de profundidad. El lodo estaba lleno de porquería, como desechos de piezas de metal, basura y otros restos. Snake pensó que nadar por una

cloaca no podría ser más asqueroso que eso.

Tenía la esperanza de que la viscosidad de la fosa fuese un punto a su favor. No había corriente, así que la tarjeta no podía haber sido arrastrada; lo más probable es que simplemente se hubiese hundido hasta el fondo. Era ahí donde Snake concentraría su búsqueda. Le tomó cuatro segundos completos llegar hasta el inmundo fondo, ya que era difícil nadar en ese medio. De hecho, él no lo hubiese llamado exactamente nadar.

«¿Dónde está? Vamos, encuéntrala.»

Era como encontrar la pieza correcta entre otras que no pertenecían al puzle. Dispersos entre objetos más grandes, había docenas de piezas de metal que se parecían a la llave magnética. Sólo después de haber recogido un par de ellos descubrió que no tenían la forma exacta.

Le echó un vistazo al cronómetro. Habían transcurrido nueve segundos.

Snake no sabía si le estaba afectando la radioactividad. De cualquier forma, no notaría nada..., aún no.

«Vamos, concéntrate...»

Buscó a gatas a través de la basura, desesperado por terminar tan horrible tarea y salir de allí. De pronto, su corazón saltó de alegría cuando encontró lo que parecía ser la llave magnética, pero no era más que una vieja tarjeta de seguridad PAN de nivel 3.

Sólo le quedaban siete segundos. Era ahora o nunca.

Se sentía como una criatura bentónica arrastrándose entre los sucios escombros, cogiendo piezas y descartándolas al comprobar que no eran lo que buscaba. Entonces, cuando sólo le quedaban tres segundos, la vio. Snake agarró la llave, la examinó para verificar que se trataba de ella, y utilizó todas sus fuerzas para ascender a la superficie.

Consiguió salir al aire y respirar justo a los veintiún segundos. Salió del foso y se tumbó en la plataforma. Hizo un repaso de su cuerpo. No notaba ninguna diferencia. Pero no podía estar seguro de si la radiación lo había afectado hasta que no lo examinara un equipo médico. Esperaba que el tiempo límite que Natasha Romanenko había estimado tuviese un margen de error de por lo menos cinco segundos.

Los guardias de refuerzo no habían aparecido. El laboratorio estaba todavía vacío y el REX seguía aún allí, silencioso, alzándose ante él. Snake se quitó las gafas de bucear, puso la llave en su cinturón, y procedió a escalar por el Metal Gear de nuevo para llegar a la sala de observación y control. La subida fue más fácil y rápida ahora que ya la había hecho una vez, incluso tras el esfuerzo de sumergirse en el lodo. Tan pronto llegó a la pasarela, miró por la ventana de observación y comprobó que Liquid y Ocelot se habían ido. Abrió su bolso, sacó una granada de fragmentación, tiró de la anilla y la lanzó contra la puerta que estaba herméticamente cerrada. Luego corrió como una flecha hacia el final de la pasarela para ponerse fuera de peligro. La fuerza

de la explosión consiguió que la puerta se saliera del marco, aunque también voló una parte de la pasarela. Snake se acercó con cuidado a la entrada, pasando por encima del agujero que había en el camino, arrancó la puerta y la dejó caer a la plataforma inferior.

La sala de control estaba vacía. Snake se acercó a los tres ordenadores que estaban en los puestos de trabajo, sacó la llave de su cinturón y la insertó en la computadora que estaba a la izquierda. Por uno de los altavoces sonó una voz femenina pregrabada.

—Número uno del código PAL confirmado. Esperando el segundo número del código PAL.

«Bien, ya tenemos resuelta la primera parte.»

Ahora tenía que congelar la llave. Snake miró por la habitación para ver si había algo que pudiese utilizar, pero ni siquiera había una nevera para los empleados. Tecleó la frecuencia de Otacon en el Codec.

—¿Snake?

—¿Cómo demonios congeló la llave? —preguntó.

—¿La tienes? ¡Genial!

—Ya la he puesto en el primer ordenador. Ahora la tengo que congelar. ¿Cómo lo hago?

—Vaya, supongo que tienes que encontrar un lugar frío y dejarla allí durante unos minutos. ¿Hay algo cerca que emita frío? ¿Puedes ponerla fuera, en la nieve?

Snake se frotó la barbilla. No faltaba mucho para que el lugar se llenara de más guardias o que incluso aparecieran Liquid y Ocelot.

—No lo sé. Pero el almacén en donde estuve antes hacía mucho frío. Supongo que no está muy lejos —entonces se acordó de en qué consistía la tercera fase de la desactivación—. ¿Después tengo que calentarla para dar la tercera vuelta?

—Así es.

Snake hizo una mueca:

—¿Cuánto tengo que calentarla para conseguir que la llave cambie de forma?

—Bastante. No tanto como para que se derrita, pero casi.

Snake maldijo para sí mismo cuando se dio cuenta de que también tendría que volver a la sala de altos hornos.

—Snake, si el único lugar que se te ocurre es el almacén, será mejor que empieces a circular. ¡Rápido!

Temía que Otacon diría eso.

—De acuerdo, ya voy —refunfuñó.

Snake se arrimó a la pared del túnel subterráneo y se fue acercando con cuidado a la puerta trasera del almacén. Estaba completamente abierta, y se oyeron voces que

venían de la sala de almacenamiento en frío. Con extrema precaución, desde el marco de la puerta escudriñó el interior y vio a tres guardias vestidos con traje de nieve. Sus insignias negras los identificaban como Space Seáis. Dos de los hombres cargaban con una gran caja rectangular, y el otro con un voluminoso recipiente cuadrado. Por suerte, estaban lo suficientemente cerca como para que Snake pudiera oír su conversación:

—¿Dónde quieres esto?

—Déjalo por allí. El jefe dijo que venía a recogerlo en unos minutos.

—¿Qué pasa con el otro?

—El intruso lo robó. No sabemos qué hizo con él.

—Parece que todo lo que hacemos es mover cosas de un lado para otro. Ya me estoy aburriendo de esto.

—Yo también.

—No sé tú, pero a mí ya no me entusiasman tanto nuestros nuevos jefes como hace dos días.

—Lo mismo digo.

—He oído que algunos se han marchado.

—¿Con este tiempo? ¿Cómo?

—Con unas motos de nieve.

—Vamos, volvamos. El jefe dice que el intruso está donde le conviene. Los fuegos artificiales van a empezar pronto.

—Lástima que los rehenes no los verán.

«¿Rehenes?» Snake prestó toda su atención. Un hombre se rio.

—Siempre podemos ponerles una televisión de circuito cerrado para que la miren como si fuera la CNN, ¿no?

—¡Pues a mí no me sorprendería que saliera en la CNN!

—No debe de haber muy buena recepción en ese bunker subterráneo.

—Estaba bromeando, idiota. No vamos a ponerles televisión a los rehenes, faltaría más. ¿Y luego qué? ¿Comida a la carta?

Los otros se rieron, luego los tres se marcharon y ya no pudo oírlos. Snake esperó un momento más para asegurarse de que realmente se habían ido, y entonces entró sigilosamente en el helado almacén.

«El búnker subterráneo, ¿dónde estará?...»

Snake usó el Codec.

—¿Otacon?

—¿Sí?

—¿Dónde estás?

—Todavía estoy en la sala de computadoras por si necesitas más ayuda.

—Bien pensado. Oye, ¿sabes algo acerca de un búnker subterráneo en donde

tienen al resto de los rehenes?

—¿Es allí donde están? Me lo estaba preguntando.

—¿Sabes dónde está?

—Creo que sí. Si es el que pienso, la entrada al búnker subterráneo está fuera, cerca de la entrada del túnel que lleva al aparcamiento del garaje. Pero siempre está herméticamente cerrada. Debe de haber otra entrada subterránea, pero no sé dónde.

—Encuétrala, por favor. Creo que no sería una mala idea liberar a esa gente después de que evite la Tercera Guerra Mundial.

Otacon se rio.

—Sería muy considerado de tu parte, Snake. ¿Dónde estás ahora?

—En el almacén. Estoy enfriando la llave magnética en este momento.

Snake sacó la tarjeta de su cinturón y la puso encima de un contenedor. Sorprendido, vio cómo iba cambiando de forma lentamente delante de sus ojos.

—¿Cuánto tiempo tarda la transformación, Otacon?

—No debería ser más de un minuto o dos con esas temperaturas.

—Bien, te avisaré cuando haya vuelto a la sala de observaciones.

—De acuerdo.

Snake cortó la comunicación y encendió un cigarrillo. ¿Por qué no disfrutar de una pausa?

Mientras inhalaba ese sacrilegio de tabaco y se volvía a repetir, como un mantra, que los mendigos no pueden escoger, miró las dos cajas que los guardias habían traído. Estaban herméticamente selladas, pero su cuchillo Fairbairn-Sykes abría cualquier tapa. El contenedor cuadrado contenía provisiones de explosivos: C4, Claymores, granadas de fragmentación y Flashbangs. Snake pensó que era el mejor momento para reponer sus existencias. Llenó su bolsa de equipamiento con tantos artefactos como le cabían, y después fijó su atención en la caja rectangular.

¡Quién lo iba a decir! Contenía otra lanzadera Stinger portátil con tres misiles de ArmsTech. Snake sonrió, apagó el cigarrillo y cerró la caja. Sabía que esa arma le sería útil de alguna manera, pero tenía que esconderla para que Liquid no le pusiera las manos encima. La caja era pesada, pero Snake creía que podría llevarla hasta el laboratorio de mantenimiento.

La llave ya había terminado de transformarse y ahora tenía una forma ligeramente distinta y un brillo de un tono azul. Snake la volvió a guardar en su cinturón y, con gran esfuerzo, cargó en su espalda la caja de la Stinger.

Al entrar en el laboratorio de mantenimiento, Snake examinó la habitación buscando un lugar adecuado para guardar la caja. Decidió dejarla al lado de un grupo de contenedores con piezas de maquinaria que había junto al muro oeste del laboratorio. A primera vista, la caja de la Stinger parecía una más entre un montón. A menos que

alguien la buscara activamente, nadie se daría cuenta de que estaba ahí.

Todavía no había guardias en el laboratorio. Por lo que había oído de la conversación que había escuchado en el almacén, parecía que Liquid estaba en lo correcto: el dominio mental de Psycho Mantis sobre los soldados genoma se estaba desvaneciendo. Algunos de ellos estaban desertando. Con un poco de suerte, algunos más recuperarían el sentido e incluso se revelarían contra el operativo de renegados del FOXHOUND. Pero Snake no podía contar con ello, y mucho menos esperar que Liquid y Ocelot claudicaran. No, tenía que plantearse la misión en solitario hasta el final.

Después de haber trepado por el Metal Gear, Snake se encontró una vez más en la sala de control y observación. La llave magnética estaba todavía fría y la introdujo con facilidad en la entrada del segundo ordenador portátil. La voz femenina pregrabada le habló:

—Código PAL número dos confirmado. Esperando código PAL número tres.

Snake pulsó el Codec y marcó la frecuencia de Otacon.

—¿Qué tal vas, Snake?

—Bien, el segundo código PAL ya ha sido introducido. Estoy volviendo a la zona de los altos hornos para calentar a esta pequeña. Está un poco lejos, así que me tomará más tiempo. ¿Ya has encontrado la entrada al búnker subterráneo?

—Todavía no. Estoy en el ordenador buscando entre montones de carpetas los esquemas del trazado de las instalaciones. No te preocupes, la encontraré.

Snake cortó la comunicación y se dirigió a la puerta. Ya había descendido por el Metal Gear y se encontraba en el túnel cuando el Codec comenzó a sonar. La frecuencia de la llamada entrante era la de Miller.

—¿Master, qué pasa? —preguntó Snake.

—Snake, es sobre Naomi Hunter.

—Entonces habla con el coronel. Es él quien lleva el tema.

—Apaga tu monitor, Snake.

Lo hizo.

—De acuerdo, nadie más puede oírnos. Cuéntame.

—Tengo un buen amigo en el Pentágono. Es él quien me ha dicho esto. Parece que la DIA ha desarrollado recientemente un nuevo tipo de arma letal.

—¿Un arma letal? ¿Qué quieres decir?

—Snake, ¿has oído hablar alguna vez sobre algo llamado FoxDie?

—No hace mucho pude oír a Liquid y Ocelot hablando de eso.

—Bien, es una clase de virus que sólo ataca a personas específicas. No conozco todos los detalles, pero...

—Escucha, jefe, no tengo tiempo para irnos por las ramas, ¿qué quieres decir?

—Es demasiado parecida.

—¿A qué te refieres?

—A la causa de las muertes. ¿Acaso el presidente de ArmsTech y el jefe de la DARPA, es decir, Decoy Octopus, no murieron de algo parecido a un ataque cardíaco?

—¿Sí?

—Bien, aparentemente el FoxDie mata a sus víctimas simulando un ataque cardíaco.

Snake se detuvo un momento y se apoyó en la pared del túnel antes de volver a entrar en el almacén.

—¿Me estás diciendo que Naomi está detrás de esto?

—Snake, intenta recordar. ¿Naomi te puso alguna inyección?

«Mierda, las nanomáquinas.»

—Ella es la persona que tuvo más oportunidades para hacerlo, pero todavía no sé cuáles pueden haber sido sus motivos —dijo Miller.

—¿Lo sabe el coronel?

—No estoy seguro.

—Bien. Se lo preguntaré yo mismo —Snake cambió la frecuencia.

—Sí, ¿Snake? —La voz de Campbell sonaba tensa y cansada.

—¿Qué hay de nuevo con la situación de Naomi?

—Tiene serios problemas. Ha estado enviando mensajes en clave a través de la base de Alaska. No quería creerlo, pero debe de estar colaborando con los terroristas.

—¿Estás seguro?

—Eso me temo. Ahora la están interrogando.

—¿Qué clase de interrogatorio?

—Bien... —Campbell suspiró— Preferiría evitar hacerlo a lo bestia, pero aquí ni siquiera tenemos pentotal sódico.

—Llámame si averiguáis algo —Snake volvió a la frecuencia de Master Miller—. Master, no tengo buenas noticias.

—Entonces es verdad, ¿no? —preguntó el viejo entrenador.

—Naomi... no me lo puedo creer. ¿Crees que fue ella la que fabricó el virus?

—¿Quién, si no? Se supone que ataca a las personas a nivel genético. Por ejemplo, nadie que posea los genomas del FOXHOUND en la sangre sería un objetivo.

—Dios mío...

—¿Pero eso no quiere decir que hay una vacuna?

—Imagino que sí.

—Entonces, apuesto a que ella tiene una vacuna para el FoxDie en algún sitio. Tenemos que encontrarla.

—Escucha, ahora tengo cosas más importantes que atender. ¿Por qué te preocupa

tanto?

—Snake, a lo mejor tú también estás infectado.

«No puedo hacer nada al respecto, ¿no?»

Snake se tuvo que controlar para no soltar aquellos pensamientos en voz alta.

—Lo siento, mira, lo único que puedo hacer es dejar que el coronel se encargue. Tengo que irme.

Cortó la comunicación y entró en el almacén.

Naomi Hunter se echó agua caliente en la cara y se miró en el espejo del baño. La habían acosado bastante, pero el suplicio no había sido tan terrible como se temía. Los que la interrogaron no fueron suaves con ella, pero tampoco la torturaron ni nada por el estilo. Al fin y al cabo, estaba a bordo de un submarino militar en el mar de Bering y no había mucho que pudiesen hacer a esas alturas. Ella se las había arreglado para aplacarlos por un tiempo.

La doctora se secó la cara, se estiró el traje y salió del baño. Caminó por el vestíbulo hasta la sala de control y echó una ojeada dentro. El coronel Campbell estaba ocupado con uno de los técnicos, y probablemente no sabía que el interrogatorio había terminado.

Ésta era su oportunidad.

La doctora Hunter fue directa a sus dependencias, donde tenía guardado un Codec de reserva.

Snake comenzó a sudar nada más salir del montacargas de la sala de los altos hornos. Después del frío del almacén, el aumento de temperatura era agobiante. Los cuerpos de los guardas que había despachado antes ya no estaban tirados junto al pozo de fundición. Snake tomó precauciones extremas antes de entrar en el lugar. Fuera de la vista, en el hueco del ascensor, examinó las pasarelas y escaleras que había por encima buscando cualquier señal de movimiento, y notó que las cámaras de vigilancia parecían estar funcionando otra vez. Apuntó con la SOCOM a la cámara más cercana, disparó y el aparato explotó en mil pedazos. Las dos cámaras que estaban montadas a más altura eran objetivos más difíciles. Descolgó de su hombro el rifle de francotirador y lanzó un disparo que hizo caer la cámara de su soporte, y rápidamente repitió la acción con la tercera.

Oyó unos pasos a la carrera acercándose al ascensor. Por lo visto, un guardia solitario había oído los disparos y Snake pudo oírlo hablando por el transmisor pidiendo refuerzos. Esperó en el hueco al soldado, pero ahora iba más despacio y avanzaba con cuidado.

—¿Quién está ahí? —preguntó el soldado—. ¡Muéstrate y tira el arma!

Snake se quedó muy quieto. Por ahora el soldado no lo había visto, pero dentro de unos pasos más...

En el momento preciso, Snake se puso frente a él, de una patada le arrebató el rifle de asalto de sus manos, se dio la vuelta y le lanzó una segunda patada al estómago. Sin detenerse, le pegó un par de puñetazos a dos tiempos en la cara. El hombre se desplomó como un trozo de carne de vacuno.

Snake echó un vistazo para asegurarse de que estaba solo, y cogió la tarjeta PAN de su cinturón. La puso en el borde del foso de fundición y esperó a que la cosa cambiara de forma. Fue mucho más rápido que en el almacén. En un minuto ya había terminado y tenía un brillante color rojo.

Rápidamente, cogió «la nueva llave» y salió disparado hacia el montacargas.

Snake corría por el almacén cuando sonó el Codec. El LED le indicaba que era una llamada de una frecuencia desconocida.

—¿Snake? ¿Puedes oírme? Soy Naomi.

Detuvo su camino y apretó el botón para transmitir.

—Naomi, ¿qué diablos pasa?

Ella hablaba bajito y con prisas.

—El coronel Campbell y los otros están ocupados ahora. Yo estoy en un Codec distinto.

—Naomi, ¿es verdad lo que dice el coronel?

La doctora vaciló antes de contestar.

—Sí..., pero no todo lo que he dicho era mentira.

Snake entrecerró los ojos.

—¿Quién eres?

—No lo sé.

—¿Qué demonios!

—De verdad, no lo sé. No conozco mi verdadero nombre y ni siquiera cómo eran mis padres. Compré todos mis documentos. Pero mis razones para dedicarme a la genética son verdaderas.

—¡Oh, ya veo! Porque querías conocerte a ti misma, ¿no? Ella no hizo caso del sarcasmo.

—Eso es. Quiero saber de dónde vengo. Mi edad, mi raza... todo.

—Naomi...

—Fui encontrada en Rodesia en algún momento de los ochenta... era una pequeña huérfana.

—¿Rodesia? ¿Quieres decir Zimbabue?

—Sí. Rodesia perteneció a los ingleses hasta 1965, y había muchos trabajadores indios allí. Probablemente es por eso que tengo este color de piel, pero tampoco estoy

segura de eso.

Snake decidió seguir su camino de vuelta al laboratorio mientras hablaba. Se movía con rapidez, pero seguía con el Codec encendido.

—Naomi, estás demasiado preocupada por el pasado. ¿No es suficiente con que sepas quién eres ahora?

—¿Entender quién soy ahora? ¿Por qué debería hacerlo? Nadie trata de entenderme —tomó aliento para no perder los estribos y seguir hablando en un tono adecuado—. He estado sola tanto tiempo... hasta que conocí a mi hermano mayor. ..ya *él*.

—¿Tu hermano mayor?

—Sí, Frank Jaeger.

—¿Qué?

—Era un joven soldado... Me recogió cerca del río Zambezi. Estaba medio muerta de hambre y él compartió la mitad de su ración conmigo. Sí, Frank Jaeger, el hombre que tú destruiste. Él era mi hermano y mi única familia.

—¿Grey Fox? —La revelación hizo que Snake sintiese náuseas.

—Sobrevivimos a ese infierno juntos, Frank y yo. Él me protegió. Es mi principal conexión... la única conexión que tengo con mi pasado.

—¿Y te trajo de vuelta a América?

—No, yo estaba en Mozambique cuando *él* vino.

—¿Quién es *él*? ¿Te refieres a Big Boss?

—Sí. Él nos trajo a «la tierra de la libertad», a América.

Snake cruzó el almacén y entró en el túnel subterráneo mientras ella proseguía con la historia.

—Pero poco después mi hermano y él volvieron a África para continuar con la guerra. Y entonces fue cuando pasó. Tú mataste a mi benefactor y mandaste a mi hermano de vuelta a casa mutilado. Yo juré vengarme y me uní al FOXHOUND. Sabía que era la mejor baza para conocerte y rezaba para que llegase ese día. Esperé dos largos años.

—¿Para matarme? ¿Era lo único que te preocupaba?

—Sí, así fue. Dos años. Fuiste lo único en lo que pensaba durante todo ese largo tiempo. Como una retorcida obsesión.

Por alguna extraña razón, sus palabras hirieron a Snake profundamente. Había sentido algún tipo de conexión con la doctora y ahora todo cambiaba.

—¿Todavía me odias?

—No exactamente. Yo estaba... en parte estaba equivocada contigo.

—¿Y qué pasa con Liquid y los otros?

—También me vengaré de ellos.

Snake recordó cierto detalle.

—Naomi... ¿Tú no mataste a la doctora, verdad? La que usó a Gray Fox para sus experimentos genéticos.

—¿La doctora Clark? No. Lo hizo Frank. Después lo encubrí y lo ayudé a esconderse de las autoridades.

Tras una pausa, Snake le preguntó:

—Entonces... ese ninja, me refiero a Gray Fox, ¿vino aquí para matarme?

—No lo creo. Pienso que sólo vino para luchar contigo. Antes no estaba segura, pero ahora creo que lo entiendo. Una batalla final contigo... es su motivo para vivir. Estoy segura de eso.

Snake se detuvo y se apoyó en la pared del túnel.

—Fox... no...

Le venían a la mente recuerdos de su antiguo amigo, pero enseguida se sobreponían imágenes del hombre con aquel extraño exoesqueleto, el cyborg ninja.

—Naomi, dime una cosa.

—¿Quieres saber qué es el FoxDie?

—Sí.

—Se trata de un tipo de retrovirus que ataca sólo a un tipo específico de personas. Primero infecta los macrófagos del cuerpo de la víctima. FoxDie tiene enzimas «inteligentes», creadas por ingeniería proteínica. Están programadas para responder frente a ciertos patrones genéticos de las células.

—¿Esas células reconocen los ADN como objetivo?

—Sí. Responden volviéndose activos. Usando los macrófagos, empiezan a crear FTN-epsilon.

—¿Eh?

—Son las siglas de factor de tumor necrótico, un tipo de citocina, un péptido que hace que las células se mueran. El FTN-epsilon viaja por el torrente sanguíneo hasta el corazón, donde se pega a los receptores de FTN de las células del corazón.

—¿Y entonces provocan un ataque al corazón?

—Las células cardíacas sufren un *shock* bajo una extrema apoptosis y la víctima muere.

—Apoptosis. Quieres decir que las células se suicidan. Naomi, también has programado a esa cosa para que me mate a mí, ¿no es así?

No contestó. Snake creyó oír un resuello.

—¿Cuánto tiempo tengo? —preguntó. Ella no respondió—. Naomi, no te culpo por querer mi muerte. Pero no me puedo ir aún. Todavía tengo trabajo que hacer.

—Escucha, Snake. No fui yo la que decidí que se usara el FoxDie.

—¿No fuiste tú?

—No. A ti se te inyectó con FoxDie como parte de la operación. Sólo quería que lo supieras. No, ésa no es toda la verdad... Lo que realmente quería decirte...

Fue interrumpida por una voz masculina:

—¡Ey! ¿Qué estás haciendo?

Naomi chilló. Entonces Snake oyó un forcejeo. El Codec de Naomi cayó al suelo y la pequeña pantalla del de Snake se llenó de puntitos.

—¿Naomi? ¿Qué ocurre? ¡Naomi!

Y entonces el coronel Campbell entró en línea. La transmisión era nuevamente clara.

—Snake, no puedo permitir que Naomi haga más transmisiones sin autorización.

—¿Qué pasa, coronel?

—Naomi ha sido destituida.

—¿Qué pasa con ella? —gritó Snake—. ¿Qué quería decir con lo de que FoxDie era parte de esta operación? Coronel, déjeme hablar con ella.

—No puedo, está bajo arresto.

Snake estaba lívido.

—¡Coronel, me has traicionado!

—Snake, no hay tiempo para explicaciones. No es lo que crees. Ahora tu trabajo es frenar el Metal Gear. ¿Me has oído?

—Sí, lo he oído alto y claro, coronel. Voy a hacerlo ahora mismo.

Snake cortó la comunicación justo cuando entraba en el laboratorio de mantenimiento. Sin molestarse en comprobar si había guardias, trepó por el Metal Gear, saltó a la pasarela y volvió a la sala de observación.

Los tres ordenadores portátiles seguían en la estación de trabajo, esperando a que les cargasen el tercer y último código. Snake cogió la llave magnética PAL de su cinturón, que seguía caliente, y la insertó en la máquina de la derecha.

—Código PAL número tres confirmado —anunció la voz—. Verificación del código PAL completa. Código de detonación activado. Preparado para el lanzamiento.

—¿Qué? —gritó Snake—. ¡No! ¿Por qué? ¡Si lo he desactivado! —Cogió el ordenador portátil con ambas manos y lo zarandó—. ¿Qué has dicho?

Una puerta corredera de seguridad se cerró, en sustitución de la que había estallado, y el sonido del golpe resonó fuerte en la sala. Entonces se encendieron las luces en el interior del laboratorio de mantenimiento.

El Metal Gear se había activado.

Capítulo 23

El Codec sonó. Master Miller estaba en la línea.

—¡Gracias, Snake! Ahora el código de detonación está completo. Ya nada podrá detener al Metal Gear.

Snake no estaba seguro de haber oído correctamente a su ex entrenador.

—Master, ¿qué pasa?

—Encontraste la llave y también has activado la cabeza nuclear por nosotros. Debo expresarte mi gratitud. Siento haberte hecho participar en este asunto tan tonto de las tarjetas de memoria de aleación maleable.

—¿De qué estás hablando?

—No éramos capaces de enterarnos del código del jefe de la DARPA. Incluso Mantis, con sus poderes psíquicos, no pudo leer la mente del jefe. Entonces Ocelot lo mató accidentalmente durante un interrogatorio. En otras palabras, no conseguíamos poner en marcha el dispositivo nuclear, y estábamos todos algo preocupados. Sin la amenaza de un ataque nuclear, nuestras exigencias no se cumplirían.

Snake sacudió la cabeza. ¿Estaba soñando? ¿Se trataba de una pesadilla? ¿Era Master Miller el que hablaba!

—¿Qué quieres decir? —gritó Snake al Codec.

—Sin los códigos de detonación, teníamos que encontrar otra manera y entonces me di cuenta de que podrías ser útil.

—¿Qué?

—Primero pensé que ya tenías la información y podíamos conseguirla de ti, Snake, así que hice que Decoy Octopus se disfrazara del jefe de la DARPA. Desgraciadamente, Octopus no sobrevivió al encuentro... gracias al FoxDie.

Snake estaba lívido.

—¿Quieres decir que ya tenías este plan desde un principio? ¿Sólo para conseguir que introdujera el código detonador?

—¿No pensarás que has llegado tan lejos por ti mismo, verdad? Admito que Vulcan Raven y Sniper Wolf intentaron matarte; tenían una iniciativa que no podía controlar.

Snake rechinó los dientes. Ese tipo no era Master Miller.

—¿Quién diablos eres?

—En cualquier caso, ya está completa la preparación para el despegue. Una vez que el mundo vislumbre el poder de esta arma, la Casa Blanca no tendrá más remedio que entregarme la vacuna contra la FoxDie. Ahora el as que tenían en la manga no sirve para nada.

—¿Qué as en la manga?

—El plan del Pentágono de utilizarte ya tuvo éxito... en la sala de tortura —Miller se rio—. Snake, eres el único que no lo sabe. Pobre tonto.

—¿Quién eres?

—Te diré todo lo que quieras saber si vienes hasta donde estoy, sólo entonces.

—¿Dónde estás?

—Muy cerca.

El coronel Campbell interrumpió la conversación.

—¡Snake, ése no es Master Miller!

El hombre le contestó de inmediato:

—¡Es demasiado tarde, Campbell!

El coronel continuó:

—Snake, acaban de encontrar el cuerpo de Master Miller en su casa. Lleva muerto desde la noche pasada. No lo sabía porque la comunicación con mi Codec había sido cortada. Estábamos intentando localizarlo. No podía entender cómo se conectaba contigo. Entonces Mei Ling me dijo que su señal de transmisión venía del interior de la base.

—Entonces, ¿quién es ése? —preguntó Snake.

—Snake, estás hablando con...

—Conmigo, querido hermano —declaró Liquid Snake, soltando el aparato electrónico que distorsionaba su voz.

—Liquid, cómo...

—Ya has cumplido para nosotros. ¡Ahora debes morir!

Snake miró a través de la ventana de observación y vio a Liquid dentro de la cabina del Metal Gear. El hombre lo saludaba con la mano y le hacía señas para que Snake bajara.

La rabia y la frustración se apoderaron de él. Sacó la so— COM y disparó al vidrio, pero las balas rebotaron.

—¡Snake! —Era Otacon en el Codec—. Es un cristal antibalas. No lo puedes romper con un arma convencional.

Snake corrió a la puerta y presionó todos los botones que pudo encontrar. Liquid había cerrado la habitación.

—¿No puedes abrir el código de seguridad, Otacon?

—Lo estoy intentando, espera un momento.

Snake miró por la ventana otra vez. La máquina iba avanzando a lo largo de la plataforma mientras Liquid trataba de acostumbrarse a los controles. El hombre era un experto piloto, así que no tardaría mucho en dominar a la bestia.

—¡Date prisa, Otacon! ¡Se me acaba el tiempo!

—Espera un momento...

«Maldita sea.»

Snake dio un puñetazo a la pared de metal. Un puñetazo que le dolió más en el orgullo que en la mano.

—Estoy entrando en el sistema de seguridad...

A través de los altavoces del REX, se oía en el laboratorio de mantenimiento la escalofriante risa de Liquid y su eco.

—¡Vamos, Otacon! —gritó Snake.

—Ya casi está... ya casi...

La puerta corredera se abrió. Snake salió a toda prisa hacia la destruida pasarela, sorteó el agujero y miró a Liquid con su nuevo y peligroso juguete.

—Solid Snake, ¡adelante! —El agente del FOXHOUND, burlándose, lo llamaba poniendo voz de presentador de televisión.

Snake se preguntaba cómo iba a bajar hasta allí ahora que el Metal Gear se había movido y ya no estaba a una distancia en que pudiese saltar encima de él. Entonces, como respuesta a esa pregunta que no había formulado, una sección de la plataforma comenzó a elevarse. Liquid lo controlaba desde la cabina. Snake desconocía la existencia de ese elevador hidráulico, pero tenía sentido.

Cuando el estrado estuvo lo suficientemente alto, Snake se subió. Entonces Liquid cambió las marchas para hacer que descendiera. Mientras bajaba lentamente, Liquid levantó un par de gafas, las mismas que había utilizado para hacerse pasar por Master Miller en el monitor del Codec.

—¿Te gustaron, Snake? Han funcionado muy bien, debo decir. —El elevador hidráulico llegó hasta el suelo y Snake se bajó mientras Liquid continuaba— Los chicos del Pentágono probablemente también están diciendo lo mismo.

Snake estaba furioso.

—¿De qué demonios hablas?

Liquid sacudió la cabeza y dijo:

—Mal, mal, mal. Siguiendo las órdenes ciegamente, sin hacer preguntas. Has perdido tu orgullo de guerrero y te has convertido en un simple peón, Snake.

—¿Qué?

—Detener el lanzamiento de los misiles nucleares, el rescate de los rehenes... ¡era sólo una distracción!

—¿Una distracción? —Snake estaba a menos de nueve metros del REX.

La descomunal máquina dejó de moverse y le dio la cara.

—El Pentágono sólo necesitaba que vinieras para que contactaras con nosotros. Eso fue lo que mató al presidente de ArmsTech y a Decoy Octopus.

—No querrás decir que...

—Exactamente. Fuiste enviado aquí para matarnos, de modo que pudieran recuperar el Metal Gear en buen estado, junto con los cuerpos de los soldados

genoma. Desde el principio, el Pentágono te estaba usando como vía de propagación del FoxDie.

—¡Eso no puede ser verdad! —gritó Snake—. ¿Me estás diciendo que Naomi estaba trabajando para el Pentágono?

—Eso es lo que ellos creían. Pero parece ser que a la doctora Naomi Hunter no la podían controlar así de fácilmente.

—¡Explícate!

—Tenemos a un espía trabajando en el Pentágono. Nos informó de que la doctora Hunter alteró el programa del FoxDie justo antes de la operación. Pero debo admitir que nadie sabe cómo ni por qué.

Snake se preguntaba si era por eso por lo que había sido arrestada. Tal vez Campbell estaba intentando encontrar la respuesta a esa pregunta.

—No tengo ni idea de si estaba motivada por una pequeña venganza —dijo Liquid—. Todavía no sabemos qué cambios le hizo al FoxDie. Pero eso no importa. Ya he añadido la vacuna a mi lista de demandas a la Casa Blanca.

Snake bajó ligeramente su pistola.

—¿Hay una vacuna?

—Seguro que la hay. ¡Tiene que haberla! Pero esa mujer es la única que realmente lo sabe. En cualquier caso, podría resultar innecesaria.

—¿Por qué?

—Tú ya conseguiste entrar en contacto con cada uno de nosotros, así que ya debemos habernos expuesto todos al virus. Es verdad que el presidente de ArmsTech y Docoy Octopus murieron por culpa del FoxDie, pero Ocelot, yo y tú, el portador, aparentemente no estamos infectados.

«¿Podría ser un error en la programación del virus?»

—En cualquier caso, si eso no te mata, entonces tampoco me preocupo. Después de todo, nuestro código genético es idéntico.

—Es verdad. Tú y yo somos...

—Sí, Big Boss también era mi padre. Somos gemelos. Pero no gemelos normales. Somos gemelos unidos por genes malditos. *Les Enfants Terribles*. Tú estás bien. Tienes todos los genes dominantes del viejo. Yo tengo todos los defectuosos y recesivos. Todo fue hecho para que tú fueras el mejor de sus hijos. El único motivo de que yo exista fue crearte a ti.

Esa revelación casi hizo reír a Snake.

—¿Yo era el favorito? ¡Guau!

—Así es, yo sólo soy las sobras de lo que utilizaron para hacerte. ¿Sabes lo que es saber que eres sólo basura desde el día que naciste?

Snake no tenía ninguna respuesta. Sólo miraba fijamente al hombre en la cabina, intentando digerir todo lo que había escuchado.

—Pero —dijo Liquid levantando el dedo índice—, soy yo el que padre eligió.

—¿Por eso estás tan obsesionado con Big Boss? ¿Se trata de una forma perversa de amor?

—¿Amor? Es odio. Siempre me dijo que era inferior, y ahora voy a tener mi revancha. Deberías entenderme, hermano. Tú mataste a nuestro padre con tus propias manos. Me robaste la oportunidad de vengarme. Ahora voy a terminar el trabajo que padre empezó. Lo voy a superar. Lo voy a destruir.

Snake gruñó:

—Eres exactamente igual a Naomi.

—Bueno, no soy como tú —le contestó Liquid—. A diferencia de ti, estoy orgulloso del destino que llevo codificado en mis genes.

—¡Codifícame esto, bastardo!

Snake levantó la SOCOM y disparó una ráfaga, pero la tapa de la cabina se cerró con la velocidad de un parpadeo y las balas rebotaron contra el cristal. Una vez más, la risa de Liquid resonó por todo el laboratorio.

—¡Ésa era tu última oportunidad, Snake! Tu sangre será la primera en ser derramada por esta nueva magnífica arma. Considéralo un honor.. ¡un regalo de tu hermano! Escucha, Snake..., ¡el poder de la máquina que nos conducirá hacia el futuro!

Entonces el Metal Gear emitió un rugido ensordecedor, como si se fuese un dinosaurio de un mundo hace mucho tiempo perdido.

«¡Dios mío! —pensó Snake—. ¡Incluso le han puesto a la cosa efectos de sonido!»

Y entonces la ametralladora de 12,7 milímetros soltó una lluvia de balas en su dirección. Por suerte Snake se había anticipado al ataque. A todos los enemigos con quienes se había encontrado les gustaba alardear y hacer un gran discurso justo antes de apretar el gatillo. La única cuestión que debía tener en cuenta era cuándo la conversación se daba por terminada y cuándo empezaba la lucha. El entrenamiento de Snake incluía leer las señales indicadoras en los ojos del oponente y las inflexiones de su voz. Los charlatanes eran casi siempre los enemigos más fáciles para adelantarse a sus acciones, pero eso sólo era aplicable a aquellos que no estaban sentados en el arma de guerra más avanzada jamás concebida.

Sin embargo, de alguna manera Snake sabía cuándo Liquid dejaría su sermón y empezaría la lucha. En cuanto los dedos de Liquid apretaron el gatillo, él dio una voltereta que lo dejó fuera de peligro. Saltó al borde de la plataforma, hizo otra acrobacia en el aire, y cayó al otro lado del foso de lodo.

Mientras Snake corría a lo largo del perímetro del laboratorio, el Metal Gear se volvió, rugió de nuevo y avanzó tres pasos. Sacó de la panza de la máquina un láser de alta intensidad que reventó una pila de cajones en mil pedazos. Snake dejó de

correr justo a tiempo, volvió sobre sus pasos y saltó hacia atrás sobre el foso de la plataforma. Al mismo tiempo, había conseguido deslizar su mano dentro de su bolsillo y sacar una granada de fragmentación. Le quitó el seguro y la lanzó a la cabina, pero la detonación no consiguió romper el cristal que la protegía. Entonces Snake agarró dos granadas Chaff, les sacó la anilla y las tiró a las patas del monstruo. Por lo menos harían algún daño a los sensores de orientación y al radar de la bestia.

La respuesta de Liquid fue disparar a Snake un misil antitropas Phalanga-F. Dio un salto hacia adelante para escapar de los terribles efectos de la explosión, pero su fuerza expansiva lo lanzó directamente entre las piernas del gigante, que se desplazaba lentamente. Se quedó medio aturdido por unos momentos y luego se dio cuenta de que estaba tirado en el suelo, mirando hacia arriba al REX. Desde esa perspectiva, el Metal Gear era impresionante. Era una magnífica y aterradora creación de la que la Humanidad se podía sentir orgullosa. O tal vez era un demonio que podría acabar con ella.

«¿Cómo diablos voy a parar esta cosa?»

Snake se sacudió para despejarse el aturdimiento, al tiempo que el Metal Gear levantaba su enorme pie listo para pisotearlo y hacerlo papilla. Snake salió rodando de su camino, al tiempo que esa pesada extremidad de elefante golpeaba la plataforma. La sala entera se estremeció como si hubiese habido un terremoto de baja intensidad.

«El Stinger. Va a ser la única manera.»

Consiguió ponerse de pie y moverse alrededor de la máquina. La caja del Stinger estaba al otro lado del laboratorio, cruzando la plataforma. Snake sabía que estaría a descubierto y que sería un blanco fácil, pero lo único que podía hacer era salir corriendo. Sin pensarlo dos veces, se lanzó a la carrera como si estuviera compitiendo por un oro olímpico. Liquid le disparaba con la ametralladora, pero erraba deliberadamente. Las balas impedían a Snake ir en línea recta. Tan pronto como cambiaba de dirección, intentando cruzar la plataforma en zigzag, Liquid disparaba el arma y destruía el suelo a pocos centímetros de su presa. Cuando Snake ya estaba a mitad de camino de su objetivo, una lluvia de balas detuvo su impulso. Se vio obligado a tirarse al suelo y rodar, quedando en una situación peligrosamente vulnerable.

Liquid se rio, dirigió el Metal Gear hacia el techo y lanzó otro misil Phalanga. El cohete estalló en el techo de metal, haciendo que grandes y pesados pedazos de escombros cayeran en la plataforma. Snake tuvo que rodar hacia el foso de lodo para evitar ser aplastado por los cascotes. Por supuesto, los escombros del techo eran como confeti para el Metal Gear.

Miró el foso y se dio cuenta de que tendría que hacerlo de nuevo. Era la única manera de llegar a la Stinger.

Snake contuvo la respiración, cerró los ojos, sin tiempo para coger sus gafas de bucear, y se metió en el lodo como una salamandra. Braceó tan fuerte como pudo para nadar en el lodo lo más rápidamente posible, doblar una esquina, y emerger del lado de la sala donde había guardado el arma. A Snake le faltó aire, y salió justo cuando el láser del Metal Gear pasaba por encima de su cabeza y destruía el muro que estaba frente a él. Hundió la cabeza para esquivar los trozos de metal y de ladrillo que lo bombardeaban, pero aun así sintió como si estuviera siendo golpeado por un centenar de puños. Mientras Liquid se reía y el espantoso rugido del REX llenaba el espacio, Snake corrió hasta la pila de cajones y cajas de cartón y cogió la del Stinger. La abrió rápidamente, cogió el lanzamisiles, lo puso en el suelo y, con cuidado, lo cargó con uno de los tres cohetes. Entonces se puso de pie frente al Metal Gear, que estaba en medio de los escombros de la plataforma.

¿Dónde atacar? La cúpula de radar en la parte superior de la máquina controlaba los sensores de orientación y movimiento. Ese era su talón de Aquiles.

«Haz que Master Miller esté orgulloso de ti —se dijo Snake—. Esta va por ti, amigo.»

Snake apretó el gatillo, y el Stinger salió disparado de la lanzadora. Sentir el violento rebote contra su hombro fue gratificante, y el misil dio de lleno a su objetivo. La explosión fue inmensa, y por un momento la máquina se tambaleó. Pero la cúpula permaneció intacta y en buen estado. La había dañado, pero no lo suficiente.

Tenía dos misiles más, e iba a necesitarlos para hacer el trabajo. Pero antes de que pudiera volver hasta la caja para coger un segundo Stinger, el Metal Gear disparó un cohete contra el grupo de cajas. Snake saltó a un lado y se desplazó hacia el túnel que conectaba el laboratorio con el almacén para cobijarse de la explosión. Todo el edificio se tambaleó con la detonación.

—¡Sal de ahí, Snake! —gritó Liquid—. ¡No eres un ratón, sal de tu agujero!

¿Qué iba a hacer? Si volvía a entrar para coger la caja con la Stinger, el REX lo podría volar en pedacitos. Tenía que haber alguna manera de distraer a Liquid y conseguir que...

—¡Aléjate!

La voz venía de detrás de él. Snake se dio la vuelta y vio al cyborg-ninja de pie a unos metros de distancia. La espada del samurai estaba afortunadamente en su vaina, pero el hombre antes conocido como Frank Jaeger sostenía un cañón Vulcan portátil en la mano derecha.

—¡Gray Fox!

La luz roja de la máscara que cubría la cara del ninja brilló por un segundo.

—Un nombre... de hace mucho tiempo. Suena mejor que... Deep Throat.

Snake parpadeó.

—¿Tú eres Deep Throat?

—Tienes mala pinta, Snake. No has envejecido bien.

El ninja se adelantó, pero Snake sintió que ya no era una amenaza.

—Fox, ¿por qué? ¿Qué quieres de mí?

—Soy un prisionero de la muerte. Sólo tú puedes liberarme.

El Metal Gear rugió ruidosamente fuera del túnel.

—Fox, mantente fuera de esto —dijo Snake—. ¿Qué pasa con Naomi? Está empeñada en vengarse por ti.

El nombre le provocó una reacción. El ninja se detuvo y suavemente se tocó la máscara.

—Naomi...

—Eres el único que puede detenerla.

—No, no puedo...

—¿Por qué?

—Porque soy yo el que mató a sus padres.

Snake no tenía respuesta a esa revelación. Esperó a que el ninja continuase.

—Yo era joven en esa época y no me atreví a matarla también. Me sentía tan mal que decidí llevármela conmigo. La crié como si fuera de mi propia sangre para calmar mi sentimiento de culpa. Incluso ahora, cuando me considera como su propio hermano.

Snake llegó junto a su viejo amigo y dijo:

—Fox...

Pero el ninja se movió para que no pudiera tocarlo.

—Desde fuera, deberíamos haber parecido unos hermanos felices. Pero cada vez que la miraba, veía los ojos de sus padres suplicándome —Gray Fox se acercó y tocó el hombro de Snake—. Debes contárselo por mí. Dile que fui yo el que lo hizo.

—Fox...

—Ya casi no nos queda tiempo. Aquí va el último regalo de Deep Throat.

Antes de que Snake pudiera pararlo, el ninja salió del túnel a la pista para hacer frente a la bestia.

—¡Bueno, mira esto! —dijo Liquid burlón— En Oriente Medio, no cazamos zorros. Cazamos chacales. En lugar de perros, utilizamos halcones reales. ¿Cuán fuerte es tu exoesqueleto? ¡Snake! ¿Te vas a quedar sentado y verlo morir?

Gray Fox le gritó a la cabina del piloto:

—¡Un zorro acorralado es más peligroso que un chacal!

Entonces el ninja levantó el cañón Vulcan y disparó una serie de tiros a la cabina, produciéndole daños más considerables que las poco efectivas granadas de Snake. El Metal Gear le devolvió las descargas con la ametralladora, sorprendiendo al ninja con innumerables asaltos, pero el exoesqueleto logró desviarlos. Gray Fox saltaba de un lado a otro del laboratorio con la velocidad de un rayo.

—¡Quédate quieto, cabrón! —le exigió Liquid.

Snake miró la caja del Stinger que estaba a pocos metros de distancia. Esta era su oportunidad, ya que Fox había desviado la atención de Liquid. El agente corrió hacia allí para coger el segundo misil y lo cargó en la lanzadera. A continuación, dio un gran salto sobre el foso y se dirigió al centro de la plataforma. El Metal Gear estaba de espaldas a él, pero tenía la cúpula de radar a la vista. Snake cargó el arma al hombro, apuntó a la parabólica y apretó el gatillo.

Esta vez la explosión dio de lleno en la cúpula de Metal Gear. La máquina reaccionó como si realmente sintiera dolor y sus gritos sonaron como los de mil elefantes. El Metal Gear se tambaleó sobre sus pies, como si Snake lo hubiese cegado. Su brazo mecánico se movía a tuestas: estaba claro que Liquid había perdido el control de los apéndices del REX.

Snake cogió el tercer y último misil de la caja y lo cargó mientras Grey Fox se agachaba delante del arma caminante. El ninja disparó de nuevo el cañón, esta vez concentrándose en el área de la cúpula. Pero el pesado brazo mecánico giró derribando al cyborg, y lo retuvo boca abajo. Grey Fox luchaba por salir de debajo del brazo articulado, pero no le sirvió de nada. Snake vio con horror como el pie derecho del Metal Gear se levantaba listo para aplastar el cuerpo indefenso del ninja.

Sucedió simultáneamente. Liquid apartó el brazo mecánico para poder pisar a Grey Fox. Pero esa acción le dejó al cyborg el tiempo suficiente para disparar una última descarga con la Vulcan. El pie del Metal Gear tocó el suelo a la vez que el disparo golpeaba la cúpula del radar en su epicentro. Las llamas surgieron de la parte superior de la mecha, la gigantesca parabólica se vino abajo y cayó al suelo. El exoesqueleto del ninja irradió una gran carga eléctrica en el momento en que Frank Jaeger era aplastado por el tonelaje.

—¡Impresionante! —gritó Liquid—. En realidad, Fox era digno de su nombre en clave. ¡Ahora está acabado!

Pero la destrucción causada por la Stinger y el fuego de los cañones había hecho mucho más daño a la máquina de lo que Liquid esperaba. Toda la parte superior del Metal Gear ardía en una hoguera de fuego y electricidad, mientras varias piezas de la estructura se fracturaban. Incluso la cubierta de la cabina se había separado del morro y se había estrellado contra el suelo, dejando a Liquid expuesto. Por primera vez desde que la batalla había comenzado, el terrorista del FOXHOUND parecía preocupado. El Metal Gear iba dando tumbos por la plataforma, fuera de control y gimiendo como un animal herido. Uno de sus pies se hundió en el foso y casi tropieza, pero el Metal Gear se limitó a sacar el pie del lodo, llevándose con él un trozo de la plataforma.

Snake corrió hasta donde estaba el cuerpo destrozado de Grey Fox y se arrodilló junto a su amigo. La luz roja era débil y el sonido de su respiración desfallecía. El

exoesqueleto había sido aplastado, y el ninja obviamente había sufrido graves traumatismos. Snake examinó el casco y encontró los cierres que sujetaban la máscara sobre su cara. Los soltó rápidamente, dejando a la vista el rostro golpeado y lleno de cicatrices de Frank Jaeger.

El hombre susurró:

—Ahora... frente a ti... Finalmente puedo morir.

—No, Fox. Conseguiré sacarte de aquí. Voy a pedir ayuda.

Gray Fox hizo caso omiso de su amigo. Sabía que era demasiado tarde.

—Después de Zanzibar Land, me recogieron de la batalla ni realmente vivo ni verdaderamente muerto..., una sombra eterna en un mundo de luz. Pero pronto..., finalmente..., terminará... Snake, no somos herramientas del gobierno o de cualquier otra persona. Luchar... era lo único... en lo que era bueno, pero... por lo menos siempre luché por lo que creía. Adiós..., Snake.

—¡Fox, no!

Pero su amigo expiró con una última exhalación.

—¡Él rezaba por morir y lo ha conseguido! —dijo Liquid por los altavoces del Metal Gear con satisfacción. Había logrado controlar los mandos de dirección del REX, pero el gigante aún se tambaleaba vacilante.

Snake permaneció de rodillas junto a su amigo, pero lentamente agarró la empuñadura de la lanzadera de la Stinger.

—¿Lo ves? No puedes proteger a nadie. Ni siquiera a ti mismo. Ahora... ¡morirás!

En medio segundo, Snake giró su cuerpo, colocó el lanzamisiles en su hombro, apuntó a la cabina que estaba abierta, y disparó. Hubo una tremenda explosión causada no sólo por la Stinger, sino también por la destrucción de los ordenadores centrales y las fuentes de energía del Metal Gear, que estaban detrás de la cabina. Cuando las llamas envolvieron toda la zona de los hombros del REX, Liquid gritó. Snake, poniéndose a cubierto, vio cómo el Metal Gear tembló violentamente y cayó de rodillas. Después, con el peso y la fuerza de un edificio, el arma más peligrosa del mundo se desplomó y estrelló contra el suelo.

La sala tembló violentamente, y Snake quedó aturdido y envuelto en un manto de oscuridad.

Capítulo 24

La oscuridad se disipó lentamente. Snake abrió los ojos y vio que estaba en un cuarto oscuro iluminado por las llamas. Estaba acostado sobre algo duro que, de algún modo, le era familiar.

Le habían quitado su traje de camuflaje. Estaba con el torso desnudo y únicamente llevaba sus ajustados pantalones.

—¿Como siempre durmiendo hasta tarde, eh, Snake?

Los ojos de Snake se dirigieron hacia la voz. Liquid estaba de pie a unos seis metros de distancia. También llevaba sólo unas mallas.

—Liquid —gruñó Snake—. ¿Todavía estás vivo?

—No moriré... mientras tú sigas vivo —le anunció su enemigo.

Snake se levantó y se apoyó en un codo. No parecía tener ninguna herida seria en su cuerpo lleno de cicatrices y contusiones, pero se sentía como si un martillo gigantesco le hubiera estado golpeando durante un par de días.

—Qué lástima —dijo—, parece que tu revolución ha sido un fracaso.

—Sólo porque hayas destruido al Metal Gear no significa que abandone la lucha.

Snake se sentó.

—¿La lucha? ¿Qué es lo que buscas en realidad?

—Un mundo donde los guerreros como nosotros seamos venerados como lo éramos antes. Así es como debe ser.

—Ésa era la fantasía de Big Boss.

—¡Era su último deseo! Cuando era joven, durante la Guerra Fría, el mundo necesitaba a hombres como nosotros. Entonces nos valoraban. Nos deseaban. Pero las cosas ahora son diferentes. Con todos los mentirosos e hipócritas que dirigen el mundo, la guerra ya no es lo que era. Estamos perdiendo nuestro lugar en el mundo, ya no nos necesita, ahora rechaza nuestra propia existencia. Seguro que lo sabes tan bien como yo.

Fue entonces cuando Snake se dio cuenta de dónde estaba. Se encontraban ambos encima del cuerpo desplomado del Metal Gear. Liquid debió de haberlo arrastrado cuando estaba inconsciente hasta lo que era ahora el lugar más alto del laboratorio de mantenimiento.

Liquid le señaló al caído REX.

—Cuando tengamos nuestro billón de dólares, estaremos en disposición de devolver el caos y el honor a este mundo que se ha vuelto blando. Los conflictos traerán conflictos, y surgirán odios. Y así iremos ampliando nuestra esfera de influencia.

El punto de vista de ese hombre desquiciado hizo que Snake soltara un bufido.

—Sin embargo, mientras haya gente, siempre habrá guerra.

—Pero el problema es equilibrar. Padre sabía qué tipo de equilibrio era mejor.

—¿Ésa es la única razón?

—¿No es suficiente para los guerreros como nosotros?

Snake se puso de pie. Esperaba no poder hacerlo, pero parecía tener el pleno control de sus facultades. Tenía la sensación de que iba a tener que ser así.

—¡Yo no quiero ese tipo de mundo! —le espetó.

—¡Ah! ¡Mientes! ¿Entonces por qué estás aquí? ¿Por qué sigues sus órdenes mientras tus superiores te traicionan? ¿Por qué has venido aquí? Te lo diré, disfrutas matando, por eso.

—¿Qué?

—¿Acaso lo niegas? ¿No has matado ya a la mayoría de mis compañeros?

—Fue en defensa...

—Vi tu cara cuando lo hiciste —Liquid se rio—. Estabas lleno de la alegría de la batalla.

Snake negó con la cabeza.

—Te equivocas.

—Hay un asesino dentro de ti. ¡No puedes negarlo! Fuimos creados para ser de esa manera.

—¿Creados?

—*¡Les Enfants Terribles!* Los niños terribles. Así es como se llamó el proyecto. Se inició en los años setenta. Su plan era crear artificialmente al soldado más poderoso posible. Y la persona que eligieron como modelo era el hombre conocido entonces como el soldado más grande del mundo.

—Big Boss...

Liquid estaba disfrutando de la situación. Se le acercó un paso más, y mientras hablaba acompañaba su historia con gestos con las manos.

—Pero... padre fue herido en combate y ya estaba en estado de coma cuando lo recogieron. Así que nos crearon a partir de sus células, combinando los métodos analógicos de clonación del siglo xx y el Método Superbaby.

«¿De qué está hablando ese tipo?»

—¿Método Superbaby?

—Fertilizaron un óvulo con una de las células de nuestro padre y dejaron que se dividiera en ocho bebés clones. Luego los transfirieron al útero de alguien y provocaron el aborto de seis de los fetos para que los dos restantes crecieran fuertes. Tú y yo fuimos originalmente octillizos.

Mientras Liquid hablaba, Snake sentía que la rabia volvía a su pecho. Por mucho que quisiera creer que el hombre estaba mintiendo, sabía que Liquid decía la verdad.

—Nuestros otros seis hermanos fueron sacrificados por nosotros. Fuimos cómplices de asesinato desde antes de nacer —Liquid sonrió—. Así que fuimos tú y yo, dos óvulos fecundados con el mismo ADN. Pero... todavía no habían terminado —la sonrisa de Liquid desapareció y fue sustituida por un gruñido—. Me utilizaron como conejillo de Indias para crear un fenotipo en el que se manifestasen todos los genes dominantes... para crearte a ti. Yo tengo todos los genes recesivos. ¡Tú te quedaste con todo lo que me pertenecía antes de que naciera!

Snake no sabía qué decir. Apretó los puños y esperó a que Liquid continuara.

—Pero... tú y yo no somos sus únicos hijos.

—¿Qué?

—Los soldados genoma. Ellos también son sus descendientes; llevan su herencia genética. Pero son diferentes. Ellos son digitales. Con la finalización del Proyecto Genoma Humano, los misterios de la Humanidad quedaron al descubierto. Gracias al ADN de nuestro padre, fueron capaces de identificar más de sesenta genes de soldado responsables de todo, desde el pensamiento estratégico al instinto asesino. Esos genes de soldado fueron trasplantados, a través de terapia genética, a miembros de las Next Generation Special Forces. Así fue como se convirtieron en soldados genoma. ¡Así es, Snake! Los soldados que has estado matando a diestro y siniestro son nuestros hermanos, creados artificialmente a través de la alineación de los nucleótidos para imitar los genes de nuestro padre. Ellos también son el producto de muchos sacrificios.

—¿Sacrificios?

—Experimentos con seres humanos. En 1991, durante la Guerra del Golfo, los servicios de inteligencia militar inyectaron a militares genes de soldado. El síndrome de la Guerra del Golfo que padecieron cientos de miles de soldados cuando regresaron fue un efecto secundario de la terapia.

Snake lo interrumpió:

—No. Todo el mundo sabe que el síndrome de la Guerra del Golfo fue causado por la exposición al uranio empobrecido utilizado en los explosivos antitanque.

Liquid se rio.

—Eso fue sólo la fachada que quiso mostrar el Pentágono. Primero trataron de colar que era un trastorno de estrés postraumático, y después que fue por las armas químicas y biológicas. Las unidades de detección de gases tóxicos y las inyecciones antisarín sólo eran para tapar los experimentos genéticos secretos.

—Así que los llamados bebés de la Guerra del Golfo denunciados por los veteranos de esa guerra son...

—Sí. Ellos también son nuestros hermanos y hermanas.

—¿Entonces, la existencia de los soldados genoma significa que los experimentos fueron un éxito?

—¿Éxito? ¡No seas tonto! ¡Fue un completo fracaso! Estamos al borde de la extinción.

—¿Qué?

—¿Alguna vez has oído hablar de la teoría de la asimetría? La naturaleza tiende a favorecer la asimetría. De las especies que se han extinguido todas mostraban signos de simetría. Los soldados genoma sufren el mismo problema. Yo también, al igual que tú. Eso es así. Todos estamos al borde de la muerte a nivel genético. No sabemos cuándo ni qué tipo de enfermedad nos va a producir. Por eso necesitamos la información genética del viejo.

Snake le contestó sarcásticamente:

—¿Quieres el ADN de Big Boss para salvar a tu familia? Eso es muy conmovedor.

—En la naturaleza, los miembros de una familia no se aparean entre sí, pero ayudan a los otros a sobrevivir. ¿Sabes por qué? Así aumenta la probabilidad de que sus genes se transmitirán a una nueva generación. Altruismo entre parientes de sangre como respuesta a la selección natural. Se llama la teoría del gen egoísta.

—¿Me estás diciendo que tus genes te están pidiendo que salves a los soldados genoma?

Liquid ignoró la pulla.

—No puedes luchar contra tus genes. Es el destino. Todos los seres vivos nacen exclusivamente para transmitir los genes de sus padres. Es por eso que voy a seguir lo que ellos me dictan. Y voy a ir más allá. Con el fin de romper la maldición de mi herencia —Liquid hizo una pausa para luego añadir con calma—: primero te voy a matar. ¿Puedes mirar detrás de ti, Snake?

Con cautela, Snake se giró y vio un cuerpo tendido en la parte superior del monstruo mecánico. Era un cuerpo femenino y tenía el pelo rojo.

—¡Meryl! ¿Está viva?

—Creo que sí. Al menos lo estaba hace unas horas. La pobre no dejaba de decir tu nombre. Menuda idiota. Enamorarse de un hombre que no tiene ni siquiera un nombre...

—Yo tengo un nombre.

—¡No! No tenemos pasado, ni futuro. Y aunque lo hubiera, no sería realmente nuestro. Tú y yo somos copias de nuestro padre, Big Boss.

—¡Deja que Meryl se vaya!

—Tan pronto como hayamos terminado nuestra empresa. Se nos acaba el tiempo.

—¿Te refieres al FoxDie?

—No. Ahora parece que el Pentágono sabe que el Metal Gear está destruido. Han tomado una decisión. Ni siquiera necesitarán evaluar los daños de la batalla. Si deseas detalles ¿por qué no se los preguntas a tu preciado coronel Campbell?

Snake no quería hacerlo, pero pulsó el transmisor en el Codec.

—Coronel, ¿me oyes?

—Sí —dijo el hombre—, te estoy escuchando.

—¿Qué está tramando el Pentágono? Contéstame, coronel.

—El secretario de Defensa Houseman ha tomado el control de la operación. Está de camino en un avión AWACS.

—¿Para qué?

—Para bombardear la instalación.

—¿Qué?

—No sólo eso. También han despegado bombarderos B-2 de la Base Aérea de Galena. Llevan bombas nucleares tácticas tipo B61-13.

—Pero el Metal Gear está destruido. ¡Díselo a Houseman! ¡Díselo!

—Houseman ya sabe que Naomi era una agente doble, y está preocupado por el FoxDie. Ahora que ya no hay peligro de un ataque nuclear con el Metal Gear, va a hacer todo lo necesario para tapan lo que de verdad ha sucedido.

—¿Va a lanzar una bomba nuclear para vaporizar todas las pruebas, junto con todos los que conocen algo?

—¡No te preocupes, Snake! Voy a detener ese descabellado ataque.

—¿Cómo?

—Puede que aquí sólo sea una figura decorativa, pero todavía estoy oficialmente al mando de esta misión. Emitiré una orden para retrasar el ataque, eso confundirá a la cadena de mando y al menos ganarás algo de tiempo y tendrás la oportunidad de escapar.

—Pero, coronel, si usted hace eso...

—No pasará nada, Snake. La verdad es que el FOXHOUND ya era objeto de una investigación secreta. Meryl fue trasladada a la base justo antes del ataque terrorista para poder manipularme.

—¡Esos capullos!

Campbell suspiró.

—Lo siento. Me obligaron a colaborar a cambio de su vida. Es mejor que salgas de ahí, Snake.

—¿Estás seguro? Eso acabará con tu carrera.

—No te preocupes. Es lo menos que puedo hacer por ti después de tantas mentiras.

—Coronel...

—Estoy ordenándoles que cancelen el bombardeo. Ya no hay vuelta atrás. Y ellos... ¡Hey! ¿Qué estás...?

El monitor del Codec se desconectó de repente. Snake lo sacudió y lanzó una maldición. Después de un momento, el rostro angustiado de Mei Ling apareció en la

pantalla.

—¡Snake!

—Mei Ling! ¿Qué le ha pasado al coronel?

—¡No me lo puedo creer!

—¿Qué ha pasado?

—Snake, el coronel...

El monitor se quedó de nuevo en negro a causa de una interferencia. Snake maldijo por segunda vez y trató de restablecer la frecuencia. Pero esta vez un nuevo rostro apareció en el Codec.

Era el secretario de Defensa, Jim Houseman.

—Roy Campbell ha sido relevado de su puesto —le anunció el hombre—. Soy el secretario de Defensa...

—¡Sé quién es! ¡Póngame de nuevo con el coronel!

—Está bajo arresto por filtrar información secreta y por alta traición.

—¡Es ridículo!

—Sí, él sí que es un hombre ridículo. Realmente creía que estaba al mando de esta operación.

—¡Es usted un mierda!

Houseman casi sonrió. Snake podía sentir que el hombre estaba disfrutando con todo aquello.

—No quedará ni rastro de evidencia. Estoy seguro de que el presidente quiere lo mismo.

—¿Fue el presidente el que ordenó esto? —exigió saber Snake.

—El presidente es un hombre muy ocupado. Aquí yo tengo toda la autoridad.

—¿Cómo piensa explicarle a los medios un ataque nuclear en Alaska?

—¡Oh! Hemos preparado una tapadera muy convincente. Simplemente voy a decir que los terroristas hicieron estallar un artefacto nuclear por accidente.

—¿Va a matar a todos los que están aquí? A los científicos, a los hombres del ejército genoma, a todo el mundo...

—Donald Anderson, el jefe de la DARPA, ya está muerto.

—¿No tenía intención de matarlo acaso?

—Era mi amigo.

—Y a usted le importa un bledo lo que suceda con todos los demás, ¿no?

—Bueno, si me das el disco óptico, podría considerar guardarlo.

—¿De qué está hablando?

—Datos de prueba del Metal Gear. Anderson tenía que traerlo de vuelta. Lo tenía Baker.

—¡Yo no lo tengo!

Houseman entrecerró los ojos. No estaba seguro de que Snake dijera la verdad.

—Bien. Da igual. Tú y tu hermano sois una vergüenza desde los años setenta. No más que un sucio secreto de nuestro país. No podemos permitir que viváis. Las bombas caerán pronto, y estoy seguro de que vosotros dos tenéis mucho que contaros. Adiós.

Con esto, el Codec se cortó. Snake miró a Liquid, cuya expresión denotaba que ya se esperaba todo lo que le habían dicho.

—No tenemos escapatoria —anunció Liquid—. Vamos a terminar con esto antes de que comience el ataque aéreo —señaló con el dedo a Snake y le gritó—: ¡Tú me robaste todo! ¡Sólo tu muerte puede satisfacerme! ¡Sólo tu muerte puede devolverme lo que me pertenece por justicia! —Señaló a Meryl y continuó—: Ella será un hermoso sacrificio en honor a nuestra última batalla. ¿Ves lo que está a su lado?

Snake se volvió de nuevo. Esta vez se fijó en una caja negra de la cual salían unos cables que le envolvían el pecho. El dispositivo, obviamente, estaba conectado a un temporizador.

—¡Ése es el límite de tiempo para la batalla final! —le anunció Liquid—. Si ganas, puede que te dé tiempo a salvarla y disfrutar de un breve instante de amor antes del fin. —Luego hizo un gesto señalando el borde de la plataforma en la que se encontraban—. Y si cruzas esta línea, te caerás. A esta altura se mataría cualquiera, incluso tú.

Snake avanzó hasta el borde y miró hacia abajo. El Metal Gear no estaba de pie, pero la altura era igualmente considerable. Si caía se rompería la espalda fácilmente.

Liquid levantó los puños asumiendo su posición antagónica.

—Vamos, hermano. La campana ya ha sonado, y es el momento de entrar en el ring.

Snake también alzó los puños. Así que sería un mano a mano. Snake no conocía cuál era la destreza de Liquid en ese campo, pero tampoco Liquid sabía que él había sido el mejor discípulo de Master Miller en sus clases de lucha cuerpo a cuerpo.

Los dos hombres hicieron un círculo con los ojos fijos en el otro. Como ambos habían sido entrenados para aislarse de ruidos extraños y distracciones, ya no se encontraban en la parte superior de la máquina destruida, sino en un ring de boxeo. Las únicas diferencias era que no había audiencia ni cuerdas, y que un paso fuera del espacio de combate podía ser la perdición.

Liquid tomó la ofensiva y con un rápido movimiento golpeó a Snake en la cara. Fue tan rápido que apenas tuvo tiempo de frenarlo y le llegó un puñetazo a la mandíbula. Snake se retiró un paso y dejó que Liquid avanzase —una táctica para hacer de la defensa un ataque—, para lanzarle su pierna derecha y estrellarla contra su esternón. El renegado FOXHOUND sintió el golpe y se tambaleó hacia atrás. Snake no se detuvo allí. Continuó avanzando y utilizando su clásica combinación uno-dos-tres, puñetazo-puñetazo-patada. Pero Liquid tenía un par de movimientos

propios con los que sorprendió a Snake. El tipo tenía un peligroso golpe bajo que Snake no alcanzaba a bloquear.

Continuaron combatiendo durante varios minutos, dando y recibiendo golpes en lo que parecía ser aún un enfrentamiento equilibrado. No pasó mucho tiempo antes de que ambos oponentes pudiesen anticipar lo que el otro iba a hacer. Estaban evidentemente a la par.

Snake sabía que tenía que coger a Meryl y a Otacon y largarse de allí antes de que llegaran los bombarderos. No había tiempo que perder. Avanzó con agresividad, giró su cuerpo, e intentó una patada giratoria, pero Liquid lo agarró por el tobillo, se lo torció y lanzó a Snake a la plataforma. Antes de que Snake pudiese salir rodando fuera de su alcance, Liquid empezó a patearle las costillas. El dolor era inmenso, sobre todo después de todo lo que ya había sufrido, pero se obligó a ignorarlo y lo cogió por la pantorrilla para detener las patadas. Liquid tiró con fuerza para liberarse, pero Snake lo tenía fuertemente agarrado. Por último, Liquid perdió el equilibrio y cayó, permitiendo a Snake saltar encima de él. Golpeó a su hermano con una serie de puñetazos de derecha e izquierda que hubieran dejado fuera de combate a cualquiera después del primero. Pero Liquid estaba allí tumbado aguantando. Sólo cuando Snake se paró para determinar el nivel de daño que le había infligido, Liquid, hábilmente, se sacó a Snake de encima. Snake cayó hacia el borde de la plataforma del REX, y aunque intentó frenarse, igualmente resbaló hasta fuera del borde.

Se agarró desesperadamente a la plataforma que había sido la parte plana que servía de cabeza del REX. Colgado allí, se agarraba para salvar su vida e intentaba balancear sus piernas para poder volver a suelo seguro.

Liquid se levantó y se acercó hasta él.

—Adiós, hermano —le dijo mientras levantaba un pie y le pisaba la mano derecha. Comenzó a apretar y a girar su talón sobre su mano. Los dedos se le empezaron a abrir por el terrible dolor de ese tormento, que se irradiaba a todo el brazo. Snake tenía que soltarse.

Al quedar colgado de un solo lado, buscó desesperadamente algo a lo que asirse por debajo del borde. Entonces Liquid cambió el pie a la mano izquierda de Snake y comenzó nuevamente a presionar.

Con la mano derecha libre, Snake se estiró y lo agarró por la pantorrilla. A continuación, apretó con el pulgar tan fuerte como le fue posible la parte más blanda y sensible de su talón de Aquiles. El tejido de esa zona tenía un nombre adecuado, porque Liquid gritó de dolor y retiró su pie. Entonces Snake pudo usar ambas manos para impulsarse hacia arriba y subir a la parte superior de la máquina.

—¡Maldito seas! —gritó Liquid. Corrió hacia su oponente, pero Snake lo esquivó, levantó ambos puños y lo golpeó en la parte baja de la espalda. El grito que se le escapó a Liquid hizo saber a Snake que el golpe le había dolido, y que podría

haberle dañado los riñones. Liquid se tambaleó hacia delante, tratando de estabilizarse en su agonía, pero Snake le plantó un fuerte rodillazo en la garganta. Entonces agarró el largo cabello rubio de su oponente y le alzó la cabeza.

Snake levantó un puño, cogió impulso y lo estampó con violencia en la cara de su hermano.

Liquid retrocedió hasta el límite de la plataforma. Sus pies llegaron al borde y abrió mucho los ojos. Agitó los brazos con esos gestos torpes y tan ridículos que hacen las personas que pierden el equilibrio. Luego abrió la boca para gritar. Sus ojos se encontraron con los de Snake, y en silencio buscaron su ayuda.

Snake de pronto se sintió tentado de salvar a su hermano, pero en el último segundo eligió no hacerlo.

Liquid gritó cuando la fuerza de la gravedad hizo caer al terrorista del FOXHOUND por la borda. El ruido sordo que hizo al llegar abajo indicaba que ninguna cornisa sobresaliente del REX había detenido su caída. Snake se acercó al precipicio y miró hacia abajo. Como un muñeco de trapo, el cuerpo de Liquid yacía inmóvil en el suelo del laboratorio.

Snake volvió su atención a Meryl. Corrió a su lado y examinó la bomba de tiempo que llevaba atada a su cuerpo.

—¿Meryl? —Le acarició la cara y le dio una suave bofetada—. ¡Meryl, despierta! Ella gimió e hizo un movimiento.

—¿Snake? —Su voz sonaba rota. Tenía los ojos abiertos e intentaba enfocarlos—. ¿Snake?

—¡Meryl!

—¡Snake, estás vivo! ¡Gracias a Dios!

—No te muevas. Tengo que quitarte esto.

Cuando sintió los cables, Meryl se quedó sin aliento.

—Quédate inmóvil —Snake pulsó el Codec—. Natasha, ¿estás ahí?

Romanenko le contestó:

—Sí, Snake.

Snake giró su muñeca de modo que el Codec pudiera captar la imagen de la bomba y transmitirla.

—¿Ves eso?

—Sí.

—¿Cómo puedo quitársela?

—Parece un explosivo con temporizador. ¿Tiene un lector digital? ¿Cuánto tiempo te queda?

—No sé —dijo Snake— No hay ninguna LED.

—Está bien, reconozco el tipo de fusible. Escucha atentamente. Hay cuatro cables de colores, ¿no? La imagen del Codec no es muy clara, por lo que no puedo distinguir

qué colores son.

Snake se los fue señalando.

—Éste es rojo, éste es el azul, éstos son de color verde y amarillo.

—Bien. No toques el azul. Quiero que retires suavemente el cable verde del conector de la caja. Trata de que no toque ninguno de los otros cables.

Snake lo hizo así.

—Ahora necesitas provocar un cortocircuito en la caja. ¿Tienes una granada Chaff?

—Sí.

—Debes hacerla explotar ahí mismo. Dile a Meryl que se cubra la cara. No habrá detonación, pero algunas de las partículas de la granada podrían dañar sus ojos.

—¿Has oído eso? —le preguntó a Meryl.

—¡Umm!

Snake miró alrededor de la plataforma y se dio cuenta por primera vez de que su traje de camuflaje estaba tirado cerca de ellos. Lo agarró y le envolvió la cabeza con él.

Abrió su bolsa, sacó una granada Chaff y la puso junto a la bomba.

—¿Estás segura de que funcionará, Natasha?

—Confía en mí, Snake. Si hubieras dejado el cable verde unido, se activaría la bomba. Pero ahora la granada Chaff desactivará su sistema sensorial. Al igual que lo hace con las cámaras.

—Si tú lo dices.

Le quitó el seguro y retrocedió unos metros. La cosa estalló ruidosamente, y Meryl lanzó un grito. Snake se volvió rápidamente hacia ella y le sacó la prenda que le cubría la cara.

—¡Hola! —le dijo ella.

—¡Gracias, Natasha!

Snake puso fin a la transmisión y luego se inclinó para besar a Meryl, pero sólo rozó sus labios. En respuesta, ella rodeó su cabeza con sus brazos acercándolo más. Snake se obligó a sí mismo a separarse.

—Meryl, no hay tiempo para eso. Déjame quitarte estos cables de encima.

Mientras lo hacía, oyó un leve sonido de aviones. Como estaban bajo tierra, no había manera de saber cuán cerca estaban.

Luego hubo una explosión lejana.

—Maldita sea, ha comenzado el bombardeo.

Ayudó a Meryl a ponerse en pie. Tenía las heridas de bala curadas y bien vendadas, pero no estaba en condiciones de luchar o correr.

—Merly, ¿estás bien?

—¿Estás bien? ¿Es todo lo que puedes decir?

Frunció los labios y luego dijo:

—Meryl, debe de haber sido terrible.

—No fue tan malo. Aunque me torturaron, no cedí.

—¿Te torturaron?

—Y cosas peores que eso. —Le tapó a Snake la boca con la mano para que no pudiera decir nada—. Yo también estaba luchando, igual que tú.

Snake sacudió la cabeza.

—Eres una mujer fuerte.

—Luchar contra ellos me hacía sentir... más cerca de ti, como si estuvieras allí conmigo. Eso me dio fuerza para seguir adelante. Pero igualmente... tenía miedo.

—Lo siento, Meryl.

—No digas eso.

—Intenté...

—Pero me di cuenta de algo. Durante todo ese dolor y vergüenza, había una cosa de la que estaba segura... tenía una sola esperanza a la cual me agarré... y que me mantuvo viva... —Los ojos se le llenaron de lágrimas al continuar—. Snake, quería volver a verte.

—Meryl...

Sonó el Codec. Era Otacon.

—¡Snake, parece que has detenido al REX!

—Otacon, tengo una buena noticia... Meryl está bien.

—¡Fantástico!

—Pero tengo otra mala también. Estamos a punto de ser bombardeados.

—Puedo oírlo. Supongo que se nos considera prescindibles.

—¿Hay una manera de salir de aquí?

—¿Una salida? ¡Um, sí! Puedes coger el túnel de carga hasta la superficie. Hay un aparcamiento cerca. El túnel conduce desde allí a la superficie.

Snake miró hacia abajo desde la máquina y estudió lo que quedaba del laboratorio.

—¿Te refieres a la puerta principal?

—No, es una pequeña entrada que está al oeste de la puerta.

—¿Y qué pasa con el sistema de seguridad?

—La he abierto. ¿Con quién te crees que estás hablando?

—¿Qué vas a hacer?

—¿Yo? Yo... me quedo aquí.

—Otacon, éste no es un refugio seguro. Van a utilizar bombas nucleares que penetrarán la superficie. No resistirá.

—Estoy harto de lamentar mi pasado... En la vida no se trata sólo de perder o ganar, ya sabes...

—¡Otacon, no seas idiota!

Hubo una pausa antes de que el doctor Emmerich continuara:

—De acuerdo, Snake. Ahora soy una persona completa. He encontrado una razón para vivir. Nos encontraremos en el búnker subterráneo. Está justo al lado de la entrada del túnel de carga en la superficie. Por lo menos puedo tratar de liberar a los rehenes.

—¿Puedes hacerlo solo?

—Lo intentaré. ¡Buena suerte!

—Gracias.

—¿Gracias? Guau, eso suena bien.

Cortó la comunicación.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Meryl.

—Se está peleando... consigo mismo... para ser el hombre que quiere ser.

—¿Y está luchando también por nosotros?

—Sí. Y no quiero que sea en vano.

Hubo otra explosión, esta vez más cerca.

—Me parece que no tenemos tiempo para una escena de amor.

—Qué lástima. Tenemos que irnos, ¿no?

Tomó la mano de Meryl y la ayudó a bajar el montón de escombros de lo que una vez fue el Metal Gear. Snake se detuvo un momento para contemplar el cuerpo de su hermano. Liquid yacía en un charco de sangre y no mostraba señales de vida. Ese tipo sí que se parecía a él. Compartían características físicas, como una boca brutal y de gesto oseo que las mujeres encontraban irresistible.

—¿No deberíamos irnos? —preguntó Meryl.

—Sí —murmuró Snake.

Se volvieron y dejaron atrás las terribles pruebas de lo que Snake había sospechado y temido toda su vida. Incluso cuando era un niño, se daba cuenta de que era diferente a los otros de su edad. No sólo se debía a que no conocía a sus padres y a haber crecido acogido y a haber sido educado por una serie de «profesores». Tampoco al haber sido entrenado para ser soldado desde la primera infancia. Nada de eso había molestado a Snake. Era otra cosa.

Nunca se sintió normal.

Era como si fuese una especie de extraterrestre en un mundo lleno de seres humanos.

Ahora sabía por qué.

Capítulo 25

Pasaron por la puerta que Otacon había desbloqueado para ellos por control remoto y entraron en el garaje subterráneo. El lugar parecía haber sido el escenario de una batalla. Había dos automóviles civiles volcados y quemados. Aparcados en una fila cerca de la entrada, había varios coches militares Overland Jeep MB. Salvo por eso, el garaje estaba inquietantemente vacío.

—¡Oh, vaya! —exclamó Meryl—. ¿Ves esos coches volcados? —Ahá.

—Algunos de los trabajadores civiles trataron de escapar el día de la sublevación. Los guardias se lo impidieron.

—¿Qué pasó con el resto de los vehículos de los empleados?

—No lo sé. Podrían haberlos convertido en chatarra. Los terroristas utilizan los jeeps. Voy a ver si encuentro alguno que tenga las llaves puestas.

Se fue cojeando hacia la hilera de jeeps antes de que Snake pudiera detenerla. Él se había fijado en las cámaras de vigilancia justo antes de que ella entrara en su campo de visión. Por supuesto, saltó una alarma. Ella se quedó inmóvil, como un ciervo deslumbrado por unos faros.

—¡Vamos a tener compañía! —le gritó Snake—. ¡Ponte a cubierto!

Mientras ella se metía dentro de un jeep, Snake fue rápidamente junto a la puerta y se pegó a la pared. Había una pila de barriles de gasolina que lo protegían, así que se puso en cuclillas detrás de ellos y se dispuso a esperar. Efectivamente, tres soldados genoma armados con rifles FAMAS entraron en el garaje. Uno de ellos daba órdenes a gritos a los otros dos, luego retrocedió para buscar por la zona en la que Snake estaba escondido. Los otros dos se fueron por separado hacia los vehículos.

Era perfecto. El líder se dirigió hacia los barriles cuidadosamente, dando la oportunidad a Snake de caminar en círculo alrededor de ellos y esconderse detrás del hombre. Se deshizo del guardia con un eficiente, silencioso y limpio estrangulamiento. Snake tumbó al hombre, recogió el FAMAS y luego salió de detrás de los barriles.

—¡Hey! —llamó a los otros dos guardias.

Dos breves ráfagas del rifle de asalto fue todo lo que necesitó para acabar con ellos.

—¿Meryl?

—¡Aquí! Este tiene llaves.

Antes de ir hacia ella, le quitó al abrigo de piel al jefe de los soldados muertos para dárselo a Meryl, ya que ella iba vestida con escasa ropa y lo necesitaría. Lo estaba esperando sentada en el sitio del conductor y ya había puesto el jeep en

marcha.

—Cogí uno con un juguete dentro —le señaló una canana y una ametralladora del calibre 30 en el asiento trasero.

—Buen trabajo. ¿Estás bien para conducir? —le preguntó echándole el abrigo por encima.

—Nunca he estado mejor y tú eres mejor que yo disparando, súbete —le respondió mientras se ponía el abrigo—. Gracias, no me gustan mucho las pieles, pero teniendo en cuenta las circunstancias, sólo por esta vez voy a usarlas.

Snake saltó por encima del lateral del jeep y verificó el arma mientras Meryl salía marcha atrás del lugar. En ese momento justo, una docena de soldados aparecieron por la puerta del garaje, los descubrieron y empezaron a disparar indiscriminadamente.

—¡Písalo! —le gritó Snake.

Quemando rueda, se dirigió hacia el túnel, una larga carretera subterránea que a Snake le recordó los túneles de Lincoln y Holland, en Nueva York.

Mientras tanto, Snake se aseguró de que el cinturón con la munición se cargaba al arma correctamente mientras las balas volaban sobre su cabeza. Agarró la ametralladora con ambas manos y dirigió el fuego contra los soldados.

¡¡BOOOOM!!

Las bombas estaban cayendo más cerca. Toda la estructura del edificio tembló como si hubiera habido un terremoto. Muchos de los soldados perdieron el equilibrio y se cayeron. Los demás fueron abatidos por los disparos de Snake. El temblor cesó y Meryl introdujo el jeep hacia el túnel.

—¡Aún no estamos fuera de peligro! —Snake gritó por encima del ruido que hacía el jeep. Sus palabras rebotaron en el túnel e hicieron eco.

—¡No veo el final de la carretera! —le dijo Meryl—. ¿Sabes cuándo termina?

—¡No! Sigue conduciendo.

Ella aceleró por encima de los 120 kilómetros por hora. Después de un minuto y medio, vieron una barricada bloqueando el camino. Por el movimiento que había alrededor, por lo menos habría unos cuantos guardias de turno.

—¡Snake!

—Los veo. Quiero que sigas recto a través de la barricada. Son sólo unos caballetes.

Giró la ametralladora apuntando al obstáculo, y soltó una ráfaga de disparos. Los guardias corrieron a protegerse, y tres de ellos cayeron. El jeep chocó contra la barrera y la reventó. El vehículo patinó por unos segundos, pero Meryl recuperó el control. Aumentó la velocidad y continuaron su huida.

Cayó otra bomba que hizo temblar el túnel. Snake vio cómo se desprendían trozos de escayola del techo. Por un momentó, temió que no iban a poder salir antes de que

el túnel se desmoronara. Miró el Codec e intentó contactar con Otacon, pero todas las frecuencias fallaron.

—¡Snake, hay alguien detrás de nosotros!

Miró hacia atrás y vio dos faros acercándose rápidamente. Era otro jeep. Desde la distancia, era difícil ver cuántos hombres había dentro, pero parecía que iba sólo el conductor. ¿Sería Otacon?

La descarga de balas de metralleta que azotó la parte de atrás del jeep contestó por sí sola.

—¡Dale gas, Meryl!

—¡Ya le doy todo lo que puedo! ¡Pasa algo con la transmisión, no puedo cambiar a cuarta!

«Dañada por los disparos, sin lugar a duda.»

Eso significaba que el jeep que los perseguía los alcanzaría finalmente. Snake apuntó la metralleta hacia atrás y disparó. Al acercárseles más el jeep, pudo reconocer el largo pelo rubio volando al aire.

—¡Liquid! ¡Está vivo!

—¡No hemos acabado aún! —gritó su hermano.

Más balas alcanzaron la parte de atrás del jeep, y Snake tuvo que agacharse. El vehículo de atrás avanzaba a trompicones, ya que el conductor intentaba disparar y conducirlo a la vez. Snake agarró la ametralladora y se dio cuenta de que no le quedaba mucha munición. Cargó la que quedaba en el cinturón.

«¡Que éstas cumplan con su cometido!»

Disparó y los faros del otro jeep quedaron destrozados, al igual que la ventana delantera, pero Liquid se había agachado debajo del volante. Su vehículo derrapó peligrosamente cerca de la pared del túnel, pero luego se recuperó.

A Snake no le quedaban balas. Sacó la SOCOM, pero Liquid arremetió nuevamente con más disparos que dieron de lleno en la parte trasera del jeep. Meryl gritaba mientras Snake se agachaba intentando agarrar la pistola que había caído al suelo del vehículo.

—¡Veo la luz del día! —dijo Meryl.

El final del túnel estaba a menos de medio kilómetro.

Liquid volvió a disparar, haciendo que Meryl derrapara y golpeará la pared. Pero el mismo golpe hizo que el jeep rebotara y volviera al centro de la carretera.

La luz del sol era cegadora.

El vehículo prácticamente voló desde el túnel hasta el camino helado y cubierto de nieve, haciéndolo patinar incontroladamente. Al jeep de Liquid le pasó exactamente lo mismo. Los dos vehículos perdieron el control y se estrellaron con una fuerza tremenda. Snake y Meryl salieron volando, pero aterrizaron en un gran ventisquero que amortiguó el impacto. Aun así, Meryl dio un aullido de dolor debido

al trauma de sus heridas previas.

El tiempo se detuvo durante un par de minutos. Luego Snake abrió los ojos y gateó hasta su compañera.

—Meryl, ¿estás bien?

—Sí —dijo reincorporándose—. Sólo un poco aturdida.

—¿Puedes moverte?

—Dame un minuto. Ahora mismo no puedo.

Snake miró a su alrededor. Los dos jeep estaban inutilizados. Uno de ellos había volcado del revés y estaba atascado en un ventisquero; el otro en llamas tumbado en la mitad de la carretera.

—¿Qué ha pasado con Liquid? —preguntó ella.

—No lo sé. Espera...

Al otro lado de la carretera, divisó al hombre de torso desnudo tambaleándose. Liquid parecía como si acabase de tomar una ducha de sangre.

—¡Snaaake! —gritó. Lo apuntó con un dedo y se tambaleó hacia delante.

Snake se puso de pie, dispuesto a seguir con la lucha cuerpo a cuerpo que tenía con su enemigo. Por el aspecto de su oponente, sin embargo, no creía que fuera a durarle mucho tiempo.

Pero entonces ocurrió algo. De pronto, la cara de Liquid mostró sorpresa y estado de *shock*. Se agarró el pecho y comenzó a jadear.

«¿Ataque al corazón?»

A Liquid se le salieron los ojos de sus órbitas y cayó al suelo de rodillas.

«No, es...»

—Fox... —Liquid alcanzó a decir.

—... Die —Snake terminó la palabra por él.

Liquid cayó de bruces sobre el hielo. Snake, con cautela, fue junto a él y se arrodilló. Le cogió la muñeca para tomarle el pulso.

Miró a Meryl y agitó la cabeza.

Ella se estaba poniendo de pie lentamente. Snake regresó a su lado para ayudarla. Meryl se apoyó en él, y caminaron hasta la carretera.

—¿Dónde vamos ahora? —le preguntó ella.

—Tenemos que encontrar a Otacon. Se supone que iba a reunirse con nosotros.

—¡Snake!

Era una voz familiar que venía de un gran banco de nieve. Entonces pudieron ver al joven alto y desgarbado con su bata de laboratorio saludándolos.

—¡Por aquí!

—¿Puedes caminar? —le preguntó Snake a Meryl.

—Sí, mientras no tenga que correr.

—Tengo la sensación de que las carreras ya han terminado. Oye, acabo de darme

cuenta. ¿Dónde están los bombarderos Stealth?

Miró hacia arriba.

—Tienes razón. El ataque se ha parado. ¿Qué demonios... ha pasado?

—No lo sé, pero voy a averiguarlo.

Otacon corrió hacia ellos a través de la nieve llevando una gran bolsa al hombro.

—Tío, cómo me alegro de veros a los dos —dijo, temblando—. ¡Ey, qué frío hace aquí!

Snake deseó haber cogido otro abrigo, pero no lo había pensado en su momento. Le señaló la bolsa.

—¿Qué tienes ahí?

—Un montón de C4. Vamos a tener que liberar a los rehenes.

—¿Dónde están?

El doctor Emmerich le señaló a una chimenea que sobresalía entre la nieve.

—Ésa es una salida de ventilación. ¿Veis un banco de nieve pocos metros más allá, bajando hacia el valle?

—Sí.

—Ésa es la entrada. Está cubierta de nieve.

—Venga, vamos a hacerlo.

Snake y Otacon cavaron en la nieve durante unos minutos, hasta que sintieron el frío y duro metal de la entrada del búnker. Otacon la golpeó hasta que oyó voces detrás de la puerta.

—¡No os acerquéis a la puerta! —gritó Snake—. ¡La vamos a volar!

Escucharon un apagado asentimiento, y él asintió con la cabeza a Otacon.

—De acuerdo, vamos.

Otacon sacó de la bolsa tres explosivos C4, y Snake los colocó uno a uno en la puerta de metal. Los dispuso para que explotaran simultáneamente por control remoto con su Codec. Llamó a la puerta nuevamente y gritó:

—¡Estamos listos! Ahora aléjense.

Se volvieron corriendo adonde estaba Meryl, y se refugiaron detrás de un ventisquero. Snake pulsó el botón del Codec y dijo:

—Allá vamos.

La explosión fue grande y ruidosa, parecía que hubieran catapultado una tonelada de nieve desde el lugar del objetivo. Del agujero salió humo negro durante un par de minutos, hasta que finalmente se disipó.

Luego, poco a poco, fue apareciendo gente. Eran hombres y mujeres de diversas edades, todos vestidos de civil y con abrigos de invierno. Otacon se incorporó y corrió hacia ellos. Saludó a uno de los hombres con gusto, y se abrazaron.

—¡Oh! ¡Qué conmovedor! —dijo Meryl—. Espero que tengan un abrigo extra para él.

Meryl se puso en pie y contempló el blanco e inhóspito horizonte.
—Ahora la gran pregunta es: ¿cómo salimos de aquí?

Capítulo 26

Sonó el Codec. Snake se quedó sorprendido y encantado al comprobar que era el coronel Campbell el que llamaba.

—Snake, ¿me oyes?

—¡Coronel! ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? Se detuvo el ataque y... ¡Estás de vuelta!

Campbell se echó a reír.

—Me alegra oír que estás contento. El secretario de defensa ha sido detenido. Le han dado la jubilación anticipada.

—¿Detenido?

—Pude contactar con el presidente. El Metal Gear, los ejercicios de entrenamiento... todo eso... lo había montado Houseman solo.

—Tiene sentido. ¿Qué ha pasado con el bombardeo aéreo y con el ataque nuclear?

—Las órdenes fueron revocadas. Los F-117 y los B-2 Spirits han regresado a la base. Nuevamente tengo plena autoridad sobre esta operación.

—Ya veo. Eso es... ¡genial!

—Washington no es tan estúpido como para usar armas nucleares en su propio territorio para ocultar unos cuantos secretos. En cualquier caso, el peligro ha pasado. Gracias, Snake.

—¡Oh!, mi coronel, puedes estar tranquilo. Meryl está bien y... está aquí conmigo. Snake nunca había visto a Campbell emocionarse tanto.

—¿En serio? ¡Dios mío! Eso es... Snake, gracias. Gracias de verdad.

—No hay de qué.

—Snake..., ella es mi hija.

—¿Qué?

—Meryl es mi hija. No lo supe hasta hace poco. Recibí una carta de su madre..., la esposa de mi hermano muerto. Iba a decírselo después de que terminara esta operación. Supongo que es otro de los secretos que te he ocultado. También a ella.

Snake miró a Meryl, que estaba con la boca abierta:

—¿Qué?

Él sacudió la cabeza y respondió al coronel.

—Coronel, no me lo pue... —pero se echó a reír antes de poder terminar la frase.

—Está bien, Snake —Campbell se rio también, para continuar con toda seriedad —: Snake, siento haberte ocultado tantas cosas.

—No pasa nada, coronel.

—Bueno, ya no soy coronel, ¿recuerdas?

—Ah, sí.

—Tengo un regalo para ti. Mei Ling ha localizado una moto de nieve en una foto satélite. Está realmente cerca de vosotros. En esta época del año, los glaciares están bastante calmos. Deberías poder salir de ahí sin problemas. Apuesto a que a los muchachos de la DIA y la NSA no esperaban que volvieras vivo a casa.

—Yo tampoco. Es mejor que no enseñe la cara por ahí durante un tiempo.

—No hay peligro. Oficialmente has muerto al hundirse tu jeep en el océano.

Snake observó con ironía:

—Eso no está demasiado alejado de la verdad.

—Habrá un helicóptero esperándote en Fox Island.

—Escuche, coronel..., quiero decir, Roy..., ¡al infierno, coronel! Para mí siempre serás el coronel. De todos modos, hemos rescatado a todos los rehenes civiles. Están en el bunker cerca de la entrada del túnel de carga. El doctor Emmerich está con ellos.

—Esa noticia es aún mejor, Snake. Mei Ling ya los ha visto. Les enviaremos un transporte para recogerlos.

Meryl llegó cojeando hasta donde estaba Otacon, quien se había agenciado un abrigo, y se pusieron a conversar mientras Snake seguía hablando con Campbell.

—¿Estarás bien, coronel? —le preguntó.

—No te preocupes. Tengo una póliza de seguros: una copia impresa con todos los datos de Mei Ling. Mientras esté en mi poder, tú, Mei Ling y yo estaremos a salvo.

Snake comprobó el tiempo que le quedaba a su Codec.

—La batería de esta nanomáquina se agotará pronto. No podrán seguirnos.

—Supongo que no nos volveremos a ver.

—No te preocupes. Te iré a visitar en algún momento.

—¿En serio? Así lo espero.

—Roy, sólo dime una cosa.

—¿Qué?

—Acerca del FoxDie.

—Bueno, Meryl estará bien. Ella no estaba incluida en su programa.

—¿Qué pasa conmigo? Fui el causante de la muerte de Liquid.

—Naomi dijo que quiere hablar contigo sobre eso cara a cara.

—Hmmm, ¿cómo está?

—No te preocupes. En estos momentos está con Mei Ling. Ahora te cambio de canal. Espera.

Snake esperó unos segundos, y luego la cara de Naomi Hunter apareció en el monitor.

—Snake, soy yo.

—Naomi...

—Me enteré de lo de mi hermano.

—Lo siento. Pero había un último mensaje que quería que te diera —le dijo Snake, aunque rápidamente intuyó que no debía decirle toda la verdad, sólo empeoraría las cosas para ella—. Me pidió que te dijera que te olvidases de él y siguieras con tu vida.

En los ojos de la doctora Hunter aparecieron lágrimas.

—¿Frankie dijo eso?

—Sí. También que siempre te querrá. Naomi, tu hermano te salvó, a mí y a toda la Humanidad. El luchó con todas sus fuerzas.

—Tal vez... Quizás ahora ha encontrado algo de paz. El realmente ya no era mi hermano. Desde que luchó en Zanzíbar era como un fantasma. Un espectro en busca de un lugar para morir.

Ella comenzó a sollozar y se dio la vuelta. Snake se dio cuenta de que tendría que ser directo con ella.

—Naomi, Liquid murió a causa del FoxDie. ¿Qué pasa conmigo? ¿Cuándo me toca a mí?

Naomi se secó los ojos.

—Eso depende de ti.

—¿Qué quieres decir?

—Todo el mundo muere cuando le llega su hora.

—Sí es así, ¿cuándo es la mía?

—Depende de ti y de cómo utilices el tiempo que te queda. Vive, Snake. Eso es todo lo que puedo decirte. En esto tendrás que confiar en mí. Tienes tiempo, pero aún no puedo decirte cuánto. Snake, cada persona nace con su destino escrito en su propio código genético... Es incambiable, inmutable..., pero eso no es todo lo que es la vida. Me he dado cuenta finalmente. Te dije antes que la razón por la que estaba interesada en los genes y el ADN era para saber quién era yo, de dónde venía. Pensé que si analizaba mi propio ADN, podría averiguar quién era y quiénes eran mis padres. Pensé que si lo sabía, entonces sabría qué camino tomar en la vida. Pero estaba equivocada. No he encontrado nada. No he aprendido nada. Al igual que con los soldados genoma... Puedes aportarles toda la información genética, pero eso no los convierte en los soldados más fuertes. Lo más que podemos decir sobre el ADN es que determina el potencial de las personas..., su potencial destino. Tú no debes estar encadenado a la suerte o ser gobernado por tus genes. Los seres humanos pueden elegir el tipo de existencia que quieren vivir. Snake, que estés o no en el Programa FoxDie no es lo importante. Lo trascendental es que elijas tu vida... ¡y que la vivas! Es lo que yo voy a hacer. Voy a dejar de buscar y simplemente vivir. Los genes existen para transmitir nuestras esperanzas y sueños para el futuro a través de

nuestros hijos. Vivir es un enlace con el futuro. Así es como funciona la vida. Amarnos unos a otros, enseñar a los demás..., de esta manera podemos cambiar el mundo. Me acabo de dar cuenta de que ése es el verdadero significado de la vida. Así que gracias, Snake.

—De nada, Naomi.

—Adiós, Snake.

El Codec dejó de transmitir.

Meryl se le acercó y le dijo:

—El doctor Emmerich se quedará con los rehenes. Dice que sigamos nosotros y encontremos la moto de nieve.

Snake miró hacia arriba y vio al científico saludando. Le devolvió el saludo con la mano.

—Gracias, Snake —le dijo Otacon a voces.

—Gracias —le contestó Snake.

A continuación, tomó a Meryl del brazo y siguieron el mapa que tenían en el Codec. Tuvieron que bajar una colina y subir hasta el nacimiento de unas grandes rocas de hielo, pero después de media hora llegaron al final de un acantilado. Dentro de una pequeña cueva estaba la moto. Era una ZR2500 Artic Fox especial para la nieve. Las llaves estaban en el encendido.

Snake la empujó fuera de la cueva y se sentó a los mandos. Meryl se sentó detrás de él. La puso en marcha y dejó que se calentara un poco. Ella extendió su mano y le mostró un pañuelo.

—Lo he encontrado en la nieve.

—Consérvalo como recuerdo.

—¿De qué? ¿De una misión exitosa o de cuando nos conocimos?

—Un recuerdo de cómo vivir. Hasta hoy he vivido sólo para mí mismo. Sobrevivir ha sido lo único que me ha importado.

—No sólo a ti. A casi todo el mundo le pasa igual.

—Yo sólo me sentía realmente vivo cuando tenía a la muerte de frente. No lo sé, tal vez está escrito en mis genes.

—¿Y ahora? ¿Qué dicen tus genes sobre tu futuro?

—Que tal vez sea hora de vivir por otra persona.

—¿Otra persona? —le preguntó Meryl dubitativa.

—Sí —se volvió a mirarla; ella nunca le había parecido tan hermosa—, alguien como tú. Tal vez ésa sea la verdadera forma de vivir.

Ella sonrió. No sabiendo qué decir, se aventuró:

—Así que... ¿adonde?

—David. Mi nombre es David.

Ella abrió los ojos sorprendida.

—¿David? ¿En serio? —y se echó a reír—. Bueno, ¿adonde, Dave?

—Mmm, creo que es hora de que busquemos un nuevo camino en la vida.

—¿Un nuevo camino?

—Un nuevo propósito.

—¿Lo encontraremos?

—Sí, sé que lo encontraremos.

—¿Qué es eso? —preguntó Meryl señalando a unos animales cuadrúpedos que estaban a cierta distancia. Tenían astas y eran tan grandes como un alce.

—Caribúes. Para los aleutianos, el caribú es el símbolo de la vida. Aquí pronto será primavera.

Ella le susurró al oído:

—Para nosotros también.

Puso sus manos sobre sus hombros y él llevó su mano izquierda hacia su espalda y la apoyó sobre la mano derecha de Meryl.

—Sí. La primavera trae nueva vida a todo. Es tiempo para la esperanza —miró hacia el cielo claro—. Yo he vivido aquí durante mucho tiempo, pero nunca había visto la belleza de Alaska. El cielo..., el mar..., los caribúes... y sobre todo... tú.

Ella se rio como una colegiala.

—Creo que me va a gustar esta nueva vida.

—Vamos, disfrutemos de ella.

Aceleró, adentrándose en la nieve pura y virgen. Los caribúes los ignoraron al ver el vehículo cruzar la blancura hacia nuevos capítulos de sus destinos.

Epílogo

Revólver Ocelot escuchó al otro hombre al otro lado de la línea y luego habló él:

—Sí, señor. La unidad entera fue barrida. Sí... Sí, señor. Gracias a la vacuna, estoy bien. Sí, esos dos siguen vivos. ¿El vector? Sí, señor. FoxDie debería volverse activo pronto. Justo a tiempo. Sí, señor, he recuperado todo. Los datos de la cabeza nuclear de prueba del REX están ahí con todo lo demás. No. No hay otros registros. Todos han sido borrados de la computadora de la base. No, señor, mi identidad está intacta. Nadie sabe quién soy realmente. Sí, el jefe de la DARPA la conocía, pero ahora está muerto. Sí, sí, Liquid también está muerto. El que era inferior ha sido el vencedor, después de todo. Eso es correcto. Sí, señor, hasta el final Liquid pensó que era el inferior. Por supuesto, el otro también lo piensa. Sí, señor, estoy completamente de acuerdo. Se necesita a alguien bien equilibrado como usted para gobernar el mundo. Sí, sí, claro, señor. No, señor. Nadie sabe que usted era el tercero..., Solidus Snake. De acuerdo. Entonces, ¿qué debo hacer con respecto a la mujer? Muy bien. Voy a mantenerla bajo vigilancia. Sí, sí. Gracias. Adiós..., señor presidente.